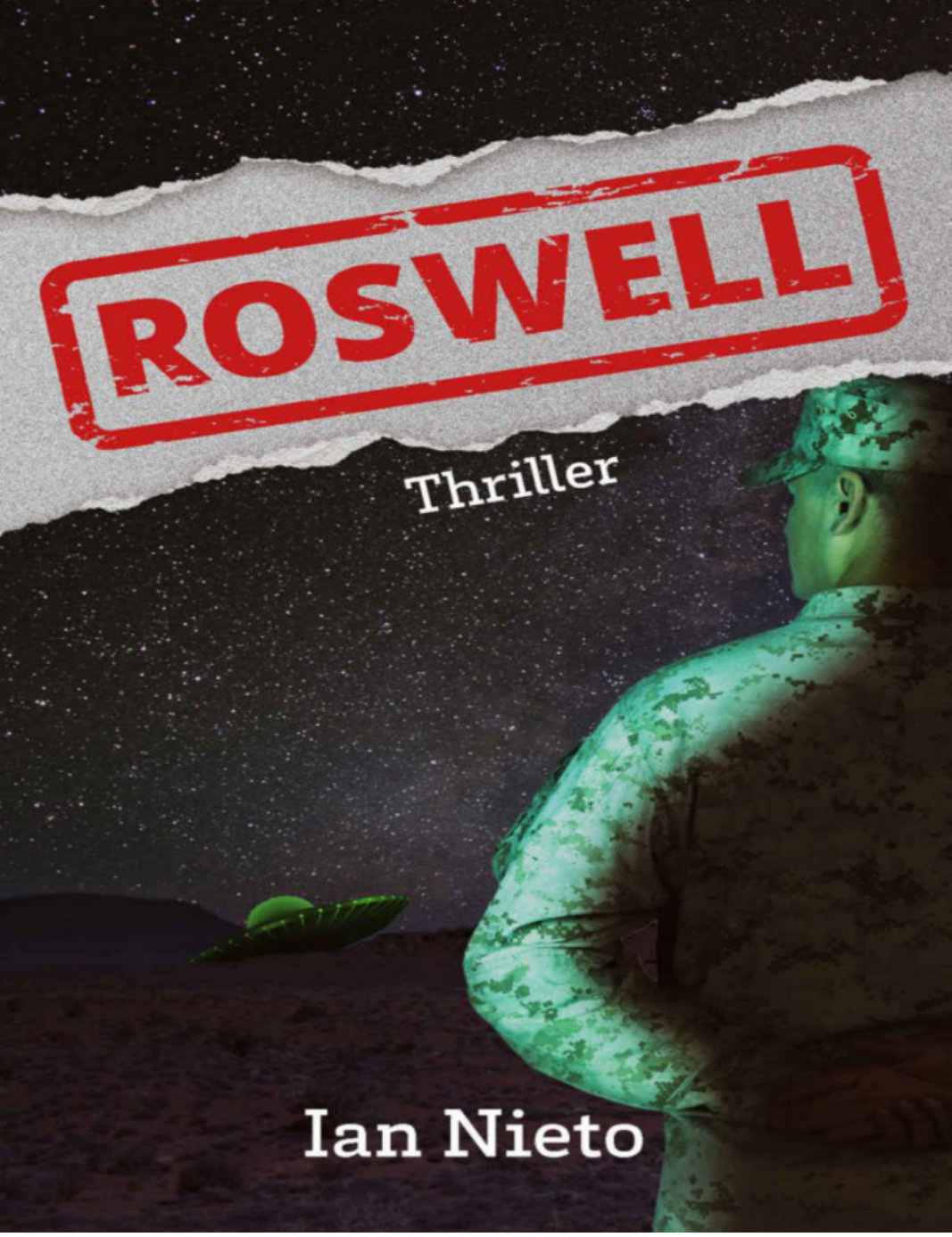

ROSWELL
Thriller
Ian Nieto

ROSWELL

ROSWELL

Ian Nieto

EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: octubre de 2021
Copyright © 2021 Ian Nieto
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A toda persona que puso en riesgo su integridad y la de los suyos para exponer la verdad.

«*Le quitaron a la humanidad el conocimiento*
y la seguridad de saber que no estamos solos.»

Frase escuchada en Internet.

Comunicado expuesto el 8 de julio de 1947.

Base de Roswell del Ejército del Aire, Roswell, Nuevo México.

Los numerosos rumores sobre el disco volador se hicieron realidad ayer cuando la oficina de inteligencia del Grupo Bombardero 509th de la Octava Fuerza Aérea, en el aeródromo de Roswell, tuvo la suerte de poder disponer de un disco mediante la cooperación de uno de los rancheros locales y de la oficina del sheriff. El objeto aterrizó en un rancho cerca de Roswell, en algún momento de la semana pasada. Al no tener servicio telefónico, el ciudadano guardó el disco hasta que pudo ponerse en contacto con la oficina del sheriff, quien a su vez, lo notificó al mayor Jesse A. Marcel, del 509th Grupo de Bombarderos, Servicio de Información.

Y que el instinto, querido lector, hable por ti.

Índice

1. Los restos

2. Testigos

3. Un trasto fuera de control

4. La noticia

5. Colapso

Epílogo

Después del incidente

1. LOS RESTOS

5 DE JULIO DE 1947

Mayor Jesse Marcel.

1

Desde que la temporada de monzón había comenzado hace apenas unas semanas, el sueño de Arthur Watson se perturbó por este súbito cambio de clima en medio del desierto. El hombre tomó su taza de café, se dirigió hasta la pequeña mesita en la cocina para dejarse caer sobre la inestable silla y abrió el periódico del día anterior mientras le daba el primer sorbo a su bebida.

El diario *San Mateo Times* al parecer no tenía mucho que ofrecer en aquellos momentos; las mismas noticias recicladas acerca de los acuerdos de Alamogordo con las compañías extranjeras para un supuesto crecimiento tecnológico y las intervenciones en el progreso del plan Marshall, ocupaban las primeras notas del país.

La Segunda Guerra Mundial había terminado, pero el mensaje que el presidente Truman expuso meses atrás acerca de las próximas decisiones a tomar, mantenía a los ciudadanos en completa incertidumbre por el probable evento bélico contra la Unión Soviética; la incógnita no era *si* habría una tercera guerra, sino cuándo sería.

Las ofertas de trabajo apenas si resurgían después del segundo conflicto con Alemania, mientras que el crecimiento económico mejoraba a paso lento, pero seguro. Para los extranjeros, esto representaba una amenaza indiscutible en cuanto a los siguientes movimientos gubernamentales.

Sin imaginarlo, el sonido de un auto con un claro daño en el motor hizo que el anciano levantara la mirada, quitándole atención a las notas del periódico, solo para que las luces de los focos lo cegaran por unos instantes y se diera cuenta de quién se trataba.

«¿Sebastián? ¿Qué hace aquí tan tarde?»

Se levantó de la silla y dejando sus gafas sobre la mesa, caminó hasta la puerta principal para adelantarse a que el recién llegado tocara la campanilla que funcionaba como timbre, evitando así que despertara a Clara, quien descansaba de un agobiante día.

Cuando las luces de la vieja Flabed Ford se apagaron, Arthur confirmó que en efecto era su yerno. Lo primero que pasó por la cabeza del anciano fue una posible mala noticia respecto a su nieta, pero antes de que se formularan más ideas negativas en su cabeza, distinguió la silueta de su yerno, quien alcanzaba una bolsita de arpilla en la batea para después caminar velozmente hasta la puerta.

Cuando el veterano abrió la puerta para recibir a la inesperada visita, el recién llegado le cortó cualquier posible pregunta que estuviese por hacer, y con los ojos bien abiertos, le dijo:

—¡Arthur, entra a la casa! ¿Clara está despierta? —preguntó Sebastián, con un tono acelerado.

—¿Qué sucede? ¿Están todos bien? No esperaba tu visita tan tarde…

La apariencia de Sebastián denotaba emoción, y por la manera de hablar y el costal que llevaba en la mano derecha, Arthur supuso que el contenido era interesante.

—Escucha esto, Arthur —Sebastián Murrieta tragó saliva y recorrió la casa con los ojos para asegurarse de que estaban solos—. Después del cultivo decidí pasar a tomar unos tragos al bar de Corona. Una hora después, tal vez menos, llegó un sujeto diciendo haber encontrado restos extraños en su rancho.

—Sebastián, tranquilízate, parece como si hubieras corrido por tu vida. ¿Quieres un vaso con agua? —preguntó Arthur sin comprender la emoción de su yerno.

—No, gracias. Déjame terminar de explicarte. ¿Recuerdas lo que tiempo atrás nos relataste acerca de tu descubrimiento en el bosque de Francia?

—Sí… creo que sí —Arthur dudó.

—Bueno, el hombre que llegó al bar nos dijo a todos que algo se había estrellado en su rancho el día de ayer. Por las características que mencionó, supe que eran similares a lo que hallaste hace años…

Arthur Watson sintió cómo la garganta se le secaba al escuchar lo que su yerno le platicaba. Miró perplejo la bolsa de arpilla junto a la mesa y, con un silencio alrededor, reflexionó en la posibilidad de que Sebastián estuviese ebrio a tan altas horas de la noche. Al abuelo se le antojó la idea de que simplemente su yerno estuviera confundiendo la cosas.

«Maldito Four Roses.»

Al percatarse de la mirada perdida de su suegro, Sebastián alcanzó la bolsita tirada en el suelo y regó la mitad del contenido sobre la cocina. Arthur, quien perplejo miraba la acción del hombre, no pudo más que dar un paso hacia atrás golpeando accidentalmente la silla tras de sí y creando un chirrido.

Por la brusca reacción del anciano, Sebastián confirmó que en efecto era lo que Arthur había presenciado años atrás.

—¿De dónde has sacado todo esto, Sebastián? —preguntó el anciano con la respiración claramente alterada.

—Después de que el sujeto llegara con el cantinero y charlara con varios de nosotros —Sebastián continuó con su relato—, nadie en el bar estaba dispuesto a acompañarlo hasta su rancho en medio del

desierto. Yo le pregunté si podía seguirlo hasta su propiedad para ver más de cerca lo sucedido, y aceptó. Cuando llegamos al rancho, el hombre me encaminó unos metros más allá de su choza; no recuerdo con claridad el sitio, pero podría decirte que fue en dirección al oeste. Algo realmente impactante fue que no solo era un conjunto de esta basura, ¡era infinidad de todo esto!

El impactado anciano se arrodilló junto a su yerno y comenzó a examinar los restos tirados en el suelo.

Trozos de aluminio parecidos a una lata de aceitunas, pero con un color y estructura diferente, llamaron la atención de Arthur, haciendo que tomara un puñado de aquellos residuos y, con deseos de que fueran de cualquier otra cosa y no de lo que suponía que eran, los arrugó con facilidad en la palma de su mano. Al abrirla, se percató de que la basura retornaba a su forma original… como si nada hubiese ocurrido.

Watson lanzó el objeto lejos de él y se incorporó con un temor que no había sentido desde hace años. Tragó saliva y buscando la silla a sus espaldas para conseguir apoyo a causa del impacto, se acomodó de nuevo los lentes.

—¡Arthur! Tranquilo… ven, siéntate —Sebastián dio una larga zancada desde su posición hasta el anciano, quien no quitaba la mirada de aquellos escombros—. Escucha, tal vez ni el mismo ranchero sabe lo que está regado en su propiedad. Nosotros tampoco lo sabemos, pero esto es impresionante, ¿no lo crees?

Arthur no contestó a lo que su yerno le decía.

—Sabemos lo que está ocurriendo en el mundo —continuó Sebastián—. Crisis, guerras, y quién sabe cuántas porquerías más nos depare el futuro. Sinceramente me perturba pensar que Isabel y Tomás crecerán en un ambiente variable y con escasas oportunidades. Hasta no saber de dónde provienen estos restos, tengo intenciones de esconder esta basura para un futuro.

—¿Estás loco? —Arthur interrumpió las ideas del hombre mientras alcanzaba su taza de café; que para esos momentos, ya se encontraba tibio—. Aún no sabemos qué es todo esto… podrían ser restos de un avión militar o algún artefacto extranjero.

—Sí, y si así lo es —Sebastián cortó el argumento de Arthur—, he escuchado que el gobierno está pagando jugosas recompensas por entregar de vuelta sus artilugios encontrados. Lo que tenemos aquí equivale mínimo a unos cinco mil dólares, Arthur… no quiero ni imaginar cuánto recibirá el ranchero por entregar esto a los militares.

Arthur miró de nuevo los escombros regados en el suelo y por un momento consideró la propuesta de Sebastián. Muy en el fondo, en su inconsciente, sabía que era una buena idea.

Además, *algo* no le permitiría tropezar con el mismo error que

cometió años atrás.

No otra vez.

—No te pido que me ayudes a ocultar nada, Arthur. Solo quiero que seas testigo de lo que se ha encontrado cerca de aquí. Tú eres la única persona que ha visto esto en el pasado. —Sebastián parecía decidido con su tentativo plan de obtener una recompensa.

—¿Puedo quedarme con un poco de lo que sea todo esto? —preguntó Arthur, con los labios secos por la sorpresa—. Solo esta noche, mañana por la tarde te los puedes llevar a donde quieras.

Sebastián se acercó a su suegro, tomó sus manos entre las suyas, y con un apretón lleno de cariño, le dijo:

—No quiero perturbar más tu ambiente, Art. Discúlpame si alteré tu calma. Por favor, no le digas nada a Clara sobre esto.

—Está bien… —dijo Arthur—. No hablaremos con la familia sobre esto hasta saber de dónde proviene. Ten cuidado con quien te relacionas a partir de ahora, Sebas. —La cansada mirada de Arthur se clavó en la de Murrieta, transmitiéndole preocupación.

—Así será, Arthur.

Con un suspiro de culpa, Sebastián se inclinó para recoger el costal con los restos sobrantes y se aseguró de que no faltaran trozos de aquel papel tan extraño en el suelo. Se giró hacia Arthur y con una voz más calmada, se disculpó una vez más:

—Perdona mi imprudente llegada, no consideré tu reacción ante la situación. Si lo deseas, puedo confiarte un puño de esto para que lo revises, y cuando las cosas se aclaren, podamos hablar.

Arthur, con una débil sonrisa y los músculos más relajados, asintió a la propuesta de Sebastián.

—No pasa nada, hijo… para ser honesto, no lo esperaba. Ten mucho cuidado con lo que hagas o digas; los militares tarde o temprano buscaran esa basura —Arthur intentaba idear posibilidades en su cabeza acerca del origen de aquellos restos, imaginando un posible origen desde la base militar.

—María preparó un delicioso estofado para ustedes —Sebastián le dedicó una débil sonrisa a su suegro y cambió de tema—. Clara aún no sabe de nuestra visita mañana, pero Isabel quiere visitarlos y comer con ustedes.

—Lo que daría por adoptar a esa niña… —Arthur sonrió al recordar a su nieta y asintió con agrado.

Al observar la aparente tranquilidad que había adoptado su suegro, Sebastián se tranquilizó, metió la mano en la bolsita y extrajo un puñado del misterioso material para extendérselo a Arthur. Con la ligera preocupación de lo que pasaría con su suegro en las próximas horas, Sebastián caminó hasta la entrada de la casa dispuesto a salir de allí antes de que Clara los escuchara hablar.

—Cuídate mucho, Arthur, y tómalo con calma…

—Gracias, hijo… —contestó Arthur, sabedor del cambio tan radical que a partir de ese momento, sucedería en sus vidas.

2

La luz del sol comenzó a brotar por la misma ventana donde horas antes, Arthur Watson se había percatado de la inesperada visita de su yerno.

Eran casi las seis de la mañana, y las esperanzas de ir a descansar habían desaparecido por completo. La curiosidad de comprender la procedencia de aquellos extraños objetos, mantuvo a Arthur el resto de la noche observando sus características.

Después de la despedida con Sebastián en la madrugada, el anciano no hizo otra cosa más que mantener la olla de café ardiente y buscar más velas para subsistir el resto de la noche estudiando esa «basura».

«¿Será algún artefacto ruso? Si es algún tipo de arma o misil extranjero, es muy probable que la siguiente guerra se encuentre a la vuelta de la esquina.»

—¿Cariño? ¿Estás ahí?

De repente, una voz proveniente desde su habitación resonó por el pasillo, despistando al anciano de sus pensamientos.

—¡Clara! —susurró Arthur al recordar que aproximadamente treinta minutos antes, tenía que haber despertado a su esposa para su dosis matutina de ácido fólico.

—¡Buen día, querida! ¡Estoy en la cocina, dame un minuto! —gritó Watson con temor a que su esposa se acercara y lo descubriera con aquellos restos en la mesa.

Arthur se levantó de la silla y con movimientos veloces, comenzó a recolectar los escombros que había manipulado toda la noche. Guardó todos los restos en una caja de herramientas justo detrás de la alacena y girando la mirada a su alrededor para asegurarse de que no olvidaba ningún trozo sobre la mesa, le dio el último trago a su café.

Watson emprendió la caminata por el pasillo en dirección a su habitación intentando despejar su mente de la basura que le había robado el sueño durante la noche, y con un gran esfuerzo, dibujó una sonrisa en su rostro. Clara conocía muy bien a Arthur, y un semblante de preocupación sería detectado por su esposa en cuestión de segundos.

Cuando el abuelo entró a la habitación, se percató de que Clara intentaba colocarse de pie por su propia cuenta. Lo correcto siempre

fue dejar a su esposa valerse por sí misma, ya que el médico les explicó en más de una ocasión la importancia de la autosuficiencia en casos de enfermedad, pero el temor a que ella se lastimara, lo hacía cambiar de parecer.

El estudio de ciertas ramas en el ámbito de la salud comenzó a surgir después de las guerras más importantes y devastadoras de la historia. Militares, médicos, asistentes y civiles comenzaron a presentar daños psicológicos a raíz de los traumas ocasionados por los anteriores conflictos, pero las guerras no solo ocasionaron consecuencias psicológicas y económicas… cantidad de ciudadanos en el sur de Estados Unidos padeció daños físicos durante los conflictos mundiales; entre ellos, Clara Watson.

Las constantes pruebas nucleares en el sur de Nuevo México para el desarrollo de la bomba *Little Boy* y otros misiles utilizados durante la Segunda Guerra Mundial, habían provocado leucemia en Clara. Una gran cantidad de civiles y personal militar enfermó a causa de la constante exposición a las radiaciones provocada por nuevas armas con principios nucleares; claro está, sin que los gobiernos tomaran cartas en el asunto.

Ganar la guerra era lo más importante, incluso sobre sus habitantes.

—¡Cariño, vuelve a la cama! Disculpa por ser tan despistado, perdí la noción del tiempo leyendo el periódico y me he olvidado de ti —Arthur se apresuró hacia su esposa y cubrió su espalda con las cobijas. Antes de continuar con sus disculpas, el hombre le dio un tierno beso de buenos días en la frente para después ver a la anciana directo a los ojos—. ¿Dormiste bien, mi amor?

La mujer, visiblemente cansada y demacrada, asintió con dificultad. Para sorpresa de Arthur, los ojos de su mujer se cristalizaron dejando caer un par de lágrimas por su mejilla.

—¿Clarita, qué sucede? ¿Te sientes bien, cariño? —Arthur cogió el vaso con agua de la mesita de noche y se la ofreció con un cierto aire de preocupación.

—Tuve aquel sueño otra vez, Arthur —contestó la mujer, con dolencia en su hablar—. El mismo niño de siempre me ruega que lo abrace. Está sufriendo mucho…

Sin saber qué decir, Arthur le acarició la mejilla, y con el ceño entristecido por ver a su esposa llorar, supuso que los medicamentos recetados le estaban alterando el sueño, pero desechó de forma instantánea aquella hipótesis al recordar que las pesadillas provenían de tiempo atrás. Antes de que Clara tomara las píldoras de ácido fólico.

—Tranquila, Clarita. Fue solo un sueño, y nada más. ¿Quieres tomar un baño? —preguntó Arthur intentando tranquilizarla.

—No… —negó ella, mientras sollozaba con la cabeza baja y apretaba el brazo de su esposo.

Lo más inquietante para Arthur al ver llorar a su esposa por una pesadilla era que siempre se presentaba el mismo sueño: un niño (o al menos así lo describía Clara) de aproximadamente diez años de edad, tez blanca y muy delgado, constantemente se acercaba a Clara para pedir su ayuda. Según la mujer, le imploraba *llevarlo con ella*.

«Si no le ayudo, ellos le harán mucho daño», decía Clara.

Las pesadillas siempre terminaban con el chiquillo llorando de manera lastimosa en el suelo y con Clara despertando de manera perturbada. En varias ocasiones, ella despertaba en la madrugada gritando por aquel pequeño, y aunque sabían que eran simples pesadillas, la mujer sentía angustia.

—Clara —le susurró Arthur mientras sostenía su brazo—, el lunes podremos hablar con el doctor y le explicaremos lo que sucede. Si él lo considera necesario, tendremos que olvidar las píldoras por unos días. Por el momento, vamos a tomar una ducha y a desayunar juntos, eso te ayudará a despejarte.

Arthur besó la mejilla de Clara, y con un ligero esfuerzo de ambos, la ayudó a levantarse.

—¿Quieres saber algo, cariño? —Arthur intentó motivar a su esposa—. Isabel viene hoy con sus padres.

—¿Isabel? —preguntó la mujer al tiempo que alzaba la cabeza para confirmar la sorpresa.

—¡Sí! Vendrán pronto, Sebastián me lo ha dicho…

El anciano sonrió con vergüenza al recordar que se trataba de una sorpresa que había roto. Cerró la boca.

Sin responder y con una mueca de dolor, Clara se apoyó sobre el hombro de su esposo y procuró no golpearse las débiles piernas con la base de la cama.

—No recuerdo que María o Sebastián lo mencionaran —Clara regresó a la conversación—. Pero si es cierto, me muero de ganas por ver a esa niña —expresó la anciana mientras dibujaba una sonrisa en su rostro.

Poco a poco y con la ayuda de su esposo, Clara moderó su caminar hasta la puerta del cuarto, con la confianza de que Arthur estaría junto a ella. El hombre, caminando al paso de Clara, apretó de la cintura a su esposa mientras con la otra mano se apoyaba del bastón. La idea de contratar a una enfermera, al menos por medio tiempo, se le atravesó con fuerzas al comprender que la vejez de ambos se deterioraba con rapidez.

Los ancianos caminaron con lentitud en dirección al cuarto de baño, y al llegar, Arthur empujó la puerta y se adelantó para ayudar a Clara a sentarse sobre la silla especial junto al lavabo.

La mujer sujetó el respaldo de la silla y poco a poco se sentó.

—Vuelvo enseguida —dijo el hombre saliendo del baño.

Cuando Clara se encontró sola esperando a Arthur, se miró de frente al espejo, y su propio reflejo ocasionó que las lágrimas salieran nuevamente y resbalaran por sus mejillas al recordar el bello rostro que años antes la llenaba de seguridad. Ahora, años después, solo quedaba un semblante esquelético y cansado. Por escasos segundos, la mujer recordó los días en que bailaba divertida con sus amigas y con un Arthur robusto y joven.

Clara bajó la mirada para evitar continuar viendo su rostro y respiró con profundidad; a pesar de eso, la mujer luchaba por salir adelante y disfrutar cada momento de su vida.

Un par de minutos después, Arthur apareció por la puerta cargando una toalla encima de la ropa de Clara y llevando entre el brazo un viejo libro.

—Listo, he puesto el agua sobre el fuego. ¿Te gustaría que leyera algo para ti durante la espera? —preguntó Arthur despistando a la mujer con un beso.

—Sí, cariño. Gracias.

—Tranquila, te juro que después del baño te sentirás mucho mejor.

Arthur limpió las lágrimas de la mujer y la abrazó por detrás.

—Y dime, ¿qué piensas que pasará con Sancho Panza y el gran Rocinante?

3

—¡Y de toda esta basura se encuentra saturada la zona libre del establo, Floyd! —el hombre le explicó a su vecino con una emoción que lo sobrepasaba—. Si es necesario que lo vean, pueden venir ambos conmigo esta tarde y comprobarlo.

La pareja nunca había escuchado a William Brazel tan emocionado y parlanchín por algo. A pesar de ser los únicos vecinos en tan grande extensión del desierto, conocían las actitudes del granjero y sabían que no era un hombre que necesitara ayuda para recoger algo tan burdo como simple papel de estaño.

—Tampoco tenemos idea de lo que pueda ser esto, Brazel. ¿Revisaste si alguna aspa del molino se desprendió por el viento? —preguntó el hombre rascándose la cabellera y formulando más preguntas acerca del material sobre su mesa.

—Sí, también me percaté de eso antes de salir hasta aquí.

La pareja se miró mutuamente antes de decir alguna otra palabra. Cuando William Brazel intentó solicitar su apoyo de nuevo, Floyd Proctor le respondió:

—Escucha, Will. Te conocemos de tiempo atrás y sabemos que eres una persona honesta y honrada, pero no podemos ir contigo para ayudarte a recoger todo esto. Debo comenzar la jornada muy pronto y conoces la suerte con la que se vive en estos días. No tengo la capacidad económica para descansar, discúlpame —el hombre miró al ranchero con seriedad y negó con cierto aire de frustración—. Sea lo que sea esa basura, lo mejor es que lo reportes con los militares.

—Con el *sheriff* también es buena idea entregarlos si es que no quieres tener problemas directamente con los militares —la señora Loretta intervino en la conversación—. ¿Te quedas a desayunar?

—Sí, gracias —Brazel asintió con cierto pesar—. Supongo que tienes razón, el *sheriff* puede comunicarse con ellos y realizar la búsqueda por su parte. Estoy seguro de que me tacharan de ladrón si yo me presento directamente en la base…

—También lo creo —dijo Loretta desde la vitrina del fondo—. Desde hace un año los uniformados están muy nerviosos con los ciudadanos.

—El *sheriff* sabrá qué hacer con todo esto, ten un poco de paciencia. Además, unas vacaciones en Roswell te vendrán muy bien

—Floyd Proctor se levantó y animó a Brazel a que lo siguiera hasta la mesa de la cocina.

—Al menos podré caminar por la calle y tomar una de esas cervezas hechas en Nueva York —dijo Brazel—. Aunque primero debo estar seguro de que la gasolina me rendirá hasta allá.

—Obtendrás tu recompensa en la base. Tendrás para combustible y hasta para algo más —Floyd le guiño el ojo a su amigo.

—¿Cuándo piensas ir al pueblo? —preguntó la mujer.

—Mañana mismo. Esta basura no me permite tener a los animales libres, y ya estoy más que harto de tenerlos encerrados día y noche.

—¿Necesitas que te preste algo? —preguntó Floyd.

—No, gracias… ¡Oh, sí! Cincuenta mil dólares —bromeó Brazel, haciendo reír a sus vecinos.

Mientras Loretta servía los platos de sopa, Floyd se acercó hasta la mesa antes de sentarse a almorzar, tomó un trozo de papel de estaño y lo dobló con facilidad. El sujeto soltó una risa al ver la curiosa manera en la que el objeto se movía, y miró a Brazel.

—A esos científicos sí que les sobra creatividad. Si a principios de los cincuenta tienen estos aviones, misiles o lo que sea todo esto… ¿Te imaginas en cinco años?

—Dudo que sea un avión… —Brazel cambió la versión de su amigo.

—¿Algo de los soviéticos?

Loretta volteó a ver a su esposo con preocupación cuando escuchó la palabra *soviéticos*.

—No sabemos aún lo que es todo esto. Si realmente es la Unión Soviética, el gobierno probablemente ya lo ha interceptado…

—¿Y si las tropas ya están avisadas y de pronto nos atacan? —preguntó Loretta con preocupación.

—Recemos para que no sea así…

En la pequeña vivienda se creó un silencio repleto de duda, en el que los tres individuos se miraron.

—¿Cómo dices que es la forma del objeto?

—Como una cacerola… brilla mucho con el sol y casi no pesa. Para ser sincero, jamás he visto algo así —Brazel explicó mirando a sus vecinos sin entender sus propias palabras—. Sin duda, estaré de nuevo con ustedes cuando me digan lo que ha estado estorbando a mis animales en el terreno.

—¿Vienen a desayunar? —Loretta decidió terminar con la conversación de una vez por todas, y se sentó—. Todo está servido.

—Gracias a los dos —agradeció William Brazel y se acercó hasta la mesa antes de golpear suavemente el hombro de su vecino, quien había quedado sorprendido por el material.

—Tu visita es grata, Will —contestó Proctor—. Por el momento, es

hora de compartir todo lo que se pueda con los vecinos. Después de la guerra, las consecuencias son igual de fuertes para todos.

4

—¡Abuelito! —la niña gritó al distinguir a Arthur mientras abría la puerta de su hogar.

—¡Princesa! ¡Pasen, por favor! Los estamos esperando.

—Hola, papá. ¿Cómo están? —preguntó María al entrar y abrazar a su padre.

—Muy bien, hija. Tu madre se encuentra en la habitación descansando. ¿Por qué no pasan a visitarla? Lleva toda la mañana preguntando por ustedes.

La pequeña Isabel entró corriendo por el pasillo en busca de su abuela. Al entrar, se percató de que Clara se encontraba sentada en la mecedora intentando levantarse para salir a saludar.

—¡Abuelita! —la niña se abalanzó sobre la mujer y la abrazó al nivel de las piernas—. ¡Te extrañé tanto! ¡Mi mamá preparó tu comida favorita! ¡Ven, vamos a la cocina!

—¡Preciosa! ¡Qué gusto me da verte! Voy a saludar a tus padres, ayúdame.

—¡Sí, abuelita! ¿Podemos ver de nuevo aquel libro donde tienes las fotografías de mi abuelo y tuyas cuando eran jóvenes?

La mujer dibujó una sonrisa de alegría al saber que su nieta era la primera persona que suplicaba por ver ese álbum tan viejo, una y otra vez.

—¡Claro que sí, cariño! Pero primero ayúdame a encontrar mis zapatos. ¡Por cierto, muy bonito ese ratón! ¿Es tuyo? —preguntó Clara al ver el muñeco de la niña.

—Sí, abuelita. Mi padre me lo compró en la ciudad.

La niña se acercó a su abuela y le mostró su peluche.

—¡Mamá! —se escuchó la voz de María por la puerta.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo están? ¿En dónde has dejado a Sebastián?

—En la sala, con mi padre. Traje un delicioso guisado que les encantará…

—¡Mira, abuelita! Mi diente está por caer —la niña interrumpió a su madre, brincó junto a su abuela y abrió la boca para mover de manera brusca su pequeño diente—. Mi papá dice que el Ratón Pérez me cambiará mi diente por dinero cuando yo duerma.

—Recuerda guardarlo debajo de tu almohada, cariño. El ratón hará el cambio allí mismo sin que te des cuenta —le dijo Clara, acariciando

las coletas de la niña.

—Isa, ve con tu abuelo y con tu padre. Tu abuela necesita ayuda para caminar y no puedo ayudarla si estás encima de ella —María le ordenó a Isabel con una fría mirada.

—¡Sí, mamá!

Isabel agarró de nuevo su peluche y salió corriendo de la recámara en busca de su abuelo y de su padre, con una risa que retumbó en el pasillo. La emoción que le provocaba a la pequeña visitar a sus abuelos, era contagiosa. Constantemente, la familia se reunía para compartir los alimentos y para revivir ciertos recuerdos que unieron con lazo de oro a la familia. Desde el diagnóstico de Clara, la familia comprendió el verdadero valor de juntarse con frecuencia para disfrutarse.

—¿Acaso comes bien, mamá? —preguntó María al estar a solas con Clara.

—Sí, hija. Tu padre me consiente muy bien —contestó Clara lo que siempre le decía para evitar que se preocupara por ella.

—Hace un mes no estabas tan delgada. ¿Cuándo es tu próxima cita con el doctor Lauder?

—El lunes por la mañana, hija. Es simplemente para cambiar mis medicamentos, estaré bien.

Mientras tanto, en el comedor, los gritos llenos de alegría de Isabel se dejaron escuchar, seguidos de las risas de Sebastián y de Arthur que al parecer jugaban con la niña.

—Ven, mamá. Vamos al comedor con todos los demás —pidió María y, cargando a su madre del brazo, comenzó a caminar junto a ella hasta la puerta.

—¿Hueles eso, Clarita? —preguntó Sebastián, y se levantó del sillón al ver a Clara aparecer por el pasillo junto a María.

—Sí, hijo. Puedo olerlo. Muchas gracias por lo que hacen en nuestro beneficio, de verdad.

Clara abrazó a su yerno cuando este se acercó hasta ella para ayudarla.

—Es un gusto, Clara. La niña pregunta por ustedes toda la semana, y a veces pienso que sería más feliz si viviera con ustedes.

—¡Sí! —gritó Isabel, al tiempo que Sebastián soltaba una carcajada al ver a su hija sentada junto a su abuelo—. ¿Podemos ver esas fotos, abuelita?

—Sí, cariño. Pero primero pondré a calentar un poco de café. ¿Les gustaría?

—¡Sería perfecto! Déjame ayudarte con las tazas. Sebastián, cariño, ¿podrías ayudar a mi madre a sentarse junto a nosotros?

—¡Con gusto!

Sebastián se encaminó junto a la abuela para rodear la mesa y le

estiró su brazo como apoyo.

—¡Huele deliciosa la comida! —se escuchó la voz de Arthur mientras acomodaba a su nieta más de cerca de él, con la intención de liberar espacio para Clara. Cuando la abuela se sentó junto a ellos, comenzó a cosquillear el abdomen de la niña, mientras la pequeña se reía disfrutando.

«Perfecto como siempre», pensó Clara al ser feliz por estar con su familia reunida.

5

El operador de radar dejó escapar un bostezo y estiró los brazos, al tiempo que veía el reloj de pared por detrás de él.

«Dos horas para salir de este lugar.»

Pese a que su trabajo le parecía interesante, existían momentos en que deseaba salir corriendo de la base de control y no regresar jamás. Durante aquel día, lo único que mantuvo concentrado al sujeto eran las cuatro pantallas a su alrededor y el paquete de semillas de girasol a su alcance durante toda la jornada laboral.

Por detrás de él, uno de sus compañeros interrumpió su bostezo con un ligero golpe en la espalda.

—¿Me cubres un segundo? Necesito salir a fumar.

Momentos después de que su colega se alejara del cuarto de radares, el hombre continuó observando las pantallas con el mismo fastidio de siempre.

Se levantó y caminó hasta la garrafa de agua para beber un poco de agua y al regresar a su sitio de trabajo, se percató de que el sistema no funcionaba correctamente; y cómo no, el gobierno había intentado (sin aparente éxito) diseñar un *sistema electrónico* que lograría estar un paso adelante de las potencias mundiales adversarias, pero las fallas técnicas estaban a la orden del día causando falsas alarmas en cuanto a la búsqueda de intervenciones enemigas. Pero en esta ocasión, el radar ofrecía algo diferente.

El sujeto se acercó al sitio de trabajo con el propósito de reconocer lo que la pantalla quería demostrarle y pulsó el interruptor de comunicación.

—Aquí torre de control seis, requiero información del último avión utilizado el día de hoy. —El tono de voz del hombre mejoró después del primer trago de agua.

—Recibido, base AAF 3030a. La última aeronave que despegó del aeródromo fue un Gloster Meteor proveniente del hangar número quince, con dirección a Washington. ¿Necesita más información?

—Sí, requiero detalles sobre los planes de vuelo de la base; el radar me señala un objeto aéreo en la zona sur de Santa Rosa.

—Negativo, todas las aeronaves disponibles se encuentran en sus respectivos hangares. ¿Qué es lo que percibe en las pantallas, control? —La voz del otro lado del micrófono demostraba un cierto

presentimiento.

—El radar ha comenzado a sonar de manera alarmante…

El hombre se giró sobre sus talones y presionó un diminuto interruptor del lado derecho.

—Aquí Nicholson, identificación de aeronave no reconocida por la base 3030a. Requiero código de identidad especial y un gestor de información aéreo.

—Recibido. Solicitud autorizada.

El hombre de la cabina apartó los auriculares de su cabeza y con un impulso desde la silla, se trasladó hacia la pantalla ubicada al lado izquierdo de su asiento, mientras con la precisión de un profesional calificado, manipulaba los comandos hasta obtener una aceptable visión sobre lo que el radar quería revelarle… Y en efecto, un objeto sobrevolando el sur de Nuevo México se presentó en el radar.

En la parte frontal de la cabeza, el operador sintió una ola de calor, señal de que el sudor comenzaría a brotar en cualquier momento. Si aquello resultaba ser un avión soviético o japonés, estaría en graves problemas por no identificar a tiempo aquel objeto sobrevolando el territorio americano. Y es que después del ataque a Pearl Harbor a manos de la armada nipona, cualquier intervención aérea, naval o terrestre no identificada pondría a la seguridad del país en riesgo de ser atacada nuevamente.

—¡Oficial! ¿Qué está sucediendo con las máquinas? —Una gruesa voz a sus espaldas hizo que el hombre se volviera hacia la puerta.

—El radar detectó la aproximación de una aeronave, capitán —respondió el operador—. La antena del lado este ha identificado actividad aérea a unos kilómetros de Santa Rosa, y el altímetro principal captó una altura de aproximadamente quinientos pies.

—¿Ha solicitado el registro aéreo? —preguntó el militar mientras se acercaba al otro extremo de la pantalla—. ¡Oficial Collins! Diríjase hacia el hangar número cuatro junto al cabo Rodríguez y disponga de una aeronave Aircraft para sobrevolar inmediatamente.

Los militares que seguían al capitán se detuvieron en la puerta y reaccionaron ante la orden del superior bajando las escaleras con celeridad y perdiéndose por el pasillo.

—Capitán, la última aeronave despegó con horario de trece horas hacia Washington. La torre de contr…

Antes de que el operador terminara de informar de los datos al capitán, el superior soltó un rugido de impotencia que lo dejó helado.

—¡Oficial! ¡Requiero una vista del lado oeste! ¡Esos malditos han entrado al país! ¿Acaso no se percató de ello a tiempo?

—No, capitán —contestó el oficial con temblor en la voz—. Los radares comenzaron a pitar de manera extraña, y al momento en que me giré para atenderlos, la aeronave se encontraba en Santa Rosa.

El asustado oficial se dirigió al centro de control de antenas y manipuló la dirección.

—Listo, capitán. ¿Desea que el sistema visual se encu…?

—¡Aquí el capitán Jackson del escuadrón 390 del servicio aéreo! ¡Solicito el permiso para despegar un Aircraft F4F4 hacia el condado de Amarillo! —chilló el capitán mientras le tronaba los dedos al operador, indicándole la pantalla con un gesto despectivo.

El hombre se acercó acatando la orden del superior, y lo que notó en la pantalla lo dejó impactado. En los seis años de operador de radar, jamás había presenciado algo similar.

Corrió al micrófono del escritorio y presionó la línea número cuatro:

—¡Aquí torre seis! ¡Solicito de manera inmediata un fax de las aeronaves soviéticas con mayor velocidad de vuelo y sus características! —La voz del operador se distorsionó por un segundo.

A punto de obtener una respuesta del otro lado de la línea, el capitán se acercó por detrás y apartó de manera brusca el transmisor.

—No diga nada más…

El capitán inactivó el auricular frente al oficial y lo incitó a seguirle. Cuando ambos militares estuvieron frente a la pantalla de fondo gris, se percataron de que el objeto había desaparecido del radar. Para la sorpresa de ambos sujetos, no pasaron ni cinco segundos cuando el «cuerpo» apareció nuevamente en la pantalla.

El radar emitió de nuevo la alarma.

Por lo que estaban viendo el par de hombres en la pantalla, el *objeto* en el radar cambiaba de manera veloz su dirección, algo que ningún avión, nave o cohete podía realizar.

—Oficial, ¿está siendo testigo de los movimientos que ese objeto está haciendo? —preguntó el capitán al aún preocupado operador.

—Lo veo claro, señor…

Nuevamente, el objeto desapareció de manera inmediata y la máquina dejó de sonar, para que después de unos minutos frente al monitor, se perdiera finalmente.

El superior giró su silla observando la pantalla y, sin comprender lo sucedido, colocó el auricular en su oreja y presionó un botón.

—Aquí... el capitán Jackson —jadeó para tomar una bocanada de aire—, retiro solicitud para despegue de una aeronave Aircraft F4F4 en dirección al condado de Amarillo. Repito, cancelen el despegue de la aeronave Aircraft F4F4 hacia Amarillo. ¿Se encuentra en este momento el mayor Quivera? —el capitán continuó hablando por el auricular mientras el operador de radares conservaba la mirada en la pantalla—. Correcto… en cuanto se presente a su sección el día de mañana, a primera hora del día lo requiero en mi oficina. Hasta luego.

Cuando el capitán terminó la llamada telefónica, se levantó y se

acercó a la pantalla principal para observar nuevamente el radar.

—Oficial, ¿qué acaba de suceder en los radares?

—Lo desconozco por completo, señor. El radar tiene el objetivo de identificar aeronaves extranjeras a más de 600 kilómetros de aquí… esto apareció muy rápido.

—Bien. Espero no tenga planes para esta noche, oficial —dijo mientras se acercaba a la pantalla buscando al extraño cuerpo, y cambió su vista hacia el operador—. Deme unos minutos y regresaré pronto, debo ir por cierta papelería a la base, y tal vez por un poco de café.

6

—¡Pero, ¡qué apuesto era mi padre con su uniforme!

—¡Sí, abuelita! Fuiste muy afortunada al casarte con mi abuelo —Isabel abrazó a Clara mientras sonreía al mirar el álbum de fotografías junto a su madre—. Es un hombre muy valiente por haber peleado en la guerra… y mi papá se queja todo el tiempo sobre el sol tan fuerte mientras trabaja.

Las dos mujeres soltaron una carcajada al escuchar el comentario de la niña, que de cierta manera, era cierto.

En la cocina, Arthur y Sebastián escuchaban las risas provenientes desde la habitación de los abuelos. Llevarían casi una hora hablando de lo mismo, pero para ser honesto, Arthur deseaba estar con su hija y su nieta en vez de estar hablando sobre los restos encontrados por Sebastián la noche anterior.

—María lo sabe y al parecer no le importa mucho. Dice que lo más seguro es que sea material de los militares y que entre más rápido me deshaga de esa basura, mejor para todos. ¿Tú estás bien? —preguntó Sebastián al ver los cansados ojos de Arthur.

—Bien, hijo, es solo que… creo que aquellos restos sí son auténticos —Arthur soltó un suspiro y asintió—. Hace años cometí el error de no prestarles atención e ignorar completamente lo ocurrido.

Sebastián guardó silencio para escuchar a su suegro hablar. Del otro lado de la casa, otra ronda de risas se escuchó.

—Clara no sabe nada sobre esto, y prefiero mantenerlo entre nosotros —prosiguió Arthur—. Lo que menos necesita por ahora es enterarse de que algo así se ha estrellado cerca.

—¿En dónde has guardado las muestras que te di, Art?

—Están escondidas en la cochera. Por cierto, anoche descubrí que el papel tiene algo escrito, ¿te percataste de eso? —preguntó Watson.

—No, para nada —Sebastián abrió los ojos como platos—. ¿Qué es lo que dicen? ¿Sabes si procede de alguna base militar?

—Creí que lo habías notado a estas alturas… Como sea, no eran letras ordinarias, eran más bien… No lo sé, eran como dibujos y líneas rectas. La verdad no sé cómo explicártelo, pero ahora estoy seguro de que sí es lo que vi junto a mi pelotón en Francia… ¿Qué piensas hacer con eso?

—Por ahora no es buena idea llevar los restos a la camioneta —

contestó Sebastián—. Quiero evitar que la niña se entere de algo relacionado con la guerra, al menos hasta saber qué es todo esto. He meditado la manera de explicárselo y debo encontrar el momento adecuado para hacerlo.

—Isabel es una niña muy inteligente, hijo. Lo entenderá.

De repente, un grito en el pasillo se escuchó, haciendo que el par de hombres se giraran a ver.

—¡Abuelito! —La delicada voz de Isabel se elevó hasta que, por fin, la niña apareció en la puerta—. Mi mami dice que es hora de irnos.

—Sebastián, amor —una segunda voz se escuchó detrás de Isabel —, creo que es momento de irnos, mi madre se nota un poco cansada, y apuesto que mi papá también quiere descansar.

María se acercó a Arthur y le dio un beso en la mejilla. Pasó sus brazos por la espalda, y lo abrazó

—Te amo papá, gracias por todo.

—A tu madre y a mí nos da mucho gusto recibir su visita.

La mirada de Arthur se posó en la de María, y después se acercó a su yerno para abrazarlo.

—Gracias, Arthur. Si me lo permites, quisiera irme a despedir de Clara.

—Claro que sí, Sebas. ¿Y tú, princesa? —preguntó el abuelo mirando a su nieta—. Cuida a tus padres por mí, ¿quieres?

—No me quiero ir, abuelito —Isabel abrazó a su abuelo mientras suspiraba para evitar llorar.

—En unos días estaremos visitándolos de nuevo. ¡No seas dramática, hija! —María soltó una risa burlona y tomó a la niña de la mano.

Cuando Arthur salió para acompañar a su hija y a su nieta al comedor, miraron a Sebastián y a Clara charlar y reír, despidiéndose.

—Por cierto, ¿vieron la tormenta eléctrica hace unos días? —le preguntó María a su padre.

—Claro que la vi… La vista en la parte trasera de la casa era de admirar a esa hora de la noche…, ¿ustedes la vieron?

—Sí, la contemplamos Sebastián y yo afuera de la casa. A Isabel le dio miedo y se fue a dormir.

—¿De verdad, cariño?

Arthur le dedicó una sonrisa a su nieta y le acarició el cabello. La niña, tímida por el tema que hablaban los adultos, asintió.

—¡Gracias por todo, Clara! Nos veremos muy pronto. —La voz de Sebastián interrumpió la plática de la familia—. ¿Listas?

Sebastián y Arthur fueron los últimos en salir detrás de María y de Isabel; se miraron al salir, y al entender que no habría más tiempo para dialogar sobre la basura, Sebastián le asintió a su suegro con una

indecisa sonrisa, al discernir que los restos tendrían que esperar para recogerlos en otra ocasión.

—Te veo pronto, Arthur.

—Eres bienvenido cuando gustes, hijo —el abuelo miró directamente a su yerno, y con la confianza de que pronto regresaría, se estrecharon la mano.

7

Caída por completa la noche, y confiado de que Clara dormía profundamente, Arthur empujó la puerta de la recámara con suavidad, evitando perturbar el silencio que allí se percibía. Echó un vistazo una vez más al interior del dormitorio cuando escuchó que Clara cambiaba de posición en la cama y, segundos después de puro silencio, salió de la habitación.

Tomó las llaves de su Ford Deluxe entre la oscuridad de la cocina y salió lo más rápido posible, antes de que Clara despertara. Dentro de sus expectativas, un lapso de hora y media sería suficiente para regresar y encontrar a Clara todavía durmiendo.

«Con suerte, tal vez yo también pueda pegar el ojo un rato antes del amanecer.»

Lentamente y levantando un poco la puerta para reducir el chirrido que producía el desgaste por el uso, cerró la puerta tras de sí y emprendió la marcha hasta su automóvil, que apenas si se distinguía en la noche.

Con el cálido ambiente que se sentía en medio del desierto, Arthur se acercó hasta la puerta del vehículo y con la misma lentitud de antes, abrió la puerta con la intención de meterse sin crear ruido. Pero cuando un par de golpeteos contra el suelo se escucharon muy cerca de entre los matorrales, el hombre se quedó inmóvil para confirmar que los sonidos no provenían del interior de su hogar. Con los nervios de punta y la culpa rondando en su interior, Arthur dejó de escuchar los sonidos y encendió las luces del auto.

De sorpresa, y antes de continuar estudiando su entorno, una sombra salió de en medio de los contenedores de agua y a toda velocidad se acercó para después pegar un brinco encima de Arthur, provocando que el anciano soltara un grito.

—¡Bruno! ¡Regresa a la casa!

Sin importar que Arthur doblara su rostro para evitar la lengua del perro, que había pegado un brinco al auto para saludar al abuelo, el can color hueso movía la cola y lo empujaba haciendo que el anciano cayera sobre el asiento del copiloto, y cambiando la sorpresa de Arthur por alegría.

—Está bien, amigo —murmuró Arthur para evitar que el perro ladrara—. Vas conmigo con la única condición de obedecer todo lo

que yo te diga. No pienso meterme en problemas por tu culpa…

Como resultado de sus imprudentes movimientos por lamer a su dueño, el animal golpeó el volante con sus muslos, provocando un ligero pitido de la bocina.

—¡Bruno! —gritó Arthur y agarró del cuello a su perro, mientras con un jalón desde las patas delanteras terminó de meterlo al auto para cerrar la puerta.

—¡Animal testarudo! —el anciano fulminó a su can con la mirada y revisó en silencio algún extraño movimiento dentro de la casa, o la voz de Clara en caso de que hubiese escuchado el sonido.

De momento, el perro se abalanzó nuevamente sobre Arthur lamiendo toda su cara, sin comprender lo que sucedía, pero con un fuerte movimiento, el hombre lo detuvo y lo empujó al asiento con la paciencia al límite. Lo miró y, sonriendo por la lengua del animal intentando besarlo, le dijo:

—Ponte cómodo, peludo. Vamos a comprobar si el misterio es real. —La sonrisa de Arthur se extendió de oreja a oreja, y acarició la cabeza de su mascota.

Arthur encendió el motor del auto con suavidad para evitar el pesado rugido del auto y después de varios segundos, intentó recordar la zona donde podría encontrar los restos.

Sin más, y esta vez con las luces del auto apagadas para evitar llamar la atención, Arthur y su perro salieron muy despacio al camino que los conduciría hasta el norte de Arabela. Metros más lejos, cuando el abuelo consideró que la distancia entre su casa y el auto era lo suficiente para relajarse un poco, abrió la ventana y soltó una risotada.

—¡Cabrón! ¡Casi despiertas a Clara!

Arthur acarició con alegría la cabeza del can, mientras el animal se paraba encima del hombre para sacar la cabeza por la ventanilla

—¡Tú sí que eres necio, carajo! ¡Hazte a un lado!

Con la mano izquierda, Arthur intentaba controlar que el perro no le pisara los testículos, mientras con la otra, mantenía firme el volante, pero imposibilitado por mirar al frente, decidió estirarse hasta la manija del copiloto para bajar el cristal. Y como si el canino estuviese esperando eso, pegó un brinco sobre las piernas de Arthur, haciendo que el hombre negara con la cabeza por la imprudencia del animal.

Watson se acomodó los lentes, encendió las luces del auto y regresó la vista al terreno para dar inicio a su viaje.

«¿A dónde voy? Debería estar durmiendo», pensó Arthur, con cierta preocupación.

La imagen y sobre todo la textura del papel que había llevado su yerno a su hogar horas antes, regresó a su cabeza. El anciano cambió

la sonrisa por un semblante de preocupación, seguido de un frío que le erizó los cabellos.

«¿Y si ahora mismo los militares ya han interceptado la zona?»

Watson pisó muy despacio el acelerador, y desconfiado y de manera involuntaria, pisó el freno del automóvil haciendo que el perro resbalara por la ventanilla y cayera sobre el tapete.

«¿Y si Clara necesita algo…?»

Por los escasos segundos en los que el hombre dudó entre sí era buena idea continuar con la "expedición" o regresar a su casa con su esposa y evitar así involucrarse con el gobierno, no se percató de que el perro lo miraba en silencio, como si pudiera leer sus pensamientos.

El animal, confundido por la actitud del anciano, no pudo hacer nada más que soltar un ladrido que devolvió a Arthur a su *ahora*.

El hombre giró la cabeza hacia la parte trasera del auto, y lo único que contempló fue la oscuridad tras de ellos. Dudó por varios segundos y después de otro ladrido por parte del can, que terminó por irritarlo, tomó una bocanada de aire, lo acarició y como si "algo" lo estuviese obligando a ir, pisó el acelerador dando marcha hacia la profundidad del desierto.

8

Después de casi una hora de viaje en la cual discutía, bromeaba y acariciaba al perro, Arthur se hallaba perdido. A pesar de que estaba seguro de haber seguido correctamente el camino que Sebastián le sugirió, no sabía en dónde se encontraban.

«Al llegar al condado de Ancho, girar hacia la derecha antes de llegar a Corona e introducirse por el camino; después de eso, ir diez millas al norte de Roswell.»

Luego de viajar por un buen rato en la oscuridad del desierto, el animal sentado junto a Arthur parecía inquieto. El abuelo sabía que si no se detenía, el perro defecaría todo el asiento y ahí *sí* que tendría problemas con Clara.

—Al parecer es aquí… eso espero.

Arthur miró su reloj Longines y comprobó la hora: *11:49 p.m.*

Apagó el motor del auto, y antes de que pudiera bajar del vehículo, Bruno brincó encima de él, ocasionando que Arthur lanzara un suspiro de dolor.

—¡Maldito perro! —gruñó Watson al ser golpeado por el can.

Un rato después de recorrer el desierto desde el interior del auto y no ver nada más que arena, Arthur siguió al perro al exterior del Ford mientras intentaba adaptar sus ojos a la oscuridad del sitio. Alzó la vista y, para su suerte, la torre de agua que Sebastián le describió horas antes, se encontraba aproximadamente a trescientos metros de allí.

El hombre intentó distinguir la ubicación de la cabaña del ranchero, ya que sabía que si alguien lo descubría rondando por aquella propiedad privada, sin ninguna autorización, podría estar en serios problemas. Y después de cinco minutos caminando en dirección a la torre de agua, Watson comenzó a perder la esperanza de que realmente fuese lo que en algún momento imaginó.

«Posiblemente Sebastián exageró un poco al afirmar que una enorme extensión de terreno en medio del desierto estuviese repleta de escombros… ya decía yo que ese aroma a ron barato tendría sus consecuencias», pensó Arthur, al no encontrar mucho.

Las esperanzas del abuelo se debilitaban cada que se alejaba de su auto, y sus perspectivas se desmoronaban lentamente, pero antes de darse la vuelta y abandonar su expedición a la mitad del desierto, se

percató de que Bruno se revolvía entre unos arbustos. El abuelo no pudo más que soltar un suspiro de satisfacción al comprobar que al menos alguien se la estaba pasando bien a tan altas horas de la noche. Caminó de nuevo al automóvil con la ilusión levemente estropeada y con la decepción apoderándose del cansado sujeto, al que le era imposible creer lo que había conducido para nada.

Arthur se giró para buscar al perro y le silbó para llamar su atención e informarle que el paseo había terminado. Después de eso, el hombre subió a su auto y se recargó sobre el volante para pensar un poco. Por un segundo, la idea de irrumpir en la propiedad del sujeto se le antojó con fuerzas, pero recordó que seguramente el dueño se encontraba dormido en ese momento y que no dudaría en saltar de la cama con un rifle, en caso de escuchar el motor de un auto acercándose a su rancho. Su conciencia lo sedujo un poco, pero apartó aquella tentadora idea de su cabeza y la intercambió con que posiblemente el ranchero ya hubiese limpiado la zona.

No pasaron ni diez segundos cuando el perro pegó un salto al interior del auto, haciendo que Arthur reaccionara.

—Vámonos de aquí, Bruno. Solo espero que Clara continúe durmiendo.

Arthur siempre tuvo presente las consecuencias del viaje hasta el desierto, y no es que desconfiara de su yerno, pero las probabilidades de encontrar aquellos restos en la mitad del desierto en plena madrugada, eran bajas.

Al encender los faros del vehículo para regresar a Arabela, Arthur condujo hacia la izquierda para regresar por el mismo camino por el que habían llegado. Pero cuando las luces del auto iluminaron el terreno hacia la dirección contraria, Arthur se percató de que el ventarrón ocasionado por el automóvil perturbó la serenidad de la arena, de los arbustos y de aquel «pedazo de papel» que fue arrastrado con facilidad por el suelo.

Cuando notó la extraña pieza girando sobre la arena, Arthur bajó del auto lo más rápido que pudo y corrió hacia el extraño objeto para investigarlo. Su estado de ánimo se restableció al darse cuenta de que por fin los había encontrado.

A pesar de no ser lo que Sebastián le había asegurado la noche anterior, Arthur se sentía satisfecho al comprobar con sus propios ojos que los restos continuaban allí. El hombre sonrió al darse cuenta de que por cada cinco metros que se adentraba a la propiedad del sujeto, la cantidad de escombros aumentaba de manera notable.

Se inclinó para recoger un puñado de los mismos y los observó con dificultad a causa de la completa oscuridad que allí reinaba. Trozos de lámina, palillos de madera, hilos y nada más… Arthur no pudo evitar sentir una extraña nostalgia al ser testigo de algo tan insólito… Otra

vez.

Alzó la vista al cielo completamente inundado por estrellas, y meditó unos segundos sobre el origen de aquellos escombros. Las parpadeantes estrellas y el imponente silencio del desierto le concedieron un par de minutos de tranquilidad; solo ellas eran testigos de su visita al desierto en plena madrugada.

Regresó la mirada al terreno y antes de que pudiera inclinarse nuevamente para buscar más restos en la arena, un ladrido detrás de él lo alarmó.

«¡Bruno!»

El hombre se dio cuenta de que el perro comenzaba a ladrar sin razón aparente a la nada, y eso hizo que el anciano mirara a todos lados, imaginando que el dueño no tardaría en salir a ver qué sucedía.

—¡Cállate! ¡Me vas a comprometer! —gritó Arthur antes de girar la cabeza en dirección a la choza con la esperanza de no haber despertado al sujeto; el abuelo sintió cierto arrepentimiento por haber traído consigo al perro.

«¿A quién se le ocurre traer a un animal en un momento como este?», pensó Watson, mientras cargaba al perro por las patas delanteras y lo subía al automóvil, dispuesto a irse de allí antes de que el dueño del terreno saliera a defender su propiedad.

Para el asombro de Arthur, el perro continuaba ladrando en dirección al norte, como si hubiese visto algo.

—¡Cállate! ¿Qué es lo que te ocurre?

El hombre giró la llave del auto y sin dudarlo un segundo, se alejó del terreno con la intención de olvidar aquel viaje para siempre.

—¿Qué es lo que te sucede? ¡Diablos! ¡Pudiste meterme en problemas! —Arthur le reclamaba al animal; pero sin escucharlo, Bruno continuaba ladrando—. Será mejor que dejes de ladrar… ¡Retumbas mis oídos!

El animal continuó chillando por un lapso de tiempo, y después de haberse alejado de la propiedad, Arthur lo miró confundido y con temor.

—Tú no eres así… —dijo el abuelo acariciando la cabeza del perro.

Después de varios metros de distancia, el perro dejó de ladrar. Se acostó sobre el asiento y miró desde abajo a Watson, a la par que dejaba escapar el último chillido.

«¿Qué habrá visto?», pensó Arthur mientras clavaba los ojos en el retrovisor, dejando una nube de arena que le bloqueó la vista al terreno.

2. TESTIGOS

6 DE JULIO DE 1947

William “Mac” Brazel.

9

William Brazel, quien también era conocido como «Mac» por el casi parecido al vigésimo quinceavo presidente de los Estados Unidos (William McKinley), se aseguró de que el candado del enrejado se encontraba correctamente colocado sobre el portón principal. Sabía, gracias a las últimas experiencias con los animales, que si uno de ellos arremetía contra el madero, seguramente los demás también saldrían haciendo que las bardas se vinieran abajo y destruirían el lugar.

—Les prometo no tardar mucho. Antes de que oscurezca estaré con ustedes de nuevo —aseguró Brazel, mientras acariciaba la oreja de una vaquilla que asomaba la cabeza por la valla.

Entró de nuevo a la casa para asegurarse de que no olvidaba nada sobre la mesa y le dio el último trago a su café mientras colocaba su edición de *La Venganza Gitana*, de Maxwell Grant, debajo de la axila, para verificar que su cartera estuviese en el bolsillo trasero.

Por la hora, intuyó que estaría llegando a Roswell entre las once y las doce del día.

Salió de la casa, y el destello que emitían los escombros regados al contacto de la luz solar, lo cegaron de inmediato. Aunque cambiara de posición a la redonda, le era imposible ver por el potente reflejo de luz. El prematuro calor del sol amenazaba desde muy temprano, y con mucho pesar, entendió que sería un perfecto día para trabajar.

«Espero y me repongan el dinero que gastaré de combustible por recoger sus *juguetes*», Brazel se dijo, y se lamentó al cambiar lo que vendría siendo un buen día de trabajo, por el simple hecho de conseguir apoyo en la ciudad por un montón de palillos de madera y papel estaño.

Subió a la camioneta y la echó a andar sin perder más tiempo.

—*Sheriff* Wilcox… —Mac Brazel recitó en voz baja el nombre de la persona con la que se tenía que presentar llegando al Condado de Chávez. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo una hoja de papel con el nombre completo y el croquis que su amigo Proctor había diseñado para él.

«Si acabo a tiempo con esto, me tomaré *sí* o *sí* un tarro de cerveza en el Bank.», pensó el hombre, sin tener la menor idea de que aquella visita a Roswell cambiaría su vida y la del pueblo entero para siempre.

10

La Indian Sportage se estacionó detrás de la camioneta aparcada en el desierto, en la que aparentemente se transportaban un par de carretillas manchadas de tierra con abolladuras, y un conjunto de al menos cinco herramientas para manipular la tierra.

El hombre se estacionó, apagó el motor y concentró la mirada en todas las direcciones buscando al primer sujeto con sombrero de paja, botas de hule y la típica camisa estilo *leñador* que Sebastián Murrieta nunca cambiaba.

Se quitó las gafas y comenzó a caminar al centro de la carretera para tener una visión más amplia y avistar al hombre que buscaba. Sin más tiempo que perder, comenzó a caminar por el arado en dirección al sujeto.

Durante la trayectoria hasta Murrieta, el hombre notó que Sebastián estaba acompañado por dos individuos más.

—¡Sebastián! —gritó el hombre antes de llegar junto a Murrieta.

El hombre detuvo el arado cuando escuchó su nombre y alzó la mirada para ver a su compañero caminar hacia él.

—¿Martín? ¿Qué haces aquí? —Sebastián sonrió al percatarse de la visita de su vecino más cercano en San Patricio—. ¿Vienes a invitarme el almuerzo, o me ayudarás a vaciar esos bultos? Cualquiera de las dos me vendría muy bien.

—Lo siento, Sebas. Hoy no es tu día de suerte —el recién llegado soltó una risa nerviosa y dejó ver un rostro preocupado—. ¿Tienes un minuto libre?

Por la inusual manera en que su vecino y compañero de trabajo se presentó en plena jornada laboral con el rostro y la actitud deteriorada, Sebastián entendió que su visita sería breve. Borró la sonrisa de su rostro y llevándose las manos al pantalón para sacudirse el polvo, notó que Martín se detenía a una distancia considerable, dándole a entender que sería mejor estar a solas.

Con un movimiento de manos, Sebastián comprendió que él era quien debería caminar hasta Martín, y no al revés.

—¿Todo bien? ¡Vamos! ¡Ninguno de mis compañeros te hará algo! —Murrieta sonrió y clavó la pala en la tierra, dejando caer su peso encima.

Cuando el hombre estuvo a pocos metros de Sebastián, se percató

de que sus ayudantes no tendrían más de dieciocho años. El más chico de ellos cargaba en su cadera lo que parecía ser un pequeño bulto de plástico de donde extraía semillas y las lanzaba a la tierra, mientras que el segundo, un joven de unos diecisiete años de edad, con el rostro cubierto de sudor, trabajaba en la organización de la despensa.

—¡Vaya calor! —exclamó Martín cuando se plantó frente a Murrieta.

—Sí, lo suficiente para tener un productivo día en el campo.

A Sebastián le pareció extraño el rostro de Martín y esperó a que el hombre le dijera qué pasaba

—¿Qué hay de ti? Pensé que ayudarías a don Carlos en la carnicería hasta mañana.

—Le pedí que cubriera mi lugar por un rato. Uno de mis tíos llegó anoche y se ofreció para cuidar la tienda unos minutos. ¿Cómo va la siembra?

—Bien… Mira, él es mi nuevo ayudante, su nombre es Larry.

El adolescente se acercó al diálogo y con una débil sonrisa, saludó a Martín.

—Tú eres hijo del señor Bonner, ¿cierto?

—Sí, mi padre es amigo del señor Murrieta y me ha dado la oportunidad de aprender del campo con él.

—Haces bien, chico. Aprende todo lo que puedas sobre el arado y, si demuestras empeño, estoy seguro de que Sebastián te considerará de nuevo en todo momento.

—Sí, gracias. Por cierto, un gusto conocerlo, señor —el joven asintió con una sonrisa y se dio la media vuelta para continuar con sus actividades.

—Son buenos chicos —dijo Murrieta cuando vio que sus ayudantes regresaban a las actividades sin que él se los solicitara—. Pronto estarán viajando hacia el norte para comenzar a cotizar una máqui…

Pero antes de que Sebastián dijera algo más, el recién llegado le cortó la conversación, y le preguntó:

—Oye, ¿tendrás un minuto para hablar a solas? —pidió el hombre señalando por detrás de su espalda.

—Claro… ¡Hey, chicos! —gritó Sebastián a los adolescentes—. ¡Tomen un rato para almorzar!

—¡Gracias, señor Murrieta! —El más alto de los muchachos se tocó la punta del sombrero, en agradecimiento.

El recién llegado tomó del hombro a Sebastián y con cierta impaciencia, lo distanció de un posible regreso de los trabajadores.

—Martín… ¿Pasa algo? Te encuentro misterioso y más serio de lo normal…

—Escucha con atención, hombre —Martín cambió la expresión de

su cara por una más preocupada—. No tengo intenciones de quitarte más el tiempo, pero tengo que hablar contigo. ¿Recuerdas al sujeto de chaqueta marrón que conocimos en Corona?

—Sí… creo que sí. ¿Me puedes decir qué es lo que sucede? —Sebastián parecía nervioso por escuchar al sujeto.

—He coincidido con él hace unas horas; me lo he encontrado en Corona y después de un rato, lo reconocí y entendí que habíamos charlado en el bar hace poco… —Martín suspiró con temor—. El hombre me dijo que no es de aquí y al parecer viene de Houston para vender su mercancía a los ricos del pueblo.

La cara de exasperación de Sebastián hizo que el sujeto fuera al grano.

—Sebastián… el rancho del sujeto, al que acompañaste hace unas noches, no solo está repleto de escombros… también hay cadáveres que nadie ha reconocido hasta el momento.

El semblante de Sebastián cambió por completo al escuchar lo que su amigo decía. Parecía como si le hubieran lanzado un balde de agua fría al sudado trabajador.

—¿Fue algo relacionado con un asesinato? —preguntó Sebastián, con la vista fija en su amigo.

—No, al parecer venían *envueltos* en aquel material. Pero lo que me causó más curiosidad fue el testimonio del hombre acerca de los cuerpos; me dijo que eran diferentes a nosotros…

—¿Diferentes? —Sebastián frunció el ceño y deformó su boca de la sorpresa—. ¿Quién más lo acompañó al lugar?

—Uno de sus clientes —contestó Martín—. El hombre me dio su palabra de que los cuerpos estaban allí para cuando ellos llegaron. Según lo que el ranchero nos dijo en el bar, los restos han estado esparcidos desde hace tres días; eso quiere decir que el accidente fue el jueves, o tal vez el miércoles.

—¿El ranchero tendrá que ver en todo esto?

—No lo creo… el sujeto entró al bar muy amigable y educado; nadie que asesina a un par de infelices entra a un lugar público con la actitud que entró él… Esto viene de otro lugar, Sebastián.

—Y después de hablar con el sujeto, ¿fuiste a comprobarlo por ti mismo? —preguntó Murrieta, con la esperanza de escuchar a su amigo decir que no.

Martín miró con temor a su compañero, y como si de un niño siendo interrogado por sus padres se tratara, comenzó a mover el pie derecho de manera impaciente.

—Esa es la razón por la que estoy frente a ti ahora mismo —el sujeto miró a Sebastián directo a los ojos—. Si no te importa, puedo esperar a que termines tu jornada para ir a comprobar qué tan cierto es lo que el sujeto dice. ¿Te gustaría acompañarme?

Cuando Sebastián escuchó la propuesta de su vecino, dio un par de pasos hacia atrás por la inesperada pregunta y se llevó la mano a la cara, arrugándose la frente con el pulgar y el índice.

—¿De verdad quieres ir hasta allá de nuevo?

—Por esa razón estoy aquí…

Sebastián se giró para cerciorarse que nadie se acercara y dudó un momento antes de contestar.

—Me confías lo que te ha dicho el sujeto acerca de unos cadáveres en la propiedad de alguien, ¿y quieres arriesgarte a que te vean y te saquen a tiros de allí?

—Los cuerpos están alejados de la propiedad, nadie se dará cuenta de nuestra presencia —Martín intentó convencer a su vecino—. Los aparentes tripulantes venían en un artefacto metálico parecido a un avión… ¡Pero no es un avión!

—Baja la voz, no conviene que alguien más te escuche hablar sobre esto; por cierto, ¿a qué te refieres al decir *artefacto metálico*? —preguntó Sebastián, con la emoción recorriendo su cuerpo.

—Algo como un plato… no tenía ventanas ni hélices, y nadie lo ha reconocido hasta ahora porque no es de nadie. Por la explicación que me ofreció el sujeto en Corona, todo indica que los restos provienen de esos platillos que la gente ha estado viendo en los cielos últimamente.

Sebastián inclinó la mirada y, sin más, cortó el impulso de acompañar a su amigo al lugar de los hechos.

—Lo siento, Martín, pero le prometí a María que estaría temprano en casa, y quiero estar con ellas para cenar. Además, la producción se ha mantenido débil en las últimas semanas, y debo trabajar horas extras para asegurar un par de ventas… tal vez sea momento de que los militares o la funeraria Ballard se hagan cargo de todo esto, ¿no lo crees?

Sebastián reconoció en su interior que solo eran pretextos para evitar involucrarse en un escenario que implicaba personas fallecidas por algún tipo de *accidente* aéreo del que hasta el momento, muy pocos sabían.

—¿Qué me recomiendas hacer? —preguntó Martín—. ¿Ir a notificarle todo esto a la base?

—¿Quieres mi consejo? Olvídate de todo, guarda muy bien los restos que hemos conseguido y espera un tiempo para venderlos con algún extranjero que coleccione ese tipo de objetos. Ahora, si no te molesta, debo regresar al arado.

—De acuerdo, Sebas. Respeto tu decisión…

—Bien —contestó Sebastián con la mirada sobre la arena. Muy en el interior, sabía que la oportunidad de presenciar algo tan misterioso como un par de cuerpos junto a lo que parecía ser un tipo de avión

extravagante, no se le presentaría de nuevo.

—Dejaré que termines de trabajar. ¿Te parece bien si la próxima semana nos reunimos para tomar algo?

—Me parece excelente. Gracias por la confianza de platicarme todo esto, Martín.

—Yo ni de coña me pierdo todo esto —Martín liberó una risita nerviosa y le estiró la mano a su compañero.

Sebastián Murrieta no pudo más que devolverle la sonrisa y extender su mano también.

La oferta de regresar al terreno de escombros a plena luz del día le pareció tentadora. Por algún motivo, el rostro de Arthur se dibujó en su memoria, y se preguntó:

«¿Qué hubiese hecho Arthur?»

Martín maldijo una vez más al sol en su rostro por ser tan molesto en aquellas horas del día, y se despidió de su amigo.

—Saluda a María y a la niña de mi parte.

Con un apretón de manos, el par de hombres dieron por terminada la conversación.

Y antes de que el sujeto se colocara de nuevo las gafas y subiera a su casi descompuesta Indian 46, una voz a sus espaldas llamó su atención.

—¡Martín, espera! ¿Puedes regresar en tres horas? —preguntó Sebastián, con una media sonrisa en el rostro—. Tal vez María pueda esperarme…

11

—¿Es aquí la oficina del *sheriff* George Wilcox? —Mac Brazel empujó la puerta con su pie y saludó al personal cuando entró al edificio.

—Así es. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó un hombre con corbata y lentes detrás del escritorio.

—Mi nombre es William Brazel, *sheriff* —el hombre descansó la caja de cartón junto a la puerta y estrechó la mano del encargado—. Soy habitante de Corona, y se ha complicado mi viaje a la ciudad en estos últimos días por la duda sobre si venir hasta acá era buena idea o no…, pero finalmente puedo hablar con usted —Brazel se limpió el sudor con la punta de su chaqueta y continuó—: Hace unos días escuché un estruendo durante la tormenta fuera del establo en donde trabajo, y al otro día, cuando comencé a encaminar a los animales para pastorear por el campo, me percaté de todo esto —señaló la caja repleta de trozos de aluminio con lo que parecían ser hilos enredados, e incitó al sujeto a acercarse—. He intentado encontrar a ciertas personas que reconozcan estos escombros en el pueblo, pero hasta el momento, nadie lo sabe…

El *sheriff* se recargó sobre su escritorio y echó una mirada a la caja que estaba en el piso. Sin quitarle la vista a los restos, se levantó de su silla y se aproximó hasta el ranchero.

—¿Puedo? —preguntó el *sheriff* mirando a William.

—Adelante. Espero usted sí me pueda explicar qué significa todo esto.

Wilcox se arrodilló junto a la caja de cartón y tomó entre sus manos uno de los trozos de aluminio. Con mucho cuidado, el hombre colocó un trozo de basura debajo de los rayos del sol que se colaban por la ventana y lo contempló por un buen rato. Después de varios segundos, el *sheriff* cargó la caja y la puso sobre el escritorio para tener una mejor habilidad al momento de manipular los restos.

—Varias personas han opinado que posiblemente sean los restos de algún avión o cohete soviético, ¿usted lo cree, *sheriff*? —preguntó Brazel, al tiempo que se lanzaba aire con la mano para despejar el calor.

—Hizo muy bien en venir a verme, señor. ¡Louis! —gritó el *sheriff* mientras los rayos del sol continuaban iluminando el trozo de papel sobre el escritorio. Un hombre con escoba en mano apareció por el

pasillo, detrás del *sheriff*.

—Dígame —dijo el sujeto mientras recargaba la escoba sobre la pared y sacudía sus manos sobre el pantalón.

—Louis, durante tu estancia en Texas, ¿alguna vez notaste algo parecido a esto? —el hombre lo invitó a acercarse junto a él para que lograra ver lo que Brazel había llevado.

—Parecen fragmentos de lámina… —el hombre sacó un puñado de trozos completamente enrollados entre sí y miró más de cerca—. También parecen hilos de algodón… aunque la textura es diferente a los que utilizan para tejer. Y no, jamás vi algo parecido en Texas. ¿Tienen algún cuchillo para desprender todos estos hilos?

Sin pensarlo, el *sheriff* se metió la mano en el pantalón y extrajo una pequeña navaja que le entregó al hombre.

—¿Ha pensado que todo esto procede de algún artefacto lanzado por los residentes de Corona? —le preguntó el *sheriff* a Brazel—. Las personas lanzan cualquier tipo de pirotecnia el cuatro de julio y tal vez, en algún lugar, un loco lanzó todos estos escombros con el objetivo de burlarse de la gente.

La mirada de Brazel, cargada de frustración al advertir que ninguno de ellos sabía qué sucedía con la basura, se clavó en el teléfono que comenzaba a sonar sobre el escritorio del *sheriff*. Tomó asiento en la silla junto al escritorio y suspiró con desilusión al darse cuenta de que ni el *sheriff* de Roswell podía ofrecerle algún tipo de respuesta.

—¿Hola? ¿Frank? —La voz de Wilcox causó eco en la oficina—. Sí, de hecho estaba a punto de hablarte…

Recargado sobre el escritorio y sin quitarle atención a los restos, el ayudante del *sheriff* llamó a Brazel, quien tenía la mirada fija en Wilcox.

—No puedo cortar los hilos…

Brazel cambió la mirada al sujeto con el cuchillo en mano y se unió a él para ver la batalla de la navaja por cortar los hilos.

—Mira… —el hombre sujetó con todas sus fuerzas los hilos entre sus manos intentando cortarlos con la navaja, pero el resultado fue completamente estéril—. ¿Tienes algo que pueda cortar?

Brazel extrajo un pañuelo de su cazadora y se lo extendió al ayudante del *sheriff*.

—¿Te importa si lo rasgo con la navaja?

—Adelante —Brazel se acercó al sujeto con la curiosidad en aumento por los extraños restos que no paraban de sorprenderlos.

El hombre colocó la navaja encima del pañuelo y lo rasgó con facilidad.

Segundos después, Louis intercambió el pañuelo por los hilos para volver a intentarlo, pero para la sorpresa de ambos sujetos, los hilos

continuaban sin romperse.

—¡Señor Brazel! —La voz de Wilcox detrás de ambos curiosos hizo que William se girara hacia el *sheriff*—. En este momento tengo en la línea a Frank Joyce, locutor de la estación de radio KGFL. En el transcurso del día estamos comunicándonos para notificar lo sucedido en el pueblo; le he comentado la situación de los restos y tiene especial interés en conversar con usted. ¿Está interesado en hablar con él?

Mac Brazel lanzó una última mirada al sujeto que aún forcejeaba por cortar los hilos y asintió a la petición de Wilcox.

—¿Sí? —Brazel sujetó el auricular, ligeramente nervioso.

—Buen día, señor Brazel —Una voz se escuchó del otro lado de la línea—. ¿Estoy hablando con la persona que encontró un conjunto de material laminoso en su propiedad?

—De hecho solo soy el encargado, señor. El dueño del rancho vive en Albuquerque.

—¿El propietario del lugar tiene conocimiento del incidente?

—Me he comunicado con él un par de días antes, pero el trabajo no le permite asistir a la propiedad para ver el problema.

—Muy bien, William. ¿Puede describir lo que ha pasado en el terreno? —La voz del otro lado de la línea incitó a Brazel a continuar.

—¡Señor, lo he dicho muchas veces! —El tono de Mac Brazel dio un giro molesto—. Esos escombros, o lo que sea que esté allí regado, no permite que los animales pastoreen con libertad. ¿Quién se hará cargo de recoger todo el desorden?

—¿Desorden? Disculpe, pero el *sheriff* solo ha comentado que fueron unos cuantos restos.

—No, señor —Brazel interrumpió al sujeto—, el área se encuentra repleta de estas cosas… ¡Y el hedor! ¡El hedor es insoportable, por Dios!

La voz del locutor se apagó por un instante, mientras los dos hombres frente a Brazel se giraban para ver al ranchero. No daban crédito a lo que el sujeto estaba diciendo.

—¿Hedor? Señor Brazel…, ¿de dónde cree usted que provenga ese olor? —Frank Joyce se aferró al bolígrafo con el objetivo de continuar escribiendo lo que estaba escuchando. Y esperando a que Brazel contestara a su pregunta, se frotó el cabello intentando organizar las ideas.

—Como lo ha escuchado, señor. No se puede caminar más de cinco metros antes de sentir cómo el hedor me tortura las fosas nasales y… ¡Dios! —El semblante de Brazel se deformó mientras su voz se quebraba—. ¡Están sin vida!

Tanto Frank, como el *sheriff* y el ayudante, sintieron una sensación de vacío en el estómago al escuchar la confesión del ranchero.

Del otro lado de la línea, Joyce se recargó sobre su silla con la certeza de que no era fácil relatar lo sucedido en la propiedad, y exhaló por saber que la situación necesitaría la intervención de los militares.

—Señor William, ¿podría por favor decirme quiénes están muertos?

El ambiente en la línea telefónica y dentro de la comisaría se palpaba impaciente. Las miradas por parte de los empleados en la oficina del *sheriff* permanecían atentas a lo que Mac Brazel decía.

—La gente pequeña. —La voz del ranchero se distorsionó al contestar, y por la evidente manera de hablar, Frank Joyce intentó suavizar la conversación.

—Tranquilo, William. Todos en el país estamos preocupados por lo que ha sucedido en el ámbito militar; posiblemente el gobierno esté llevando a cabo algún proyecto con prototipos extraños. ¿Comprobó si se trata de muñecos o animales?

—¡No! —gritó Brazel con el rostro completamente enrojecido por la irritación. Colgó el teléfono con firmeza y tomó la caja del escritorio para encaminarse hasta la puerta, dispuesto a terminar con ese incómodo momento.

—¡Señor William! —gritó el *sheriff* con un temblor de manos al observar cómo la situación se tornaba compleja—. Tarde o temprano debemos resolver el problema. Permítame hablar a la base militar para explicarles lo sucedido, ellos tienen que conocer el problema o al menos ayudarlo a limpiar su área de trabajo… le suplico me conceda un minuto de su tiempo para resolver este inconveniente.

Brazel, claramente furioso, miró con duda al *sheriff*, quien demostraba sinceridad en sus palabras. Sabía que tenía razón y que el viaje hasta Roswell tendría que valer la pena. Miró con cierta repugnancia los restos en la caja de cartón y con un débil movimiento de cabeza, asintió al consejo del *sheriff*.

—Perfecto —contestó Wilcox—. Por favor, tome asiento. ¿Le ofrezco un vaso con agua?

Brazel ignoró por completo la invitación del *sheriff* y en lugar de eso, plantó la vista en dirección a la ventana intentando sosegar la tensión.

El *sheriff* dio una zancada hasta el teléfono del escritorio y manipuló el disco dispuesto a solicitar el apoyo del aeródromo de Roswell.

12

Mac Brazel no pudo negar que había sido un error garrafal haber mencionado los cuerpos sin vida que se encontraban tendidos sobre el terreno del rancho Foster.

«Ahora los militares vienen en camino y podrían culparme de ser el responsable de todo esto. ¿Qué has hecho, Brazel?», pensó el sujeto para sus adentros al tiempo que paseaba los ojos por la oficina. Echó un vistazo al pequeño pasillo que conectaba la sala principal con los cuartos que funcionaban como celdas, y le apenó la manera en que el personal lo miraba después de la singular conversación por teléfono.

Por la ventanilla, el motor de un automóvil estacionándose fuera de la oficina llamó la atención de Brazel y del *sheriff*, quien parecía estar igual de perturbado que el ciudadano sentado frente a él. Por la cercanía del vehículo, William distinguió a un par de uniformados descender de una Jeep Willys color verde militar para emprender una apresurada caminata a la entrada del edificio.

—Mayor, un gusto verlo —el *sheriff* se adelantó a la puerta y con una inclinación de cabeza, saludó a los militares que subían los escalones de la entrada—. Pasen, por favor.

—*Sheriff*, me alegra verlo —dijo el militar recién llegado—. Le presento a mi compañero de turno, el capitán Sheridan Cavitt. Dígame, ¿qué necesitan?

Los ojos de Wilcox se fijaron en los de Brazel, quien tenía la mirada perdida en el suelo. Al parecer, aún sin percatarse de los hombres que ingresaron a la oficina segundos antes.

—Mayor, este hombre viene desde Corona —comenzó a hablar el *sheriff*—, es un granjero que días antes encontró estos restos a las afueras de su área de trabajo. Al principio sospechó que se trataba de un artefacto lanzado por algún habitante de Corona por las fiestas de Independencia, pero hemos llegado a la conclusión de que no se parece en absoluto a cualquier otro objeto que hayamos visto antes.

Mac Brazel alzó lentamente la cabeza para ver a Wilcox y comprendió que el *sheriff* lo apoyaría para evitar que los militares sospecharan algo sobre él.

Uno de los uniformados se acercó a Brazel y con una sonrisa que le inspiró confianza al asustado granjero, le saludó.

—Buenos días, señor. Me presento, soy el mayor Jesse Marcel, jefe

de Inteligencia en la Base Aérea de Roswell. Él es mi compañero, el capitán Sheridan Cavitt —el mayor guardó silencio un momento para que Brazel reaccionara a sus palabras—. El *sheriff* me ha dicho que usted ha encontrado algunos restos en la superficie de su residencia; y al parecer, necesita ayuda para recoger lo que está bloqueando su área de trabajo. ¿Estoy en lo correcto?

El nervioso ranchero asintió al encuentro con el militar.

—Hemos recibido la indicación de mi superior, el coronel Blanchard, de acompañarlo de vuelta al lugar de los hechos. Para su información, antes de venir hasta acá hemos revisado la última documentación en cuanto a la planificación de esquemas aéreos, llevados a cabo por el cuerpo militar sobre San Antonio, Socorro y Tecolote… y puedo decirle que nada coincide con lo ocurrido —el mayor cambió su mirada al *sheriff* con cierta preocupación.

—¡Marcel! —una voz se escuchó. Y antes de que el mayor terminara de explicarle a Brazel la información entregada por su superior, el capitán Cavitt lo interrumpió para mostrarle un curioso descubrimiento—. ¡Mira esto!

El capitán tomó entre sus manos un trozo de lámina y lo arrugó con la facilidad con la que se deforma un pedazo de papel. Cuando abrió la mano, el objeto entre sus dedos comenzó a modificarse nuevamente a su estado físico anterior.

Jesse Marcel contempló el objeto con extrañeza, tomó un segundo trozo de la caja y lo intentó romper con el objetivo de comprobar que todos los restos funcionaban de la misma manera. Para la sorpresa del mayor y del capitán, el objeto no se quebró.

Con cierta incredulidad, el capitán Sheridan se giró sobre sus talones y observó a Mac Brazel, quien para este momento, ya se encontraba junto a los agentes.

—Así como lo ve… el terreno se encuentra repleto de estas cosas —dijo Brazel.

—Hace unos momentos intenté cortar uno de esos hilos, pero es realmente imposible. —La voz del auxiliar del *sheriff* se escuchó a unos metros—. Para ser honesto, jamás he visto un trozo de *fibra* tan resistente.

—Considero que estos trozos de aluminio y palillos provienen de algún artefacto soviético, mayor —intervino George Wilcox—. Si están atacando al país, más nos vale estar preparados para evitar más sorpresas.

El mayor Marcel continuó observando un rato los objetos dentro de la caja. Sabía que si la Unión Soviética tenía planes de comenzar otra guerra, sería tarde para defender al país. Antes de confirmar cualquier teoría acerca de lo que esos escombros significaban, debían acudir al rancho de Brazel para asegurarse de comprender la magnitud del

incidente.

—Señor Brazel —habló Marcel—. ¿Sería tan amable de guiarnos hasta el lugar de los hechos?

—Claro… estaré afuera esperándolos. —El tono de Brazel no parecía muy animado.

—De acuerdo. Tal vez mi superior requiera cierta evidencia antes de partir a Corona. ¿Tiene problemas si conservamos un poco de estas muestras que ha traído?

—Para nada, entre menos tiempo continúen estorbando esos escombros, más satisfecho me sentiré.

El comentario de Brazel hizo que los militares comprendieran que debían darse prisa para ayudar al desesperado ciudadano.

—*Sheriff*, ¿me permite su línea para comunicarme con la base? —preguntó Jesse Marcel.

—Claro… por cierto, sean pacientes con el ciudadano —murmuró el *sheriff* al asegurarse de que Brazel había salido de la oficina—. Su jornada laboral se ha visto comprometida por este contratiempo. Confío en que después de su visita al lugar, todo estará mejor.

—Así será, *sheriff* —el mayor puso la mano en el hombro de Wilcox para inspirarle confianza. Después de eso, comenzó a hablar por teléfono—. Coronel, me encuentro en la oficina del *sheriff*, el ciudadano nos ha autorizado la visita al lugar. Aprovecho para avisarle que también nos ha facilitado una muestra de los restos que se han encontrado en la propiedad, y sería excelente que alguien de la base acudiera a la oficina del *sheriff* para llevarlos de vuelta con usted. Tal vez alguien en el cuartel identifique el origen de todo esto…

Segundos después de hablar por teléfono, el mayor colocó el auricular sobre la mesa. La orden de acompañar al ranchero hasta el norte de Roswell había sido rectificada. Incluso tendrían que pasar la noche en el lugar para analizar el área a detalle y delimitar el incidente.

—Gracias por el aviso, Wilcox —dijo Marcel antes de salir de la oficina—. Vamos a verificar de una vez por todas de qué va este lío.

13

—¡Él es la alegría que se mandó desde el cielo y con orgullo se presenta al señor Franklin D. Roosevelt Jones! —la mujer soltó un grito que retumbó por toda la habitación.

Judy Garland sonando por la vieja radio Air King estaba alegrando el día de la mujer. Tomó el cucharón y se lo llevó a los labios simulando cantar con la misma pasión de la actriz y cantante en *Babes on Broadway*.

El clima era un deleite en ese momento para todos los habitantes de Nuevo México, y para María, era un deleite cantar a todo pulmón uno de los éxitos musicales de los últimos años. El delicioso aroma de un arroz extendiéndose por toda la casa creó un hogareño ambiente que volvía aún más feliz a María.

La mujer atrapó su *Don Q* y se lo acercó a la boca pegándole un profundo trago. A pesar de la hora, María notaba una ligera sensación de estar alcoholizada. Pero la ocasión de cocinar mientras escuchaba la radio y disfrutaba de un ron de 1865, causaba un estado de felicidad en la mujer.

De vez en cuando se inclinaba hacia la puerta para asegurarse de que Isabel continuara jugando en el jardín y no estuviese corriendo por todo el desierto como era costumbre. Con frecuencia, María y Sebastián salían a buscar a la niña porque la pequeña aprovechaba el inmenso terreno para jugar; y con justa razón, la inmensidad del terreno detrás de su hogar no tenía límites. Rocas del tamaño y forma de un automóvil, colinas para ver el atardecer y cielos tan hermosos que terminaban por inundar de estrellas al desierto durante las noches.

«Estoy segura de que esa niña trabajará en alguna industria automovilística cuando sea grande», pensó María al mirar a Isabel jugar con las herramientas de su padre.

La mujer extendió su mano a la última edición de la revista *Life* y comenzó a ojearla con el mismo interés de siempre. Las tensiones entre Michelle Morgan y el director de cine William Marshall, habían ocupado la portada en las últimas tres ediciones de la revista.

Miró la botella casi vacía y dudó si terminarse el resto de la bebida sería buena idea o debía esperar. La cena aún no estaba lista, pero Sebastián llegaría dentro de poco a casa, y lo más probable es que

tendría antojo de terminarse el resto de la botella.

Se quitó el mandil y caminó hasta la radio, no sin antes lanzar un segundo grito para seguir el coro de la banda de Hazel Scott.

Giró la perilla para cambiar de sintonía en la emisora KSWS y escuchando la voz del locutor, colocó el mandil sobre la mesa.

—*…hay que recordar que al terminar la temporada del 44´, Los Carmelitas necesitaban una victoria más para obtener el título, mientras que en octubre, los Yankees se mantenían en un dos a cuatro…*

María alzó el volumen de la radio y se dejó caer sobre la silla para aguardar la llegada de su marido. Alcanzó su revista y comenzó ojearla de nuevo, buscando los artículos de su interés. Pero antes de que empezara a leer las primeras líneas de la página doce, la silueta de Isabel que pasaba corriendo hacia la puerta hizo que María levantara la vista.

La niña entró con los ojos bien abiertos, y cuando distinguió a su madre sentada en la cocina, comenzó a llamarla a gritos.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Isabel mantenía un pálido semblante.

—¡Isabel! ¡¿Qué está pasando?! —Por la manera en que la niña entró a la casa, la mujer sintió cómo el alcohol en su cuerpo se desvanecía de forma instantánea—. ¡¿Qué pasa?!

—¡Otro más! ¡Ven, tienes que verlo por ti misma para que me creas! —La niña gritaba y al mismo tiempo tiraba de la mano de su madre para que la acompañara al frente.

María se levantó de la silla por los gritos de la niña y lanzó la revista sobre la mesa para seguir a Isabel. Temió lo peor.

Cuando madre e hija se encontraban a las afueras de su hogar, la niña tiró con más fuerza al ver cómo su madre se cubría el rostro por los rayos del sol.

—¡Vamos, mamá! Puede que este también desaparezca.

La pequeña, con el corazón acelerado, se detuvo junto al viejo tractor aparcado en el terreno y le señaló el cielo a su madre, en dirección al sur.

—¡Isabel! ¡¿Qué diablos es lo que te sucede?!

—¡Allá arriba! —El dedo de la niña apuntó al cerro que se encontraba a unos diez kilómetros de la casa—. ¡Había una cosa encima de esa montaña, mamá! ¡Te lo juro! ¡Brillaba y se movía!

—¡¿Estás loca?! —estalló María—. ¡¿Para esas tonterías me has preocupado?!

La mujer tomó el brazo de Isabel con energía y la llevó de nuevo hacia la casa.

—¡Ahí no hay nada!

—¡Te lo juro, mamá! Estuvo arriba unos segundos, lo vi bien.

María casi arrastró a su hija por el terreno hasta llegar a la entrada de la casa. Entraron y la acomodó de golpe sobre la silla de la cocina.

La mujer estiró su mano para apagar la radio y con los ojos a punto de estallar, le dijo:

—¡Estoy harta de escucharte decir que ves cosas en el cielo! ¿Tienes idea de quiénes ven esas cosas? ¡Los locos! ¿Eres una niña loca, cariño?

La sarcástica pregunta hizo que la niña mirara a su madre con temor.

María soltó el brazo de la niña y metió la mano junto a la estufa, buscando algo que preocupó a la pequeña.

Atrapó una cuchara de madera, de aproximadamente cuarenta centímetros, y se volvió hacia la asustada niña.

—Mamá… ¿Por qué… no me crees?

La débil mirada de Isabel pareció no importarle a María.

—Pon las manos frente a mí.

—¡No, mamá, te lo juro! —Isabel comenzó a sollozar cuando su madre se plantó frente a ella.

—¡Las manos, Isabel!

Poco a poco y con las manos temblorosas, la pequeña extendió sus manos hasta su madre, quien dejó estallar un eco en la cocina golpeándola un par de veces sobre las palmas.

La reacción de Isabel fue dejar escapar unos gemidos de dolor.

—¡Las personas diciendo esas cosas no saben lo que dicen! ¿De acuerdo? ¡Ahora, vete de aquí y no regreses en un buen rato!

La niña bajó de la silla de un brinco y corrió hasta su habitación con las manos pegadas a su estómago. Su corazón continuaba golpeando contra el pecho por el brusco cambio de emociones en tan poco tiempo y, olvidando por completo la última advertencia hecha por su madre sobre hablar de visiones en el cielo, se encerró en su habitación.

María no bromeaba cuando le dijo a Isabel que si volvía a discutir sobre el tema de *platillos* en el cielo, la castigaría con seriedad.

Con las mejillas rojas por el sobresalto y la furia recorriendo su cuerpo, María cogió la botella de ron sobre la mesa y se la bebió de golpe.

14

Cuarenta minutos de arbustos y arena fue lo que Sebastián manejó desde que les dio la noticia a sus ayudantes de arado sobre tomarse el resto del día libre. Durante el viaje, decenas de pretextos rondaban por su cabeza acerca de lo que tendría que decirle a María por su demora. Las ideas iban y venían, comparándose unas con otras.

«¡El día estuvo perfecto! De no haber trabajado tiempo extra hubiera sido un desperdicio de tiempo. Lo siento.» «El señor Dawson se presentó en el terreno para hablar sobre el inventario y los gastos del proveedor. No tuve más opción que esperar.»

—¿Cigarrillo? —Después de diez minutos sin pronunciar palabra, Martín estiró la cajetilla al alcance de Murrieta y rompió el silencio.

Sebastián aceptó la invitación y se llevó el filtro a los labios.

—¿Crees que los cuerpos continúen allí?

—Espero que sí —contestó Martín—. Realmente quiero comprobar lo que el sujeto mencionó acerca de la apariencia de los cadáveres.

Sebastián miró a su compañero y negando con la cabeza por comprender lo que estaban haciendo, intentó coordinar sus pensamientos. Se encontraban a unos minutos de llegar al sitio que los había mantenido inquietos durante los últimos días y comprendió que debía mentalizarse, sobre todo si el objetivo principal era observar cuerpos sin vida que seguramente, se encontraban en estado de putrefacción para esas horas.

—Recuerda que no vamos a la zona de los restos. El sujeto me dijo que los cuerpos se encuentran sutilmente escondidos por allí. Tal vez sea momento de girar hacia allá —el copiloto de Sebastián señaló a la derecha.

—¿Y cómo se supone que encontraremos los cuerpos?

—Tranquilo, ten un poco de confianza.

Sebastián se desvió del camino para ir hacia el este, mientras un problema mucho más grande se plantó de nuevo en su cabeza: María.

La curiosidad había sobrepasado a la promesa de volver temprano a casa para cenar juntos, en familia. Pero todo lo que habían descubierto a las afueras de Corona tenía otro enigma que solo valía la pena si se comprobaba por ellos mismos.

—¿Te parece si estacionamos la camioneta aquí y comenzamos a caminar? —preguntó Sebastián—. Así evitaremos que el motor de la

camioneta alerte al propietario.

—Sí, al parecer ya hemos dejado muy lejos la propiedad del ranchero, ¿verdad?

—Creo que sí —Sebastián apagó la Ford y respiró con indecisión, para después mirar a su compañero, que le informaba que estaba listo.

Ambos hombres descendieron de la camioneta y miraron a su alrededor con la desconfianza de que alguien los estuviera observando. Si actuaban de manera eficaz, podrían buscar el sitio indicado, estudiar el objeto, incluso fotografiar los cuerpos regados en el campo y regresar a casa antes del atardecer sin que nadie se enterara de su visita.

—Mira, vamos hasta allá… —Martín señaló al conjunto de cactus a unos cincuenta metros de su posición—. Las probabilidades de que alguien nos vea, incluyendo al ranchero, son bajas.

Sebastián no alcanzó a ver cuando su amigo emprendió el trote hasta la dirección señalada, por la forma tan rápida en que corrió. Pero impulsado por la emoción, lo siguió dando grandes zancadas que se hundían en la fina y profunda arena.

—¿La has traído? —preguntó Sebastián, detrás de su compañero.

—No podía faltar… —el hombre sonrió y sacó de su pantalón una cámara tipo Leica G.

—¡Excelente!

Martín le recordó a Sebastián que debían infiltrarse lo más rápido posible antes de que alguien se percatara de su presencia. Al mirar la intención de su compañero, Sebastián se inclinó para imitar sus movimientos. Cuando llegaron al primer cactus para establecerse y comenzar a buscar un siguiente punto de resguardo para descansar, se cubrieron de los agresivos rayos del sol.

—¿Ves aquella roca?

—Sí, también estuve a punto de decirte eso, al parecer ofrece un poco más de sombra…

—¡Vamos! —le gritó Martín a su compañero.

El par de curiosos trotó casi treinta metros desde los cactus hasta la roca arenisca frente a ellos. Al llegar, los sujetos se dejaron caer sobre la sombra de su nuevo escondite y recuperaron un poco de aliento. Sin importar qué tan lejos estuvieran, desde la casa del ranchero era muy fácil distinguir movimientos en el desierto, y ellos lo sabían por vivir en zonas similares.

De momento, la respiración de ambos sujetos se quebró cuando percibieron el primer tufo a putrefacción, tal y como el sujeto le mencionó a Martín.

—¿Es mi idea o huele muy mal?

—Sí… también lo percibí. Pensé que solo era mi idea.

—¿Ves aquel montículo de allá? —preguntó Martín con la

respiración agitada por el trote—. Espera aquí, yo iré a echar un ojo y si logro identificar algo, te avisaré para que me sigas.

Sebastián miró cómo su compañero se alejaba a toda velocidad, mientras él intentaba despejar el sendero en caso de que alguien se acercara.

Segundos después, el silbido de Martín apenas si se logró escuchar en el imponente desierto. Sebastián notó que su compañero le hacía señas con la mano para que lo alcanzara y, sin pensarlo, comenzó a trotar siguiendo su ruta. Cuando el hombre estuvo junto a Martín, se percató de que la nueva posición era mejor para observar a la redonda.

—Mira, aquí tenemos un mejor ángulo para ver si el sujeto sale de su casa.

—¿Te das cuenta de que el olor en este lugar es más penetrante?

—Sí… es asqueroso. Supongo que estamos muy cerca de encontrar los cuerpos.

—¿Aún estás convencido de querer hacer esto? —preguntó Sebastián, dudoso.

—Más nos vale ser rápidos si no queremos caer desmayados en pleno desierto por ese maldito hedor.

El repugnante olor a cualquier otra cosa menos al de un animal muerto se volvía cada vez más férreo conforme se adentraban al pequeño acantilado.

—¡Maldita sea! —murmuró Sebastián.

—¿Qué pasa? —Martín se dejó caer sobre la arena cuando escuchó el grito de su compañero.

—¡No te levantes hasta que yo te avise! —Murrieta se dejó caer al suelo junto a Martín—. ¡Lo que nos faltaba! ¡¿Cuántas probabilidades hay de que alguien aparezca en estos momentos?!

Los desolados exploradores extendieron la cabeza por encima de la arena para estar atentos a lo que sucedía. Sebastián notó que su compañero extraía un par de binoculares de la parte trasera de su pantalón.

—¡Rápido, echa un ojo para ver en qué dirección se mueve el sujeto!

Martín se acomodó sobre la ardiente arena y con los labios temblando del repentino susto, miró hasta la propiedad del ranchero.

A Sebastián se le presentó la imagen de Arthur en su cabeza y las conversaciones que tuvieron en los últimos días. Si se enteraba de su peculiar visita al desierto para ver un par de cadáveres, seguramente le llamaría la atención sobre sus acciones y se metería en problemas con la familia.

—Sebastián… —La voz de Martín se quebró mientras miraba por los prismáticos—. Son autos de los militares y se está acercando a la

casa del ranchero.

15

La respiración de ambos sujetos postrados sobre la arena hizo que los rayos del sol directo en sus caras no les importara en absoluto.

—¿Crees que nos vean si corremos a la camioneta? —preguntó Martín, más que asustado.

—¡Ese no es el problema! El verdadero problema es la maldita camioneta —Sebastián señaló tras de sí—. Tal vez ellos apenas nos logran ver, pero si ven la furgoneta puedo apostar nuestros culos a que estamos en problemas. Préstame esas cosas.

El sujeto extendió los binoculares y se los entregó a Murrieta, quien adaptando sus ojos al efecto visual que causa un binocular al usarse por primera vez, se acomodó para tener una vista más amplia.

—Son tres autos…

—¡Vámonos de aquí!

—¡No! ¿En dónde crees que tienen la vista esos sujetos ahora mismo…? ¡En nuestra dirección! Estamos justamente enfrente. Lo que debemos hacer es esperar a que bajen, y si tenemos suerte, esperar a que entren a la choza.

Sebastián se levantó con sutileza y sin quitar la mirada de los binoculares, caminó un poco a la redonda.

Ninguno de los dos sabía si el sol disminuía la visibilidad de los binoculares o si los agresivos rayos estaban a punto de tirarlos inconscientes sobre las rocas.

—Están descendiendo de los autos, creo que uno de ellos es el ranchero… ¿Puedes mirar por un segundo? —Sebastián se giró y le devolvió los binoculares a Martín, después talló sus ojos por el esfuerzo de ajustar la vista a las lentes dañadas por el tiempo.

—Al parecer están caminando por otra dirección. ¿Qué hacemos?

—Lo que sea menos ir a la camioneta… lo considero un suicidio.

—Sígueme.

Martín comenzó a gatear por la arena lo más rápido que pudo hasta unos arbustos muy cerca de ellos.

Al ver el dilema en el que posiblemente se involucrarían, Sebastián sintió repulsión de sí mismo por cambiar de opinión horas antes. Con las piernas temblando de intriga, el sujeto se derramó en la arena y comenzó a seguir a su compañero, que lo rebasaba por un par de metros más.

Cuando Martín se incorporó junto a la nueva roca, unas voces se escucharon a lo lejos, y ambos sujetos sintieron un dolor en el estómago que los paralizó.

—No te muevas.

Las voces que ocasionaron eco terminaron por confirmar que era el sonido de unas risas por parte de los recién llegados, y que venía de muy lejos.

—Tranquilo, es entre ellos —indicó Sebastián, en cuclillas y mirando por todas partes—. ¡Van camino a la propiedad! Cuando ellos entren a la cabaña será nuestra oportunidad para escapar de aquí. Quédate justo donde estás…

La mezcla del nauseabundo olor, el calor sobre sus figuras y los litros de sudor que ambos sujetos despedían, se convirtió rápidamente en una situación indeseable y eterna. Los amigos percibían muy bien que se encontraban cerca de obtener lo que querían, tal vez unos cuantos pasos más y podrían fotografiar algo de origen enigmático, pero la idea de regresar a buscar los cuerpos después de la intervención militar, sería una vil tontería.

—¡Han entrado! ¡Vámonos! —Sebastián se levantó y corrió lo más rápido que sus piernas le ofrecieron hasta la Ford. Cuando estuvo de rodillas junto a la puerta del conductor, se percató de que Martín no estaba detrás de él. Metió la mano en sus vaqueros con el empeño de sacar las llaves del vehículo y sin quitar los ojos del trayecto que supuestamente su compañero debía seguir, se incorporó para ver mejor.

—¡Hijo de perra! —gritó Sebastián cuando vio que Martín corría hacia el otro lado.

Estiró su brazo por encima de su cabeza e introdujo la llave en la cerradura. Después de eso, el hombre cubierto de arena y sudor se incorporó con rapidez para subir a la camioneta, encendió el motor y con impaciencia, miró hacia la propiedad.

En el momento en que Sebastián consideró como opción alejarse de allí y obligar a su compañero a buscarlo más allá de la zona, se percató de que Martín corría de vuelta al vehículo, tropezando con piedras y con un semblante pálido al intentar llegar hasta la camioneta. Ahorrándole la tarea a su compañero, Murrieta se estiró y abrió la puerta del copiloto.

—¡¿Estás loco?! ¿No te das cuenta de que estuvimos a punto de ser descubiertos por los militares? ¡Maldita la hora en que acepté acompañarte! —Sebastián bramaba con los ojos cargados de ira.

—Fre… Frena. —Sin dar importancia a los reclamos del conductor, Martín intentó respirar con agobio. Por instinto, y porque no tenía otro lugar para sujetarse, el abrumado sujeto se sostuvo de la manija del auto y comenzó a inflar sus mejillas de vómito.

—¡Cálmate o te juro por mi madre que soy capaz de abandonarte aquí mismo!

—Sebastián… detente, por favor.

Murrieta frenó de golpe y bajó de un brinco para ir del otro lado, sin la intención de dialogar con su compañero. Cuando Sebastián se acercó, abrió la puerta y de un brusco tirón, sacó a Martín, quien cayó sobre su espalda en un golpe seco.

—¡Mi puta camioneta no la vomitas, cabrón!

—Escucha… los vi —un ataque de tos interrumpió a Martín—, están deformes… no son humanos…, son niños.

Cuando Sebastián escuchó lo que su compañero decía, cambió su rostro y quedó inexpresivo.

—No podía volver a casa sin comprobarlo… No sé identificar esas malditas cosas… —el hombre comenzó a sollozar en silencio mientras Sebastián lo ayudaba a ponerse de pie.

—Explícame en el camino. Los militares continúan cerca de nosotros y aún pueden darse cuenta de que estuvimos aquí. ¿Qué viste?

Martín se levantó con la cabeza dándole de vueltas y subió a la camioneta gracias a los empujones que Sebastián le daba. En ese momento, se arrepintió con todas sus fuerzas de haber regresado al lugar.

—¡Vámonos de aquí, por favor! —casi gritó Martín, entre sollozos y agarrándose el cabello.

—¡Cállate! ¡Deja de gritar! —Murrieta aceleró sin quitarle la mirada a su turbado compañero.

Junto a él y con un gemido de terror, el asustado sujeto le dijo:

—¡Son niños, Sebastián!

16

La reunión se había alargado más de lo previsto, incluso con solo cinco individuos dentro de aquel cubículo. Los militares en el interior de la estancia apenas si podían moverse por el reducido lugar en el que se encontraban, y el único teniente coronel presente no quitaba la mirada de la excesiva documentación que, tarde o temprano, estaría sobre su escritorio.

—¿Qué opina usted, teniente…?

La voz despistó al superior haciendo que levantara la mirada y con la misma frialdad de siempre, clavara los ojos en su colega.

—¿Qué quieren escuchar de mí? La reunión terminó hace más de quince minutos y ustedes continúan preguntando tonterías sin entender el verdadero propósito.

Los militares inclinaron la mirada de frustración al escuchar las respuestas que recibían a cada una de las consultas administrativas.

—Teniente —habló uno de ellos—, si el proyecto se lleva a cabo, no solo Ohio obtendrá exorbitantes beneficios, sino también Creech y las firmas recolectadas por la base área de…

Pero antes de que el militar terminara de hablar, un golpeteo en la puerta hizo que todos se giraran al unísono.

«Por fin alguien dará por terminada esta maldita reunión sin sentido», pensó más de uno dentro del cubículo.

Y, justo cuando los integrantes estaban a punto de abrirle a quien estuviese llamando a la puerta, una corriente de aire entró causando que todos los miembros se levantaran de sus asientos.

—¿Teniente Dolphin? ¿Se encuentra aquí el teniente coronel Randolph Dolphin? —Los ojos de la alarmada mujer recorrieron la habitación buscando al hombre.

—Sí, ¿qué pasa? —el hombre se levantó de un brinco y moviendo las sillas, alejó a los militares para liberar el paso hasta la entrada.

—Señor, el general Harold Campbell lo solicita de manera urgente en su oficina.

La comunicación entre el general Campbell y el teniente coronel Randolph Dolphin siempre careció de reuniones personales, pero las órdenes desde arriba abarcaban mandatos especiales, haciendo que el teniente acudiera a las ordenanzas sin oponerse o preguntar las razones. Los mandatos de Dolphin eran de *calidad*, y por la apariencia

y la voz de la mujer, comprendió que le tenían una jugosa tarea.

El pasillo por donde el militar y la mujer caminaban después de cerrar la puerta tras la reunión, carecía de alumbrado; tanto así, que era complicado caminar y ver más allá de un metro, pero a Dolphin no le interesó en absoluto porque su atención estaba en otro problema igual de incómodo: su pierna derecha.

La asimetría del corpulento militar al caminar se incrementaba después de permanecer demasiado tiempo sentado, pero después de varios pasos tras la mujer en la oscuridad, cesó el malestar en sus articulaciones.

El despacho del general Campbell tenía la puerta entreabierta dejando escapar una débil luz proveniente del interior, y por las ansias por hablar con su superior, Dolphin aceleró el paso posicionándose por delante de la asistente.

—… evitando así una intervención militar. —La mirada de Campbell se clavó en Randolph cuando lo vio asomarse por la puerta —. Sí, de hecho lo estoy viendo justo enfrente de mí. Hablamos después, coronel —Campbell sonrió y colocó el auricular del teléfono sobre la mesa—. ¡Teniente Dolphin! ¡Es un verdadero gusto verlo de nuevo después de casi once meses de ausencia!

—Igualmente, señor. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Ya lo creo… —el general Campbell se acomodó el pantalón y lo invitó a pasar—. Por favor, tome asiento. ¿Interrumpí alguna reunión importante?

—No, general. Dígame, ¿qué tiene para mí? —insistió Dolphin, inexpresivo.

—¡Señorita Garrido! —gritó el general Campbell a su asistente que esperaba desde la puerta—. Agradezco su atención. Por el momento necesito estar a solas con el teniente…

La mujer asintió con firmeza y cerró la puerta tras Dolphin. Y estando completamente solos, el general le dijo al teniente:

—Dolphin, ¿tiene algún inconveniente en salir a Roswell esta noche?

La pregunta flotó un momento en la oficina creando un silencio entre ambos militares.

—Me encuentro dispuesto para lo que sea necesario, general.

—¡Excelente! —el general sonrió al notar la iniciativa del teniente y se levantó de la silla—. Escuche con atención porque solo lo diré una vez. Hace unos minutos recibí una llamada telefónica desde la base militar de Roswell, y me han notificado que existe una posibilidad de que la Unión Soviética se encuentre sobrevolando nuestros cielos —Campbell se detuvo un momento para mirar la reacción de Dolphin, y prosiguió—. Un ciudadano encontró unos restos en su vivienda hace unos días, y aún no se ha identificado el

origen del material…; todo apunta a que proviene de territorio enemigo.

Los hombres se observaron por unos segundos, y procesada la noticia, el general continuó hablando:

—El coronel William Blanchard recibió unas muestras de lo que se encontró gracias al propietario del lugar. Han estudiado el material en las últimas horas sin acertar a lo que todo eso significa… tampoco se han reportado ataques alrededor del pueblo, haciendo que todo parezca sospechoso. Hasta ahora, solo se trata de material desconocido.

Randolph Dolphin sonrió para sus adentros al escuchar lo que el general le informaba.

—Estaremos en contacto el tiempo que sea necesario —continuó el general—. Requiero un informe diario de lo que ocurra durante su estancia en Roswell y comunicación constante para mantenerme al filo de la situación. Su misión primordial será la obtención de datos y la indagación sobre los planes de vuelo en todo el estado de Nuevo México. Tiene plena autorización de actuar de manera individual en caso de que algún acontecimiento interno bloqueé la trayectoria de la misión. ¿Tiene alguna duda?

—Sí, general —respondió Dolphin—. ¿Tiene idea de la estructura de esos restos?

—Teniente —el general se recargó sobre el escritorio y contempló a Dolphin intentando acomodar sus palabras para evitar malos entendidos. Campbell sabía muy bien que Dolphin era un hombre de ofensiva con estrategias militares envidiables, incluso para él—. Ambos sabemos la razón por la que está siendo asignado a dicha intervención en Roswell… de no ser por su experiencia, ni siquiera tendríamos esta conversación.

—Lo entiendo, señor —Dolphin asintió con un semblante frío.

—Usted es la persona menos empática que conozco desde mi estancia en Nevada —el general soltó una risa para romper el hielo y comenzó a caminar por la oficina—. No se ofenda, lo digo porque sé que no dudaría en obligar a cualquier soldado a hacer el trabajo que nadie quiere hacer, y siendo sinceros, esas instrucciones no las puede girar cualquier militar con un rango como el de usted, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó Randolph.

—¡Bien! Conoce las consecuencias si la noticia sobre un posible ataque de la Unión Soviética se esparciera por ahí. Por esa razón, usted está aquí, y no la bola de necios intentando ganarse mi confianza con halagos tan mediocres como los que utiliza la mayoría —el general cambió drásticamente su rostro a uno más serio y se posicionó detrás de Dolphin—. Escuche muy bien esto, soldado, cuando se presente en la base de Roswell, debe conocer las estrategias

que Washington ha desplegado por lo ocurrido. Sepa usted que al poner un pie sobre Nuevo México, no será el único comisionado para resolver el problema. Tal vez tenga encima a coroneles y me arriesgo a decir que algún otro general, pero no importa lo que digan, usted está protegido por Wright Field.

Al escuchar la aprobación del general, Dolphin notó cómo un sentimiento de exaltación le recorría el cuerpo. Campbell cortó la sonrisa de Dolphin con una fuerte mirada y extrajo una carpeta del escritorio con al menos cincuenta páginas.

—Dentro de esta carpeta se encuentra su itinerario —continuó Campbell—, las normas a seguir y sobre todo, la autorización firmada por Wright Field en caso de actuar por cuenta propia. Su tarea en los próximos minutos será leer este manual.

—Tenga la confianza de que así será, general. —Los ojos de Randolph se extendieron en cantidad y sonrió dejando ver una falsa reacción.

La mirada de Campbell se hundió por unos segundos sobre el sujeto que parecía nervioso por salir de allí. De cierta manera, entendió sus pensamientos. El general conocía el profesionalismo en que Dolphin trabajaba y sabía que haría un buen trabajo sin importar lo que se le atravesara en el proceso. A pesar de eso, no existía mucha confianza entre ellos.

—Desde este momento tiene sesenta minutos para presentarse en el hangar #23 y alistar sus pertenencias. El mayor Munn será la persona que lo encaminará hasta el aeródromo de Roswell, y puedo estar seguro de que llegarán al aeródromo en la madrugada. Por cierto, debe reportar su llegada con el coronel Blanchard porque él conoce su labor y las órdenes especiales que se le han conferido. ¿Alguna duda, teniente?

—Ninguna, señor —contestó Dolphin.

—Tengo mi confianza en usted, soldado. Si la Unión Soviética quiere atacar y comenzar una nueva guerra, así será.

17

María caminó rumbo a la puerta principal de su casa después de observar el atardecer por casi treinta minutos. Entre contemplar el despejado cielo y la arena, la mujer se perdió un rato mirando a una parvada de zopilotes que descendía en la lejanía y emprendían de nuevo el vuelo en dirección a la zona que su hija le había señalado. Aglomeraciones de arena creaban pequeños remolinos a la distancia, y una que otra lagartija corría de roca en roca.

«Nada más.»

«Es necesario quitarle los dulces a esa niña, su imaginación y su creatividad me alteran los nervios», pensó la mujer, al tiempo que hundía la colilla de cigarro entre la tierra con la punta del pie.

Desde que la familia escuchó las consecuencias de fumar durante el desarrollo del bebé, Arthur y Sebastián intentaron ayudar a María a despegarse del tabaco. De ninguna manera consentirían las actitudes de la mujer y, si cualquiera de ellos la sorprendían fumando con los riesgosos cinco meses de embarazo, seguro tendría problemas. Y entre las ideas sobre las posibles amonestaciones que su familia no dudaría en recriminarle si la descubrían con vicio en mano, la idea que más le preocupaba regresó a su cabeza: Sebastián.

«¿En dónde estás, Murrieta?»

María entró a la casa, se colocó una manta en la espalda por el frío que ya se comenzaba a sentir y encendió la leña para calentar un poco de café.

Después de tantas horas, a la mujer le sorprendió que Isabel obedeciera a la orden de no aparecer por la casa en todo el día. De vez en cuando, acercaba el oído a su recámara para corroborar que estuviese todo en orden. Sabía que después de llorar, Isabel terminaba durmiendo por horas… no pudo evitar sentir culpa por lo ocurrido, pero había sido muy clara en sus advertencias y al parecer a la niña no le importó en absoluto.

De repente, María escuchó el sonido de un motor estacionándose afuera de la casa y miró a Sebastián que descendía de la camioneta para caminar hasta la puerta con su chaqueta en hombro. María tomó asiento con la curiosidad de escuchar el nuevo pretexto de su marido, y con la cara seria, se cruzó de brazos. A estas alturas, Sebastián debería tener una excelente justificación para su impuntualidad.

El hombre se detuvo en la puerta unos segundos y dudoso de entrar, metió la llave para después empujarla lentamente.

Gracias a las velas que alumbraban la humilde morada, María contempló la sombra de su esposo mientras el inseguro sujeto se mantenía inmóvil.

—¿María? —se escuchó una ronca voz—. ¿Estás ahí, cariño?

El sujeto rociado en arena asomó la cabeza para distinguir a su esposa y vio a la mujer sentada, con los ojos clavados en la puerta.

—María… sé muy bien que fallé a mi promesa, pero tienes que escucharme, por favor —el hombre cerró la puerta detrás de él y se quedó allí parado—. Uno de los sujetos que conocí en el bar ha dicho que hay algo más que solo basura en el desierto… Todo esto tiene relación con los restos que he traído a la casa, ¿los recuerdas?

La penetrante mirada de María no se despegaba del sujeto mientras él hablaba. La mujer se levantó sin dejar de ver a Sebastián y se acercó a la leña para servirse una humeante taza de café.

—He acompañado a Martín hasta su casa —dijo el hombre—. Él… él no podía llegar solo a casa y me pidió que lo llevara.

Sin mostrar interés acerca de lo que Sebastián le decía, María se volvió a sentar.

—Sé que ya no me crees —dijo Sebastián, ciertamente arrepentido —, y por esa razón, te digo la verdad.

—¡Cállate de una puta vez, por favor! —María apretó los dientes para evitar gritar, y meneó la mano haciendo que el líquido saliera de la taza.

—Lo siento, cariño. Créeme cuando te digo que fue una mala idea —Sebastián guardó silencio al entender que no tenía voz ni voto para comenzar una discusión.

—No me interesa lo que hayas hecho. La niña está castigada y no va a salir de su habitación por un buen rato. Al parecer, escucharte hablar sobre esas cosas en el cielo la ha perturbado lo suficiente.

—María, escúchame… ¡Lo que he traído es algo especial! No es simple basura y puedo estar seguro de que si le pregunto a tu padre… tampoco sabrá qué es.

—¡Sebastián! —la mujer fulminó a su marido con la mirada y soltó un grito—. ¡¿Le has dicho algo a mi padre sobre esta basura?!

—No. ¿Por qué lo dices?

—Esos pedazos de basura son propiedad del gobierno, y si esos cabrones se enteran de que tienes algo que no te pertenece, no solo *tú* estarás en problemas; nosotras nos veremos involucradas también. ¡Deja de involucrar a tu familia en algo que no entiendes, carajo!

Sebastián bajó la cabeza y asintió al regaño de su esposa.

—¡Y ni creas que vas a dormir así! —María recorrió al sujeto con una desagradable mirada a causa del olor a sudor y arena por todas

partes.

—No tengo intenciones de dormir —se adelantó Sebastián—, tengo trabajo por hacer. Más tarde te diré dónde enterraré esa basura.

La mujer alzó los ojos cuando escuchó la tremenda insensatez de su marido, y esta vez le dedicó una mirada con lástima que ni ella comprendió.

—Los escombros estarán a unos metros de la casa; junto a la roca de atrás; a unos siete metros del estanque. Solo tú y yo lo sabremos, ¿de acuerdo?

—Haz lo que tengas que hacer, Sebastián. Creí que eras un adulto y veo que conoces las consecuencias de lo que pueda suceder —la mujer tomó su taza de la mesa y acomodándose la manta sobre el cuello, apagó la débil llama de la vela para caminar hasta su habitación.

De pie en el filo de la puerta, Sebastián pensó en su hija.

«¿Ir a ver a Isabel o terminar esto de una vez por todas?»

El hombre esperó a que su mujer se metiera a la habitación y lanzando la chaqueta encima de la silla, se giró a la puerta con la intención de regresar por una pala.

«Isabel puede esperar un rato más.»

18

—¿Hija?

La cansada voz de Sebastián y el chirrido de la puerta despertaron a la niña de un profundo sueño.

—¡Papá! —Isabel dio un salto y salió de la cama para abrazar a su padre—. ¡Te extrañé mucho! ¿Por qué has tardado tanto? Creí que estarías temprano en casa…

Los ojos de la niña continuaban entrecerrados por despertar tan rápido y aun así, distinguió cómo su padre sostenía un par de emparedados que por el aroma, captó que tenían mermelada de piña.

—Lo sé, hija. Papá tuvo que trabajar hasta tarde con unos clientes, pero ya estoy aquí de nuevo. ¿Comiste algo?

La niña negó con su cabeza al tiempo que echaba ojo a la bandeja que su padre colocaba encima de la cama.

—Traje un par de sándwiches para que cenes, cariño.

Sebastián acarició el cabello de su hija y preguntó:

—Hace un rato hablé con tu madre y me ha dicho que tuvieron problemas. ¿Por qué no me cuentas qué paso?

Pero antes de responder a la pregunta de su padre, Isabel se apoderó de uno de los panecillos y le pegó un par de mordidas. Con paciencia, Sebastián le otorgó unos segundos para que la niña pudiese degustar la cena, y por la manera en que mordía el pan, comprendió que su castigo había sido severo.

—Tómalo con calma, cariño. ¿Quieres un vaso con leche?

Isabel negó mientras los dos bocados atorados en las mejillas se movían de lado a lado.

Cuando Sebastián miró que la niña se abalanzaba por el segundo emparedado, supo que si no bajaban a la cocina, ella podría comerse el plato entero.

—Ven, mi amor, te daré un vaso con leche.

—Sí, papá —contestó Isabel, con un agradable sabor a piña en la boca.

«¿Acaso su propia madre no tiene una pizca de perdón?»

Sebastián cargó a su hija y caminó hasta el comedor. Tomó uno de los candelabros sobre el pequeño altar de María y lo colocó sobre la mesa de la cocina.

—¿Quieres un poco de fruta? —preguntó Sebastián al tiempo que

sentaba a la chiquilla sobre la silla en donde horas antes, su madre la había sentado también.

—Sí, papá. ¿Cómo te fue en tu trabajo? —la niña se quitó los restos de mermelada de su mano y se lamió los labios para limpiar su boca.

—Bien, cariño. El calor es insoportable. ¿Tu madre dejó que jugaras en el patio?

—Sí…

—¿Todo bien?

—Mi madre se enojó conmigo y no pude continuar jugando.

Los pies de la niña se meneaban en la silla mientras buscaba algo más sobre la mesa para comer, pero lo único que alcanzó a ver fue una botella vacía.

—¿Hiciste algo malo? —preguntó su padre al tiempo que rebanaba una naranja.

—No, papá. Te juro que no desobedecí a mi mamá, ella se enojó conmigo por asustarla. Me ha regañado porque hace unos días la espanté como hoy, y después de ese día no quiere escuchar nada acerca de las cosas que he visto en el cielo.

Sebastián se detuvo un momento para procesar lo que acababa de escuchar de su hija y giró la cabeza. Los ojos de la niña se clavaron en el cuenco repleto de frutas que Sebastián ponía sobre la mesa y sin esperar a que su padre tomara asiento, metió la mano tomando un trozo de manzana y se lo llevó a la boca.

—Tu madre también me ha dicho que has visto cosas en el cielo. ¿Qué es lo que ves, hija?

—¡Ya no quiero hablar de eso, papá! Hoy arruiné el día de mi mamá…

—Pero yo no soy mamá, hija —interrumpió Sebastián—. Puedes ser honesta conmigo, y si no has hecho nada malo, tendrás mi confianza, ¿está bien?

La pequeña analizó la lógica antes planteada y asintió con seguridad.

—Fue algo muy raro —Isabel se estiró y atrapó su vaso con leche —, parecía una *cuchara* voladora…

—¿Y estás segura de haberlo visto? —preguntó su padre con la curiosidad al límite.

—Sí…, pero mi mamá me ha dicho que las únicas personas que ven cosas en el cielo, son los locos. —La niña intentaba recordar las palabras de su madre, aunque el objetivo principal a esa hora de la noche era comer y no platicar.

—Eso no es cierto, cariño. En varias partes del país muchas personas han dicho que platillos vuelan por el cielo. Tengo un amigo que trabaja en Albuquerque y me ha confesado que durante su caminata por el vecindario, un avión se movió por el cielo llamando la

atención de las personas. Un avión solo viaja en línea recta. ¿Los has visto?

—Sí, papito —Isabel mordió otra uva sin prestarle atención a la pregunta de su padre.

—Él conoce muchos aviones porque fue soldado en la guerra, pero no sabe cómo explicar aquello. También me ha dicho que parecen discos, como ese juguete tuyo que lanzas en el desierto.

—¡Me encanta lanzar mi disco contigo y con mi mamá! ¿Podemos jugar mañana?

—¡Claro, dalo por hecho! ¿Me cuentas más sobre lo que viste en la tarde?

—¿Me das otro vaso con leche, por favor?

Sebastián se levantó y con una sonrisa por la amena conversación con su hija, le sirvió otro poco de leche.

—Papá, ¿alguna vez has visto esa montaña detrás de la casa?

—Claro que sí, cariño, ¿qué pasa con esa montaña?

—Hoy vi una bolita de papel que subía y bajaba hasta el suelo. Esa cosa se acercaba al suelo muy despacio, y cuando estuvo más cerca de la arena, lo vi mejor… —la pequeña tosió al intentar hablar con el bocado entre dientes.

—¿Sentiste miedo al verlo?

—Un poco —contestó la niña—. Me emocioné porque sabía que si mi mamá lo veía, me creería esta vez, pero solo la espanté… ¡Te juro que no fue mi intención espantarla!

—Yo sí te creo. ¿Por qué no me platicaste nada acerca de esto?

—Porque mi mamá no quiere que te asuste. Pensé que tú tampoco confiarías en mí.

—Puedes decirme lo que quieras. Yo jamás me enojaría contigo por algo así.

—¿Me das más uvas?

—Claro… —Sebastián sonrió, se levantó y caminó hasta la pileta con agua para enjuagar otro racimo de uvas. De frente, sus ojos se clavaron en el lugar exacto donde horas antes se había dado la tarea de enterrar los escombros que bien podrían ser de aquellos platillos voladores que su hija veía en el cielo.

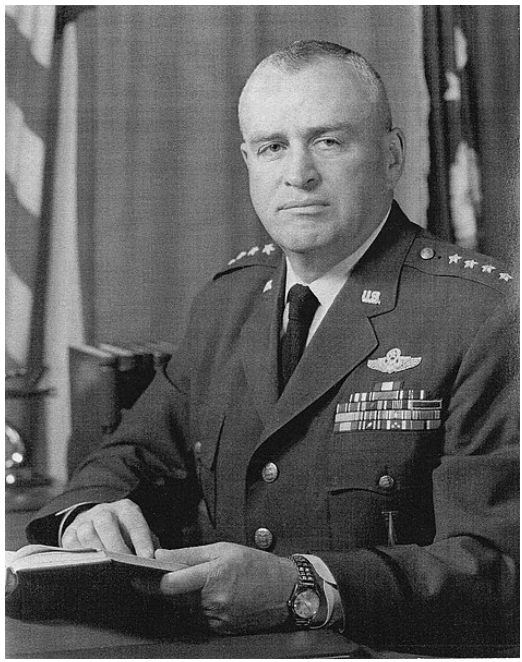
Los pensamientos continuaban bombardeando la cabeza de Sebastián acerca de lo que sucedía en el desierto, y antes de regresar a la mesa con su hija, el hombre lanzó una última mirada a la oscuridad del desierto y suspiró.

—Me gusta mucho platicar contigo, papá —la niña se lanzó a su padre y lo abrazó con fuerza.

—Te amo, hija. ¡Por cierto! —Sebastián miró con decisión a la pequeña y le preguntó—: ¿Te gustaría escuchar un secreto?

3. UN TRASTO FUERA DE CONTROL

7 DE JULIO DE 1947



Coronel William Blanchard.

19

Los primeros rayos del sol le ofrecieron al mayor Jesse Marcel y al capitán Sheridan Cavitt la suficiente luz para comenzar a adentrarse al terreno de Brazel y estudiar el área. El par de hombres al servicio de inteligencia militar en el aeródromo de Roswell caminaron por el campo repleto de palillos de madera y trozos de aluminio, sin comprender lo que veían.

—¿Reconoces algo de esto, Cavitt?

—Parecen hilos y papel de estaño… pero no estoy muy seguro.

—¡Señor Brazel! —gritó Jesse Marcel desde el lugar de los hechos —. ¿Puede venir con nosotros un momento?

El ranchero, a metros del lugar, caminó hacia Marcel y a Cavitt con la tranquilidad de que al menos los militares ya se encontraban estudiando el área. Y aunque ellos tampoco sabían lo que era esa basura, tenían el deber de apoyar a limpiar todo el terreno para que Brazel regresara a sus labores cotidianas.

—¿Sí? —preguntó Brazel con las manos en los bolsillos.

—Señor, ¿sus labores diarias requieren algún tipo de carbonización en esta área?

—Para nada. —La reacción de Brazel ante la pregunta hizo que frunciera el ceño—. ¿Qué han encontrado?

—Mire de cerca —dijo Marcel señalando el suelo mientras se ponía en cuclillas—. Hay partes en la arena que han sido calcinadas por algún tipo de proceso que involucra fuego. Si usted está seguro que no realiza nada parecido, entonces debe ser por otra razón… Hemos llegado a la conclusión de que tal vez se trata de algún proyecto proveniente de Los Álamos, pero por los días transcurridos, lo dudo mucho.

—Solo es una posibilidad —intervino Cavitt—. A estas alturas, Los Álamos debería emitir algún tipo de operación para el rescate en caso de que todo esto sea de su propiedad —el hombre dudó un segundo y miró a su compañero con la misma duda—. Pero si nadie está buscando lo que sea todo esto, es porque nadie ha difundido una orden de búsqueda y rescate.

—¿Alguna otra sugerencia de lo que pueda ser esto? —preguntó Brazel.

—Aquí entre nosotros —Marcel se quitó el gorro y lo usó de

abanico—, he considerado la opción de que todo esto pueda venir de algún platillo volador de los que se han visto últimamente…

Cuando el par de sorprendidos que seguían los pasos de Marcel escucharon el argumento del mayor, se giraron en seco y lo miraron con duda.

—La gente en la ciudad no deja de hablar sobre esos extraños objetos en el cielo, y para ser honesto, los rumores corren como el viento, haciendo que sea una posibilidad.

—No está hablando en serio, ¿verdad, mayor? —preguntó Sheridan Cavitt con cierta incredulidad.

—¿Considera usted que esos discos son algún tipo de cohete soviético? —preguntó Brazel adelantándose a la respuesta de Marcel.

—No lo sé, pero por el testimonio de muchos testigos, puedo determinar que esos artefactos son inofensivos y también muy rápidos; ni los radares en la base aérea los han identificado.

Al percatarse de que ninguno de los sujetos estaba satisfecho con su respuesta, Jesse Marcel caminó con la vista sobre el suelo intentando buscar algo más que le diera más pistas.

«¿Por qué la Unión Soviética utilizaría trozos de madera tan delgados? ¿Será de algún cohete militar ensamblado con hilos?». Por cada posible respuesta que se planteaban, aparecían tres incógnitas más.

Sheridan Cavitt se inclinó junto a un arbusto con las ramas ligeramente fundidas por una aparente ola de calor y arrancó una cuantas hojas para envolverlas con un pañuelo y guardarlo nuevamente en su bolsillo.

—Por la posición del impacto, puedo deducir que el objeto provenía del sur. ¿White Sands? —La voz de Marcel se escuchó de nuevo.

—¿Y por qué no han venido a recoger su *experimento*? —Cavitt tumbó el argumento del mayor y negó con la cabeza—. Dudo mucho que el complejo militar ignore las penalizaciones por no responder ante daños a terceros. Lo siento, mayor, pero no creo que sea de White Sands.

El trío de curiosos continuó caminando por el desierto sin ver nada más que trozos de aluminio y palillos de madera. En su experiencia como líder del grupo de bombardeo 509*th*, Marcel jamás presenció algo parecido, pero sin importar su ignorancia en ese momento, debían actuar rápido para limpiar la zona.

—¿Qué tan cierta es la nota en el periódico acerca de la recompensa por entregar este tipo de artefactos en la base? —preguntó Brazel con una sonrisa de oreja a oreja.

«¿Acaso el sujeto no se da cuenta del problema? ¡Carajo! El dinero es lo único que le importa», pensó el mayor, ligeramente estresado.

—Sí, sí. La base militar lo recompensará por esto…

—¡Marcel, ven a ver esto! —El grito de Sheridan Cavitt resonó por el desierto llamando la atención de ambos sujetos.

El mayor se giró y caminó para acercarse hasta su compañero, quien tenía en la mano un trozo de lámina más grande que cualquier otro pedazo que hubiesen visto durante su rondín.

—Mira, parece… una tipografía. ¿Alguien de ustedes habla ruso? —La sarcástica pregunta del capitán hizo que Brazel se les uniera por detrás.

—Más que letras o códigos, parecen figuras —corrigió Marcel—. ¿Sabes si entre los documentos con información extranjera existe algo relacionado con esto?

—No tengo idea. ¿Usted lo identifica, señor Brazel? —el capitán se volvió al ranchero y lo miró.

Brazel negó por completo.

—Sheridan, necesito que te adelantes a la base e informes al coronel Blanchard lo que hemos encontrado. Deberás expedir una solicitud para que vengan a limpiar todo este caos, mientras yo continúo con la búsqueda de algo más que nos pueda indicar el origen de esto.

El capitán inclinó el fragmento de papel contra el sol para recibir una mejor visibilidad de los aparentes *signos* escritos y con una mirada que Marcel identificó como angustiada, asintieron a la vez.

Con la compañía de Brazel, Sheridan caminó de regreso a la propiedad dispuesto a darle continuidad a la orden del mayor. En la cabeza de los tres sujetos rondaba la misma idea: tal vez la Guerra Fría estaba a punto de dar un giro inesperado.

—Capitán… —dijo Mac Brazel con cierta duda en su voz—. ¿Usted cree que todo esto venga de esos platillos en los cielos?

—Es una posibilidad, señor —Cavitt guardó silencio razonando su propia respuesta—. La Unión Soviética trabaja con científicos importantes, y me temo que hayan ingresado al país ahora mismo. También puede ser una cortina o un proyecto secreto por parte de ciertas bases en el país, aunque siendo sincero… ya lo sabríamos. Por cierto, muchas gracias por la hospitalidad, señor. No me despido porque después todo esto, es muy probable que nos volvamos a ver. ¿Notó algo más aparte de esta basura?

—Una tormenta eléctrica la noche antes de encontrar esto.

—Bien, le agradecería mucho si continúa hablando con mi compañero Marcel a detalle; nos ayudará cualquier tipo de especificación sin importar lo minúscula que sea, ¿de acuerdo?

—Así será, gracias por su tiempo.

—Lo siento de verdad, señor —Cavitt miró con pena a Brazel, quien se miraba frustrado—. No sabemos de qué va todo esto, pero le

doy mi palabra de que mañana temprano podrá continuar con sus actividades.

—Gracias por su atención, capitán. Esperemos todo se resuelva pronto.

Después de la despedida con Cavitt, el granjero observó de lejos al mayor Marcel, que aún se encontraba de rodillas sobre la arena escarbando entre la tierra.

Por las charlas y el trato que recibió de aquellos sujetos, Brazel entendió que no todos los militares producían la intimidación que él consideraba como «normal», y quizás sería buen momento para hablar sobre los cuerpos que encontró más allá del lugar.

El momento había llegado.

Brazel dio un profundo respiro y emprendió la marcha de vuelta junto al mayor Jesse Marcel, ideando la manera más prudente de comentarle el descubrimiento que seguramente, cambiaría la percepción de lo ocurrido.

20

Randolph Dolphin jamás imaginó lo amplio que sería el aeródromo de Roswell. En alguna ocasión tuvo la oportunidad de presentarse en una de las bases militares más importantes de los Estados Unidos para su inauguración por parte del presidente Roosevelt: Forth Hood, Texas, pero la base aérea de Roswell tenía dimensiones tan amplias, que no le pedía nada a otras. Y con justa razón, el Campo Aéreo del Ejército de Roswell fue la base militar encargada de arrojar las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki un par de años atrás. Era obvio que el Grupo 509*th* de Bombarderos gozaba de un gran campo táctico para entrenamiento. Sin embargo, la rutina militar durante su llegada no exhibía la actividad necesaria cuando un posible ataque extranjero pendía de un hilo.

«Si la Unión Soviética se encuentra atacando al país, estoy seguro de que ya hemos perdido la batalla.»

—Por aquí, señor, sígame. —El suboficial delante de Dolphin se percató rápidamente de la cojera que el teniente padecía al caminar y disminuyó el paso—. ¿Le puedo ofrecer algo de comer?

—No, por el momento mi objetivo es comenzar una investigación. Gracias, soldado.

Cuando el par de militares ingresó al hangar P-3 por la puerta trasera, Randolph comenzó a llamar la atención de los presentes. La visita de un teniente coronel proveniente de la Fuerza Aérea de Indian Springs al campo aéreo de Roswell, no era sinónimo de buenas noticias.

Los militares intuían las posibles razones al recibir asistencia por parte de un alto rango militar proveniente de otro estado, y nadie que se considerara novato tenía la oportunidad de conocer lo sucedido, a menos de que se dictaran órdenes a los suboficiales.

Dolphin caminaba por detrás del soldado con aquel porte que tanto lo distinguía, y las insignias adheridas a su uniforme con el bordado que varios oficiales y técnicos identificaron como *Indian Springs Air Force Auxiliary Field*, causaba en todos una imponente sensación de respeto hacia el visitante.

Cuando el oficial encargado de guiar a Dolphin hasta sus superiores abrió una las puertas, el teniente se percató de que la reunión había comenzado.

—¿Se le ofrece algo más?

—Gracias, oficial. Puede retirarse.

Dentro del comité reunido, un militar se incorporó cuando miró a Dolphin y con un semblante que irradiaba seriedad, presentó al nuevo integrante.

—Caballeros, el teniente coronel Randolph Dolphin nos acompañará durante esta labor. Por favor, tome asiento y sea bienvenido, teniente.

—Gracias, soldado —Dolphin se dejó caer sobre una de las sillas y recorrió la vista por todos los militares.

Después de varios segundos y parado junto a un pizarrón, un joven militar continuó con su exposición.

—También se han recibido informes aéreos sobre artefactos surcando los cielos de Texas, Tucson, Arizona y en Ciudad Juárez. La ofensiva aérea no se ha establecido de manera acertada, esto debido a la escasa información con la que se cuenta hasta el momento, pero estamos en espera de las indicaciones por parte de Wright Field para actuar. El mayor Jesse Marcel, junto al capitán Cavitt, se encuentran desde el día de ayer analizando la zona, y sin importar qué descubran, es necesario implementar un objetivo a corto y mediano plazo con la finalidad de proteger el flanco derecho del país.

En ese momento, el hombre deslizó un mapa de los Estados Unidos de América para mostrar ante todos, los puntos específicos a proteger en caso de un ataque por parte de la Unión Soviética.

Mientras el teniente Dolphin paseaba la mirada sobre los integrantes de la reunión, notó que de entre los presentes, al menos tres personas escribían de manera apresurada lo que el anfitrión dictaba.

—Los planes expuestos durante esta reunión serán llevados a cabo solo si un posible enemigo intenta introducirse al país —continuó el militar—. Desde agosto del año pasado, el mundo entero mantiene los ojos sobre nosotros, y para nuestra corta aceptación, el progreso del plan Marshall no agradó con demasía a los soviéticos. Por esa razón, necesitamos que el aeródromo se mantenga protegido las veinticuatro horas del día. El mundo entero tiene los ojos sobre Estados Unidos, y después de nuestra victoria a nivel global, cualquier país desconfía de nosotros… —Después de un corto silencio, el militar clavó los ojos en Dolphin—. Bienvenido sea, teniente. ¿Ha visto los restos que el ciudadano nos ha facilitado?

—Así es —respondió Randolph—, y antes de continuar, les suplico me disculpen por la demora, pues el coronel Blanchard me ha solicitado en su oficina para una breve introducción sobre lo que se vive en el poblado, y el diálogo se ha alargado más de lo normal. Permítanme decir frente a todos los presentes que jamás he visto algo

parecido y que las mismas dudas rondan por mi cabeza. ¿Qué saben hasta el momento?

—Creemos que se trata de un ataque extranjero, teniente —dijo uno de los militares—. Sin importar lo que sean esas cosas, se han dejado ver por varios estados alrededor del país, desde granjeros como el que ha traído los restos, hasta profesionistas en Nueva York. Lo curioso de esto es que *no* existen ataques o amenazas claras.

—Perfecto… ¿Entonces qué esperan para iniciar el movimiento militar?

Los enlistados dentro de la oficina intercambiaron miradas de inquietud por la pregunta de Dolphin.

—Lo hemos hecho, teniente. El mayor Marcel y el capitán Cavitt han acompañado al ranchero para analizar a detalle los restos.

—¿Un par de hombres para todo lo que describe el ranchero? —Dolphin interrumpió al soldado.

—Marcel es jefe de inteligencia dentro de la base y él…

—¿Qué me dice de la investigación aérea? ¿Ya sobrevolaron la zona?

—Los vuelos se llevarán a cabo al término de la reunión.

—¡Oh, entiendo! —Randolph interrumpió al militar por tercera vez —. Posiblemente la Unión Soviética o los nipones nos han vigilado desde hace meses, un ciudadano encontró unos restos sin identificar, ¿y dicen que todo va bien…? Su plan es pésimo.

—Teniente Dolphin —intervino un militar después del incómodo silencio que se creó en la oficina—. Comprendo muy bien su posición como estratega, pero la cuestión que interrumpe nuestros movimientos procede desde Washington.

Dolphin se recargó sobre el respaldo de la silla cuando escuchó las palabras del militar, y sonrió con burla. Frotó su barbilla recién rasurada y pasó sus dedos por las cicatrices causadas por espinillas antes de decir algo. Mientras tanto, el silencio dentro de la sala dio un giro confuso haciendo que el pensativo teniente pusiera tensos a los militares.

—¿Tienen idea de con cuántas personas ha dialogado el ranchero antes de que entregar el material al *sheriff*? —preguntó Dolphin con la vista perdida en el centro de la mesa.

—No, teniente. Por esa razón estamos reunidos…

—¿Y qué esperan para detener los rumores?

—¡Teniente Dolphin! Por lo visto usted no conoce el reglamento militar dentro de la base en Roswell, ¿verdad?

—¡Lo he leído y es primordial comenzar a limitar a los ciudadanos! —Dolphin taladró al militar con la mirada—. En lo absoluto es una actividad que vaya en contra del reglamento, soldado. Los residentes que han visto esto tienen la curiosidad al rojo vivo por alguna

intervención soviética.

—¿Qué propone, teniente? —preguntó el militar parado junto a la pizarra.

Dolphin se levantó de golpe y recargó las manos sobre la mesa, haciendo que todos los reunidos se alarmaran súbitamente.

—La etapa de investigación debió concluir hace horas. Sin embargo, los rumores se esparcen por el pueblo, y ninguno de ustedes imagina la velocidad con la que se están propagando.

—El tema ya se ha tratado minutos antes, teniente —refutó un militar—. Le repito, los grupos en la base seguimos órdenes, lo cual también aplica para usted. Tengo entendido que los militares de otros estados tienen la posibilidad de actuar de manera individual en casos especiales, y solo si las normas expedidas por Washington lo permiten, ¿estoy en lo cierto?

Dolphin aceptó que el militar tenía razón. Si quería mantener el dominio de la situación, tenía que ser más inteligente. Se sentó y cruzó los brazos.

—Necesitamos salir inmediatamente hacia el desierto, medir la extensión del impacto y la trayectoria del objeto dependiendo de la colisión…

—Teniente Dolphin —Una voz cortó la sugerencia de Randolph—. No me he presentado desde que usted ingresó a la reunión. Soy el teniente coronel Chris Wilson y al igual que usted, también he recibido la orden de acudir a Roswell para tomar cartas en el asunto. Le ruego nos tenga paciencia. En cuanto a lo sucedido, el primer sospechoso que tenemos es la Unión Soviética; de no ser así, lo sabremos tarde o temprano.

—Se escucha muy seguro al hablar, teniente —respondió Dolphin —. Hace seis años nos confiamos en que la base de Pearl Harbor estaría segura de cualquier ataque enemigo, pero a los japoneses les importó un huevo nuestra confianza.

—Lo sé… —el teniente Wilson asintió impacientado—. De cierta manera, nos encontramos atados de manos. Pero si usted necesita información especial, puede consultarlo conmigo sin ningún inconveniente… Estamos aquí para apoyarnos de manera mutua y resolver esto.

—Bien, es necesario que alguien salga ahora mismo hacia el Condado de Lincoln para sobrevolar el área —insistió Dolphin—. Es fundamental evaluar la gravedad de lo sucedido, y para evitar malos entendidos, les recomiendo a todos los presentes releer sus códigos y normas —Dolphin sonrió burlón y se levantó de la silla, dispuesto a terminar con la exposición—. También necesito un pelotón compuesto por sus mejores cabos y suboficiales para iniciar el bloqueo de *rumores* entre los ciudadanos; ese es el objetivo principal de Indian Springs y

por consecuencia, mi prioridad.

—Teniente, si no me equivoco, usted tiene la autoridad de actuar de manera independiente en casos especiales…

—¿Y todo esto no es especial? —contestó Randolph, serio.

El suspiro de impaciencia por parte del teniente Wilson hizo que Randolph entendiera que su estancia en la base de Roswell no sería del todo agradable, pero también entendió que su actitud obligaría a los militares a darle lo necesario.

—Usted gana, Dolphin —dijo el teniente Chris Wilson—. ¡Señores! Damos por terminada la sesión. ¡Mayor Martínez! Acompañe al teniente Dolphin al área administrativa para mostrarle los expedientes de la cuadrilla sexta y asígnele un grupo de seis militares para terminar con esto de una vez por todas.

21

—¿Estoy hablando con el comandante Salow, del campo de entrenamientos White Sands?

—*Él habla, ¿En qué puedo servirle?* —se escuchó una voz del otro lado de la línea.

—Me presento, soy el mayor Edwin Martínez y me pongo en contacto desde la base aérea de Roswell, por órdenes del teniente coronel Randolph Dolphin, para solicitar información de la última prueba realizada con cohetes de largo alcance sobre el desierto, al norte de Roswell.

—*¿Para qué necesitan dicha información, mayor?*

—Un percance relacionado con restos metálicos le ha ocasionado ciertos inconvenientes a un ciudadano en Corona. Hemos analizado los restos, pero no provienen de ningún escuadrón de bombas o pilotaje. Hace un momento me comuniqué con la base de Fort Rucker y nos han comentado que por parte de ellos no existen artefactos sobrevolando Nuevo México.

—*¿Qué tipo de artefacto han localizado, mayor?*

—Aún no se ha determinado el arquetipo de los escombros. Hemos intentado manipularlos, hasta destruirlos, pero están fabricados con un proceso complejo. Como dato puntual, algunos pedazos muestran grabadas letras y símbolos… así lo han descrito mis superiores.

Del otro lado de la línea, el comandante frunció el ceño sin comprender a lo que el mayor se refería. Por un segundo sospechó que se trataba de algún tipo de broma, pero también conocía las severas consecuencias para un soldado al intentar bromear con un superior sobre temas tan comprometedores.

—*Permítame un segundo, mayor*.

El sonido del auricular golpeando contra la mesa retumbó en la línea.

Mientras esperaba la respuesta del comandante, el mayor Martínez miró de reojo a Dolphin quien ojeaba unos expedientes sobre aspectos personales de un grupo de militares que lo acompañarían en su pelotón.

—*¿Continúa en la línea, mayor?*

—Sí, comandante, dígame.

—*Bien, en los registros facilitados por la sección de trabajo se indica*

que el último cohete fue lanzado con fecha del dos de julio del actual mes, un misil balístico tipo V-2 con horario de 11:20 de la mañana. Después de la prueba, el cohete se localizó a unos 145 kilómetros de Alamogordo… El cohete se recuperó con éxito, mayor.

«Hace seis días… El informe dice que el ranchero encontró los escombros el jueves por la mañana», pensó Martínez.

—Confirmo su respuesta, comandante. El último cohete se lanzó el día miércoles, un misil tipo V-2, y su recuperación fue a 145 km de Alamogordo.

Dolphin giró la cabeza al escuchar las palabras del mayor y entendió que esos artefactos tampoco provenían del campo de pruebas en White Sands.

—*Correcto. ¿Algo más en lo que le pueda servir?*

—Es todo. Agradezco su atención.

—*La información gestionada se adjuntará a los archivos de la base de Roswell. Si es necesario, podremos continuar con la investigación.*

—Agradecería su atención, comandante. Gracias.

Después de la llamada telefónica, el mayor Martínez observó la reacción del teniente Dolphin, y en su interior temió por el próximo arrebato de frustración al no recibir nada útil por parte de White Sands.

—Cohete V-2, ¿eh? —preguntó Dolphin, con el semblante inexpresivo.

—Así es, señor. ¿Ha tenido la oportunidad de observar su recorrido?

—No, pero conozco su sistema. Durante la guerra, esos misiles destruían calles enteras a una velocidad de seis mil kilómetros por hora, ¿sabe lo que eso significa, Martínez? Los nazis eran unos cabrones tan revolucionados para los años de gobierno que es imposible creer que su *Reich* cayera…

—Ya lo creo, señor. ¿Algo más que necesite?

El mayor Martínez notó, por tercera ocasión desde su estancia con Dolphin, que el teniente coronel permanecía distraído por espacios indefinidos de tiempo cuando hablaba de ciertos temas. Su mirada se perdía en la nada, como si algo dentro de su cabeza se hiciera presente, para después actuar de manera normal.

Un par de segundos después, Dolphin reaccionó y volvió su atención a los documentos sobre la mesa. Extrajo un paquete de Marlboro de su impecable uniforme, y encendió un cigarrillo.

—Necesito que reclute un pelotón con los siguientes hombres —ordenó Dolphin y empujó seis carpetas hacia el mayor—. Tráigalos a la oficina, y si algún capitán o coronel intenta detener el reclutamiento, puede mandarlos conmigo para explicarles las razones de la movilización.

—¡Sí, señor!

Ambos sujetos se llevaron la mano a la sien.

Cuando el mayor Martínez salió de la sala, Randolph se plantó frente a la ventana trasera con vista al desierto, esperando a que los soldados se presentaran en la oficina.

Inhaló una profunda bocanada a su cigarro, y no hizo nada más que esperar.

22

Sin importar los motivos por los que se reunían cada determinado tiempo, para el doctor Paul Lauder era un placer la visita de los Watson a su consultorio. La amistad gozaba de temas para dialogar, como recetas de cocina o, simplemente, para preguntarse cómo se encontraba la familia de ambos lados.

Lamentablemente, en esta ocasión los ánimos de Clara no eran los de siempre. El rostro de la mujer aparentaba decadencia y su peso corporal se había perturbado con evidencia. Aquel decaimiento en ella cambiaría por completo el siguiente diagnóstico que Lauder tuviese en mente.

—¡Clara! ¡Arthur! ¡Qué gusto verlos de nuevo! ¿Les ofrezco algo de tomar? No me lo van a creer… ¿Recuerdan el café colombiano del que les hablé un par de sesiones antes? Mi cuñado viajó a Nueva York hace unos días y consiguió unos cuantos sobres para ustedes, ¿les gustaría probarlo? —el hombre frotó sus manos con un toque hogareño para alegrar la visita de los abuelos.

—¡Gracias, doctor! Con gusto le acepto una taza —contestó Arthur con una sonrisa, mientras ayudaba a su esposa a tomar asiento.

—¡Clara! ¡Querida! ¿Cómo has estado? Le di a mi esposa tu receta de canapés con huevos, pero aquí entre nos —el hombre cubrió su boca simulando complicidad—, uno de estos días tendrás que acompañarme hasta casa para enseñarle a hacerlos —bromeó el doctor.

La pareja de abuelos soltó una carcajada al escuchar el divertido comentario del sujeto con bata y se estrecharon la mano.

El médico especialista Paul Lauder jamás había permitido que sus pacientes sufrieran al entrar en su consultorio. Conocía muy bien el impacto emocional que las personas padecían al ser «sentenciadas de muerte» por alguna enfermedad terminal, y colocarse en los zapatos de sus pacientes en momentos difíciles, era primordial para él.

—Cuéntame, Clara. ¿El tratamiento de ácido fólico te han dado resultados? —preguntó el doctor intuyendo la respuesta de su paciente.

—No, doctor. La verdad, mi esposo y yo no esperábamos llegar con usted de esta manera. El ardor en mi piel se ha intensificado y los mareos me torturan…

La agradable sonrisa del doctor Lauder se desvaneció conforme escuchaba el testimonio de la mujer.

—Doctor, Clara ha tenido pesadillas en las últimas dos semanas —continúo Arthur al observar que el agotamiento de Clara le impedía hablar—. Creemos que se trata del medicamento. También las manchas en la piel se han enrojecido más rápido, incluso con la crema que nos ha recetado.

—En las últimas semanas, ¿cuántos días ha padecido las pesadillas? —Lauder soltó un suspiro de impotencia.

—Cuatro noches —se adelantó Clara.

—¿Está segura? Yo he contado más veces, cariño —intervino Arthur.

—Las alteraciones en el sueño por la ingesta de ácido fólico suelen ser bajas —explicó el doctor—. La dosis que usted consume es para que no existieran alteraciones. Tengo un paciente en Albuquerque tomando cinco cápsulas a la semana, y el efecto secundario más grave que ha presentado son los desagradables sabores en la boca. ¿Duele esto? —preguntó el doctor, con la frágil mano de Clara entre las suyas.

—Un poco…

—Considero prioridad levantar el ánimo de Clarita, ¿les parece? —preguntó el doctor, con una sonrisa llena de esperanza—. Lo mejor que podemos hacer para mejorar su estado físico es suministrarle una solución vitaminada.

—¿En qué consiste la solución, doctor? —preguntó Arthur.

—Beneficios como la vitamina C y ciertos minerales es lo que su cuerpo necesita por ahora. Al suministrarse terapia intravenosa, los componentes del suero son absorbidos por la sangre llegando más rápido al organismo.

—Parece una buena idea. ¿Estás de acuerdo con Lauder, cariño?

—Sí, amor… tal vez lo que necesito es un piquete en mi mano.

—De acuerdo —el doctor se giró y fue tras su escritorio.

—¿Hay buenas revistas para leer en este consultorio, doctor? —La pregunta de Clara despistó al médico—. No creerá que pasaré sentada un par de horas leyendo las obsoletas editoriales de *El hogar y la moda*, ¿o sí? —la mujer se recargó en la silla y comenzó a reír cuando vio un par de ejemplares decolorados por el tiempo.

Lauder no pudo eludir la sonrisa al escuchar el divertido comentario de la mujer, mientras miraba con el rabillo del ojo el par de revistas en el cesto junto a Clara.

—Deben saber que desde que esas revistas llegaron a mi consultorio, mis pacientes prefieren regresar al siguiente día antes de leerlas. Mi esposa tiene mal gusto. —el hombre agradeció la broma de la mujer y se acercó a la puerta—. Regreso en un momento.

Minutos después, el doctor apareció de nuevo en el consultorio con

unos papeles, y lo primero que recordó cuando miró que la pareja de ancianos se abrazaba, fue a sus padres, llenos de lealtad y sincero cariño. Esta vez, el doctor ingresó acompañado de una joven enfermera que sostenía en la mano un frasco de vidrio con un amarillento líquido que colgaba de un delgado tubo de plástico.

—Buen día, señora Watson. Soy la enfermera Ruth Eppers y seré quien la acudirá el tiempo que sea necesario. ¿Le parece bien si nos acomodamos en aquel sillón frente a usted? Nos llevaremos un par de horas para que su organismo absorba toda la vitamina, y lo que menos deseo es que pase un momento incómodo.

—Gracias, hija. ¿Me ayudas? —Clara soltó un momento a su esposo para extenderle la mano a la enfermera.

—Arthur… —La voz de Lauder se escuchó detrás del anciano—. ¿Me acompañas afuera del consultorio? Demos un poco de libertad a las chicas para que se adapten.

—¿Cuántos años tienes, hija? Pareces una niña —dijo Clara a la pecosa y delgada enfermera—. Yo tengo una nieta de seis años y siempre habla acerca de ser enfermera como tú. Dios te bendiga, hija.

—Gracias, señora, es un gusto para mí…

Las voces de Clara y de Ruth se debilitaron cuando el doctor cerró la puerta detrás de ellas. Arthur y Lauder caminaron lentamente a las sillas en la sala de espera, y sin quererlo, pero con la obligación hablar, el doctor rompió el silencio.

—Arthur, realmente es un gusto para mí tenerlos de vuelta en el consultorio. Sabes muy bien que más que solo pacientes, son mis amigos y los aprecio de corazón.

—Gracias, Lauder. Sabes que compartimos el mismo cariño mi esposa y yo —contestó Arthur con una media sonrisa.

—Ambos conocemos el estado físico de Clara, y mentiría si dijera que su salud se restablecerá en poco tiempo —Lauder se tomó unos segundos para procesar lo que decía—; los resultados del análisis de sangre no demostraron ser esperanzadores, Watson.

Arthur se detuvo de golpe y miró a Lauder.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres meses… tal vez cuatro —el doctor le cedió un momento a Arthur para que procesara sus palabras.

Arthur miró a Lauder y sintió la necesidad de entrar al consultorio, abrazar a Clara y salir de allí como si nunca hubiesen llegado a la ciudad. Las palabras del médico hicieron tambalear a Arthur hacia atrás, y al mirar su reacción, el doctor tomó uno de los brazos del adulto y lo encaminó hasta la silla más cercana.

—Ven, toma asiento un momento, solo intento ser honesto contigo, Arthur. Otra opción sería el tratamiento con Clormetina, medicamento conocido como mostaza nitrogenada. Las dosis serían limitadas por el

estado físico en el que Clara se encuentra, mientras que la expectativa es reducir las células dañinas. Durante el tratamiento, Clara será sometida a dietas especiales para la completa función del medicamento. Debo ser honesto contigo y confesarte que este procedimiento solo le otorgaría un par de meses más.

—Lo… lo sé, Paul —Arthur intentó respirar con el labio inferior tambaleando—. ¿Qué precio tiene el tratamiento?

—¿Quieres mi consejo? —Lauder frotó la espalda del anciano para intentar calmarlo—. Dejemos todo en manos de Dios… Han luchado contra todo esto desde hace meses, y Clara se nota cansada, al igual que tú, Arthur. Cada mes, con cada nueva consulta, las fuerzas han disminuido. Por tu decaída apariencia, no me sorprendería saber que has enfermado también —el doctor se tomó otros segundos para organizar las ideas—. Hagamos que los últimos meses de Clara sean de calidad. Dejemos de angustiarla sobre qué medicamentos debe tomar y cuáles serían las consecuencias de los mismos. Ahora, si ustedes deciden continuar con el tratamiento y los estudios clínicos, ten la seguridad de que los apoyaré hasta el último momento.

—Gracias, Lauder —Arthur secó sus ojos con un pañuelo—. Supongo que será lo mejor. En ocasiones, Clara me ruega que no quiere tomar más medicina.

—Después del suero, Clara recuperará las energías suficientes para estar bien un par de semanas. Al final de su consulta, te explicaré cómo instalar los sueros para que se los puedas aplicar en casa los próximos días. Arthur, no importa lo que suceda, disfruta a tu mujer, dale todo el cariño y paciencia que se merece, reúne a tu familia y disfruten de una deliciosa cena con ella.

—Hoy mi nieta la visitará en casa… No se imagina usted cuántas veces me ha confesado que anhela con todas sus fuerzas jugar con ella, cargarla y caminar un buen rato con la pequeña. Yo también quiero que lo disfrute, doctor.

—Así será, Arthur. Tienen mi apoyo incondicional sin importar lo que suceda.

—Gracias, Lauder.

La mirada de Arthur se volvió a centrar en él. La noticia sin duda lo había lastimado, pero de alguna forma, Lauder tenía razón. Siempre será mejor calidad que cantidad.

Watson contempló la luz del sol que entraba por el ventanal del edificio, y la sensación que le provocó el calor tocando su piel hizo que después de mucho tiempo, sintiera un soplo de esperanza.

—Debo entrar de nuevo al consultorio para apoyar a la enfermera —el especialista se levantó del sillón—. Tómate el tiempo que necesites a solas, ¿de acuerdo?

—Gracias nuevamente, Lauder. No sé cómo agradecerte todo el

apoyo que nos brindas.

—No pasa nada, amigo. Por cierto, ¿hueles eso?

Arthur asintió a la pregunta de Lauder.

—Espera aquí y haré que te sirvan una humeante taza de café colombiano. Ese producto sí que es delicioso…

23

El militar abrió la puerta de la oficina haciendo que el marco retumbara dentro del hangar. Sin mucho esfuerzo, el sujeto reconoció el North American P-51 que había sido autorizado para volar en dirección al noroeste. Mientras el militar corría hacia el avión, miró que un grupo de soldados se encargaban de liberar el paso hacia la pista. Sin perder más tiempo, subió por la escalerilla y desplegó la cabina para introducirse a la máquina y comenzar a preparar los controles para el despegue. Antes de cerrar el cristal de cubierta para olvidarse un rato del exterior, el grito de un hombre se escuchó alrededor.

—¡Soldados! ¡Evacuen el hangar y repórtense con el superior en mando! ¡A partir de ahora tienen prohibido…!

George Collins cerró la cabina por encima de él y bloqueó el sonido del exterior para después acomodarse en el asiento y mirar por todos lados; hasta que la compuerta de enfrente estuvo abierta.

Sin importar las veces que utilizara un instrumento de vuelo, el montar un avión, el estar sentado en la cabina y observar cientos de botones, palancas e indicadores por todas partes, le producía al piloto una fugaz desorientación.

Collins encendió la batería y repasó que los sistemas eléctricos y su funcionamiento trabajaran de manera adecuada. Con la cabina cerrada y el cinturón de seguridad sobre su pecho, comenzó a encaminar la mole de casi setenta toneladas hasta la compuerta principal. Después de una serie de maniobras y modificaciones en los controles principales del avión, George Collins observó la pista al frente. Calibró el indicador de velocidad vertical y comenzó a desplazarse por la carretera hasta comenzar el despegue.

Al sentir el potente sol atravesando el parabrisas, Collins se levantó del asiento para desligar la oscura ventanilla que protegería su visión durante la misión. Modificó el altímetro con facilidad y encendió el pequeño magnetófono encima del mando de control.

—Aquí el piloto aviador de primera, George Collins, iniciando el despegue a las doce horas con dieciocho minutos en dirección al noroeste; Condado de Lincoln. Una longitud de *34°07'* y una latitud de *104°49'*. Tiempo aproximado de regreso a la base: veintidós minutos. Hora prevista de llegada al hangar: doce horas con cuarenta minutos.

El volar por el desierto le causaba la misma sensación de siempre, incluso si solo se trataba de analizar y describir una zona especial en el área.

Un par de maniobras después, el piloto despegó de la pista.

Después de casi diez minutos sobrevolando prácticamente «la nada», George Collins comenzó a percibir una ligera desviación de la aeronave hacia el este. De manera acelerada, el piloto corrigió la dirección sin comprender del todo aquella súbita alteración en los controles principales.

—Me encuentro por encima de la comunidad de Arabela, a 35 millas de distancia del punto de impacto —continuó Collins hablando por el aparato—. Hasta el momento, no se ha identificado nada, pero aprovecho para reportar una falla en el control direccional del North American #51. La conducta del localizador con guía vertical funciona correctamente, pero la dirección principal se manipuló de manera imprevista.

No pasaron ni treinta segundos cuando Collins comenzó a percatarse de que a unos tres kilómetros de su posición, una erosión de gran tamaño se formaba en la arena. Conforme el avión se acercaba al daño ocasionado, el deterioro de la arena se acrecentaba con claridad.

—Siendo las doce horas con veintiocho minutos, doy testimonio de lo que estoy observando: al parecer se trata del impacto de un meteorito… no sé explicarlo de manera válida, pero el impacto ha dejado tras de sí un pequeño cráter. En este momento sobrevuelo al área con una longitud de *34°00'* y una latitud de *105°12'*. Alrededor del impacto se divisa una cantidad no identificada de restos como los que han sido proporcionados por el ciudadano… —La voz del hombre se detuvo unos segundos al intentar describir lo que tenía debajo de él —. Aparentemente se requerirá la intervención de al menos veinte soldados para su recolección. Por el impacto del objeto, puedo afirmar que provenía del sur.

«White Sands o Alamogordo tiene que estar detrás de todo esto», pensó el piloto de manera automática.

—Me encuentro modificando la dirección de planeo para volar de regreso a la base. La intervención del grupo de búsqueda y rescate consta de dos rutas para el ingreso a la zona: la primera supone la carretera rural de Arabela en dirección al norte, y la segun…

Pero antes de que Collins continuara grabando su voz en al aparato, un potente destello de luz hizo que se tomara un momento para dar crédito a lo que su reducida vista le permitía.

—A unos tres kilómetros de la zona de impacto… —el piloto dudó unos segundos antes de declarar a la grabadora lo que observaba. Después de instantáneos segundos de duda, se decidió a exponerlo—.

A unos tres kilómetros de la zona de impacto he identificado un artefacto en forma… en forma de lo que a simple vista parece ser un *huevo*… —guardó silencio para pensar sus palabras—. El objeto se encuentra cubierto entre rocas y arbustos. La luz del sol produce una potente iluminación al contacto del mismo, y por esa razón, me es complicado continuar con la descripción.

El piloto tragó saliva y regresó la mirada al frente; de no ser así, podría perder la vista por la potente luz del objeto. Collins consideró la posibilidad de que una alucinación en su cabeza le estaba jugando una broma, pero la *cosa* tendida sobre la arena lo deslumbró con fuerzas, dejando en claro que ahí existía algo más que un meteorito.

Con una ligera sensación de temor que recorrió su cuerpo, Collins apagó el aparato frente a él y, sin decir nada más, giró el avión para regresar a la base. No tuvo más palabras para describir lo que descansaba en medio del desierto.

24

El joven soldado se hallaba al costado de Dolphin, quien, a su vez, intentaba definir el confuso mapa extendido sobre la mesa. Bodgan Dunne no le quitaba el rabillo del ojo al teniente y a su manera de analizar el plano, notando que los gestos de ese hombre se palpaban extraños, anormales.

—¡Teniente Dolphin! —se escuchó una voz desde la puerta—. El pelotón se encuentra preparado para salir. ¿Necesita algo más?

Randolph se incorporó lentamente sin despegar la mirada del mapa, y la cambió en dirección al mayor Martínez, que esperaba impaciente.

—Sí —contestó Dolphin con un tono de voz casi apagado—. Antes de partir al área del incidente necesito la ratificación de las zonas a desviar.

—Los parlamentarios tienen la orden de acordonar el margen occidental de Roswell, terminando en el poblado de Ramón, al norte. Eso mantendrá a cualquier ciudadano alejado del área mientras trabajamos.

—Perfecto —dijo Dolphin—. El soldado Bodgan Dunne y un servidor estaremos con ustedes en unas horas. ¿Sabe algo del oficial Collins?

—Hace unos minutos han aterrizado un par de aviones, me parece que es él.

—Perfecto.

—Señor, respecto a la hipótesis de que los objetos son originarios de la Unión Soviética… considero que es buen momento para contactar al Reino Unido y solicitar la información actual. Si los rusos han comenzado a atacar al país, estoy seguro de que el primer golpe fue contra los ingleses.

—Hemos considerado la posibilidad, mayor. ¿Algo más?

—No, señor, es todo. Con permiso.

Randolph ignoró al hombre y regresó sus ojos al mapa. Según él, debieron partir al desierto hace horas, pero por lo visto, las cuadrillas aún seguían en la base militar. El tiempo era su peor enemigo durante esos momentos, y a nadie más le importaba.

—Escuche con atención, soldado. —La gruesa voz de Dolphin agitó los pensamientos del soldado Dunne—. Necesito que se mantenga

alerta del aterrizaje del piloto Collins. En cuanto ponga de nuevo ese avión sobre la base, es necesario notificar los detalles aéreos del terreno.

—¡Sí, teniente!

El soldado caminó hasta la puerta con el fin de respetar la orden del superior, pero antes de que el soldado cruzara la entrada, un grupo de militares escoltando a George Collins se acercaban a la oficina a toda velocidad.

«Listo, el piloto ha llegado.»

—¡Teniente coronel Dolphin! ¿Sus hombres se han retirado al desierto? —el teniente Chris Wilson gritó al entrar.

—Sí, ¿ocurre algo?

—El oficial Collins arribó momentos antes con noticias extraordinarias, y considero oportuno escucharlo antes de que su pelotón salga hacia el desierto…

Dolphin se cruzó de brazos y fijó la vista en el piloto, quien se notaba ligeramente confundido.

—Teniente, en el rancho del ciudadano hay algo más que solo escombros esparcidos. A unos dos o tres kilómetros al sureste de San Antonio, he visualizado un objeto con forma ovalada de un color plateado muy brillante. Si no fuera por el reflejo del sol, no lo hubiera notado tan fácil.

Al escuchar el testimonio del piloto, a Dolphin se le dibujó una tétrica sonrisa en el rostro. Las manos de Collins se apreciaban temblorosas, y por la manera de hablar, se percibía una aridez en la boca. Sin embargo, la inesperada noticia era música para los oídos de Dolphin, que cada vez confirmaba el hecho de que todo aquello *no* provenía de la Unión Soviética.

—Durante el vuelo he registrado mi testimonio y hoy por la noche tendrá mi informe, teniente —continuó Collins—. A simple vista, puedo describir aquel *objeto* como un huevo. Pero de algo sí estoy seguro: he intentado recordar algún artefacto similar y no puedo asimilarlo con nada que haya visto antes.

La mirada perdida de Dolphin irritó al teniente Wilson, quien para esos momentos, ya se encontraba fastidiado.

—Mi pelotón se encuentra en camino al condado de Ramón, gracias —dijo Dolphin—. Por mi parte, me encargaré del registro de información conforme se represente en Washington; en el proceso, eviten interponerse. Mis órdenes provienen desde Nevada, no de aquí.

Sin más que agregar y frustrado, el teniente Wilson dio indicaciones a los cuatro cabos para que lo siguieran fuera del lugar.

—Te necesito un momento, Collins —pidió Dolphin—. Ese informe no lo requiero en la *tarde* como usted lo ha dicho, necesito los detalles ahora. Después de eso, puede regresar a sus actividades.

—Cinco minutos, teniente. Después de eso, necesito al piloto Collins bajo mi disposición —contestó el teniente Wilson.

Con la puerta cerrada y sin nadie más en la habitación, el teniente Dolphin extrajo otro cigarrillo, lo encendió y sin quitarle la mirada al soldado que tenía al frente, le preguntó:

—¿No piensa tomar asiento, soldado?

—Sí, gracias.

—Háble me un poco más sobre el objeto… ¿Parece algún tipo de cohete?

—No, teniente, parecía un tanque. A simple vista, tenía el tamaño de un Lockheed, pero no era un avión o algo que hubiese visto antes.

Al notar la incertidumbre del hombre, Randolph abrió la gaveta del escritorio mientras exhalaba una gran nube de humo. Tomó una hoja del interior, y se la extendió al piloto.

—Por favor, dibuje lo más detallado posible el objeto que vio en el desierto. Es libre de tomarse el tiempo que necesite.

Dolphin se levantó de la silla y caminó hasta la ventana para ofrecerle cierta libertad a Collins. Segundos después, escuchó el llamado del soldado confirmando que estaba listo.

Cuando el militar tomó asiento para observar el boceto creado por el joven soldado, el teniente golpeó la colilla sobre el cenicero y procedió a echarle un vistazo al trozo de papel.

Collins se dio cuenta de la inexpresiva ojeada que Dolphin pegaba al dibujo, y cambió la mirada.

El teniente se recargó sobre el respaldo, tomó las cerillas junto al cenicero y sin dudarlo, incineró la hoja de papel frente a Collins. Miró al piloto y con el tono de voz más frío que alguna vez Collins escuchó de alguien, le preguntó:

—Oficial, ¿usted cree en la vida fuera de este planeta?

25

—¡Papá! —exclamó la niña con el recipiente de comida entre sus manos.

—¡Lo siento! No fue mi intención, querida —contestó Sebastián, después de esquivar una serpiente que cruzaba el camino—. ¿Te has ensuciado?

La cara de molestia de Isabel desde el retrovisor hizo que Murrieta sonriera por la forma tan chusca en que lo veía. Con tan solo seis años de edad, la niña podía enojarse igual que sus padres y recriminarlos cuando lo necesitaban.

A Sebastián no le quedó de otra más que sonreír y mirar de reojo a María, quien también lo miraba con molestia.

—¿Has traído el regalo de tu abuela? —le preguntó Sebastián a la niña.

—¡Sí, papi! —Isabel se estiró para mostrarle el dibujo de elefantes, perros y lo que parecían ser unos borregos junto a una casa—. Creo que el pelo de mi abuelita se ve un poco raro. Mamá, ¿tienes una pluma para arreglarlo?

—No, hija… pero estoy segura de que a tu abuela le encantará. Ahora siéntate, tu padre no puede verte mientras conduce.

La niña obedeció y agarró la cacerola con el guante de tela intentando que no se agitara por el movimiento del auto.

—Sebastián, mi madre me ha dicho que la puerta trasera tiene problemas al abrirse. ¿Crees que mi padre tenga las herramientas para arreglarla?

—¡Tu padre tiene las herramientas suficientes hasta para construir un Landkreuzer! —Sebastián soltó una risotada mientras María intentaba comprender el chiste, y cuando vio que ninguna de las mujeres le siguió la broma, se explicó—: Cariño, el Landkreuzer pudo haber sido el tanque de guerra más grande creado por los nazis durante la Guerra; el peso de la máquina rondaría las 900 toneladas. En el prototipo agregaron un par de cañones que tendrían como objetivo destruir ciudades enteras, y a los costados pensaban agregarle un par de cañones más.

—¡Increíble! ¿Qué más podía hacer ese avión, papá? —preguntó Isabel, emocionada.

—Pudo haber sido un tanque de guerra, no un avión, cariño.

—¿Y qué es un tanque de guerra?

—Es un arsenal móvil que arrasa con todo lo que se le cruce en su camino. Es como un camión… pero con armas. Sus ruedas son diferentes a las de un automóvil y están rodeadas de cadenas que ayudan a moverlo… tal vez tu abuelo tenga fotografías en su casa.

La niña se recargó en el asiento y contempló el desierto por la ventanilla intentando imaginar lo que su padre le platicaba.

—Y eso no es todo, hija. Cuando los nazis probaron…

—Sebas, cariño, mejor oríllate un momento…

Cuando Sebastián escuchó a su esposa, los ojos del hombre se posaron en el retrovisor, y notó que al menos dos camiones estilo militar se acercaban a toda velocidad detrás de ellos. Sin perder la calma, Sebastián disminuyó la velocidad y comenzó a salir del camino por donde venían los sujetos. Por la cortina de humo detrás de los camiones, entendieron que se acercaban muy rápido.

—Isabel, cierra la ventanilla, por favor.

La niña obedeció sin decir nada y acomodó la olla junto a ella para que, cuidadosamente, pudiera acercarse hasta la manija.

—¡Pero qué prisa llevan, por Dios! —exclamó María.

—Dejemos que pasen… tranquilas.

A los pocos segundos, una tropa de camiones tipo CCKW rebasó a la familia Murrieta, creando una ola de arena que envolvió al automóvil y limitó la vista de todos allí dentro.

Sebastián pisó el acelerador y muy despacio fue introduciéndose en el camino de arena.

A trescientos metros de su punto, los camiones giraron en dirección a Arabela.

—Se dirigen a la casa de mis padres. ¡Acelera!

Por la manera en que María gritó, a Sebastián se le erizó el cuello, y su pie se hundió en el acelerador.

—Tranquila, dudo que el problema esté relacionado con tus padres…

Después de tensos metros en los que ninguno de los integrantes de la familia habló, se percataron de que los camiones frenaban de manera violenta y revolvían arena por todas partes.

—Se han parado, creo que se dieron cuenta de que los estamos siguiendo… Sebastián… ¿Qué hacemos? —María comenzó a respirar con velocidad y miró a su marido igual de asustado.

—No tienen derecho a detenernos. Vamos de visita con tus padres… nada más —contestó Sebastián, al tiempo que apretaba el volante.

En el asiento trasero, la niña vio cómo su padre alejaba el cinturón de seguridad de su pecho y abría la puerta para salir a lo que parecía ser un inconveniente con los militares. Pero cuando el hombre puso el

pie sobre la tierra, los camiones iniciaron nuevamente la marcha. En esta ocasión, cambiaron de dirección.

—¡Dios mío! ¡Regresa al auto, Sebastián! —María sintió paz al darse cuenta de que los militares no tenían intenciones de continuar hasta la casa de los Watson o de interrumpir su viaje.

—¡Mamá, pensé que iban a ver a mis abuelitos! —se escuchó la voz de Isabel por detrás.

—Yo también, hija. Ahora me siento más tranquila…

María se giró con alegría al saber que los militares no viajaban hasta casa de los abuelos por alguna emergencia, pero a Sebastián, el miedo a lo desconocido lo invadió de nuevo.

El hombre tragó saliva e intentó dibujar una sonrisa en su rostro para ocultar la inquietud de ver cómo los militares giraban en dirección al rancho donde días antes habían encontrado unos escombros regados, y supuestamente, un par de cadáveres.

26

—¡Princesa! —Arthur se inclinó para imitar la estatura de su nieta y la abrazó.

La niña y su abuelo intercambiaron unos segundos de cariño con la misma felicidad de siempre, para después entrar corriendo y buscar a su abuela en la habitación.

A pesar de las sonrisas y abrazos entre la familia, María y Sebastián percibieron el lamentable ánimo en que Arthur se encontraba; las ojeras cada vez más perceptibles, y la espalda encorvada se intensificaba con rapidez. La pareja sabía que los abuelos habían viajado hasta Roswell temprano por la mañana para visitar al doctor y continuar con sus consultas, pero sin importar la preocupación de María, sabían que el momento oportuno para preguntar por los resultados de su madre tenía que esperar.

—¡Arthur! No vas a creer lo que María ha preparado para ustedes: ¡Un delicioso caldo de verduras con sus respectivos garbanzos! ¡Igual de picante como les gusta!

—¡Exquisito! ¡Gracias a los dos! No saben cuánto apreciamos Clara y yo que nos ayuden cocinando. Por cierto, nosotros hemos comprado un pequeño pastel en el pueblo.

Por la puerta y de bata, la abuela se asomó con paso lento para saludar a las visitas. Detrás de Clara, Isabel hablaba sin parar sobre lo que había hecho en las últimas horas.

—¡Mamá, ten cuidado! —María se abalanzó sobre su madre, que intentaba bajar por los escalones—. No es necesario que salgas a recibirnos, en un rato estaremos contigo.

—¡Clara, te ves muy bien! —gritó Sebastián desde el auto—. ¡Por lo visto tu visita con el médico fue productiva!

—Me siento bien, querido. El doctor me ha recomendado caminar para despejar la cabeza del «no puedo» y me ha surtido vitamina para levantar mis ánimos.

—¡Me alegro de escuchar eso! Regresa a la casa y en un momento estaremos contigo —contestó Sebastián—. Hija, ten cuidado con tu abuela, no queremos que resbale y se lastime.

La niña asintió mientras corría detrás de su abuelo y lo abrazaba

por las piernas.

—¡Te extrañé mucho, abuelito!

—Y yo a ti, preciosa. Ven, ayudemos a tu padre a bajar la comida del auto.

—Oye, Arthur, María me ha dicho que tienen problemas con la puerta trasera. ¿Qué es lo que pasa?

—Por el constante uso, supongo —contestó Arthur—. En más de quince años la madera se ha desgastado, y creo que es hora de cambiarla por completo.

—Durante el día me gustaría echarle un ojo para arreglarla, ¿te parece?

—Sería perfecto, gracias.

—Abuelito —dijo la niña adherida al pantalón de su abuelo—, antes de llegar con ustedes, vimos un camión de soldados que venían para acá. Mis papás y yo pensamos que estaban en problemas, pero cuando vimos que se fueron por otro lado, me sentí tranquila.

El comentario de la niña hizo que el par de adultos guardara silencio y se mirara entre ellos para hallar las palabras adecuadas y explicarle lo sucedido a la niña.

—Tus abuelos están bien, hija, algún vecino debió tener problemas y fueron a ayudarlo. ¿Por qué no le muestras a tu abuela el dibujo que has hecho para ella?

—Pero ustedes no tienen vecinos, abuelito… —contestó la niña.

—¡Sí! Seguramente querrá verlo. ¿En dónde está el dibujo? — Arthur cortó los comentarios de la niña y la motivó a entrar a la casa.

—¡Ven, quiero que tú también lo veas, abuelito! —la niña tomó de la mano a Arthur y lo llevó hasta la entrada de la casa.

Ambos adultos se lanzaron una mirada al saber que a Isabel no se le olvidaría tan fácil el incidente de los militares, y no hicieron más que sonreír. Sebastián cerró la puerta del auto y caminó hasta la vivienda detrás de Arthur y de Isabel.

—… por un instante pensé que se encontraban en problemas. ¡La cara de Sebastián cambió por completo! ¡Debieron verlo! —María le platicaba a su madre el suceso.

Sebastián entró a la casa e ignorando las miradas por parte de las mujeres, cambió el tema de conversación mientras ponía la olla sobre el carbón.

—Clara, hace un rato María me ha dicho que la puerta trasera falla al abrir y cerrar. Si me lo permites, voy a encargarme de eso.

—¡No es momento de que te ensucies las manos, Sebastián! — contestó Clara acercándose a su yerno—. Siéntate, es hora de comer.

Arthur y Sebastián se miraron de reojo intentando mantener la paciencia. Sin mencionar nada acerca de lo ocurrido, ambos hombres sabían muy bien que tenían que hablar, no de lo que vieron antes de

llegar con la familia, sino de lo que tenían guardado. La tensión emocional entre suegro y yerno hizo que María mirara de reojo a su padre mientras ponía los cubiertos sobre la mesa, para enseguida, mirar a su esposo.

—Y este eres tú, abuelito. ¿Te gusta? —Isabel se recargó sobre el abuelo con el dibujo.

—¡Me encanta! Ahora ve a lavar tus manos, es hora de comer.

La niña brincó de la silla y jalando la camisa de su abuelo en un intento de bromear con él, salió corriendo hasta el patio, atrapó la barra de jabón al interior de la cesta y subió al pequeño bote oxidado junto al lavabo para meter las manos al estanque de agua. Talló sus manos una con la otra y cuando estuvo a punto de terminar, unos golpeteos en las piernas hicieron que sacara las manos del agua y se girara.

—¡Hola, perrito! —la niña agarró su vestido para secarse las manos y se bajó del bote para acariciar al perro que apareció entre el terreno de los abuelos—. ¿Tienes hambre? Ven, le diré a mi mamá que te sirva comida.

La niña entró a la casa de un brinco seguida de Bruno por detrás, moviendo la cola de un lado a otro al percibir el dulce olor a estofado.

Mientras Sebastián y María se encargaban de repartir los platos de un delicioso adobo con trozos de papa y rodajas de jitomate, Arthur ayudaba a Clara a sentarse en la silla.

Y sin nadie que estuviese prestando atención a los movimientos de la niña, el can pegó un brinco sobre la silla para después subir las patas delanteras a la mesa y alcanzar todo lo que su hocico pudiese agarrar.

—¡Mamá! ¡El perro se ha robado un trozo de pan!

Todos se giraron al unísono al escuchar los gritos de Isabel intentando bajar al perro de la silla.

—¡Bájate de ahí, perro sucio! —gritó María al tiempo que tomaba el periódico y caminaba hasta el can. Pero antes de que la mujer y Sebastián se abalanzaran sobre el animal, este pegó un brinco y se alejó corriendo con el hocico repleto de comida.

Clara soltó una carcajada por el asustado rostro de Isabel, al ver cómo la niña esperaba el regaño de su madre por «invitar» a comer al perro.

—¡¿Por qué has dejado subir al animal a la mesa?! —le gritó María.

—¡Deja en paz a mi nieta! —intervino Clara entre risas por la cómica escena—. ¡Ven, cariño! Aquí nadie se queda con el estómago vacío, ni el mismísimo Bruno.

La fría mirada de María recorrió a Isabel, quien sonreía y se acercaba hasta su abuela.

Detrás de ellas, Arthur le colocaba una cuerda en el cuello al perro para llevarlo hasta la entrada de la casa y amarrarlo mientras comían.

—Bruno también recibirá su parte, pero debemos sujetarlo mientras comemos, ¿de acuerdo? —Clara abrazó a su nieta.

Y antes de que Arthur lograra atar al perro en la puerta, el animal escapó de sus manos y comenzó a brincar de un lado a otro jugando con su dueño.

Las risas de Clara al ver a su esposo intentando agarrar al perro, contagiaron a Isabel, y la niña contagió a los demás con su sonrisa mientras el perro se perdía nuevamente por el amplio desierto sin intenciones de regresar en un buen rato.

27

Después de merendar y de charlar sobre los planes que tanto le emocionaban a la familia, como ir a Texas un fin de semana y degustar el famoso gourmet a las afueras de Luboock, los adultos se encontraban platicando sobre lo ocurrido horas antes en Roswell y el movimiento que lograron percibir en el poblado. Sin embargo, en esos momentos a los Murrieta les interesaba algo más: los resultados médicos de Clara.

Por la hora, y la tensión que ya se sentía en la mesa, María rompió la prudencia y aprovechó la oportunidad de que Isabel se encontraba jugando fuera para lanzar la pregunta.

—Y bien —dijo con un nudo en la garganta—, no hemos preguntado nada acerca de tu visita con el doctor Lauder, mamá. La verdad es que no queríamos que Isabel escuchara alguna noticia que la pudiera impactar, pero… me gustaría escucharlos.

Tanto Clara, como Arthur, bajaron las miradas guardando silencio por unos segundos. Cuando los Murrieta vieron la reacción de los abuelos, María tragó saliva esperando recibir el «golpe».

—Hija, estoy bien. El doctor me ha dado los ánimos suficientes para estar aquí y ahora con ustedes. Es lo importante, ¿no?

La respuesta de Clara no terminó de convencer a la pareja, que se encontraba impaciente por escuchar lo que Arthur tenía que decir. Por la manera en que el anciano inclinó la cabeza, entendieron que algo no marchaba bien.

—El doctor ha reducido la dosis de ácido fólico a partir de hoy —continuó Clara—, y en la consulta me ha inyectado vitaminas que han hecho efecto muy bien. Si no fuera por esa consulta con el médico, puedo apostarles a que estaría en cama durmiendo ahora mismo.

Pero antes de que Clara terminara de tranquilizar a su hija y a su yerno sobre el diagnóstico del doctor Lauder, un ligero sollozo proveniente de Arthur hizo que María se levantara de la silla y se acercara hasta su padre a toda velocidad.

—Papá… tranquilo. ¿Qué fue lo que les dijo el doctor, mamá? —María abrazó a su padre que aún continuaba cabizbajo y cubriéndose el rostro para evitar que lo vieran.

—El doctor Lauder estima que tres meses son muy buenos… —dijo Arthur mientras limpiaba sus ojos.

Al escuchar el comentario de Arthur, Sebastián y María sintieron un fuerte dolor en el estómago que los derrumbó por completo. Los ojos de Sebastián se fijaron en Clara intentando asimilar lo que acababa de escuchar, mientras que del otro lado de la mesa, María continuaba abrazando a su padre al comprender la razón de su llanto.

Los Murrieta conocían muy bien el estado anémico con el que Clara había luchado durante los últimos meses. Sabían que la leucemia poco a poco se incrementaba en el organismo de la anciana y que el destino sería inevitable. A pesar de eso, siempre confiaron en el tratamiento que el doctor Lauder les ofrecía, pero ahora recibían la noticia de que el tiempo jugaba en contra de la familia.

—Por favor, no le digan nada a Isabel, no aún… —dijo Clara, esta vez con lágrimas en los ojos—. La niña no está preparada para escuchar algo así, y quiero mantener su hermosa sonrisa hasta el último momento.

—¿Están seguros de que no hay otra opción? —preguntó María llorando.

—¡Por favor, guarden la compostura! —exclamó Clara, para todos —. En cualquier momento Isabel entra por esa puerta, y si los atrapa con ese semblante, tendremos que hablar con ella también. Es una niña muy astuta y no descansará hasta saber por qué sus padres y sus abuelos están llorando… No es el momento para que lo sepa.

Los cuatro adultos sentados en la mesa se tomaron unos minutos en silencio para aclarar sus pensamientos. Arthur levantó la cara poco a poco y observó a su yerno con la mirada sobre un vaso de agua frente a él. Recorrió la mesa mirando a María y a Clara, que al igual que todos, se encontraban en un deprimente silencio.

—El doctor Lauder nos ha ofrecido un tratamiento que es utilizado para pacientes terminales —habló Arthur con la voz ronca—. La «mostaza carbonizada» podría disminuir un poco la enfermedad. El médico ha dicho que algunos pacientes en Albuquerque y en California se han sometido a este procedimiento dando mejoría en los diagnósticos, pero… tu madre no está muy de acuerdo con eso.

—Mamá… ¿Por qué no quieres? —preguntó María limpiándose las lágrimas.

—Hija, es un tratamiento muy caro —Clara contestó sin titubeos—. El dinero no es un privilegio del que podamos gozar. Además, el doctor me ha dicho que las probabilidades de una recuperación total son bajas.

Al escuchar la decisión de su madre, María se soltó nuevamente a llorar. No lograba comprender la posición de su madre, y tampoco Sebastián, quien se encontraba sin decir nada.

—María, hija, lo último que deseo es irme de aquí y dejar a mi familia comprometida con el banco. Tienen que entenderlo… igual tú,

querido.

Clara tomó la mano de Arthur entre las suyas, y se miraron un buen rato, con el mismo cariño de siempre.

—Clara… —Después de un silencio, Sebastián habló—. Para nosotros no es ningún problema ayudarlos. Yo sé que el doctor Lauder nos apoyará con los pagos del tratamiento y si es necesario, con ciertos porcentajes… Deberías considerar la propuesta del médico.

A un lado, Arthur miró a su esposa con la esperanza de que la mujer aceptara el apoyo de María y de Sebastián, pero al observar su increíble valentía, entendió que la decisión sería la misma.

—Ninguno de ustedes debe interferir en las decisiones del Padre —dijo Clara, esta vez con el rostro lleno de paz—. No tengo miedo de lo que pueda suceder, y ustedes tampoco deberían.

A Sebastián le sorprendía el inquebrantable valor de su suegra al no tener intenciones de iniciar un tratamiento que posiblemente alargaría su línea de vida. Arthur, quien para esos momentos ya comenzaba a recuperar la poca energía que le quedaba, pensó en la idea de que posiblemente en unos días, Clara cambiaría de parecer.

—Ahora, por favor, limpien sus ojos que estoy a punto de llamar a mi nieta para disfrutar de esta linda tarde con todos ustedes, ¿de acuerdo?

María se levantó y corrió al cuarto de baño intentando disimular los ojos rojos e inflamados por el llanto. Sebastián suspiró con fuerza y se levantó para recargarse sobre la mesa, junto al pequeño escritorio donde todas las noches, Clara trabajaba hilando ropa para vender en el pueblo. Mientras tanto, Arthur buscó rápidamente su pañuelo y agachó la mirada para limpiar las lágrimas y distraer lo más que pudiera a su nieta.

—¡Isabel! ¡Ven a darle un fuerte abrazo a tu abuela! —gritó Clara con emoción.

Y como si la niña hubiese intuido que su abuela estaba por llamarla, entró a la cocina de un salto y corrió hasta la mujer.

—¡Aquí estoy! —la niña pegó un brinco y abrazó a Clara con todas sus fuerzas—. ¡Ay, perdón, abuelita! —se disculpó Isabel y se bajó con la misma rapidez en que subió—. Manché tu vestido, lo siento.

La niña miró sus manos manchadas de tierra por estar jugando con las macetas de su abuela y con el rostro preocupado, se alejó de su bata.

Cuando Arthur vio la penosa reacción de su nieta y la velocidad con la que se había alejado de Clara, se echó a reír.

—Perdón, abuelita…

Con otra gran carcajada que resonó por toda la casa, Clara abrazó a la pequeña y le obsequió un gran beso en las pecosas mejillas, para después llenarla de cosquillas sobre su abdomen. Arthur se acercó a su

esposa y olvidando la conversación con su hija y yerno, le agradeció a la vida por la oportunidad de abrazarla una vez más.

28

Lydia Sleppy comenzó a dividir las carpetas por orden de importancia sobre la mesa. Escasos minutos antes, la mujer había regresado a la oficina después de saborear la ensalada que desde el inicio de la jornada, había anhelado con antojo.

De repente, el teléfono del escritorio comenzó a sonar haciendo que la mujer se levantara de la silla y caminara hasta el aparato, sin imaginar que estaba a punto de escuchar la primicia que cambiaría todos los informes de prensa durante los siguientes días, no solo de Nuevo México, sino del mundo entero.

—¿Diga?

—¡Lydia, soy Johnny!

El grito del hombre al otro lado de la línea hizo que Lydia apartara suavemente el oído del auricular.

—¿Qué necesitas, McBoyle?

—¡Prepara el teletipo, mujer! Necesito que transmitas la siguiente noticia a la ABC lo antes posible: ¡Un platillo volador se ha estrellado a las afueras de Corona! A simple vista parece un trasto arrugado o algo por el estilo, pero los militares han acordonado la zona y se están haciendo cargo del disco en estos momentos.

—¿Un platillo volador? —Los ojos de la mujer se abrieron como nunca antes lo habían hecho.

—¡Sí! Y escucha esto —McBoyle soltó una risa nerviosa—, se rumora que han encontrado unos pequeños cuerpos junto al objeto y piensan que viajaban dentro del platillo… ¡¿Sabes lo que eso significa, Lydia?!

Sin dudarlo un segundo e ignorando la pregunta de su compañero, Lydia se giró al teletipo con el auricular en su oreja para maniobrar el aparato detrás de ella.

Segundos después de que Lydia comenzara a redactar la noticia que el reportero de la emisora KSWS en Roswell le había compartido, la máquina sobre la mesa emitió un pitido y aparentemente sin ninguna razón, se detuvo. La mujer maldijo su mala estrella e intentó comprender la causa del fallo, sin encontrarlo. Conocía los constantes errores que el teletipo producía de vez en cuando, pero no era el momento de fallar cuando tenía en el teléfono a un hombre afirmando que los platillos voladores eran reales, y una noticia de tal calibre

entre manos debía compartirse de manera inmediata.

—McBoyle, el teletipo se ha bloqueado, se ha interrumpido la transmisión. Descríbeme todas las características del supuesto plato, y cuando esta basura decida funcionar, las duplicaré.

—Intenta arreglarlo, Lydia. Volveré en un minuto, me han solicitado desde la otra línea telefónica. Por favor, no hagas nada más que esperarme e intentar resolver el problema con el aparato. Atenta a mi próxima llamada.

Sin nada más que decir, el reportero colgó.

La mujer devolvió el auricular al teléfono y giró la cabeza hacia el teletipo. No sabía qué hacer.

Se levantó de la silla a toda velocidad y se acercó para arrodillarse junto al escritorio intentando identificar si algún cable se encontraba desconectado, o cualquier otra situación que estuviera bloqueando el correcto funcionamiento del aparato, pero al comprobar que todo se encontraba en orden, discernió en que no podía hacer nada más que esperar.

«¿Un platillo volador con cuerpecillos dentro?»

La mujer sonrió, colocó su mano sobre la rodilla para incorporarse y decidió tomar asiento para esperar la llamada de su compañero, y sin esperarlo, el teletipo comenzó a funcionar de nuevo.

La mujer se interesó por el movimiento de la máquina y se acercó para continuar con la redacción de lo que su compañero le alcanzó a decir. Sin embargo, al momento de acercarse al aparato, este comenzó a generar un oficio que lentamente salía por la bandeja. Sleppy buscó el nombre del remitente que había interferido en la transmisión, pero no logró identificar el nombre del mensajero; en su lugar, pudo leer algo que le heló la sangre:

> ATENCIÓN, ALBUQUERQUE: NO TRANSMITA. REPITO: NO TRANSMITA ESTE MENSAJE. DETENGA INMEDIATAMENTE LA COMUNICACIÓN.

La mujer se tomó unos segundos pasa asimilar lo que el teleimpresor le exponía y quedó parada sin saber qué hacer.

Se giró sobre sus talones y se apoderó del auricular con toda la intención de comunicarse de vuelta con Johnny McBoyle. Comenzó a girar el disco del teléfono marcando el número del periodista, pero lo único que recibía era el pitido bloqueando su llamada hasta Roswell. Verificó si por accidente el cable conector a la corriente eléctrica se había desconectado al momento de acercarse al teletipo segundos antes, pero para su sorpresa, no fue así.

—¡Maldita sea! —gruñó Sleepy.

Por tercera vez, la mujer intentó comunicarse con Johnny, solo para darse cuenta de que el aparato continuaba sin funcionar. La

mujer se levantó de la silla con la intención de buscar el teléfono de la oficina de al lado, y antes de ponerse en marcha, el teléfono comenzó a sonar.

—¡John! ¿Estás ahí? ¿Qué sucede? He recibido un…

—¡Olvida lo que hemos hablado, Lydia! —La voz del hombre interrumpió a Sleepy—. Nunca tuvimos esta llamada, y la última vez que hablaste conmigo fue la semana pasada por la tarde, ¿entiendes?

—McBoyle…

—¡Cállate y escúchame! No digas nada más por el bien de ambos, es mejor que no le digas a nadie sobre esto.

Con un seco golpe, el hombre del otro lado de la línea colgó el teléfono.

La mujer quedó paralizada al escuchar el tono de voz de su compañero y por la forma en que le habló, entendió que no se trataba de algún tipo de broma. Tragó saliva y miró de nuevo el mensaje que el teletipo había transmitido segundos antes. En ese momento, supo que las cosas no marcharían bien después de esa llamada.

29

Sebastián se acercó lentamente por detrás de Arthur y pasó la mano por su espalda para despistarlo. Para el abuelo, siempre había sido una bendición admirar todas las tardes cómo el sol se escondía detrás de las mesetas que se lograban ver desde Arabela, y aquella tarde, no fue una excepción.

—¿Arthur? —su yerno lo regresó de sus pensamientos.

Sebastián conocía la casi nula disposición de su suegro al realizar tareas que involucraran estar demasiado tiempo en una sola posición, pero como ayudante, Arthur estaría junto a su yerno mientras arreglaba la portezuela del patio.

—Lo siento, solo quería estar seguro de que la puerta siempre ha tenido ese desnivel en la parte superior.

—Sí, hijo… ¿Cómo va todo?

—Bien, simplemente quería corroborar lo del desnivel. ¿Estás bien? —Sebastián recargó el marco de la puerta sobre la ventana y contempló el atardecer junto a Arthur.

—Es hermoso, ¿no? Clara siempre dice que estoy más enamorado de los atardeceres que de ella —Arthur soltó una risa y se giró hacia su yerno—. ¿Tienes todas las herramientas, hijo?

—Sí, tal vez me haga falta un martillo, pero no importa, ya lo resolveré.

Sebastián se hincó intentando reconocer el daño principal de la entrada y con la palma de su mano, recorrió el borde de la puerta buscando golpes que hubiesen dañado la madera.

—Oye… Sebas —Arthur llamó la atención de su yerno y se giró hacia él—, ahora que estamos solos quisiera hablarte acerca de que el día de ayer un par de camiones atravesaron el desierto rumbo a Tecolote, y supuse que la base ya se ha enterado del incidente de aquellos restos. ¿Sabes algo más sobre eso?

La voz de Watson preocupó de cierta manera al sujeto que tenía una lija en la mano.

—Supongo que por fin se dieron cuenta de lo que hay en la propiedad del ranchero. ¿Los han molestado a ti y a Clara?

—No…, pero si ya han identificado los escombros, no escuché nada sobre eso en Roswell por la mañana.

—Estoy seguro de que no saben de dónde proviene todo eso —

Sebastián sonrió al intuir que había aprovechado la oportunidad de recoger unas cuantas muestras—. ¿Qué has hecho con los restos que te dejé?

—Continúan en la cochera. Hasta no saber qué ocurre con esa basura, pienso dejarlos ahí. ¿Y tú? —Arthur se agachó junto a su yerno para escucharlo más de cerca.

—Los enterré en el patio trasero de la casa; María e Isabel ya lo saben…

—¿Isabel? —interrumpió Arthur.

—Sí —Sebastián dejó a un lado lo que estaba haciendo y disminuyó el volumen de su voz para evitar que los escucharan—. Ayer Isabel me platicó que vio uno de esos platillos volantes en el cielo… parecía muy segura de haberlo visto. Después, recordé que la gente ha estado viendo ese tipo de cosas en las últimas semanas, y decidí que era buen momento para decirle.

Arthur enmudeció y pensó en si revelarle dicha información a una niña de seis años era buena idea, o su yerno se había adelantado a una situación desconocida.

—¿Ella vio los escombros?

—No, solo he mencionado el lugar exacto de los restos… eso fue todo.

—No creo que haya sido una decisión muy prudente de tu parte, hijo —Arthur le mantuvo la mirada a su yerno con un aire de preocupación.

—Tranquilo, he hablado seriamente con ella, y me ha dado su palabra de que no dirá nada hasta que las circunstancias lo ameriten. También lo sabe María, pero a ella no le interesa en absoluto lo que suceda a su alrededor, y mientras Isabel sepa que esos escombros son un beneficio a largo plazo para ella y para su hermano, me basta.

—A estas alturas, con los militares investigando el área, no me parece que lo tomen tan a la ligera —contestó Arthur—. Ten mucho cuidado. Para ser sincero, esos restos no significan nada para mí después de lo que ha dicho el médico acerca de Clara… No tengo otro interés más que ocuparme de su estabilidad y de disfrutar el tiempo a su lado, espero lo comprendas.

—No te preocupes… Si necesitas que me lleve esa basura, lo haré sin problemas.

—Ten mucho cuidado, hijo —insistió el abuelo—, sobre todo si la niña es partícipe de esta situación. No sabemos a qué nos enfrentamos.

—De acuerdo… ¿Me alcanzas el destornillador, por favor?

Arthur se estiró con esfuerzo para atrapar la herramienta junto a él, se levantó y la acercó a su yerno postrado en el suelo intentando que no se le viniera encima el marco de la puerta.

—Cinco minutos más y la puerta estará como nueva, te lo aseguro

—dijo Sebastián.

—Gracias. En ocasiones me siento inútil al no llevar a cabo tareas tan sencillas como estas.

—Para eso estamos, Arthur —Sebastián miró con cariño a su suegro y le sonrió. Muy en el fondo, sabía el tormento que pasaba después de la noticia del doctor—. Por cierto, sé que te gustaría conocer el problema que tanto obstruía la puerta. ¿Vienes a ver?

El anciano se agachó y con un movimiento lento que le produjo una mueca de pesar, se arrodilló mientras acomodaba sus gafas para divisar el detalle que su yerno le señalaba.

—Si te das cuenta —continuó Sebastián—, puedes ver que los tornillos se han desgastado por el tiempo y la fricción. ¿Lo notas?

—Sí, lo veo. Supongo que el constante movimiento de tantos años la ha deteriorado… —dijo Arthur, sin quitar la vista de la madera.

—Una capa de barniz le vendría bien, y no solo a la puerta, sino a toda la madera que tengan en la casa; no dudo que la polilla esté aprovechándose de las desgastadas estructuras y que…

Pero antes de que Sebastián terminara de hablar, la campanilla de la puerta principal resonó por el terreno llamando su atención.

Arthur frunció el ceño sin comprender de quién se podría tratar. Pensó en los vecinos más cercanos a unos cinco kilómetros de la propiedad, pero ellos nunca los habían visitado.

Ambos sujetos se miraron con desconfianza y escucharon que María abría la puerta para atender a quien golpeaba la campanilla una y otra vez.

—¿Sí? —se escuchó la voz de María.

—Buen día, señora…

Sebastián se incorporó al escuchar la severa voz de un hombre que le dictaba instrucciones a su esposa y se encaminó hasta la puerta principal para comprobar de qué iba aquella visita.

Cuando llegó hasta el final del pasillo, se percató de que un militar de aproximadamente un metro noventa hablaba con su esposa. Sin la necesidad de preguntar qué sucedía, Sebastián sintió un nudo en el estómago cuando, de manera instantánea, intuyó la razón de la presencia militar en la zona.

«Lo saben.»

—Sebastián, cariño, al parecer no podemos regresar a casa esta noche. Los militares han acordonado parte del desierto por un accidente y dicen que necesitan que aguardemos aquí.

—Señor, ¿aquel auto es de usted? —La voz del militar resonó por toda la casa.

—Sí —respondió Sebastián, acercándose a paso lento hasta la puerta—. Estamos de visita con los padres de mi esposa y mi suegro ha tenido un inconveniente con la puerta. En menos de diez minutos

estaremos partiendo a San Patricio…

—Lo siento, señor Murrieta —el militar interrumpió a Sebastián—. Hemos recibido la orden de que nadie debe salir de sus casas en las próximas ocho horas sin importar las situaciones, a menos, claro está, que sea por alguna emergencia.

La pareja se miró desconcertada, y volviendo la atención al militar, María preguntó:

—Disculpe, ¿cuál es la razón por la que se está bloqueando la carretera?

—No tengo permitido hablar sobre lo ocurrido —dijo el militar cruzándose de brazos—. Lo único que puedo decirle a usted y a su familia es que eviten salir de regreso a casa durante las próximas horas; tenemos la orden de multar a toda persona que sea sorprendida fuera de su hogar con un mínimo de doscientos dólares.

Sebastián no quitaba la mirada del militar que, más que *protegerlos* de algo, les estaba dejando en claro que no debían intentar burlar a la base militar si no querían soltar una buena cantidad de dinero.

—Comprendo que su hogar se encuentra cerca de aquí —continuó el soldado—, pero al menos por esta noche, es necesario que permanezcan con su familia, y mañana a primera hora podrán reanudar sus actividades a partir de las siete de la mañana. ¿Quiénes son los dueños de la propiedad?

—Mis padres, señor.

Por la apariencia del militar, la pareja reparó en que llevaban casi todo el día en el desierto, y por su manera de hablar, entendieron que no tenían otra opción más que pasar esa noche con los abuelos.

Después de la guerra más feroz de la historia, cualquier ciudadano acataba las órdenes provenientes de los militares sin refutar o preguntar las razones. Nadie quería interponerse a las advertencias de los hombres que años antes, habían derrotado a la Alemania nazi y habían puesto a temblar a los soviéticos. En ocasiones, era mejor no saber demasiado.

—Disculpe la pregunta —dijo María con temor a molestar al militar—. Mi madre se encuentra enferma desde hace meses… Si llegase a presentar algún problema de salud, ¿podemos salir a buscar ayuda?

—¿Qué sucede con su madre?

—Sufre de cáncer terminal… —la mujer tragó saliva y miró de reojo a los soldados esperando a su superior desde las camionetas—. El doctor nos ha obligado a prestarle atención a cualquier alteración respiratoria que mi madre sufra. Hasta el momento y gracias a Dios, todo está bien, pero me gustaría avisarles en caso de una emergencia.

—A unos siete kilómetros de aquí, en dirección a Tinnie, un convoy se encuentra vigilando el área —respondió el militar—.

Pueden dirigirse hasta la cuadrilla y se les permitirá el acceso; siempre y cuando las circunstancias sean necesarias.

María sintió temor cuando rectificó que la postura de los militares era estricta, casi imposible de creer, pero antes de que la mujer se adelantara a preguntar la siguiente duda que seguramente la preocuparía más, la sombra de Arthur Watson asomándose por el comedor hizo que todos se giraran a verlo.

Con una sonrisa de oreja a oreja que le inspiró desconfianza a Sebastián, el militar casi gritó cuando reconoció al anciano.

—¿Arthur? ¿Sargento Arthur Watson?

Cuando Arthur miró al militar de pie afuera de su casa, sintió cómo las piernas le fallaban y su corazón comenzó a latir de manera violenta. No podía ser cierto: «¿Cantidad de soldados en servicio por el país y tenía que ser él quien se encargaría de visitarnos?», se preguntó.

El anciano tragó saliva y con un etéreo tono de voz, le contestó:

—Dolphin… ¿Qué estás haciendo aquí?

30

—¡Sargento Arthur Watson! —exclamó Randolph Dolphin con los brazos extendidos por la increíble coincidencia de encontrarse después de tantos años—. ¡Es un placer volver a saber de usted! Creí que después de su retiro había regresado a Kansas con el coronel Rodríguez. ¡Señora Murrieta! —Dolphin cambió su tono de voz por uno más amistoso y sonrió mientras olvidaba el verdadero propósito de su visita—. Su padre y un servidor fuimos parte del mismo pelotón durante la Guerra, ¡y ahora nos encontramos después de tanto tiempo!

Muda, la pareja miró al abuelo desde el otro extremo de la casa. Al parecer, el anciano no tenía intenciones de acercarse al teniente coronel que amablemente le platicaba a la familia su vínculo militar con él.

—Mi padre es un poco descortés con las visitas, discúlpelo —se excusó María al ver a su padre con el rostro inexpresivo.

—No tenga cuidado, señora —contestó Dolphin, aún con la tétrica sonrisa que mantenía sin habla a Sebastián—. Gracias a su padre aprendí infinidad de cosas dentro del servicio militar. Estoy muy agradecido con él. ¡Qué agradable es verlo de nuevo!

—Me da gusto verte también, Dolphin —se escuchó la débil voz del anciano—. Mi familia pasará la noche aquí, gracias por el aviso.

—Agradezco su comprensión, familia. Las órdenes que hemos recibido son para la región de Corona y sus alrededores. Si necesitan algo durante los siguientes días, no duden en contactarme en la base militar.

—Gracias. Así será… —dijo Sebastián, y miró por el rabillo del ojo cómo Arthur regresaba a la cocina y buscaba una taza, sin el interés de continuar conversando con el militar.

—¡Qué tengan una agradable noche! —Dolphin buscó a Arthur con la mirada intentando despedirse de él, pero el anciano lo ignoró por completo.

Arthur tomó la taza para servirse un humeante americano, pero por el movimiento de la taza en su mano, dejó en claro que no se sentía a gusto. Dolphin, por su parte, se giró hacia las camionetas estacionadas afuera y sin decir nada, le indicó al par militares que esperaban afuera que subieran a las Jeeps.

Con la duda rondando por su cabeza, María cerró la puerta por

detrás de los militares y miró a su padre sentado en la silla con el rostro clavado al centro de la mesa.

—Papá… ¿Estás bien? Esa no es manera de responderle a un teniente, sobre todo si fue compañero tuyo durante el servicio militar.

Sebastián se sentó junto a su suegro y adivinando el motivo de su reacción, esperó a que su suegro hablara.

«Lo saben.»

—Tu madre ni siquiera puede verlo en fotos, hija.

—¿De qué hablas, papá?

De repente, en el amplio terreno, los motores de los vehículos se escucharon salir uno a uno para incorporarse a la ruta, levantando arena por todos lados.

—Lo han identificado, Sebas —Arthur miró de reojo a su yerno—. Saben lo que hay en el desierto…

—¿De qué hablas, Arthur?

—¿Quién era ese tipo, papá?

—Dolphin y yo fuimos parte del mismo pelotón durante la batalla en el bosque de Belleau —confesó Arthur—. Él era un soldado novato durante esos años, y yo era un sargento.

—Tranquilo, papá. ¿Qué tiene que ver todo esto con lo que está ocurriendo en el desierto?

—Arthur, no te preocupes, mañana mismo me desharé de todos esos restos, lo prometo.

—¿Aún hay más de esa basura, Sebastián? —María se levantó de un brinco creando un chirrido en toda la casa—. ¡¿Acaso eres retrasado?! Los militares están recogiendo todo eso ahora mismo, ¿y dices que aún tienes más de lo que les pertenece? —Los ojos de la mujer irradiaban coraje al hablar—. ¡Pueden acusarte de ladrón, carajo! ¡Eres tan inmaduro, que a veces dudo de tu inteligencia!

—¡María, ni siquiera saben qué es todo eso! —Sebastián elevó la voz—. Pero no hay problema, mañana mismo tiraré esa basura.

Arthur se giró hacía su yerno y con una mirada cansada, le aclaró:

—Sebastián, hijo, Dolphin sabe muy bien lo que está tirado allá afuera. De nada servirá que tires esa *basura*.

31

El inexperto soldado se aferró al tubo debajo del asiento para eludir el vómito que trepaba por su garganta y amenazaba con salir en cualquier momento. Tragó saliva y sintió el sabor de la arena revuelta con lo que sería su próxima regurgitación en caso de que el camión no llegase pronto a su destino. Por el sonido que escuchaba a su izquierda, captó que el soldado junto a él escurría la mascarilla saturada de su propio vómito y luchaba por controlar el segundo eructo que proyectaría la siguiente dosis de saliva.

Ninguno de los soldados sentados apartaba la mirada de la caja que brincaba cada que el camión atravesaba piedras o montículos de arena, y a pesar de estar cubierta por un par de lonas, el hedor proveniente de allí dentro tenía la capacidad de tirar inconsciente a cualquier militar con entrenamiento. Un olor que ninguno de los desafortunados en el interior del camión había percibido en su vida.

El soldado al otro lado de la caja se levantó tambaleante por los movimientos y metió la mano dentro de las lonas para verificar que la caja se encontraba cerrada. Para su sorpresa, la caja estaba más que cerrada.

Después de un prolongado silencio en el que ninguno de los soldados quería continuar encerrado, se escuchó una voz alrededor.

—¿En… dónde… estamos?

Al no obtener respuesta a su pregunta, uno de los soldados se levantó y asomó la cabeza entre las lonas que cubrían el camión, para darse cuenta de que estaban a unos tres kilómetros de Roswell.

—Estamos por entrar a la calle Bland… no deberíamos tardar más de cinco minutos en llegar.

El soldado aprovechó y tomó una gran bocanada de aire fresco antes de meter de nuevo la cabeza.

El GMC, con neumáticos especiales para todo tipo terreno, se incorporó en la calle Main, mientras los movimientos levantaban una nube de arena que se perdió en la oscuridad de la avenida, haciendo que las luces de las solitarias calles se colaran en el interior del vehículo y reflejaran la caja que mantenía nerviosos e hipnotizados a los soldados.

—¡Cubran la caja, maldita sea!

—¡Aguanten un poco más! ¡Ya casi llegamos!

El tufo en el interior del camión se intensificó haciendo que todos se presionaran las mascarillas contra sus narices para evitar la tortuosa escena.

«Un minuto más, solo uno.»

Segundos después, el camión comenzó a disminuir la velocidad, hasta que se detuvo por completo. Los militares que estaban custodiando la caja escucharon la puerta del copiloto cerrarse con fuerza y unas cuantas voces que iban y venían.

—¡Abran el portón! ¡Necesito libre esa puerta!

—¡Soldado! Notifique la llegada del camión número cuatro al coronel.

Dentro del camión, los nerviosos militares escucharon unos pasos entre la gravilla que se alejaban, y después, el sonido de un portón metálico que se abría.

El vehículo comenzó a encaminarse por el flanco derecho de la base, y sin aguantar más, uno de los soldados abrió la lona y brincó fuera del encierro.

—¡Espera, están bajando! ¡Déjalos que bajen! —gritó el portero cuando vio a los desesperados sujetos bajar del camión.

Philip Carter brincó hasta el empedrado seguido de sus compañeros que, con un impaciente movimiento, se arrancaban las mascarillas del rostro y vomitaban sobre la tierra. Uno de los soldados detrás de Carter se encorvó sobre sus rodillas y se limpió los restos de basca y saliva que escurrían por su mentón, mientras tosía con dolor.

—¡Soldados! —uno de los oficiales se acercó a los desafortunados hombres—. ¡Levántense del suelo y bajen esa caja! ¡Más tarde tendrán el tiempo suficiente para vomitar!

Carter se levantó como pudo y corrió de nuevo hasta el camión para subir de un brinco. Cuando lo hizo, el hedor volvió a entrar por su nariz, obligándolo a que retuviera la respiración por un momento.

Mientras los hombres desataban la caja para llevarla al hangar, un potente rayo de luz artificial de la base militar alumbró el terreno para que pudiesen trabajar.

—¡Agárrala de ese lado y comienza a empujar! ¡Pero rápido, cabrón!

La caja era ligera, pero la pestilencia demoledora.

—Llévenlo al interior del edificio #84. Hasta el fondo…

Los soldados iniciaron el trote en dirección al hangar que el sargento les había señalado, pero con cada movimiento al correr, percibían el ajetreo del contenido golpeando contra sus caras una y otra vez.

—¡Rápido! Empuja la puerta con tu pie —exclamó uno de los soldados cuando estuvieron de frente al edificio.

Uno de los militares abrió la entrada semiabierta del hangar de

una patada, y notaron que la entrada donde deberían acomodar el *contenido* se encontraba a unos cincuenta metros de su posición.

—¡Mierda! ¡Es hasta allá! —se quejó uno de los militares al ver una puerta al otro extremo.

Antes de llegar al cubículo, los sudados hombres se dieron cuenta de la presencia de un par de tenientes que salían asqueados por el hedor. Ya adentro, observaron un conjunto de cajas encimadas.

—¡Falta otro camión, ayuden en la explanada! —se escuchó un grito fuera del cuarto.

Al poner la caja junto a las otras dos, uno de los militares resbaló y la golpeó contra el piso, haciendo que el eco se escuchara como una bala en medio del hangar.

—¡Maldita sea! ¡Tengan cuidado! ¿Se rompió algo? —preguntó exaltado uno de los militares cuando entró a ver a su compañero.

—No… todo bien. Salgamos de aquí.

Philip Carter salió del cubículo y siguió a los militares que corrían a la puerta del hangar intentando conseguir un poco de oxígeno. Cuando salió del lugar y sintió el fresco de la noche, respiró una bocanada de aire fresco y se dejó caer sobre el pasto. Las imágenes borboteando en su cabeza lo tenían perturbado. Cerró los ojos y se recostó sobre el suelo procurando quitar los vívidos recuerdos. Y antes de controlar su desequilibrada respiración por unos buenos y merecidos segundos, la voz de su capitán lo alteró.

—¡Soldado! ¡Aún no terminamos! ¡Levántese y vaya al portón!

El soldado Carter se levantó del césped con un quejido de completa fatiga y siguió los pasos del superior que, al igual que él, se notaba víctima de las náuseas. Carter se quitó el gorro dejando notar su castaña cabellera bañada en sudor, y se limpió la frente plagada de arena.

Cuatro soldados, incluyendo a Carter, formaron una fila en la entrada de la base esperando la llegada del próximo “lote de basura” que venía en costales.

—¡Soldados! —gritó el capitán—. ¡Atentos a la llegada del próximo camión! No olviden que el objetivo es movilizar el contenido a los hangares… Más nos vale terminar pronto esta tarea, ¡¿entendido?!

—¡Sí, capitán! —se escuchó una sola respuesta en la base militar.

32

—Arthur, ¿por qué has dicho que el teniente sabe lo que está pasando en el desierto? —preguntó Sebastián sin dejar de ver a su suegro.

—Por favor, Sebastián, deja descansar a mi padre —intervino María con un semblante de exasperación cuando su esposo se sentó junto a Arthur para interrogarlo.

Minutos después de que Randolph Dolphin y el par de militares a sus espaldas abandonaran la vivienda, Arthur cambió su cara como nunca antes lo había hecho. El abuelo frunció el ceño durante un largo tiempo y movía sus ojos sobre la mesa, sin asimilar la aparición del militar… ahora con un rango mucho más alto del que imaginaba.

—María… —dijo Arthur después de un largo silencio—. Es el mejor momento para hablar con ustedes sobre el teniente que hace un rato se plantó afuera mi casa y descaradamente, me saludó.

La pareja se miró cuando escuchó la afirmación de Arthur. Sabían que el abuelo tenía demasiadas anécdotas de su juventud que aparte de ser interesantes, eran cien por ciento reales y contadas a detalle; y en ocasiones, más que traumáticas. Como aquellas memorias en las que el abuelo tuvo que ver a sus compañeros morir en el campo de batalla, mientras ellos lo miraban con un terror que jamás olvidaría.

—Sebas —continuó Arthur con la respiración más controlada—. ¿Podrías echar un vistazo a la recámara para asegurarnos de que Isabel esté durmiendo junto con Clara?

Sin objetar, Sebastián se levantó de un salto y caminó por el pasillo evitando hacer ruido en caso de que la niña estuviese dormida. El hombre abrió la puerta de la habitación para confirmar que Isabel respiraba profundamente sobre los brazos de su abuela, quien también descansaba junto a su nieta.

«¡Tremendos ronquidos! ¿Cómo pueden dormir con un sonido tan irritante?», pensó Sebastián.

Con suavidad, Murrieta se acercó a la pequeña vela junto a la cama de la abuela y apagó la flama, dejando la habitación en total oscuridad. Salió de la habitación y cerró la puerta tras de él para regresar al comedor con Arthur y su esposa.

—Listo, Arthur. Las dos están dormidas y no creo que ninguna despierte hasta mañana —Sebastián volvió a su asiento y esperó con ansias a que Arthur les confesara su relación con el visitante.

—Aquel desgraciado no debería ser teniente, hija. Es un enfermo mental. —La voz de Arthur se llenó de cólera; tanto así, que sus dientes rechinaron unos contra otros—. Puedo decirles que incluso desde joven, Dolphin demostró ciertas actitudes tan desequilibradas a las que nunca se les prestó la suficiente atención… sé muy bien que la guerra deja cicatrices en lo más profundo de cada soldado, pero ese hombre se catalogó como un total fuera de serie. Nadie en el pelotón confiaba en Dolphin. Siempre fue un mentiroso y un manipulador que no dudaba en recordarnos a todos dentro del grupo que muy pronto moriríamos en la guerra. Disfrutaba sembrar miedo entre todos nosotros.

—Un momento, papá —María interrumpió a su padre—. ¿Dolphin no es el sujeto del que mi madre hablaba todo el tiempo cuando yo era una niña?

—Así es, hija —contestó Arthur—. Esos años fueron muy complejos para mí y tu madre. Eras muy pequeña para entender qué sucedía, pero ahora, es momento de que lo sepas. Randolph siempre se defendía ante los superiores diciendo que solo eran "bromas" dentro del pelotón y que nada de lo que decía era cierto, aunque claro, todos en el pelotón conocían las crueles intenciones de ese malnacido. Para él, ganar la guerra era sinónimo de ejecutar a cualquier individuo que no fuera de su pelotón, eso incluía niños, mujeres y ancianos —Arthur bajó la cabeza y la meneó recordando a detalle lo vivido junto al actual teniente coronel.

—¿Y cómo es que le permitieron esas actitudes en el pelotón, papá? —preguntó María sin quitarle atención a su padre—. Se supone que deben castigarlos o expulsarlos de las tropas, ¿no?

—Por desgracia nunca se aplicaron las normas como deberían para Dolphin. Él fue uno de los soldados a los que no podían castigar ni levantar reportes —contestó Arthur—. Debo aceptar que era muy inteligente y sagaz, sabía muy bien cómo pensaba el rival y se adelantaba a cualquier plan de los enemigos. Con tan solo veintidós años de edad, Dolphin podía actuar por propia cuenta y soportar la guerra como si nada pasara a su alrededor.

—¿Y por qué no lo expulsaron del frente, Arthur? —preguntó Sebastián—. Es imposible que a un soldado se le perdonen esas actitudes, sobre todo si pertenece a un rango tan bajo como el que tenía.

—Dolphin negaba toda acusación sobre su persona, y lo más curioso es que no tuvo familiares dentro del ejército para salir bien librado de todas sus idioteces… Como sea, para todos dentro del pelotón, Randolph fue una verdadera tormenta a lidiar. Parecía ser que Dolphin era el sargento, y yo un simple cabo que no entendía nada del campo de batalla.

—Pero hace un rato el sujeto ha dicho que aprendió varias habilidades bajo tu liderazgo. ¿Qué hay de cierto en eso, papá? —preguntó María.

—¡Está mintiendo! ¿Acaso no vieron su maldita cara? Siempre actuaba de esa manera, incluso con nuestros superiores.

Sebastián no supo qué decir ante la afirmación de Arthur. El abuelo nunca mentía, menos lo haría en una situación así.

—Lamento decirlo, y que Dios me perdone, pero ese hombre no es de fiar… ¡Es un farsante en toda la expresión de la palabra! —Arthur gruñó y apretó el puño—. Me alegra saber que Clara estuviese en su habitación y no aquí… el solo imaginar la reacción de mi esposa al ver a ese malnacido me revuelve el estómago.

—Papá, hace un rato has comentado que el sujeto sabe lo que hay en el desierto. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Arthur pegó sus labios a la taza, y lentamente comenzó a sorber el café.

—No importa lo que suceda, hija —el abuelo se limpió una gota del labio—, tienen que prometerme que no hablarán de esto con nadie. No lo hagan por mí, háganlo por Clara y por la niña, ¿está bien?

—Nadie aquí dirá nada, papá. Lo juro —María fulminó con la mirada a Sebastián, quien también asintió.

—Me parece que fue a finales de mayo de 1918, no recuerdo exactamente la fecha —prosiguió Arthur—. Solo sé que unos días después se libraría la batalla en el bosque de Belleau, en Francia. Nuestro pelotón era el encargado de evitar que las tropas alemanas continuaran avanzando hasta los aliados y debíamos desviarlos hacia el poblado de Vaux, en el sur de Francia. Aún recuerdo que caminamos casi doce kilómetros en dirección al bosque con la intención de acorralar a los alemanes y obligarlos a rendirse; claro, en el mejor de los casos. Nuestro pelotón fue el #21, y debíamos mantener bloqueado el oeste del bosque. Las horas de sueño eran limitadas, pero al mismo tiempo, era vital mantener la energía suficiente para identificar una invasión contraria.

De momento, en la inmensidad del desierto y llamando la atención de la familia, el motor de un automóvil se escuchó por la arena. María se levantó y caminó hasta a la ventana para verificar de quién se trataba. Desde la oscuridad, la mujer distinguió las luces traseras de un camión militar que se introducía en el terreno, para después desaparecer entre la noche.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó Sebastián.

—Sí, parece que continúan con la recolección de toda esa *basura*. ¿Qué tan grande fue el incidente, Sebastián?

—El suficiente para mantener a los militares entretenidos toda la

madrugada, supongo.

María tragó saliva y regresó a su silla con los nervios un poco alterados.

—Continúa papá, lo siento —la mujer animó a su padre a reanudar el relato.

—Las órdenes habían sido claras: no separarnos durante un ataque enemigo —continuó Arthur con un nudo en la garganta—. Durante esos días, solo era cuestión de tiempo esperar una embestida por parte de los alemanes para abrir fuego y "barrer" la zona enemiga…, pero a Dolphin no le interesaban en absoluto las órdenes que los sargentos dictáramos. Decía que sus órdenes eran diferentes y que nadie se encontraba *por encima* de él. ¿Pueden creer las idioteces que llegó a decir en plena zona de guerra? —el abuelo negó con la cabeza y guardó silencio un momento antes de continuar—. Nuestro pelotón se encontraba temeroso y alarmado por los anteriores ataques que en otras secciones habían sufrido de manera inesperada, y que habían hecho caer a un gran número de compañeros. Nuestro primer objetivo, antes de atacar, era NO poner en riesgo a nuestros soldados. Con el tiempo, y luego de varios años de problemas y secretos en el gobierno, por fin salió a la luz una de las verdaderas instrucciones que Dolphin recibía de militares que nunca conocimos y que estaban por encima de nuestras órdenes: identificar el origen de aquellas «luces» en el cielo que nos acompañaron durante toda la guerra.

33

—Aquellas luces eran tan extrañas que ninguno de nosotros las identificó como algún tipo de avión o armamento enemigo —Arthur se acomodó en la silla y le dio otro sorbo a su café—. Tenían un patrón de movimiento tan inusual que superaban al de los aviones; incluso varios de mis compañeros las apodaron «las burlonas», por la manera tan curiosa en que se movían. Giraban en círculos, iban y venían, y en ocasiones, emitían sonidos que nos helaban la sangre durante la estancia en el bosque. Llegó un momento en que los superiores pensaron que eran algún tipo de ofensiva enemiga, pero tiempo después, nos enteramos de que las tropas enemigas también veían aquellas extrañas luces en el cielo…

—¿Alguna vez estuviste cerca de esos destellos, Arthur? —preguntó Sebastián, con la emoción recorriendo su cuerpo.

—Nunca. La verdad es que el ambiente durante la guerra no concede el tiempo ni la cabeza para pensar en otras cosas que no sean las de regresar vivo a tu hogar…

—¿Y crees que esas luces eran similares a las que se han visto en los últimos días en el país? —insistió Sebastián.

Pero antes de que Watson le respondiera a su yerno, una exhalación de fastidio por parte de María hizo que el par de hombres la miraran.

—Papá… por favor, no me digas que tú también crees en esas locuras que la gente dice ver por ahí.

Con una mirada agobiada, Arthur contempló a su hija que cruzaba los brazos como si quisiera levantarse e irse a dormir antes que escuchar cosas que se le escapaban de su realidad.

—María, deja terminar a tu padre. Con todo lo que está pasando, ¿no quieres verlo? ¡Abre los ojos!

—Hija —intervino Arthur con un tono lleno de cariño—, podré estar anciano, y tal vez mi memoria no funcione como antes, pero recuerdo muy bien lo que pasó aquella noche. Lo recuerdo porque a raíz de ese momento, mi percepción de vida cambió por completo. Ten un poco de paciencia.

Al escuchar la petición de su padre, María suspiró y asintió con pesar. Después de un largo silencio, el abuelo continuó:

—Una de las tantas noches que viví junto a mi pelotón en Belleau,

pocos días antes de que la batalla iniciara, Dolphin y un par de soldados se alejaron del campamento por casi seis horas, obligándonos a salir de las carpas a buscarlos. En su defensa, dijeron que habían visto unas luces entre las copas de los árboles que se movían de manera extraña. Según ellos, habían sido testigos de una luz que se "movía" hasta el lago y luego descendía sobre las aguas a medio kilómetro de nuestro campamento, para luego desaparecer. Obviamente nadie les creyó, y aunque juraron una y otra vez que esas luces bajaron del cielo para «introducirse» al lago, las mentiras de Dolphin habían marcado desconfianza en sus compañeros, haciendo que fuera difícil creerle —Arthur se acomodó la garganta y continuó —: Lo más extraño de todo es que después de la "búsqueda" de Dolphin y los soldados para saber qué eran esas luces, varios de nuestros compañeros en diferentes posiciones del bosque nos juraron que también habían visto luces que bajaban hasta el suelo… poniendo en duda las palabras de Dolphin y de los soldados. Días después, una noche en la que ninguno de nosotros imaginó que la vida estaba por cambiarnos, nuestro pelotón se levantó en plena madrugada por el lejano sonido de unas balas dentro del bosque, solo para darnos cuenta de que el enemigo había ingresado en nuestro perímetro. Para nuestra mala suerte, las tropas enemigas nos interceptaron en conjunto.

—Tranquilo, papá —María tomó las manos de Arthur y notó el conflicto que le causaba relatar sus vivencias durante la guerra—. No tienes por qué relatar esto si no te sientes a gusto. ¿Quieres un vaso con agua?

El anciano negó a la pregunta de su hija y respiró lentamente para recuperarse un poco. Por la expresión de su padre, María no agregó nada más y tomó asiento nuevamente. A pesar de todo, la mujer tenía la curiosidad de escuchar lo que decía después de recordar ciertas actitudes de sus padres cuando ella era niña.

—El ataque fue veloz —confesó Arthur—. Tal vez dos o tres minutos fueron suficientes para dejarnos en claro que el bosque no era nuestro territorio. Murieron siete de los nuestros, y un soldado resultó herido por una bala. Pasaron los minutos después del ataque, y mientras unos nos encargábamos de buscar a nuestros compañeros caídos, entendimos que debíamos salir del bosque antes de que las patrullas enemigas regresaran; esta vez con más tropas. Recogimos lo más importante y comenzamos a despejar la zona, pero el problema comenzó cuando el imbécil de Dolphin no aparecía por ningún lado…

De momento, Arthur guardó silencio y levantó la vista al techo con dolor. Dentro de sus memorias, existían recuerdos que lo hacían vibrar después de tanto tiempo.

—Rápidamente y perturbados —continuó el abuelo—, mandamos a

un grupo de soldados a la búsqueda del batallón restante, mientras otra cuadrilla se encargaba de ayudar a nuestro compañero que se desangraba por el impacto de bala. Después de un rato, Randolph apareció muy desesperado para decirnos que debíamos acompañarlo hasta el otro extremo del bosque para ver «algo» de suma importancia. Sus gritos eran de terror, y por primera vez en toda la estancia durante la guerra, lo noté asustado. Tenía el rostro rojo y las manos le temblaban como nunca antes… —Arthur tragó saliva y suspiró mientras recordaba a detalle sus vivencias—. En ese momento, otros tres soldados más, igual de asustados que Randolph, se acercaron para decirnos que Dolphin tenía razón y que debíamos seguirlos hasta donde decían. Por el feroz ataque que sufrimos por parte de los alemanes, entendimos que las tropas enemigas no tardarían en aparecer de nuevo para terminar con su cometido, pero cuando notamos el sentido de urgencia por parte Dolphin y de otros soldados, decidimos seguirlos hasta el lugar exacto. Cuando nos acercamos a la colina, pude verlos a pesar de la oscuridad. Disculpen si las palabras me limitan, pero intentaré describirlo lo mejor que pueda… pequeñas charolas, o al menos así los identifiqué. No tengo idea de cómo explicárselos, pero parecía un pequeño trasto destruido que se meneaba como gelatina entre la tierra. Fue algo terrorífico.

Sebastián y María se miraron cuando escucharon la confesión de Arthur. Querían hablar y preguntarle infinidad de cosas, pero la duda y la reacción del abuelo luego de su testimonio, los mantuvo mudos.

—¿Recuerdas alguna vez a tu madre mencionar a un tal Frank Jeppson? —Arthur le preguntó a María.

—No, papá. ¿Qué pasa con él?

—Fue uno de los militares dentro de mi pelotón —contestó Arthur —. Lamentablemente, a raíz de lo que vimos, enfermó, y los altos mandos se encargaron de modificar la muerte de mi compañero para evitar sospechas. Según el gobierno, mi compañero murió de una enfermedad en la sangre a causa de la edad; pero la verdad es que falleció después del impacto ocasionado por lo que vimos en el bosque. El saber que habían asesinado a varios de nuestros compañeros, para después tener que ver aquel «objeto» fuera de nuestra imaginación entre las plantas, hizo que Jeppson cayera en un estado de shock durante los siguientes días, lo cual le generó un problema cardíaco que terminó con su vida. Los demás soldados fueron silenciados, y otros no quisieron saber nunca más sobre lo sucedido… el solo tocar el tema los hacía temblar. Meses después, Dolphin y varios militares llegaron a la conclusión de que las balas habían derrumbado a esos objetos durante el enfrentamiento, pero solo quedó como una idea… nunca lo comprobamos con exactitud. Hija —el abuelo miró a María y le mantuvo la mirada por un rato—.

Sé lo que vi esa noche. Vi su estructura y reconozco la sensación que provocó en mí aquel hallazgo hace más de veinte años… también estoy seguro de que eso está sucediendo otra vez ahora mismo en el desierto.

—¿Y cómo sabes que la estructura de esos escombros es similar a lo que encontró Sebastián? —preguntó María sin terminar de comprender.

—Sencillo, Dolphin comenzó a *pasar* la voz entre nosotros de su "gran logro" al rescatar unos cuantos trozos de aquellos objetos. De manera sutil y con la presunción de siempre, el hombre comenzó a enseñarles a ciertos militares de alto rango lo que era todo eso, incluyéndome. Todo fue normal hasta que, un día, ese maldito intentó ponernos a todos como los responsables de lo ocurrido. El ejército revisó todo lo que pusiera en riesgo la seguridad nacional, interrogaron a sus propios soldados para evitar que guardáramos algo, ya sea físico o… en nuestra cabeza. Y la verdad, era imposible guardar secretos. Después de la guerra, si alguien escondía algo para su propio beneficio lo acusaban de traicionar al país.

—Eso nunca lo supimos, Arthur —intervino Sebastián—. Supongo que después te amenazaron o te sometieron a esos métodos de la *verdad* para no ser un problema ante el gobierno, ¿verdad?

—Sí, y no solo a mí, también a Clara —Arthur meneó la cabeza en señal de enojo—. Randolph comenzó a parlotear acerca de que nuestro pelotón había sido el responsable de dicho descubrimiento y sugirió que una investigación más a fondo sería lo mejor para todos —el abuelo apretó una vez más los dientes demostrando ira y levantó la cara al deteriorado techo de lámina—. Según los militares, para estar seguros de que los testigos de aquel día no guardábamos algo, decidieron interrogar a nuestras familias hasta el cansancio. Lo más curioso de todo es que después de sus mentiras, Dolphin entregó los restos al gobierno, y nada más sucedió para él…

—Arthur, ¿entonces por qué has decidido quedarte con esa basura que traje? De haberlo sabido, ni siquiera te hubiera dicho.

—La duda, Sebas. No tienes idea de cuánto me arrepiento de no haber observado a detalle tan enigmáticos restos. Además, ¿cómo pensar que ese malnacido estaría de nuevo, ahora en Nuevo México? ¡Dime, Sebas! ¿Qué tan probable es que Dolphin llegara a plantarse en mi puerta por una situación similar a la que causó tantos problemas en el pasado?

Sebastián asintió lentamente con la boca abierta, intentando comprender las curiosidades de la vida.

—Su mirada se nota más dañada, y eso me preocupa —dijo Arthur doblando un trozo de servilleta sobre la mesa—. Sebastián, hija, cuiden mucho a Isabel, eviten el contacto con los militares y desechen

todos esos residuos para evitar involucrarse con Dolphin, por favor.

—Papá, no digas eso —María se levantó al notar que el anciano se alarmaba cada vez más—. Él ya no puede molestarte. Mañana mismo Sebastián se deshará de toda esa basura y olvidaremos la visita del teniente. Además, Dolphin se comportó de manera agradable y por lo visto, te respeta.

Se hizo un silencio en medio de la cocina.

Arthur levantó su taza de café, le dio un gran trago terminándose el líquido, y con los ojos directamente clavados en la ventana, reveló:

—Por muchos años han caído cosas extrañas del cielo, hija. Cosas que ninguno de nosotros comprenderíamos tan fácil, y que el gobierno ha ocultado sin contemplaciones.

34

Por tercera vez en menos de cinco minutos, el teléfono volvió a sonar. El hombre se quitó los guantes, se acercó al fregadero y abrió el grifo para enjuagarse las manos antes de atender al llamado que desde hace varios minutos, insistía cuando estaba ocupado.

—¿Sí? ¿Quién habla?

—Dennis —la voz del otro lado de la línea se escuchó inquieta—, te estoy hablando desde el aeródromo. Escucha bien lo que estoy por decirte. No hables. No preguntes. Solo necesito que me confirmes cuántos ataúdes de cinco a seis pies se encuentran disponibles para hoy mismo. Necesito una respuesta lo antes posible.

A Glenn Dennis, quien se encargaba de la guardia nocturna como embalsamador en la funeraria Ballard, le sorprendió la petición del militar. Lo primero que atravesó por su mente fue algún incidente dentro de la base, pero el militar que olvidó presentarse vía telefónica le dio un sentido de urgencia a su petición, obligando a Dennis a ponerse en marcha.

—Permítame un segundo, por favor —el hombre colocó boca abajo el auricular y se dirigió al cuarto donde guardaban los féretros. Un frío y obscuro lugar que siempre lo ponía nervioso al entrar. Contó los ataúdes y con la misma velocidad, regresó para avisarle al soldado que esperaba en el teléfono.

«¿Qué tipo de accidente será?», pensó.

—Señor, por el momento solo contamos en almacén con un par de cajas para… niños.

—Necesito cuatro. ¿Para cuándo considera usted que podrá conseguirnos otro par? —se escuchó por el auricular.

—Tal vez mañana, o hasta el miércoles. Tendría que ir personalmente a Albuquerque para solicitarlos, no tengo idea…

—¡Necesito que las cajas tengan un proceso de sellado hermético, Dennis! ¡Asegúrese de eso!

El tono de voz del militar hizo que el embalsamador frunciera el ceño por el grito directo en su oído. De repente, un silencio (o lo que parecía un silencio) surgió del otro lado de la línea.

—*¿Será necesario? ¡No podemos arriesgarnos…!*

Al parecer, una voz le susurraba al militar que había llamado.

—¿Señor? —preguntó Dennis cuando perdió el hilo de la llamada

—. Si de verdad necesita esas cajas, puedo contactar a un socio de Texas; son de calidad, pero dudo que los pueda…

—¿Se podrían conseguir para mañana a primera hora del día? —el soldado regresó a la llamada con Dennis.

Por la hora y la estropeada respiración de quien solicitaba, Dennis se dio cuenta de que la base estaba en un serio problema.

«Posiblemente una jornada de entrenamiento ha salido mal.»

—Para el día de mañana me es imposible conseguirlos, señor —contestó Dennis—. Lo más rápido que esos féretros se puedan conseguir sería al atardecer, aunque sin el sellado hermético que solicita. ¿Necesitan mi apoyo en la base?

—No, solo requerimos los ataúdes para hoy mismo, pero los conseguiremos por otro lado —la voz del soldado se tornó molesta—. También necesito saber cómo podemos disminuir la putrefacción de un cuerpo que ha estado expuesto al calor y a la tierra durante varios días.

La cara de Glenn se deformó al escuchar la duda del militar donde se incluían cadáveres dentro del aeródromo de Roswell.

Por el contrato que tenía la funeraria Ballard con la base militar de Roswell, Glenn Dennis se limitó a preguntar algo más y prefirió el concepto de prudencia, así evitaría problemas con ellos.

—Hielo, señor —contestó el hombre recargado en la pared, esperando el momento en que el soldado le dijera lo que había sucedido—. Esa es la mejor manera de conservar un cadáver en estado de descomposición… si necesitan mi presencia en la base para un mejor control de algún accidente, puedo estar con ustedes en un lapso de treinta minutos.

—¡No, Glenn! Agradezco tu iniciativa, pero no es necesario. Estás por salir del trabajo, ¿cierto?

—Así es, señor. ¿Se le ofrece algo más?

—Nada, es todo. Debes estar atento a cualquier otra llamada telefónica, ¿de acuerdo?

—Claro. Estaré atento… buenas noches.

Glenn Dennis colgó el auricular sobre la pared y se quedó unos segundos mirando el suelo para intentar comprender la solicitud tan extraña que lo perturbó.

«¿Sellado hermético?»

35

—Papá, ¿estás insinuando que otro tipo de vida existe allá a*fuera*? —La voz de María, con un toque de escepticismo, resonó por el comedor de la casa.

—No se trata de insinuar, hija, se trata de sentir —Arthur sonrió con seguridad y esperó a que su hija procesara sus palabras—. La fe trasciende cualquier idea impuesta por el humano; además, el universo es colosal. Afirmar que somos el único planeta en el infinito no presenta probabilidad alguna… sería muy egoísta de nuestra parte creer algo así.

—He intentado creer, papá —dijo María con la cabeza baja—, pero hasta el momento no hay pruebas reales acerca de eso. Me cuesta mucho imaginar que existen personas o animales *diferentes* a nosotros. Si es así, ¿por qué no simplemente se acercan a nosotros y ya?

Arthur sonrió y asintió al argumento de la mujer; de cierta manera, tenía razón. Era lo más lógico.

—¿Acaso tú te acercarías a un grupo de simios agresivos y testarudos? —intervino Sebastián—. Puedo estar seguro de que esa es la razón principal por la que no los vemos tan fácil.

—¿A dónde quieres llegar con eso? —preguntó María.

—Hace apenas un par de años, todo el mundo se encontraba sumido en una asquerosa guerra en donde nadie veía por su prójimo. Hombres asesinando a niños y mujeres sin remordimiento, países bajo amenazas de dominio y control... creo que ni Dios ha tenido la intención de poner un pie junto a los humanos de nuevo.

Padre e hija miraron a Sebastián con sorpresa al encontrar la justificación más acertada a la ausencia de un *contacto*.

—Yo jamás he visto ningún avión en forma de plato por los cielos como muchas personas lo dicen —se defendió María—. Hasta no ver una *cosa* fuera de aquí, no puedo creerlo.

—¡Todo el tiempo estás negándolo! ¡No crees ni en lo que ves, mujer! —contestó Sebastián.

Mientras Sebastián y María discutían, Arthur se levantó de la silla apoyándose en el bastón y comenzó a caminar hacia la sala frente a ellos.

—Papá, espera, ¿a dónde vas?

—Vuelvo en un momento, hija.

Sebastián miró con irritación a María considerándola como una terca ante lo que no solo él y su padre le decían, sino también su hija.

—Desde que el país lanzó esa maldita bomba sobre los japoneses, todo el mundo desconfía de nosotros —continuó Sebastián—. *Ellos* también desconfían de nosotros. *Ellos* han estado atentos al ser humano desde años, y si son pensantes, sabrán que somos parásitos que consumen todo a su paso… venir sería un grave error. Ahí otra de las razones por la que no nos visitan de manera *abierta*, mi amor.

Sin decir nada más y con los brazos cruzados, María vio a su papá regresar con un par de libros que dejaba caer sobre la mesa. Lentamente, Arthur tomó asiento de nuevo.

—Sebas, ¿podrías alcanzarme mis gafas, por favor?

Sebastián se estiró y le entregó los rayados vidrios a su suegro.

«¿Cómo es que puede ver con esos cristales tan dañados?», pensó el sujeto.

—María, cariño —Arthur se acomodó en la silla y miró a su hija—, puedes preguntarle a tu madre acerca de mis creencias durante mi juventud. Yo era la persona más indiferente con los temas que sobrepasan nuestra imaginación, pero después de aquel incidente en el bosque de Francia, cambié mi percepción para siempre. No solo dejé de pensar en que somos lo más importante del universo, también me apegué a la creencia de que los antiguos hombres, hombres que han estado en este planeta mucho antes que nosotros, tuvieron contactos con seres que no provienen de aquí.

María escuchaba sin parpadear lo que su padre decía.

—Estos libros los conseguí durante mi estadía en Kansas, en ese tipo de librerías donde venden obras antiguas y de segunda mano. Y después del traumático evento que viví junto a mi pelotón en Francia, quise investigar todo lo que pudiese tener a mi alcance sobre aquello que no podemos entender de manera tan sencilla —Arthur abrió el primer tomo de lo que parecía ser una colección de libros y comenzó a buscar en el índice los títulos que le interesaban. Junto a él, Sebastián y María acercaron sus sillas para sentarse lo más próximo al abuelo.

—¿Qué tipo de temas tiene ese libro, Arthur? —preguntó Sebastián.

—Antiguas civilizaciones…

María frunció el ceño y miró a su padre que no despegaba la vista del papel.

—¡Aquí está! —exclamó Arthur con una sonrisa—. Esta narración proviene de la antigüedad. Es un texto hindú y es considerado el más amplio en la historia de la humanidad, al menos el más amplio descubierto hasta ahora… incluso más largo que la Biblia. El texto del Mahabharata son relatos tan antiguos que inclusive mencionan la aparición de energías que han fulminado la vida por completo,

dejando en claro que han existido civilizaciones que han desaparecido. La primera crónica estuvo escrita en sánscrito y puede traducirse como: *La Historia del Pueblo Indio*, haciendo referencia a las batallas que se luchaban durante el inicio de los hindúes… lo que hace especial a estas guerras fue la intervención de grupos divinos provenientes del cielo.

—¿A qué te refieres con la palabra «divinos», papá? —preguntó María.

—Se refiere a *seres* con características diferentes a los que vivieron durante esos años —respondió Arthur—. Lo extraordinario de esta epopeya es la explicación de las «batallas» que tenían lugar en los cielos y la explicación de cómo los combatientes luchaban dentro de aparatos voladores que se movían a una velocidad similar a la de la luz. Ellos los llamaban «vimanas», y su apariencia era esta…

Arthur extendió el libro sobre la mesa dejando ver a los curiosos que estaban a su lado. María y Sebastián se acercaron para distinguir un objeto similar a la estructura de una pirámide con una *cúpula* encima.

—Se parecen a esos monumentos que se han descubierto en México y en Egipto…

—Claro, y si ustedes leen el texto de abajo, podrán ver la forma en que esas *cosas* volaban.

—Se movían a grandes distancias en tan poco tiempo… —leyó Sebastián estirando su cuello.

—Más adelante —continuó Arthur—, se menciona cuál era el armamento con el que se luchaban dichas guerras. Eran similares a los bombarderos actuales, a la artillería y a lo que parecían ser *proyectiles*. Los hindúes que tuvieron la oportunidad de leer los textos originales citan unos *destellos* de luz que destruían ciudades enteras. También, en el Mahabharata, se describe una gran bomba a la que se le denominó como: *El Rayo de Hierro*, y su estallido era tan cegador como el de diez mil soles… al menos así lo describe el antiguo texto.

—Oye, Arthur —interrumpió Sebastián, mientras se quitaba la chaqueta y la recargaba sobre la silla—. ¿Y ese es el único lugar en donde se habla de esos objetos?

—No, espera —el abuelo le sonrió a Sebastián—. Los datos que realmente deberían estar en los libros de historia no están. ¿Por qué? Ya lo sabrás…

36

María comenzó a hojear el pesado libro sobre sus piernas mientras Arthur continuaba buscando más información para compartir y Sebastián se mantenía atento a su suegro.

—La civilización de los Hopi, en Arizona, también cita este tipo de encuentros…

—¿Mabarta...? ¿Maljabaraja? ¿Cómo se pronuncia?

—*Maljabarata*, así se pronuncia —Arthur soltó una risa al ver a sus familiares no comprender el nombre del libro.

—Es este… escuchen bien —Arthur se acomodó las gafas, y leyó—: *Los* hopis *adoraban a unos dioses que denominaron Kachinas, y según los textos, esos dioses los visitaron en varias ocasiones. Los visitantes les confesaron que venían de las estrellas y que sus creencias se basaban en el misticismo y en el crecimiento espiritual. La civilización de los* Hopi *descifró el poder de estos seres para controlar su vibración y ayudar al pueblo de Arizona a crecer por el camino correcto. Es el camino que todos los líderes espirituales han querido lograr con sus visitas. Estos seres venían en objetos parecidos a «sombreros» o «pájaros» que despedían luces y emitían misteriosos sonidos que resonaban por todo el cielo.*

Sebastián clavó los ojos sobre la mesa como si estuviese hipnotizado por las palabras de su suegro. Le era casi imposible escuchar que en varios libros se confirmara la "aparición" de objetos en el cielo, y a pesar de eso, muy poca gente lo supiera.

—Los escritores de este libro, ¿cómo pueden estar tan seguros de que escriben algo cierto? —cuestionó María—. Son temas que pueden ofender a muchos. Apuesto que a lo largo de la historia existieron estafadores que solo tuvieron como objetivo engañar y hacer creer a otras personas sus ideas.

—¿Qué me dices de la Biblia? ¿Es el resultado de una estafa? —preguntó Arthur.

—No lo creo, papá —contestó María con el rostro serio.

—¿Qué me dices del encuentro de Ezequiel con los cuatro seres rodeados de una gran nube *inteligente*?

—Según la Biblia, Ezequiel habló con Jehová, no con "seres extraños" —refutó María.

—Pero se dice que Ezequiel observó a cuatro siluetas más aparte de escuchar la voz de Jehová.

—Me parece que el párrafo dice así: *Y las ruedas y la materia de ellas era como crisólito, y las cuatro eran semejantes, y su forma y estructura eran como de una rueda que está dentro de otra rueda. Ezequiel, capítulo 1, versículo 16* —citó Sebastián, con los ojos cerrados intentando recordar el versículo.

—Sebas, hijo, ve por la Santa Biblia debajo de ese mueble, por favor —le pidió Arthur a su yerno.

El hombre se levantó y caminó en dirección a la sala.

—Hija, como ese fragmento se pueden encontrar muchos más dentro de la Biblia —Arthur regresó su mirada a María—. Las personas, incluyéndote a ti, han tenido la verdad al frente todo este el tiempo y no la han querido identificar.

María levantó lentamente la cara para ver a Arthur y con la misma lentitud, la regresó al libro sobre sus piernas.

—Arthur, me parece que en el Antiguo Testamento también se escribe algo similar cuando Moisés liberó al pueblo de Israel hace años. ¿Recuerdas el versículo? —preguntó Sebastián desde la estantería de libros.

—No exactamente, pero sé que Moisés describió a Jehová como un ángel que se acercó a él sobre una zarza rodeada de fuego. Ese ángel era de luz y le pidió quitarse el calzado antes de acercarse…

—Sí, es en el Éxodo —confirmó María.

—Ahora, durante los cuarenta años que Moisés caminó por el desierto junto a los hebreos —continuó Arthur—, él afirmó que una gran nube los guiaba de día, mientras que una de fuego los guiaba de noche. Cuando descansaban, la nube se detenía hasta que estuviesen listos para continuar su trayecto.

—*Jehová iba delante de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche, en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche. Éxodo, capítulo 13, versículo 21* —leyó Sebastián con Biblia en mano mientras caminaba a la mesa.

—Exacto. ¡Gracias! Tan solo en el Antiguo Testamento se mencionan este tipo de *seres* o divinidades unas 110 veces, mientras en el Nuevo Testamento se puntualizan 165 veces... Hubo un tiempo en que me dediqué a estudiar a profundidad tan famoso y polémico libro.

—¿Podemos continuar con el resumen de tus libros, Arthur? —dijo Sebastián, al tiempo que se dejaba caer en la silla.

—Claro. —Para ese momento, Arthur ya tenía el próximo tema abierto sobre la mesa—. Una de las civilizaciones que más me emocionan, es la de los egipcios. Durante la guerra, conocí a varios exploradores y egiptólogos que compartieron sus conocimientos con los soldados de turno. En una ocasión, conocimos a un tal Nadim Hawas, arqueólogo de profesión y buscador de la verdad como

muchos otros. Mi compañero vivió por más de siete años en Beerseba y después de todo lo que nos comentaba durante el descanso militar en Kansas, pude comprobar lo que él decía con estos libros. Nadim nos dijo que si todos mantuviéramos una mentalidad más amplia con pensamientos positivos, en lugar de aquellos que envenenan el alma, seriamos una civilización como los egipcios, incluso como los antiguos atlantes... civilizaciones con una vibración espiritual completamente diferente a la nuestra. Ahora, mucho antes de que los egipcios construyeran las pirámides, existió una época, o etapa, de vida la cual llamaron: *Tep Zepi* o lo que se podría traducir como "*El inicio de los tiempos*". Aquella época señala que los antiguos egipcios sostuvieron por mucho tiempo la idea de que los primeros dioses llegaron del cielo; para ser más específico, en «veleros volantes». Con la llegada del dios Osiris y de su hermana Isis, quien también fue su cónyuge, los egipcios comenzaron a obtener conocimientos especiales que no se percibieron durante los primeros años. Recuerden que los egipcios emergieron de la edad de piedra, y que después de la intervención de dichos dioses, su cultura dio un giro inexplicable en tan poco tiempo. Osiris fue representado y asimilado por la estrella Orión, mientras a Isis con la estrella de Sirio. Estos extraños individuos, a los que también se les atribuye la creación del Nilo, aparentaban una altura claramente superior a la de cualquier habitante en Egipto, y sus padres eran Urano y Gea. El padre de ambos provenía del cielo, mientras que la madre era originaria de la tierra… estamos hablando de unos 2500 años antes de la era Cristiana. La razón se le atribuye a un posible encuentro de dioses con los humanos; esto no es de extrañar cuando lo comparamos con la afirmación del Génesis... para ser más exactos, en el capítulo 6, versículo 1.

Arthur regresó al principio de la Biblia para comprobar lo que les decía:

—*Y viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas. Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después, cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los héroes que desde la antigüedad fueron varones de renombre.*

Sebastián miró a María, quien mantenía la vista sobre su padre intentando asimilar las tremendas coincidencias que se entrelazaban.

—Estos supuestos dioses gozaban de conocimientos extraordinarios para aquellas épocas tan antiguas —prosiguió Arthur—. Se dice que Osiris constantemente celebraba ceremonias a los astros junto a su hermana y esposa Isis. Ambos enseñaron la inmensidad de los astros a los habitantes recién nacidos de las cavernas y comenzaron un crecimiento espiritual de manera paralela... por así decirlo.

A sus espaldas, la puerta del patio se azotó con violencia y provocó

que todos los presentes se giraran con brusquedad.

—¡Bruno! ¡Qué susto me has dado! —gritó María con la mano en el pecho.

—¡Ese perro necesita una soga para mantenerlo quieto! —rio Sebastián con el corazón acelerado por el susto.

Moviendo la cola y corriendo hasta la mesa, el can se acercó hasta Arthur y lamió su mano parándose en dos patas frente al abuelo. Después intentó subir de un brinco sobre sus piernas, pero su dueño solo pudo sonreír, acariciar a su amigo y empujarlo de nuevo al suelo para que se echara junto a él.

—Bruno siempre ha sido mi compañero desde que era un cachorro, pero tengo que aceptar que su instinto animal me estresa constantemente —Watson miró a su fiel amigo recostado junto a sus pies y sonrió con cariño—. Al parecer también tiene intenciones de escuchar nuestra conversación, ¿verdad, amigo?

El can lo miró desde abajo cuando escuchó que Arthur hablaba de él. La cola golpeando la pata de la mesa denotaba alegría en la mascota.

—Después de tremendo susto por parte de tu perro, ¿podemos continuar? —preguntó María.

—Lo siento. Bruno, por favor deja de asustarnos y escucha —pidió Arthur mientras revisaba el libro para recordar el tema anterior—. Antes de que los egipcios comenzaran a levantar su increíble civilización, los habitantes del continente enterraban a sus familiares y sacerdotes en fosas, pues no tenían un procedimiento exacto para deshacerse del cuerpo de sus semejantes. No fue hasta que los antiguos sacerdotes y guardianes implementaron la construcción de lápidas y edificios para honrar a sus difuntos, y las llamaron: Mastabas. Estas edificaciones las construían con unos metros de profundidad para evitar que los animales carroñeros se apropiaran del cuerpo. También tenían una pequeña capilla para que los familiares pudieran homenajear y hacer el último despido antes de cerrar la tumba hasta la eternidad. Después, con el paso del tiempo, introdujeron recipientes llamados «vasos canope», con el objetivo de extirpar las vísceras del difunto y hacer más liviano el ascenso del alma al cielo; esto fue hasta la aparición del sabio, médico y astrónomo, Imhotep. Este sabio fue mucho más importante que el mismo Dédalo, el creador del laberinto de Creta, pues tuvo la capacidad de dominar la física y la anatomía en aquellos tiempos tan remotos. Pudo entender la descomposición del cuerpo humano al momento de morir, y según la investigación de mi fallecido amigo Hawas, Imhotep tenía el conocimiento para mantener el componente orgánico en un estado de putrefacción más gradual. Mantenía al cuerpo con un mayor tiempo de calidad, ofreciendo así la posibilidad

de darle “más tiempo de vida” a un cadáver. Lo mejor de todo es que años después lo comprobé con este par de libros sobre la mesa…

Sebastián asintió mientras leía la página que confirmaba lo que su suegro les platicaba.

—El testimonio por parte del médico agradó por completo al faraón Djoser —prosiguió el abuelo mientras levantaba su taza de café y le pegaba un gran trago—, y este le ofreció todo su apoyo con la finalidad de crear una construcción para que algún día, cuando el faraón sucumbiera, pudiese resucitar tiempo después. La primera tumba hecha por Imhotep comenzó en forma de pirámide, como las que se conocen en la actualidad, y se edificó a unos kilómetros al sur de El Cairo, en la región de Saqqarah. La llamaron Meidum y se consideró la primera de las pirámides creada por los egipcios, casi dos mil seiscientos años antes de Cristo.

De momento, tras el obscuro pasillo, apareció Isabel bostezando con los cabellos revueltos.

—Isabel, ¿qué haces despierta, mi amor? —preguntó María mientras se levantaba.

—No tengo sueño, mamá. ¿Puedo estar con ustedes un rato?

—Ya es tarde, hija. Es mejor que descanses, mañana temprano saldremos a casa y levantarte de la cama es difícil cuando no duermes bien —Sebastián miró de reojo a Arthur, quien tenía la vista clavada en su nieta.

—Es una buena idea que escuche todo esto —habló Arthur—. Nada de lo que hemos hablado es inapropiado para la niña; además, está en la edad de aprender más allá de lo que puedan enseñarle en la escuela.

Las miradas de Sebastián y de María se cruzaron ante la sugerencia del abuelo y llegaron a un acuerdo mutuo. Solo un rato, no más.

—Está bien, siéntate con tu papá. Iré a comprobar que mi madre siga durmiendo.

—¡Bien! Yo me serviré un poco de café. Isa, ¿quieres saber cómo se han construido las pirámides de Egipto? —le preguntó Arthur a la pequeña.

—¡Sí! —gritó Isabel.

—Bueno, ponte cómoda mientras esperamos a tu madre.

4. LA NOTICIA

8 DE JULIO DE 1947

RAAF Captures Flying
On Ranch in Roswell

Claims Army
Is Stacking
Courts Martial

Indiana Senator
Lays Protest
Before Patterson

House Passes
Tax Slash by
Large Margin

Defeat Amendment
By Demos to Remove
Many from Rolls

Security Council
Paves Way to Talks
On Arms Reductions

No Details of
Flying Disk
Are Revealed

Roswell Hardware
Man and Wife
Report Disk Seen

Ex-King Carol W

Miners and

Nota periodística publicada el 8 de julio de 1947, en Roswell.

37

George Collins se limpió el sudor con la palma de su mano mientras buscaba a su compañero entre la multitud de soldados que corrían de un lado a otro, intentando cumplir la infinidad de órdenes emitidas por sus oficiales dentro de la base. La cabeza le punzaba de manera agresiva y la falta de alimentos durante casi ocho horas lo torturaba todavía más.

—¡Eddie! —gritó al distinguir a su compañero correr entre la turba de soldados que gritaban como animales—. ¿Has visto al sargento Gordon?

—¡Escuché que despegó a Washington hace una hora! ¿Qué necesitas?

—Se supone que debí salir a Ohio hace cuarenta minutos. Me han dado la orden de reportarme con él, pero no lo encuentro.

—Lo siento, hermano. Tienes que conseguir la orden del sargento para abrir el hangar —contestó su compañero, quien no se detenía de su paso para hablar con Collins.

—¿Con quién me puedo reportar? El teniente Dolphin no ha llegado a la base, continúa en Corona —el piloto persiguió al soldado mientras se introducían por una puerta.

—Tal vez no tengas otra opción más que esperar al teniente, George.

Los hombres entraron por el pequeño corredor que conducía hasta los hangares, y cuando el soldado Eddie se percató de que el pasillo estaba fuera de presencia, se giró y detuvo a Collins de golpe.

—¿Has escuchado los rumores? —El soldado parecía nervioso—. Han recogido cuatro cuerpos en el desierto de Corona, cerca de Tecolote. También han recuperado lo que parece ser una nave que no ha sido identificada hasta ahora, comienzan a creer que tampoco viene de parte de los soviéticos.

—Sí, lo sé. Yo fui el encargado de sobrevolar el área, ¿para qué crees que necesito el permiso del sargento Gordon?

—Escucha, tienes que andarte con cuidado, no hables con nadie sobre esto. ¿Te han hecho firmar algún tipo de documento?

—No, ¿documento sobre qué?

—Una carta de responsabilidad, no tardarán en obligarte a firmarla. ¿Viste el prototipo de cerca o los cuerpos?

—No, lo vi desde el aire… ¿Cómo es?

—Es como una cacerola muy grande, tiene un pequeño domo encima y está completamente doblado —El soldado respiraba con velocidad—. Los restos que han logrado filtrarse entre los soldados son especiales. Esas mierdas no respetan las leyes de la física. Uno de los oficiales estuvo golpeando un trozo de ese "metal" con un martillo y para nada que apareció un rasguño de por medio. Otro soldado le prendió fuego a un trozo del material y se convirtió en líquido… para después regresar a su estado normal, ¿puedes creer tan formidable hallazgo?

George Collins recordó la conversación que tuvo anteriormente con el teniente Dolphin y supo que los rumores cada vez se intensificaban.

—Por esa razón —continuó Eddie—, los superiores intentan a toda costa que la comunicación entre nosotros se limite. Ya han castigado a varios soldados que hablan de esto, y yo creo que será mejor que nadie más se entere… Por cierto, ¿recuerdas a Kenneth Arnold?

—¿El piloto de Washington?

—¡Sí! Todos están hablando acerca de él. Hace quince días, juró ante la prensa que fue testigo de nueve platillos volantes cerca de Mount Rainer, y su testimonio coincide plenamente con lo que está en el hangar #84 ahora mismo.

A lo lejos, luces provenientes de camiones entrando a la base militar, iluminaron la bodega donde los cansados hombres hablaban. Un par de silbidos y el ruido de una bocina creando un eco en el almacén rompieron el silencio. Un grupo de militares entró por una de las puertas corriendo en dirección a la explanada central de la base, haciendo que ambos sujetos guardaran silencio para no levantar sospechas de una conversación acerca del incidente.

George y el cabo Eddie bajaron la cabeza evitando crear contacto visual con sus colegas, pero antes de que el compañero de Collins tomara su camino por la presencia de los soldados que pasaban corriendo sin mirarlos, se giró y le dijo a Collins:

—Será una larga semana, soldado. Espero verte pronto para ir por unas cervezas. Por cierto, resuelve la situación del permiso… no creo que quieras lidiar con el bastardo de Dolphin.

38

Isabel sentada sobre las piernas de su padre no quitaba oído a lo que su abuelo narraba en aquel pesado y polvoriento libro. Palabras que jamás había escuchado en su vida inundaban su cerebro procurando entenderlas. Sin embargo, la niña permanecía muda y atenta.

—¿Y qué sucedió con tu amigo, papá? —preguntó María después de servirse una humeante taza de café.

—Falleció por un ataque al corazón hace poco más de tres años... fue un hombre bastante profesional en cuanto a su trabajo y no era muy afín a dejar sus investigaciones al azar. Puedo jurarles que ese hombre se llevó mucha información a la tumba —Arthur elevó sus hombros y se acomodó en la silla.

—¿Quiénes son los egipcios, abuelito? —La curiosidad de Isabel se hizo presente.

—Son las personas que viven en Egipto, hija —María soltó una risita al escuchar la pregunta de su hija.

—Así es, cariño, pero recuerda que nosotros hablamos de los antiguos egipcios, personas que vivieron miles de años atrás y que marcaron la historia de la humanidad de forma significativa. Ellos nos han dejado un montón de misterios en sus escrituras y en las famosas pirámides. Mira... así son las estructuras que hicieron.

Arthur extendió el libro sobre la mesa en dirección a su nieta para mostrarle las imágenes en el desierto. Cuando la niña tuvo de cerca el ejemplar, pegó la nariz a la mesa y miró las imágenes.

—La más grande se llama Keops —Arthur le señaló con el pulgar —. La de junto Kefren, y la pequeña junto a las dos es Micerino. Están edificadas desde hace más de dos mil años. ¿Te lo imaginas?

—¿De verdad? ¿Tanto tiempo? —se emocionó la niña sin dejar de mirar la hoja. Ella, a pesar de no comprender lo suficiente, tenía el interés de aprender.

—Sí, pero los egiptólogos y arqueólogos menos ortodoxos dudan de la historia que se le ha ofrecido al mundo —el abuelo miró a María y a Sebastián—. Estos profesionales nos han dicho por años que las pirámides fueron construidas en poco más de veinte años.

—¿Tanto tiempo? ¿Qué tan difícil es hacer esos triángulos de arena?

—Hija, deja que tu abuelo termine de hablar —interrumpió

Sebastián abrazando a la pequeña, que casi arrastraba el libro hasta ella.

—No son de arena, cariño —Arthur sonrió cuando vio que la niña se alzaba de puntillas para ver mejor—. Están construidas con bloques de caliza y granito. Supuestamente, los expertos en este tema han dicho por años que la diorita también se utilizó como material durante su construcción.

Los ojos sin parpadear de la niña no se apartaban de los de su abuelo.

—A unos quinientos kilómetros de Guiza, se encuentra una cantera donde los egipcios extrajeron las piedras para la construcción —continuó Arthur—. El lugar es Asuán y se encuentra al sur de El Cairo. Ahí se descubrió hace años un obelisco con un peso de aproximadamente 1200 toneladas, y medía casi cincuenta metros de altura; para Nadim, aquello era imposible...

—¿No es posible la existencia de un obelisco al sur de Egipto? —Sebastián intervino con duda.

—No, él se refirió a que por la cantidad de bloques y por el supuesto tiempo en que se levantaron las tumbas, es casi imposible hacerlo, por no decir completamente imposible —Arthur comenzó a hojear el libro buscando más datos—. Los arquitectos debieron trabajar día y noche sin descanso, los trescientos sesenta y cinco días del año; pulir, medir, cargar y arrastrar los más de dos millones de bloques que variaban entre tres y cuatro toneladas en un tiempo de tres minutos… —Arthur calló unos segundos para verificar que los presentes lo siguieran, para después proseguir—: Y eso solo si la tarea realmente se llevó a cabo en 20 años como lo indican los arqueólogos. En fin, la cantidad de almas trabajando durante la construcción se calculó entre 90 mil a 100 mil individuos. Algo realmente interesante es que mantener con vida y con una alimentación digna a tantos esclavos, también es absurdo. Además, hubiese sido mucho más fácil para aquellos siervos el rebelarse contra el faraón antes de continuar con una tarea que... más que tarea, eran órdenes y mandatos de los reyes. Las pirámides, sobre todo la Gran Pirámide, llamada también Keops, tiene tantos enigmas que hasta la fecha no se han podido descifrar, o me atrevo a decir que no se ha revelado con sinceridad la verdad detrás de todas esas exploraciones, ya sea por algún tema de creencias o de intereses financieros, no lo sé... muchos datos que mi compañero me reveló durante la juventud se han disuelto en mi memoria, pero gracias al Señor, encontré estos libros que me han refrescado las ideas.

De momento, una segunda luz entró por la ventana de la cocina alumbrando la casa. Por la manera en que Sebastián se levantó, pudo notar que otra Jeep se introducía por el desierto.

—¿Qué hora es? —preguntó Arthur.

—Las tres de la mañana.

Sebastián suspiró a la vez que observaba desaparecer la luz del automóvil entre la inmensidad del desierto, y miraba con una débil sonrisa a Isabel, que lo veía con extrañeza. Antes de continuar, los tres adultos intercambiaron miradas de inquietud al enterarse de que los militares continuaban buscando algo a tan altas horas de la noche, algo que sin dudas, los mantenía ocupados.

—Esas construcciones —María rompió el silencio—, en algún momento leí que guardaban otras características aparte de solo ser una tumba. ¿Sabes algo sobre eso, papá?

—Demasiadas, hija —Arthur suspiró—. En este ejemplar se nombran más razones para creer que los antiguos egipcios no tuvieron la completa capacidad de levantar esas supuestas tumbas. Recordemos que dicha civilización comenzó alrededor del año cuatro mil antes de Cristo, y que las únicas herramientas que utilizaron durante su construcción, al menos las que se han podido comprobar, fueron cinceles de cobre, piedra y según el testimonio de sacerdotes que dialogaron con Heródoto, también maderos cortos que funcionaban para arrastrar los bloques de piedra. Esta teoría del historiador carece de bases al no existir pruebas físicas de que en verdad se usaron estos maderos. Ningún egiptólogo que salga de lo “común” ha demostrado algún tipo de herramienta diferente a los cinceles y piedras.

Del suelo, el perro se levantó y se acercó hasta la niña quien lo llamaba con los dedos. Bruno se levantó en patas delanteras y lamió su cara, haciendo que Isabel soltara una risita casi muda para evitar interrumpir a su abuelo.

—Mi compañero arqueólogo me demostró mediante fotografías que él mismo obtuvo en Egipto, en donde ciertos ángulos de la pirámide de Keops están perfectamente unidos entre sí. Con esto me refiero a que no presentan ningún tipo de alteración por el golpe de un cincel o de una roca. Comprobó lo que tantos arqueólogos del siglo pasado han confirmado, el hecho de que una cuchilla es incapaz de penetrar entre una roca y otra. Hasta el momento, no existe maquinaria capaz de unir con tal precisión bloques de tal magnitud; apuesto que ni los mismos nazis tuvieron la tecnología para levantar una pirámide como la de Keops —el abuelo se puso de pie para evitar la incomodidad que le causaba estar sentado en una misma posición por mucho tiempo, y continuó—: Está comprobado que la explanada donde se sitúa la Gran Pirámide es del tamaño de seis campos de fútbol soccer y está construida para resistir terremotos... y también está alineada con el norte magnético del planeta. ¿De verdad podemos aceptar que los antiguos egipcios construyeron las pirámides solamente con cinceles y piedras?

Sebastián negó ligeramente con la cabeza sin saber qué responder mientras observaba a María de frente. Arthur se estiró para tomar el libro sobre la mesa y comenzó a pasar las hojas buscando el tema que más le interesaba.

—Escuchen esto —Arthur le dio un profundo trago a su café y volvió a la silla—. Antes de continuar, ¿conocen lo que significa el número *Pi*?

Ambos adultos negaron rotundamente.

—No, papá, las matemáticas siempre me han dado dolor de cabeza; por favor, no hagas que nos quedemos dormidos —pidió María con una sonrisa.

—Bien, el número *Pi* es el resultado de dividir el perímetro de un círculo entre su diámetro —Arthur extrajo una pluma de su camisa y comenzó a dibujar en una servilleta sobre la mesa—. En este caso, se aplica a la división del perímetro de la base de la Gran Pirámide, por el doble de su altura. El número *Pi* es 3.1416; entonces, considerando las medidas de los cuatro lados de la base de la pirámide de Keops: 931,22 metros, dividido por dos veces la distancia vertical, es igual a 148,208, que multiplicada por dos, es exactamente la cifra de 3.1416. Esto, para Hawas y para el equipo de egiptólogos trabajando era increíble.

—¿Qué es eso, abuelito? —preguntó Isabel sin tener idea de lo que escuchaba.

—Su equipo de investigación y él dudaron con intensidad que se tratara de una simple coincidencia. —Ignorando por completo la pregunta de la niña, Arthur comenzó a realizar cuentas numéricas sobre la servilleta—. Como lo dije al inicio de este tema, los egipcios apenas comenzaban a sobresalir de la edad de piedra, y cuando lo hicieron, fue de manera especial, de un momento a otro. Volvamos al tema del contacto que tuvieron los antiguos egipcios con seres provenientes de las estrellas durante sus inicios…

—Es un número, hija. —se escuchó a Sebastián murmurar con Isabel.

—Aquí hay algo que no me cuadra muy bien, papá —intervino María, sin quedarse con dudas—. ¿No has dicho que un médico egipcio fue el fundador de las pirámides como tumbas? Me refiero a que pueden ser tumbas especiales para los faraones... solo eso.

—Ya llegaremos a eso, hija, ten paciencia. Otra prueba de que estos peculiares *seres* se acercaron a los primitivos egipcios, es que...

—Entonces —interrumpió de nuevo María—, ¿podrías asegurar que la cultura egipcia y todo lo que aprendieron se originó gracias a *seres* provenientes de... otro lugar?

—No, no lo aseguro, es una probabilidad —contestó Arthur con certeza—, pero tenemos que admitir que es una probabilidad muy

alta, porque si no existe una conclusión exacta y definida de lo que fue aquella fantástica civilización, es porque los arqueólogos y egiptólogos no han querido ir más allá. Han luchado por dar con el Santo Grial egipcio basándose únicamente en lo que dicen los números y las medidas. La verdad, como les he dicho hace un momento, ha estado frente a todos nosotros desde hace cuatro mil años, y no hemos querido despertar… pero esperen, las coincidencias y las pruebas aún no terminan.

Arthur se dirigió al índice del libro y buscó el tema de su interés, mientras veía de reojo y sonreía al ver a Isabel rascarle la panza a Bruno.

—Bien, en 1822, el explorador Bernardino Drovetti descubrió junto a su equipo de trabajo un pergamino que data del año 1100 antes de Cristo. En este trozo de lámina se enlistan gobernantes y reyes que a lo largo del imperio egipcio dominaron las tierras. Es una cronología conformada por al menos trescientos fragmentos, y se encuentra el nombre de cada faraón junto al tiempo de gobierno y la dinastía en turno. Lo que hace especial a este papiro, es la división que tiene en cuanto a sus faraones; a partir de la columna #3, se muestra el gobierno de los reyes, mientras que de la columna uno, hasta la dos, se muestran los gobiernos de los primeros monarcas, que para la sorpresa de muchos... eran mitad hombre y mitad dioses —Arthur sonrió al leer la hoja—. Después de la participación de estos «seres» en el imperio egipcio, se dio inicio a los monarcas, y a partir de ese "rubro" no se vuelven a presentar a estos *iniciadores* de lo que sería el principio de la civilización egipcia como la conocemos hasta ahora... En otras palabras, los últimos faraones demuestran ser reyes como cualquier otro personaje en la historia, mientras que los primeros reyes son completamente diferentes en cuanto a las descripciones físicas. Lamentablemente, los arqueólogos no han confirmado el porqué de este curioso apartado entre el inicio y la continuación del papiro de Turín. O simplemente el objetivo es ese, limitar las preguntas del verdadero origen de los egipcios.

Arthur Watson bebió el último trago de café y observó a su nieta que hojeaba el segundo libro sobre la mesa.

—¡Dios! Ojalá tuviera un licor en casa para mi café —bromeó el abuelo haciendo que la pareja soltara una risa y quitaran los rostros de confusión—. ¿Quieren ir a dormir o prosigo con estos datos?

—Continúa, Arthur —pidió Sebastián tallando sus piernas de emoción—. Yo podría amanecer escuchando todo lo que sabes. Cariño, ¿tú tienes sueño?

—No, Sebas —contestó María—. También quiero escuchar un poco más y... resolver mis dudas.

—Bien, pronto llegaremos a ese punto, hija. No creas que lo he

olvidado —Arthur se acomodó las gafas y prosiguió—. En este mismo papiro, se encontró la participación de seres llamados Shemsu Hor, quienes eran leales a Horus, hijo de Osiris y de Isis, semidioses que vivieron durante el inicio de la civilización egipcia. El sacerdote Manetón dio la orden de escribir la historia de Egipto sobre el papiro, y en el transcurso de la investigación por parte de Ptolomeo, se llegó a la conclusión de que estos seres vivieron seis mil años antes de Cristo. Después de ellos, arribó el primer faraón, Menes. Por su parte, Manetón cita lo siguiente en su Aegyptiaka: "*Siete grandes divinidades gobernaron… Ptha, Ra, Shu, Geb, Osiris, Seth y Horus, estos permanecieron en el poder durante 12500 años. A continuación, gobernó una segunda dinastía encabezada por Thot que duró 1500 años… y después de él, ascendieron al poder treinta semidioses, generalmente identificados con los Shemsu Hor y simbolizados por halcones, los cuales gobernaron el país por un periodo de seis mil años… estos hombres eran los que reinaban en Egipto, morando y conversando entre los mortales, mezclándose con total naturalidad entre los habitantes del país del Nilo.*"

Los ojos de Sebastián y de María no parpadeaban ni una vez.

—Oye, papá, espera —María frenó a su padre antes de continuar —. Hace un momento nos has dicho que la cultura egipcia se inició hace cuatro mil años… ¿No te contradices?

Arthur sonrió al momento que clavaba la vista sobre María.

—Tranquila. Lo que te he narrado es la versión que se nos han expuesto por años, pero los egiptólogos y arqueólogos saben algo más… algo que, al parecer, no tienen intención de compartir con el mundo.

39

El silencio se volvió incómodo desde que subieron a la furgoneta.

Bodgan Dunne tenía el sabor de la nicotina impregnado por toda la boca, y lo más probable es que Randolph Dolphin también.

Por todo el estrés que habían padecido durante las últimas horas, Bodgan intentó no preguntar nada al teniente que conducía a toda velocidad por el desierto. El teniente mantenía la fría mirada que lo distinguía al frente del camino, y por la marca en las mejillas, Dunne se percató de que Dolphin apretaba la mandíbula con fuerza. Al novato soldado se le atravesó la idea de que posiblemente los maxilares se habían trabado sin que el teniente se percatara de ello.

—Soldado, la hora —pidió Dolphin.

Bodgan levantó la manga de su uniforme y observó su reloj luchando para obtener un rayo de luz que lo dejara ver las manecillas.

Tres con veinticuatro minutos, teniente.

Sin decir nada, Dolphin se estiró y atrapó la cajetilla de cigarros junto al pequeño ventilador pegado al tablero. Prendió el último cigarro de la última cajetilla de lo que fueron cinco paquetes en total, y se lo llevó a la boca.

—Llegando a la base necesito la oficina desocupada. Requiero un informe de al menos quince cuartillas para mañana temprano; Nevada lo solicitará tarde o temprano.

Bodgan asintió y se decepcionó al escuchar el mandato del teniente, para lamentarse al entender de una vez por todas que llegar a casa esa noche no sería posible. Por inercia, la cara de Jessica apareció en su cabeza. Por unos segundos recordó con cariño lo que su prometida le deseaba siempre al partir a la base, pero el golpe de la camioneta contra una roca hizo que Dunne volviera a su realidad.

Un par de minutos después, se percataron de que un vehículo de la base militar se acercaba hacia ellos en la dirección contraria. Randolph disminuyó la velocidad al apreciar que el conductor del auto era el mayor Martínez y lampareó un par de veces para obligar al conductor a disminuir la velocidad también. Con un inesperado pisotón de freno, Bodgan Dunne estiró las manos intentando no golpearse la nariz sobre la guantera, a la vez que una nube de arena entraba por la ventanilla, causando una momentánea ceguera al soldado.

—Espere aquí —ordenó Randolph casi gritando.

Sentado de copiloto, Bodgan notó la señal que el teniente le hizo al mayor para que bajara del auto.

—¡Teniente! Buenas noches. El general Campbell ha intentado comunicarse con usted, me alegra saber que va de regreso a la base.

—¿Sabe si alguien de mi cuadrilla ha partido a Washington?

—No —contestó el mayor Martínez con temor a la reacción del superior—, pero otros grupos ya han salido hacia el norte.

Dolphin suspiró con molestia y levantó la mirada a las estrellas con un aire de ansiedad, al entender que era imposible controlar a todos.

—¿Han dado con el granjero?

—No, teniente —la voz del mayor se tornó nerviosa—. Hemos intentado buscarlo por toda la ciudad sin obtener rastros de él. No pudo haber ido muy lejos.

—¡Maldita sea! ¡¿Qué tan difícil es encontrar a una persona en este diminuto pueblo?!

—Un escuadrón está agilizando su búsqueda, teniente. El coronel Blanchard me ha dado la orden de apoyarlos en la zona. ¿Qué más puedo hacer por usted?

—Nada —Dolphin se llevó su gran mano a la cara cubriéndola por completo—, no podemos hacer mucho hasta que los rayos del sol comiencen a salir. ¿El área está completamente cerrada?

—Sí, teniente.

—Suba al auto y regrese conmigo. Por el momento hay más actividad en la base que aquí.

El mayor y Dolphin subieron a sus respectivas unidades para regresar al pueblo.

La tensión de todos en aquel momento se compartía en tan críticas circunstancias, pero los militares debían limitarse a cualquier orden que los superiores dieran. Nadie sabía qué hacer. La carente organización dentro del cuerpo militar de Roswell los aproximaría a un fatídico error.

Tenían las horas contadas.

Arriba de la furgoneta, Dolphin miró a Bodgan con los ojos rojos por la falta de sueño, se estiró a la guantera del vehículo y extrajo unos documentos. Antes de acelerar de nuevo, separó un par de hojas de papel, las revisó en breve y se las entregó al soldado a su lado.

—Necesito que firme estas hojas, soldado. Llegando a la base sabrá el motivo. —La gruesa voz de Dolphin impulsó al sujeto a buscar una pluma.

—¿Puedo saber de qué trata, teniente?

—¡Ya he dicho que llegando a la base lo sabrá! ¡Firme ambas hojas!

El soldado metió la mano en la guantera y tentó a su alrededor

para localizar algo con que firmar. Cuando el soldado encontró el bolígrafo, el teniente Dolphin lo miró fríamente, y le preguntó:

—¿Qué me puede platicar de su familia? ¿Tiene hijos?

40

—Si la verdadera historia de la iniciación de Egipto no ha sido comprobada con exactitud, ¿qué nos hace creer que la historia de las épocas anteriores demuestra la verdad absoluta?

María giró los ojos con reproche al escuchar la pregunta que realizó su padre. No importaba lo que Arthur dijera, la convicción de creer únicamente en lo que le habían infundido a lo largo de su vida, era incuestionable.

—El descubrimiento que podría cambiar la historia y derrumbar cualquier teoría sin fundamento que nos han vendido los arqueólogos, se localizó en 1907. Durante las últimas ocasiones en que me reuní con mi colega Nadim, me relató la historia de un arqueólogo que sufrió un impedimento de su libertad para la investigación de tal descubrimiento… Nadim me compartió su amistad con el sujeto meses antes de fallecer; su nombre era Cecil Mallaby, quien también fue un abogado que litigó por un tiempo al oeste de Líbano, antes de dirigirse a Asuán para comenzar su carrera de egiptólogo. Lo más interesante de esto es que Mallaby descubrió lo que parecía ser un huevo de avestruz en una tumba, al sur de Egipto…

—¿Un huevo? —interrumpió Sebastián.

—Sí, así como lo escuchas, hijo, pero no es un huevo común y corriente. Es un hallazgo que data del año 5000 antes de Cristo.

—Bien… ¿Y qué lo hace especial?

—Ten un poco de paciencia —Arthur miró con molestia a su yerno, para después sonreírle—. Este descubrimiento proviene de la antigua cultura de Amratiense, también llamada Naqada. Esta antigua cultura conservaba una peculiaridad en sus artesanías al adornar la mayoría de sus esculturas como vasijas, figurillas, cuencos y demás… alguien debió introducir aquel «objeto» en la tumba del difunto sin imaginar el gran favor que le haría a la humanidad tarde o temprano. El huevo que le causó tantos problemas a Cecil meses después de investigar con él, presenta ciertos tallados con figuras, incluyendo la de un avestruz, árboles y algunas plantas, pero lo que realmente sorprendió a los egiptólogos de aquel año fueron las tres figuras más interesantes ahí dibujadas… tres pirámides.

—Papá, ¿puedes ir al grano? —se quejó María—. A estas alturas de la noche mi cerebro ya no capta con precisión lo que dices.

—¡Yo si lo entiendo, Arthur! —Sebastián saltó al rescate—. Hace un momento has dicho que la civilización egipcia tiene 2500 años de antigüedad antes de Cristo, y es obvio que la construcción de aquellas pirámides también debe pertenecer a esa época, pero han encontrado un huevo con tres pirámides hace…, ¿cinco mil años? ¿Estoy en lo cierto?

—Al parecer eres el único que presta atención a lo que estoy diciendo, Sebastián. Es correcto. Lo que quiero decir, hija —Arthur miró con ternura a María—, es que existen *figuras* representando a las tres pirámides de Guiza mucho antes de lo que nos han dicho los investigadores. Tal vez no comprendas todo esto con plenitud, porque ni yo lo hago, pero los datos de aquellas personas que han sido silenciadas muestran algo más... algo diferente a lo que nos han hecho creer.

—¿Qué es plenitud, abuelito?

—Y ahí no termina la cosa… las pruebas continúan —Arthur ignoró por completo la pregunta de Isabel—. Junto a esas ilustraciones, se distingue lo que a la mayoría de los investigadores, incluyendo a Nadim, les destruye cualquier teoría de lo que *supuestamente* sucedió hace miles de años. Muchos refutaron ante lo que esos dibujos significaban y lo intentaron camuflajear diciendo que eran simplemente montañas o algo similar, pero junto a las tres aparentes pirámides que se distinguen en el huevo de Nubia, se encuentra la ilustración del río Nilo. Las pruebas eran claras: tres pirámides junto a un dibujo en representación del río Nilo, en la meseta de Guiza.

—¿Para qué sirven las pirámides, abuelito? —se escuchó una voz alrededor.

—Nadie lo sabe con exactitud, cariño —Arthur le contestó a Isabel —. Los arqueólogos nos han dicho que fueron tumbas de faraones hace muchos años, pero las curiosidades y sorpresas continúan apareciendo año con año… nos han querido dar gato por liebre. Ahora —Arthur suspiró y miró a María—, regresando a tu duda sobre Imhotep y las primeras pirámides en Egipto. La historia oficial nos dice que las pirámides fueron creadas por el médico, también llamado *Imutes*, y que a partir de su llegada con el faraón Djoser, fue que la estructura piramidal que conocemos dio inicio. Pero si han encontrado un hallazgo mucho antes de Imhotep en el que se demuestra a un trío de pirámides junto a lo que parece un río o canal, tal y como las pirámides de Egipto se encuentran al lado del Nilo, es porque esas estructuras se encontraban antes de la llegada de los egipcios, y fue Imhotep quien basó en ellas su técnica de sepulcro, y no al revés… como nos lo han dicho.

—¿Y este descubrimiento en dónde se encuentra, papá? —preguntó

María, aún incrédula.

—Nadim me afirmó que el huevo fue recibido por el museo de Asuán en la isla Elefantina, en Egipto. Pero la duda sobre si exponer el huevo al público era buena idea o no, rondó por la cabeza de los arqueólogos y de todo el equipo de egiptólogos al saber que tal descubrimiento traería consecuencias y preguntas de uno que otro curioso que observara dichos detalles.

—Lo sabían… ¿No?

—¡Claro que lo sabían! —exclamó Arthur—. Poco tiempo después, la voz se corrió entre los investigadores y se llegó a un serio problema porque nadie tuvo la capacidad de estudiar por completo aquel enigmático huevo, o al menos... no que sepamos en la actualidad.

Arthur abrió de nuevo el pesado libro sobre sus piernas y se dirigió a las últimas páginas del mismo. Con un movimiento de intranquilidad por no encontrar lo que buscaba, el abuelo dejó caer sobre la mesa el libro y se estiró sobre el otro que Isabel aún continuaba hojeando y se lo quitó. Lo abrió con la misma impaciencia y al notar la caída de una hoja de papel, lanzó un aire de alivio.

—Lo siento, por un momento olvidé si realmente lo había guardado, o se había perdido.

—¿De qué hablas, papá?

—Mi compañero me permitió escribir lo que resultó ser la gota que derramó el vaso para todos los arqueólogos que intentaron crear teorías absurdas acerco de lo que eran aquellos dibujos en el huevo...

Sebastián abrió los ojos con emoción al comprender que Arthur tenía mucho que mostrar, y se acomodó en la silla. Cada vez, su suegro lo sorprendía más. Por los años de conocerlo entendió que el abuelo siempre tuvo el anhelo de hablar de estos temas tan delicados con alguien más, pero nadie le creía. Sebastián se alegró al notar cómo el abuelo se encontraba tan entusiasmado por hablar de esos temas con su familia, pues durante toda su vida lo tildaron de un loco y nadie quería “desaprovechar” su tiempo escuchando a un adulto de la tercera edad hablar con un par de libros tan viejos como sus recuerdos. Incluso Isabel mantenía la mirada sobre su abuelo, olvidando por completo la sensación de sueño hace horas.

—La *Estela del Inventario* es un texto encontrado por Auguste Mariette en 1855 —Arthur se acomodó las gafas intentando leer aquella tinta casi borrosa—, y en este texto se puede leer un verso que aniquila cualquier hipótesis que exponga un arqueólogo. El texto dice así: *Él (Jufu) alzó la casa de Isis, dueña de la pirámide, justo detrás del hogar de la Esfinge*.

La cara de Sebastián demostró ligera duda, pero permitió a su suegro terminar.

—Nadim y su equipo de investigadores aseguraron que si este

escrito era cierto, contiene una clara referencia de que al llegar Keops al poder, la Gran Pirámide y el par de pirámides a sus costados ya se encontraban erguidas antes de su arribo. Detrás de la Esfinge se encuentra la Gran Pirámide…

—Creo entenderte, Arthur…

—De igual forma, este descubrimiento se ha limitado al estudio público, pero pueden estar seguros de que si lo han llevado a cabo, se ha realizado a puerta cerrada. Alrededor del mundo existen personas curiosas con intenciones de examinar todo aquello que pone en duda las versiones oficiales y que los grandes han evitado con mucho entusiasmo que caiga en las manos "equivocadas", o al menos, ese sería el término que utilizan —Arthur cerró el libro y se acomodó en la silla—. La verdadera historia sobre el origen de los egipcios no ha sido relatada con exactitud, pero también existe la probabilidad de que los estudiosos del tema no sean propietarios de antecedentes y referencias claras; y con justa razón, la civilización de los egipcios está repleta de características complejas que año tras año aumentan, sin otorgar el suficiente tiempo de analizar y vincular con precisión. Sea como sea, estoy convencido de que la intervención divina formó parte de esta increíble y complicada civilización. Al igual que Egipto, las pirámides de México, Irán y China nos dejan mucho qué pensar respecto a sus civilizaciones, pero supongo que será tema para otro día...

Arthur cerró de un golpe el segundo libro haciendo que despidiera una ligera capa de polvo a su alrededor y recorrió a los presentes con la mirada. Sebastián se recargó sobre el respaldo de la silla sin intenciones de preguntar absolutamente nada y mantuvo su vista sobre la mesa, pensando. Por otro lado, María no quitaba la vista del suelo, sumergida en sus propios pensamientos.

—Abuelito, ¿puedes hablar de otro lugar del mundo? —preguntó Isabel tallando sus ojos de cansancio.

—Será otro día, cariño. Tenemos que descansar un poco. ¿Ya viste la hora?

—No tengo sueño, abuelito —respondió la niña con el cabello despeinado.

Arthur se levantó con lentitud y se acercó a su nieta.

—Tu abuelito necesita descansar. Mis ojos ya no funcionan como antes, cariño. ¿Te parece bien si en unos días vienes de nuevo y leemos aquellos libros de allá? —Arthur señaló en dirección al librero de la sala.

—¡Sí! ¿Cuándo puedo venir?

Pero antes de que Isabel brincara a los brazos de abuelo, María intervino.

—Es hora de dormir, Isabel. Despídete de tu abuelo y de tu padre.

Hemos platicado por un buen rato y apuesto que todos necesitan descansar.

—¡Ay, mamá! ¿Por qué?

—Despídete. No hagas que te lo repita, hija.

Con la mano en la cara, Isabel se acercó a su padre y le dio un beso en la mejilla, para después acercase a su abuelo y abrazarlo con fuerza.

—Gracias por compartir lo que sabes, abuelito.

—Te amo. Sueña bonito —Arthur le dio un gran beso a su nieta.

—Regreso en un momento. ¿Quieres cenar algo, papá? —preguntó María antes de ir a recostar a la niña.

—No, cariño, gracias. Dormir será buena idea.

Arthur tomó el par de libros sobre la mesa y caminó hasta el anaquel de la sala para devolverlos, mirando por la ventanilla y quedándose unos segundos a contemplar el desierto. Cuando giró de nuevo hacia la mesa, se dio cuenta de que Sebastián ni se inmutó al dar por terminada la conversación, y consideró que unos momentos para que se aclararan sus ideas después de la plática serían lo mejor.

—Regreso en un rato, iré por un par de cobijas para ti. ¿Necesitas algo más? —Arthur le preguntó a su yerno.

—Lo saben muy bien, Arthur...

—¿Cómo?

—Allá fuera. Los militares saben muy bien lo ocurrido en el desierto.

Arthur guardó silencio un instante para pensar su respuesta mientras miraba al exterior por la ventana de la cocina.

—Tal vez, hijo. Es necesario alejarnos de todo esto e ignorar lo más que se pueda. Para ser sincero, me preocupa Dolphin.

—Él no se acercará otra vez, a ninguno de nosotros, te lo prometo.

Arthur agachó la mirada deseando que Sebastián tuviese razón. Y antes de introducirse por el pasillo a recoger las frazadas para su yerno, Sebastián se levantó lentamente y se acercó a su suegro.

—Gracias por todo, Arthur. No importa lo que la gente diga, yo sí te creo —Sebastián abrazó al anciano con cariño.

Arthur no pudo más que devolver el abrazo con un débil apretón.

—Gracias, Sebas. He querido por mucho tiempo hablar con alguien sobre esto, y eres la única persona que me comprende y me respeta. Gracias.

Al terminar el cálido abrazo, Sebastián pudo apreciar cómo los ojos de su mentor se cargaron de lágrimas. La amistad entre Arthur y Sebastián se hacía cada vez más fuerte desde que ambos compartieron experiencias similares de vida.

—Eres el padre que nunca tuve, Arthur —dijo Sebastián, sin quitarle la mirada a su suegro—. La paciencia con la que me has

enseñado todo lo que sabes es de agradecer. Lástima que María se aísle de tu conocimiento… espero en Dios algún día abra los ojos.

—Tu esposa es terca como solo ella sabe —Arthur sonrió a la vez que limpiaba sus parpados—. Iré por tu ropa para que duermas cómodo.

—Gracias, Arthur. Por cierto, si no es problema, ¿puedo subir de una vez esos restos a la camioneta?

41

La joven rubia con un desordenado cabello se acercó de un brinco al teléfono que sonaba sobre la pared, al tiempo que intentaba encender la vela para mirar por dónde iba.

—¿Hola? ¿Bodgan? —La dulce voz de la chica apenas si salió de su garganta por el interrumpido sueño.

—Hola, mi amor —se escuchó una voz por la bocina—. Soy Bodgan. ¿Cómo estás?

La mujer recién levantada suspiró de tranquilidad al escuchar a su prometido después de no recibir ni un rastro de él. Frotó sus ojos para adaptarse a la pobre luz de la cocina en plena madrugada, y con un esfuerzo para no quitarle el tiempo al soldado, guardó silencio para escuchar.

—Ha ocurrido un accidente a las afueras de la ciudad, mi amor. No tengo mucho tiempo para hablar contigo. Tal vez hasta el día de mañana por la tarde regrese a casa, y por favor, a partir de esta llamada, no hables con nadie.

—¿Tú estás bien, cierto? —preguntó la mujer con un tono de inquietud—. ¿De qué trata ese accidente? ¿En dónde estás?

—En la base, cariño. Puede que en unas horas vayan agentes del gobierno para hablar contigo; por favor, diles todo lo que te pregunten. ¿Cómo está Bill?

El extraño tono de voz de Bodgan Dunne preocupó a la chica, a quien le era complejo entender la situación.

—Estuvo preguntando por ti todo el día —la chica frunció el ceño por la aparente tranquilidad con la que su prometido le hablaba—. Bodgan, cariño, sobre el accidente, ¿puedo saber qué sucedió? Tuvo que ser algo importante para requerir doble jornada, ¿no?

—Aún no lo sabemos, pero debemos encargarnos de eso durante las próximas horas. Es bueno escuchar tu voz, Jess. Te quiero… —Bodgan no dijo nada más al sentir paz por hablar con su prometida.

—¿Por qué tienen que venir agentes a mi casa, Dunne? ¿Qué está sucediendo allá afuera?

—Me tengo que ir —el soldado se apresuró antes de que se metieran en líos por dialogar información militar por teléfono—, mañana sin falta estaré con ustedes. No les pasará nada, pero debes cooperar con todas las preguntas que esos sujetos te realicen; se han

dado la tarea de investigar a nuestros familiares, esto es todo, ¿de acuerdo? Un beso al niño.

Sin más palabras por el momento, Bodgan colgó.

Jessica se quedó mirando la bocina del teléfono por un rato al no comprender la curiosa actitud de su prometido. Mientras ponía de nuevo el auricular sobre la pared, se ajustó la bata dejando ver sus delgados tobillos, y con una serenidad por confiar en Bodgan, regresó a la cama agradecida por escuchar a su enamorado sano y salvo.

Del otro lado del pueblo, en un frío y obscuro pasillo, la voz de Randolph Dolphin se escuchó reclamando la presencia del joven soldado.

Otra reunión estaba por comenzar.

42

Cuando Phillip Carter entró a la oficina, el teniente Dolphin se encontraba dando vueltas como si de un tigre enjaulado se tratara. Los soldados ingresaban al cubículo de uno por uno mientras se recorrían pegados a la pared con la intención de liberar el centro de la habitación. Las preguntas que se susurraban entre los militares hizo que Dolphin se girara para callarlas con un fuerte reclamo. A la agrupación de soldados le llamó la atención la presencia de varios tenientes y coroneles separando carpetas y agrupándolas en dos columnas. A simple vista, podían distinguir que los propietarios de dichos documentos eran los mismos soldados que rodeaban la mesa central, con la intención de escuchar las siguientes órdenes.

—¿Cuántos faltan? —se escuchó la pregunta de alguien.

—Solo falta la asistencia de Martínez.

—El mayor Edwin ya tiene conocimiento. Se presentará en unos minutos —informó Dolphin con la mirada clavada en el suelo y las manos en la espalda.

—Perfecto. Oficial, cierre la puerta al entrar. —La orden de un teniente al último soldado que entraba por la habitación, retumbó por la oficina.

Con quince militares allí dentro, dieron inicio a la reunión.

Mientras Dolphin separaba unas hojas de otras, un militar se le acercó por detrás para susurrarle algo al oído. Sin inmutarse, Randolph pegó el filtro del cigarrillo a sus labios y le dio una intensa bocanada hasta terminarlo por completo, arrojó la colilla en el cenicero y quebró el silencio.

—¡Soldados! Creo que todos los aquí presentes hemos sido testigos de lo que se ha recuperado allá fuera, ¿estoy en lo cierto?

—¡Sí, señor! —se escuchó un coro.

—Varios de ustedes ya han recibido el mandato de firmar un documento como este —Dolphin meneó una hoja para que todos lograran ver—, y supongo que la mayoría de los presentes ya intuye lo que todo esto significa. Para los que no tienen ni la menor idea, les confieso que es un documento de confidencialidad en donde todos, incluyendo a los superiores, deben guardar silencio ante lo sucedido —Dolphin hizo una pausa para tomarse unos segundos y observar la reacción de los soldados—. Cada soldado mantendrá en su expediente

dicha acta en caso de ser necesario revisar, y la única razón por la que se revisaría es por ciertas actitudes que vayan en contra de las órdenes impuestas. Podemos denominar al documento como un remedio temporal con el objetivo de limitar los rumores dentro de la base; sin embargo, más adelante se expedirá un escrito con la formalidad necesaria, procedente de Washington, pero por ahora, utilizaremos este.

Al costado del teniente, Carter giró la mirada intentando distinguir a sus compañeros de grupo. Logró reconocer al soldado Dunne y al cabo Richard Jones, con un cierto temor en sus miradas. La mayoría de militares allí reunidos procedían de otras bases.

—Todos tendrán el derecho de contactar a sus familias en cualquier momento, siempre y cuando sea bajo la supervisión de un oficial —continuó Dolphin—. Como ustedes saben, la prevención para evitar los rumores entre civiles, es importante, pues lo que hemos recuperado durante las últimas horas amerita prudencia, soldados — Dolphin sintió las miradas de varios soldados que escuchaban en silencio—. Hasta el momento, no se ha identificado el origen del artefacto, pero estamos seguros de que los soviéticos tampoco están detrás de todo esto... Simplemente no es posible crear algo parecido — Dolphin se presionó los parpados al recordar con lo que lidiaban—. Con el apoyo del teniente Wilson y del coronel Grant, podemos identificar a los soldados que han estado presentes en el desierto. Por su seguridad y la de su jerarquía militar, les recomiendo que comiencen a guardar silencio.

Philip Carter tragó saliva al notar la seriedad con la que se expresaba el teniente; no solo él, todos los presentes se encontraban alarmados y cansados. Con paso lento, Dolphin comenzó a caminar frente a los soldados.

—Conforme escuchen su nombre, deben acercarse al teniente Wilson para firmar el documento que se les expide a continuación. Por la hora y la cantidad de trabajo, deben firmar la hoja y reunirse con su superior correspondiente sin más tiempo que perder. En las próximas horas se liberará más información a cada grupo, con la intención de agilizar las órdenes.

—Kevin Scott… —se escuchó la voz del teniente Wilson.

Uno de los soldados rompió la improvisada fila y se acercó al escritorio para ser recibido con una pluma junto a una hoja. De momento, el mayor Martínez entró por la puerta causando que todos se giraran.

Dolphin y él intercambiaron caras de alarma, y poco a poco el mayor se mezcló entre los militares que escuchaban atentos.

—La maniobra militar para hacernos cargo de lo ocurrido ha sido organizada de esta manera. Oficial Collins, terminando la reunión será

guiado por el teniente Wilson al hangar #84. Ahí recibirá la información restante.

—Leo Reed...

—Soldado Carter —Dolphin le dedicó una feroz ojeada—, te han requerido para salir nuevamente al desierto en unos minutos. Te encuentras bajo la supervisión del coronel Wilson; tú y la sección #7 se encargarán de la limpieza del terreno —Dolphin señaló a seis soldados más—. De igual forma, recibirán más información a su debido tiempo. El mayor Martínez se encargará de mi sección junto a ustedes cuatro.

Bodgan Dunne sintió un nudo en el estómago al ser señalado entre los soldados que acompañarían a Randolph las siguientes horas. Sabía que la disciplina del teniente era estricta, incluso en tan poco tiempo de conocerlo.

—Paul Bowers...

—Me han informado hace unos instantes que tendrán un limitado tiempo para merendar un refrigerio —Dolphin sonrió con frustración —; para ser sincero, la situación no permite descanso alguno, pero supongo que deben llenar sus estómagos para evitar que alguna niña caiga desmayada en el desierto. —El comentario de Dolphin hizo que muchos agacharan la mirada—. En fin, después de su apresurado almuerzo están obligados a retomar sus actividades, ¿está claro?

—¡Sí, señor!

—Bien, los que han firmado el documento pueden pasar al comedor; aprovechen su tiempo y recuérdenlo bien, nadie ha visto nada, ni ha escuchado nada. Su carrera militar pende de un hilo, soldados. ¡Salgan de aquí, tenemos mucho trabajo por hacer!

43

Mac Brazel se detuvo en la esquina de la calle McGaffey y miró por unos segundos subir al disco solar por el horizonte, agradecido de contemplar un amanecer más como los que siempre le sacaban una sonrisa.

La entrevista del día anterior resultó ser un total éxito, y no resistía la emoción por escuchar su voz en todas las emisoras de radio más importantes del país. Por la manera en la que se expresó horas antes, supo que la información había sido clara y detallada. Le conmovía saber que tarde o temprano su historia llegaría hasta los oídos del Presidente de Estados Unidos, y que posiblemente, estarían almorzando juntos los próximos días por el magnífico descubrimiento en el rancho Foster.

«Es cuestión de tener paciencia.»

Se acomodó el sombrero y se giró sobre sus talones poniendo la mirada en las placas urbanas para reconocer las calles antes de tomar una decisión y caminar, mientras silbaba el tema principal de Bugs Bunny de Warner Bros con tranquilidad.

«Almorzar antes de regresar al rancho es una buena idea», se dijo al tiempo que giraba su cabeza en ambos sentidos antes de cruzar hacia la avenida Aspen.

La oferta del propietario de la KGFL sobre escoltarlo de vuelta al rancho Foster después de publicar la cinta le pareció agradable y necesaria. Pero antes de eso, el señor Walt Whitmore le pidió amablemente unos minutos para resolver la cuestión de la entrevista realizada, y Brazel aprovechó el reducido espacio para disfrutar de un apetitoso desayuno en el pueblo.

Brazel continuó su ruta al este de la pequeña ciudad con la esperanza de encontrar una cafetería abierta a esas horas de la mañana. El silencio que reinaba durante los primeros rayos de sol se percibía grato, tanto así, que el hombre empezó a silbar con más energía, anulando aquel dominante mutismo que rondaba la calle.

«¿Calle Summit? Si el señor Whitmore está en lo correcto, debería caminar nueve calles antes de llegar a la calle Main», el hombre dudó unos segundos al sentirse extraviado.

A lo lejos, un grupo de hombres salía de una casa riendo y cargando en la espalda morrales y palas, mientras uno de ellos abría la

puerta de un auto para lanzar al interior un bolso de cuero. Posibles jardineros. A media calle, una pareja de adultos caminaba con ropa deportiva, sumergida en sus actividades.

Sin embargo, para la sorpresa de Brazel, se percató de que a unas tres cuadras de su posición, una Jeep estilo militar se acercaba con lentitud hasta la calle por la cual vagaba. Metió la mano en el bolsillo y alzando la cabeza para contemplar el despejado cielo que lentamente se iluminaba, ignoró por completo la aparición de la camioneta que patrullaba desde muy temprano. Sin prestarle mucha atención, volvió a sumergirse en sus pensamientos.

«Un par huevos, con una taza de café humeante me repararía sin dudas de tan larga noche.»

Después de numerosas sospechas sobre el camino que debería tomar, se decidió por la calle Deming. Sin restarle importancia al automóvil acercándose por la misma calle, cruzó la carretera contemplando con el rabillo del ojo cómo los militares disminuían la velocidad y se orillaban con lentitud. Por el espontáneo silencio que provocó el automóvil, Mac Brazel se olvidó de la dirección que momentos antes recibió del dueño de la estación de radio y apresuró el paso intentando alejarse de la sospechosa unidad.

Sin mirar atrás, dio vuelta en la esquina con el propósito de alejarse de la patrulla lo antes posible caminando de manera apresurada; pero antes de perder de vista al automóvil, la Jeep se lanzó de reversa y aceleró por la misma ruta en la que Brazel se decidió a ir segundos antes.

El ranchero no pudo evitar sentir una fría sensación por la espalda al escuchar a uno de los militares preguntar:

—Buen día, señor. ¿Es usted William Brazel?

Al escuchar su nombre, el sujeto intentó sin éxito acelerar el paso. Por un momento se le atravesó la imprudente idea de partir a correr en cualquier dirección, pero al comprender los posibles panoramas con los militares, entendió que sería un grave error.

—Señor, deténgase un momento, por favor. Es necesario que hablemos con William Brazel, y según mi compañero, usted es parecido al sujeto que buscamos; no pretendo quitarle su tiempo.

El semblante de Brazel se tornó pálido al intuir la razón del patrullaje. Para el momento en que el inseguro ranchero intentaba idear una mentira que le permitiera salir del apuro, uno de los militares saltó de la camioneta seguido por un par de parlamentarios que no dudaron en poner sus manos sobre el sujeto.

—¡Hey! ¡¿Qué creen que están haciendo?! ¡Quítenme las manos de encima! —Brazel zarandeó los brazos intentando zafarse de los militares.

—¡Señor Brazel! Es necesario que nos acompañe a la base. Hay

personas que desean hablar con usted —dijo uno de los soldados mientras lo empujaban al interior de la Jeep, sin importar los golpes que Brazel recibía contra la puerta.

—¡¿Se creen libres de apresar a cualquier ciudadano así porque sí?! ¡Suéltenme de una puta vez! —Los gritos del ranchero perturbaron el pacífico silencio, haciendo que varios perros comenzaran a ladrar por toda la calle.

Los militares barrieron la avenida con la mirada rezando para que ningún vecino de los alrededores se percatara de lo ocurrido. Con Brazel luchando por liberarse, el conductor dio inicio a la marcha con el sospechoso, que no comprendía la situación.

—¿A dónde me llevan? ¡Hey! ¡¿Qué está pasando?!

—Tómelo con calma, señor. Necesitamos hablar con usted...

Cuando Brazel procuró asomar la cabeza por la ventanilla con el propósito de suplicar apoyo, el militar junto a él extrajo una M1911 y la colocó a un costado del asustado ciudadano.

—Guarde silencio de una vez por todas, señor William —advirtió el militar con la voz agitada—. Le sugiero que deje de forcejear y comprenda la situación por la que ha sido interceptado.

Mac Brazel, con las manos esposadas, miró al soldado junto a él y comprendió de manera fugaz el motivo de su arresto. Bajó la mirada observando el deforme sombrero en el piso de la Jeep a causa de los pisotones al subir a la camioneta, y guardó silencio.

—Señor Brazel —habló el conductor de la unidad buscando los ojos de Brazel por el retrovisor—. Si usted es el sujeto que trajo esos escombros con el *sheriff* hace unos días, le debemos confesar que ha causado mucho revuelo. Las órdenes han sido claras, disculpe.

—¡Yo no sé nada acerca de esa basura! La encontré tirada en mi terreno. ¡Déjenme salir, por favor! —gritó Brazel con el torso del cuerpo torcido por la disputa.

—Necesitan hablar con usted. No queremos hacerle daño, sabemos que no ha sido el responsable de lo ocurrido, pero fue el primer hombre que supo de eso. Ahora, por favor guarde silencio si no quiere que utilicemos la agresión contra su persona —el conductor amenazó con indiferencia al angustiado granjero y regresó la mirada al frente.

Y, con la humillación y el miedo de ser tratado con violencia, William Brazel suspiró con rabia y maldijo el momento en que decidió acudir a Roswell para reportar el problema. Sabía muy bien que los sujetos se interpondrían para dejarlo salir de la base y regresar a su temporal vivienda en Corona. Así que sin más esperanzas que la de ser tratado como un ser humano, el ranchero supo que sus planes de ir a desayunar quedarían aplazados por un buen rato.

44

Con el deseo de regresar temprano a casa para tomar una siesta y reponer las horas de sueño, Sebastián entró a su habitación para besar la frente de Isabel y de María, quien dormía junto a la pequeña. El hombre no podía creer lo imposible que había sido pegar el ojo durante la noche anterior en casa de sus suegros después de imaginar todas aquellas hipótesis de lo que posiblemente se encontraba en desierto, pero las citas en Roswell con sus clientes debían respetarse.

Cerró la puerta de su hogar, no sin antes palpar sus bolsillos y verificar que todas sus licencias de distribuidor estuvieran en orden, para luego caminar a su vieja Pickup con los casi veinte costales de arroz y maíz que tenía pensado vender en la ciudad. Abrió la puerta de la camioneta y lanzó su gorra junto a la cajetilla de cigarros para echarle un último vistazo a las cuerdas que se ocupaban de sujetar los pesados costales, y caminar alrededor de la furgoneta asegurándose de que todo se encontraba en orden para salir de su propiedad. Subió de un brinco al automóvil y encendió el motor, a la vez que miraba al desierto que recién comenzaba a bañarse por la luz de sol que lentamente se asomaba por el horizonte.

Talló sus manos para entrar en calor por el seco frío que la noche había dejado y comenzó a introducirse por la empedrada carretera que lo conectaría con la primera caravana de militares en Lincoln. Pero al librar la inestable gruta de arena para salir de su propiedad, se percató de que el control de rutas se había intensificado con claridad. Sebastián respiró confiando en que lo dejarían pasar sin ningún problema y aceleró con decisión. En lugar de preocuparse y correr el riesgo de cometer alguna tontería al momento de cruzar las casetas militares, Sebastián comenzó a tararear mientras se acomodaba la gorra y se arreglaba el cuello de la camisa, echando un ojo al retrovisor solo para notar que su visión trasera era nula por los costales.

A unos veinte metros antes de llegar a la inclusión para la carretera Lincoln, un grupo de militares aguardaba en diferentes posiciones esperando a los conductores que se decidieran a tomar la carretera hacia Roswell. Cuando Murrieta estuvo a escasos metros del convoy, uno de los uniformados le hizo señas al conductor con el propósito de que redujera la velocidad.

Sebastián, sin pensarlo, comenzó a desacelerar mientras un soldado de no más de treinta años se acercaba a la camioneta.

—Buen día, señor. ¿Hacia dónde se dirige? —preguntó el militar.

—Buen día, tengo una reunión con un propietario de molinos en la ciudad —contestó Sebastián, al tiempo extraía un carnet de su camisa —. Mi cita es a las once.

El soldado repasó las hojas que el vendedor de legumbres le ofreció, mientras un grupo de soldados se acercaba a la parte trasera para revisar que los bultos amarrados en la batea no presentaran nada sospechoso. Al notar por el espejo que los militares introducían las manos por los espacios libres, Sebastián apretó involuntariamente el volante, al tiempo que el soldado le regresaba sus papeles.

—Todo en orden, señor —dijo el militar, quien notó nerviosismo en el conductor—. Es necesario que transite con prudencia, pues los militares tienen la orden de inmovilizar a cualquier sospechoso que no respete las señalizaciones; tenga cuidado.

—Gracias. —Fue lo único que alcanzó a responder Sebastián cuando estuvo libre de los tres militares que regresaban a su posición dejando libre el paso.

Puso en marcha la camioneta y dio inicio a lo que sería un interesante día en la ciudad. Cuando se alejó lo suficiente del convoy, el hombre dejó escapar un suspiró de tranquilidad por la carga tan comprometedora que guardaba en la batea, y que los soldados no habían notado. De manera breve, Sebastián comprendió que deshacerse de los escombros sería más difícil de lo que pensó gracias al cambio tan radical en el tema de la seguridad militar en unas cuantas horas. Reconoció por ello que tenía que actuar rápido si quería regresar a casa esa misma tarde.

«No puedo imaginarme cómo estará la ciudad», tembló Murrieta.

Con un par pensamientos ágiles, Sebastián recordó la profunda zanja que se encontraba a unos veinte minutos de su posición, en Hondo, antes de introducirse por el camino a Tinnie.

«Si tengo suerte, podré disponer de unos minutos para tirar esa basura gozando de una vista amplia en caso de que alguien se me acerque por ambos lados.»

El hombre, con la respiración más estable por cruzar la primera patrulla militar sin aparentes problemas, se tranquilizó, extrajo una manzana de su cazadora con la esperanza de que todo estaría bien y le pegó una gran mordida. Confiar en su plan y en la agilidad de sus movimientos era vital en tan críticos momentos.

45

El coronel William Blanchard mantenía desde hace un buen rato la vista perdida por la ventana de su oficina, esperando la llegada del hombre que lo ayudaría en la crucial decisión que, seguramente, causaría polémica a nivel nacional.

El superior se giró hacia la puerta con el objetivo de verificar si el militar que tenía la orden de ir en su oficina se acercaba o debía vocearlo una vez más, pero intuyó que entre menos personal de la base percibiera la urgencia del coronel, más fácil sería desarrollar el comunicado y notificarlo a tiempo sin la intervención de Washington.

Se aproximó a su escritorio, se dejó caer sobre la silla y releyó lo escrito momentos antes. Con la duda de redacción que a cualquier superior le causaba al instante de escribir un comunicado tan especial como ese, abrió la gaveta junto a él, y sin quitar los ojos de lo anteriormente escrito, se apoderó de un marcador con el que subrayó y encerró las dudas en las que el militar a punto de llegar debería trabajar.

De repente, la puerta principal del edificio se abrió de un golpe dejando ver a un joven soldado y desorientado por la urgencia con la que debía reportarse con su coronel. El rubio soldado apresuró el paso al notar que uno de los administrativos le señalaba la oficina de Blanchard, ubicada hasta el final de todas las demás. Con unas largas zancadas, el joven atravesó los escritorios de los asistentes y abrió la puerta de la oficina de Blanchard, dejando ver su rostro bañado en sudor por la prisa.

—¡Buen día, coronel! Disculpe la demora, nos encontra...

—¡Adelante, oficial! Lo estaba esperando —interrumpió el coronel mientras le señalaba la silla al agitado sujeto—. No hay mucho tiempo para dialogar.

El oficial de información pública, Walter Haut, obedeció a la invitación y tomó asiento mientras lanzaba una curiosa mirada por la oficina del superior. Reconocimientos de guerra, un pequeño anaquel con libros desordenados, y los viejos *posters* del tío Sam con el lema *I WANT YOU FOR U.S. ARMY* aún cubrían las paredes de la oficina.

El recién llegado volvió su atención al rostro de Blanchard, que le dio unos segundos para estudiar su oficina, solo para darse cuenta de que el semblante del superior se encontraba ligeramente extenuado a

consecuencia de las últimas ocho horas de intensivo estrés. El oficial decidió que limitarse a escuchar lo que el coronel tenía por decirle, era lo único que debía hacer.

—Haut —dijo Blanchard acomodándose en su asiento—, supongo que a estas alturas ya conoces la situación dentro de la base, ¿cierto?

—Sí, coronel. Todo es un caos.

—Perfecto. Conoces bien nuestros principios dentro de la base y sabes que limitar las lenguas dentro del cuerpo es de suma importancia. Antes de que usted se presentara aquí, he tomado la decisión de redactar un comunicado que debería estar en las imprentas del estado hoy mismo antes de mediodía.

El oficial sentado frente al coronel Blanchard escuchaba con sorpresa la decisión del superior, y que por el júbilo con el que compartía la noticia, mostraba seguridad en su hablar.

«¿Publicar un comunicado?»

—Necesito que seas el responsable de acudir a los medios de comunicación de Roswell para entregar de primera mano la notificación de lo sucedido. Por favor, agradecería tu aprobación en cuanto a la redacción de lo escrito por mí; la gramática no es mi fuerte, pero sé que lo harás de una mejor manera.

Walter Haut sonrió para sus adentros al escuchar al coronel Blanchard solicitar su apoyo en un comunicado tan importante como el que tenía sobre el escritorio. El oficial se tomó unos segundos para leer las palabras en el papel y después de un rato, le dijo:

—Me parece bien su redacción, señor. Tal vez podamos agregar ciertos datos que volverían más interesante la noticia. ¿Le parece bien si escribimos una segunda opción?

El coronel Blanchard se recargó sobre su asiento y con una sonrisa de tranquilidad por contar con el apoyo de Haut, asintió a la petición del militar.

—Bien, démonos prisa. Es necesario que visites a la KSWS y al Morning Dispatch lo antes posible.

46

Con el apetito saciado y las piernas descansadas, George Collins emprendió de nuevo el trote para dar continuidad a las órdenes de sus superiores, esta vez provenientes de Ohio. Con el apoyo del teniente coronel Chris Wilson, Collins podría ingresar al hangar #84 y recibir el permiso especial junto a otros militares para salir ese mismo día.

Delante de él, el teniente Wilson se desplazaba con rapidez entre los militares, quienes minutos antes recibieron la orden de acudir al comedor de la base para tomar un respiro y obtener los siguientes mandatos de sus superiores, pero el saturado pasillo hizo que Collins se demorara en seguir al teniente por la cantidad de soldados entrando y saliendo del corredor. Cuando el teniente se dio cuenta del retraso de Collins, se detuvo y esperando la pronta reunión con el oficial para salir de las oficinas administrativas, gritó:

—¡Soldados! ¡Mantengan el orden y cierren la maldita boca! ¡Aquel que sea sorprendido charlando acerca de las últimas doce horas, me tendrá que acompañar hasta la oficina del coronel Blanchard para recibir un arresto indefinido!

Entre empujones, Collins apareció de entre la multitud para unirse con su guía que esperaba en la entrada principal. Al momento de verlo, el teniente abrió la puerta y los ya potentes rayos del sol se asomaron por el pasillo, cegándolos con violencia.

«Al fin sol.»

Pese a ser el primer momento en que recibían la luz después de tantas horas de noche, George Collins se percató de que al menos cinco carpas con un grupo de parlamentarios en la explanada de la base cuidaban la entrada y salida de los centros de reunión improvisados. Cuando estudió la explanada a su alrededor, se percató de que todo tipo de voces se escuchaban dentro de las tiendas; en algunas lonas, se lograban escuchar gritos de lo que parecían ser coroneles o militares con un rango superior. Voces ininteligibles iban y venían por toda la explanada creando confusión. Y antes de que pudiese continuar estudiando tan extrañas medidas de seguridad, la mano del teniente señaló a la izquierda, seguida de su gruesa voz.

—¡Por aquí, soldado! ¡No se distraiga y sígame!

Con la mirada en todas partes y con la duda de la próxima tarea que estaba por recibir, Collins siguió los pasos del superior hasta el

final de los dormitorios, solo para enmudecer al distinguir que una tropa de sargentos con fusil en mano custodiaba el hangar #84.

Supo entonces que los rumores eran verdad.

Sin ninguna aparente reacción del teniente, Wilson no se detuvo hasta que llegaron a las puertas del hangar.

¡Oficial Collins! —el teniente rompió el silencio antes de llegar a la puerta—. ¿Qué es lo que se le ha dicho en las últimas horas?

—Yo no sé nada, no he escuchado nada, señor —respondió George con los nervios de punta.

—Lo que está a punto de manipular merece un grado extra de confidencialidad. No importa lo que vea ahí dentro, no importa lo que algún soldado, mayor o incluso coronel le diga, usted no sabe nada. —Por la cara del piloto, Wilson interpretó que el mensaje había sido claro y que el soldado lo había comprendido—. Al arribar en Wright Field, usted no deberá hacer nada más que recibir órdenes. No pregunta, no supone, no interviene... creo que el mensaje ha sido detallado, ¿verdad?

—¡Así es, teniente! Comprendido —contestó el angustiado piloto.

—De no ser como se le ha indicado, usted se verá involucrado en un proceso legal contra el gobierno de los Estados Unidos por traición a la patria, sin importar al rango al que pertenezca. Todos sus derechos quedarán anulados, y la sentencia puede variar desde nueve hasta doce años en prisión. ¿Alguna duda?

—¡No… teniente! ¡Comprendido! —contestó Collins con la boca seca por lo que acababa de escuchar.

Con lentitud, el teniente Wilson fue quitando la mirada de Collins que, al igual que él, deseaba terminar con ese problema lo antes posible. Se acercó a la puerta y con un leve movimiento de cabeza, agradeció la apertura del hangar por los armados sargentos protegiendo lo que allí dentro descansaba. Pero antes de que Collins ingresara al hangar por detrás del superior, uno de los militares que custodiaban la zona se acercó a George y lo sometió contra la pared para una fugaz y brusca revisión de pies a cabeza.

—Alza los brazos —ordenó el sujeto.

Terminado el registro, el soldado miró con desprecio y desconfianza a Collins, y con un movimiento de cabeza, le indicó que podía ingresar.

Cuando ambos militares pusieron un pie en el hangar, George Collins bajó la mirada y apretó los sudados puños a causa del temor que le producía la incertidumbre de encontrar algo desconocido en el interior. Sin embargo, la pronta marcha que el teniente Wilson inició al interior como si nada pasara, hizo que Collins no tuviera otra opción más que alzar la vista y ver lo que el hangar guardaba con recelo.

Al verlo, sus ojos se abrieron como nunca antes lo había hecho.

Unos cuantos segundos que le parecieron una eternidad fueron suficientes para contemplar la argentada mole frente a él, haciendo que la respiración se incrementara con viveza y su atención se centrara específicamente en el objeto. Jamás se le atravesó por la cabeza que el descubrimiento en la arena sería tan grande al tenerlo tan cerca.

Distinguió un par de reducidas ventanillas sobre una perfecta cúpula que a simple vista, debería medir no menos de sesenta centímetros. El color hipnotizaba con facilidad y parecía como si estuviese "hecho" de agua o de alguna otra sustancia viscosa. El ligero movimiento de la luz dentro del hangar producía un placentero capricho de contemplar por horas las extrañas propiedades del objeto, pero la suerte de Collins no estaba de su lado en aquel día.

El teniente Wilson, tronando los dedos, despistó de su ilusión al piloto que se encontraba paralizado ante el plato en medio del inmenso hangar, haciendo que el oficial se echara a temblar por la imprudencia de no seguir al superior. En el momento en que Collins se reunió con los que parecían ser sus compañeros de viaje, el teniente lo fulminó con una mirada que le heló la sangre; su pequeño instante inerte frente al objeto llamó la atención de un par de coroneles detrás de Collins, y el teniente lo había notado.

—¡Manténgase al margen, soldado! —murmuró Wilson con impaciencia.

Collins tragó saliva al sentir el peso de la mirada del teniente sobre él. Pero antes de que la amonestación continuara, un general salió de una oficina y se acercó a los hombres.

—¡Collins! Su grupo está por salir. Asegúrese de comprender la táctica de vuelo con el sargento Robert. Tienen escasos minutos antes de partir a Ohio.

El oficial giró la vista a escasos metros de él, aún sin procesar lo que sus ojos habían visto segundos antes y logró distinguir a un delgado militar que al parecer buscaba algo dentro de la maleta de vuelo. Sin mirar de nuevo al teniente Wilson para evitar una segunda reprimenda, Collins se unió al sargento para recibir la siguiente orden, mientras luchaba contra sí mismo para no girar y ver el *huevo de metal* que lo llamaba por detrás. Pero la curiosidad, combinada con el instinto, se puso a la delantera haciendo que George cambiara de postura, de manera que el objeto le quedara de frente para, sutilmente, continuar apreciándolo. De momento, los soldados que empujaban con dificultad el platillo para introducirlo al avión esperando a ser pilotado, soltaron un grito seguido de un crujido que resonó por todo el hangar, y que posiblemente se escuchó más allá.

—¡Tengan cuidado, cabrones! ¡No están tratando con las chatarras

a las que llaman automóviles! ¡Smith, apoya a Adams para levantarlo desde abajo! —se escuchó un grito seguido de un grupo de militares que corrían para ayudar.

Con la cara roja de nervios y de emoción, Collins miró con discreción la despedida del teniente Wilson, que se detuvo a dialogar con un coronel y sin la intención de emitir otro reclamo, volvió la atención al sargento que al parecer sacudía un par de gorros de aviación para colocarlos en sus rodillas, mientras continuaba hurgando en la maleta.

—¿Tiene a la mano su identificación R-75? —preguntó el hombre viendo a Collins desde abajo.

—Sí, aquí la tengo —George metió la mano al bolsillo frontal del uniforme y extrajo un pequeño papiro.

—Bien. ¿Qué le parece nuestra nueva adquisición? —preguntó el sargento con una sonrisa en el rostro.

Pero antes de contestar, Collins dudó un segundo en si la aparente interrogación del sujeto tenía el objetivo de comenzar una cálida conversación o más bien era para descubrir si el piloto era capaz de comenzar a respetar las órdenes que anteriormente se le dieron.

—¿Todo listo, sargento? —preguntó Collins cortando de lleno la pregunta de su compañero.

—Todo listo, soldado —el hombre sonrió al notar la sagacidad del oficial—. Sígame, tenemos menos de cinco minutos para surcar el cielo.

Aún con el corazón latiendo de manera brusca, Collins recogió una de las maletas arrumbadas y comenzó a seguir al sargento que se apresuraba al Boeing B-29 con los motores encendidos y esperando a volar. Con toda la intención de analizar a detalle el objeto, ambos sujetos caminaron muy despacio antes de entrar a la cabina del bombardero, mientras Collins lanzaba una última mirada a tan extraño y atractivo objeto. Se detuvo unos segundos en los que no le interesó en absoluto recibir un regaño por parte de alguien y se mentalizó a que tal vez, después de ese día, jamás volvería a contemplar algo parecido en su vida. La razón, en este caso, se le escapaba de las manos.

47

Sebastián repasó por octava vez su plan: bajar lo más rápido posible de la camioneta, introducir la mano entre los costales, atrapar la talega y lanzarla lo más lejos que sus fuerzas le permitieran.

«Si alguien la llegase a encontrar, no sabrán quién fue el responsable», pensó con un hormigueo recorriendo su estómago.

El hombre miró a ambos retrovisores asegurándose de que nadie lo siguiera, y a pesar de tener una extensa vista a su alrededor en donde solo se veía el desierto, la duda sobre si era buena idea hacerlo o no, lo mortificaba segundo a segundo.

Lentamente, y con las manos aferradas al volante, Sebastián disminuyó la velocidad al estar seguro de que la soledad del desierto estaba solo con él. Se quitó el cinturón de seguridad, se estacionó a un lado de la carretera y sin pensarlo más, saltó del volante para dar inicio a la búsqueda entre la mercancía. Los pesados costales encima de otros costales impedían la visión de la pequeña bolsa que Arthur le regresó un día antes con el puñado de restos encontrados. Cuando el primer intento de búsqueda falló, Sebastián corrió del otro lado de la camioneta, mirando para ambos lados y deseando con todo su ser que ningún auto se acercara y lo pusiera en aprietos. De igual forma, introdujo el brazo hasta el hombro por los pequeños espacios libres entre un saco y otro, al tiempo que movía los dedos con el deseo de sentir algo más, pero lo único que el hombre sintió fue terror al no distinguir lo que tanto buscaba.

Con tres pasos hacia la batea de la Ford, Sebastián intentó sin éxito buscar algún orificio extra que le permitiera continuar con la búsqueda de los restos, pero al no obtener un punto de apoyo entre los costales, más nervioso y sudado que al principio, el preocupado hombre inició la lluvia de ideas para resolver el dilema.

«¿Habrán rodado hasta la parte central de la camioneta? ¿Lo habrán pillado los militares? ¿Olvidé ocuparme de ellos? ¡Imposible! Estoy seguro de haberlos lanzado a la batea».

Sebastián supo de una vez por todas que debía actuar con prontitud si no quería ser interceptado por algún conductor, y por escasos treinta segundos, pensó la idea más “sencilla” y se animó a usar el plan B: ablandar un par de sogas para buscar con más facilidad entre los costales.

El hombre entendía las posibles consecuencias de su próximo movimiento y no le pareció la mejor idea, ya que los costales habían sido ajustados por peso y dimensión para evitar ser manipulados hasta su destino final, pero la situación exigía una pronta solución.

Se acercó a la soga atada al soporte metálico y con sumo cuidado fue liberando la cuerda con movimientos calculados para evitar algún accidente, al tiempo que contemplaba el liviano meneo de los costales posicionados hasta arriba, con la cautela de que no se vinieran abajo. En el momento en que consideró una cordial distancia para introducir la mano con facilidad, Sebastián buscó los restos con la cara adherida a los costales, y con la incertidumbre de encontrarlos, alargó su brazo al interior, pero lo único que sus dedos tocaron fue el frío metal de la batea y los duros costales de maíz que debía vender en el pueblo.

—¡Carajo! ¡Por Dios! —murmuró Sebastián con las gotas de sudor resbalando por su frente.

Después de interminables segundos palpando nada más que metal y costales, el hombre atrapó la bolsita con apenas la punta de los dedos. Al sentir el pliegue de la arpilla, Sebastián suspiró con alivio para después extraerla del fondo con un movimiento veloz.

La irritada y sudada mano por sostener los costales le impedía lanzar la pequeña bolsa por el terreno y deshacerse de una vez por todas del material y agarrar la cuerda al mismo tiempo, pero debía hacerse cargo de su situación lo antes posible.

Al hombre no le quedó más opción que dejar caer los restos sobre la arena para intentar amarrar de nuevo la soga y evitar que los costales cayeran. La pérdida de tan valioso tiempo en su búsqueda lo obligó a colocar la soga en una posición poco convencional, dejando flojo el nudo que sostenía los costales. Craso error.

Cuando Sebastián se giró lo más rápido posible para lanzar hacia la nada los escombros, del otro lado de la camioneta se escuchó lo que parecía ser el impacto de los costales golpeando contra el suelo, levantando una nube de arena a su alrededor.

—¡Carajo! ¡No, por favor! —Sebastián alcanzó a renegar cuando corrió para atender el desastre.

Sin saber qué problema resolver primero, Sebastián giró de un lado a otro hasta que se decidió a resolver primero el tema de los restos junto a la llanta. Tomó la bolsita del suelo y con la frustración de su pésima suerte, la lanzó con todas sus fuerzas lejos de su posición, para después volverse a resolver un nuevo y laborioso problema.

Cinco costales rotos.

Sebastián se quitó la gorra y soltando un grito de frustración, pateó la puerta de la camioneta. Sabía que resolver dicho problema le tomaría al menos cuarenta minutos y una pérdida de producto que, por obvias razones, saldría de su bolsillo. Con la moral estropeada y el

tiempo encima, Sebastián meditó en que meter los costales en el asiento del copiloto sería la única manera de salir de allí para llegar a tiempo con sus clientes.

«Más tarde tendré el tiempo de acomodarlos y verificar qué solución hay para la mercancía dañada.»

El desafortunado hombre, con la intención de irse para evitar los potentes rayos del sol, cargó los primeros cuarenta kilos allí tirados sin resentir la puntada en la espalda que lo dobló, y los introdujo por la puerta de la camioneta para regresar por el segundo costal, pero cuando tomó la decisión de jalarlo en lugar de cargarlo, un río de granos se esparció por toda la arena vaciando al menos una cuarta parte del costal. Murrieta no pudo más que dejar escapar otro grito que resonó por la solitaria carretera y azotó la puerta tras de sí. Le era increíble comprender que algo tan sencillo se había vuelto casi imposible de realizar. Los constantes fracasos pusieron en su mente la idea de solo recoger los costales y olvidarse de los pocos kilos que se perderían con seguridad en la arena… pero el destino, inesperado como siempre, tenía otros planes.

Mientras revisaba y separaba los costales rotos de los pocos que estaban estropeados, Murrieta movilizó el pie simulando una escoba para liberar el paso de los costales de manera sencilla. Se acercó a la puerta del conductor y extrajo un rollo de cuerda que lo ayudaría como polea sobre el soporte de la Ford. Pero al momento de comenzar con el amarre de la cuerda alrededor de los costales sin atar, por alguna parte del desierto se escuchó el motor de un vehículo acercándose. Sebastián, sin volver la mirada, continuó calculando el tramo de soga que ocuparía. Su miedo al contenido de “contrabando” que trasladó por casi cuarenta minutos le había dejado de preocupar desde hace un rato; el único problema en esos instantes era el de llegar a la reunión con su cliente lo antes posible.

Sin identificar la dirección de donde provenía el conductor, Sebastián escuchó al vehículo acercándose con rapidez, haciendo que se levantara y se alejara de la carretera meneando la cabeza para dejar pasar al impaciente conductor que no se percataba del hombre amarrando sus costales al filo de la carretera. Giró la mirada y, cubriendo su rostro del sol, distinguió a pocos metros de él a una Willys MB que levantaba una nube de arena cuando esta disminuía la velocidad por detrás de Sebastián.

Aunque el problema de los escombros había dejado de ser una astilla minutos antes, un nuevo nerviosismo se apoderó de Sebastián en el momento que miraba que otra Jeep se aproximaba para estacionarse.

—¡Señor! ¿Se encuentra bien? —La voz de un soldado que salía de la Jeep y se acercaba al desamparado sujeto se hizo escuchar.

—He tenido un inconveniente en media carretera, amigo —informó Sebastián dispersando el polvo de su rostro.

—Espere un momento, lo ayudaremos a subir eso —el amable soldado silbó a sus compañeros solicitando el apoyo de más hombres.

Un grupo de militares, que a Sebastián le pareció imponente, saltó de los autos y emprendió la marcha hasta la Ford y los costales arrumbados a su costado, para ayudar al ciudadano.

—Gracias, soldado. Tengo una reunión en la ciudad y este problema me ha superado por completo, qué fortuna que ustedes pasaran por aquí —dijo Murrieta intentando calmar los nervios.

Sin responder, el soldado se unió a sus compañeros que corrían para comenzar a levantar los costales, no sin antes pedir la cuerda que Sebastián tenía en sus manos para ocuparse del problema. Con la intención de ayudar a los hombres y guiarlos para acomodar los costales, Sebastián se acercó al costal que difícilmente empujó por la puerta del copiloto y lo jaló con la intención de unirse a los militares, pero antes de que pudiese sacarlo, a unos metros de la camioneta se escuchó una cruda voz que llamó su atención.

—¡Señor Murrieta!

Cuando atendió el llamado, el agricultor se descompuso y posiblemente palideció al distinguir la cojera del teniente Dolphin acercándose con el gorro en mano a toda velocidad.

—¡Mire en dónde lo vine a encontrar! Por favor, deje a los soldados encargarse del problema; están cansados de las piernas, no de los brazos. —Con una mirada cruel, Randolph Dolphin pulverizó a los jóvenes soldados que luchaban por intercambiar costales.

—Tenga buen día, teniente. Gracias por el apoyo, supongo que mis sogas han fallado después de tanto tiempo de soportar el peso —Sebastián soltó una risita nerviosa al ver al oficial de cerca.

—Tiene suerte de que estemos rondando la zona, Murrieta. Apuesto que en otra ocasión, usted tendría que habérselas arreglados solo —expresó Dolphin, quien a su vez caminaba junto a los costados de la camioneta intentando encontrar el problema con la soga.

Junto a él, Sebastián tragó saliva por el silencio tan mórbido que produjo el teniente. Su estatura y su penetrante mirada intimidaron al granjero, quien guardó silencio mientras los soldados continuaban cargando sus costales.

—Señor Murrieta —habló Dolphin con una sonrisa que cualquiera hubiese interpretado como falsa—, de verdad que fue un gran placer coincidir con su suegro el día de ayer. Supongo que después de mi visita les platicó de mí y de nuestra estancia en las tropas durante la guerra, ¿no?

Dicho esto, se paró frente a Sebastián y borró la sonrisa. Quería escuchar la respuesta del sujeto.

—Sí, algo hay de eso. También le dio gusto saludarlo, señor… —atinó a decir Sebastián con la voz nerviosa.

—¡Es un gran hombre! —exclamó Dolphin, poniendo de nuevo la sonrisa en su cara—. Puedo atribuir mis cargos militares a sus consejos y enseñanzas. Él puso su grano de arena en mí para ser el teniente coronel que soy ahora.

—Claro, para él también fue un placer. Hablamos muy poco, mi hija debía descansar y el viaje de regreso nos robaría horas de sueño.

—Apuesto que sí, señor Murrieta. ¿Tuvo inconvenientes con la primera caseta en Lincoln?

—No señor, para nada. Han sido muy amables conmigo y mi familia, se los agradezco —Sebastián sonrió y miró a los soldados que poco a poco subían los costales de nuevo.

Dolphin extrajo un cigarrillo de su pantalón y le ofreció uno al hombre, quien aceptó el gesto del militar. Guardó de nuevo la cajetilla y como si de un niño se tratara, el teniente pegó un brinco al capó de la Jeep, logrando que todos se giraran a verlo.

Mientras le daba una bocanada a su cigarrillo, Dolphin cruzó los brazos para disfrutar del puberto, pero amenazador sol, y sacó unos diminutos binoculares para colocarlos en sus ojos. Debajo del auto y sin saber cómo reaccionar, los cuatro soldados y el conductor de la Ford lo miraron con preocupación.

En el cerebro de Sebastián se activó el recuerdo de la talega arrojada minutos antes.

—Hermosas vistas tienen ustedes, ¿eh? —indicó Dolphin recorriendo el desierto con los prismáticos en sus ojos y el cigarrillo colgando de sus labios.

—Sí, señor. Los cielos en Nuevo México son hermosos. —La voz de Sebastián se notó nerviosa, sin saber qué contestar.

—Ya lo creo. En Nevada, los amaneceres son muy fríos —Dolphin hizo un gesto de abrigo—, pero durante el día, el calor está para maldecir al puto desierto.

Sebastián sonrió al escuchar la profunda carcajada que Dolphin emitió mientras le daba el último beso a su cigarrillo antes de tirarlo y regresar al suelo de un salto.

—¡Listo, teniente! —se escuchó la voz de uno de los soldados—. Señor, hemos anudado las sogas con doble nudo por el momento. Cuando llegue a la ciudad, asegúrese de bajar los costales con cuidado.

—¿Lo hicieron bien? —preguntó Dolphin viendo a todos con indiferencia.

—Sí, señor. Hemos modificado la posición de los costales para un mejor equilibrio —contestó uno de ellos.

—¡Gracias! De verdad agradezco su apoyo. Creo que después de

esto aún puedo llegar a mi reunión a tiempo —dijo Sebastián.

—A unos tres o cuatro kilómetros de aquí encontrará la segunda caseta. Tenga su credencial de vendedor a la mano y evite preguntar a cualquier orden que se le sugiera, ¿de acuerdo?

—Así lo haré, teniente. Gracias por su ayuda—Murrieta se acercó a cada soldado para estrechar su mano hasta llegar a Dolphin, quien le apretó la mano con una fuerza superior a la de los soldados.

Sebastián subió a la camioneta y encendió el motor para alejarse de aquel lugar. Agradeció a su Dios por el apoyo que recibió en tan críticos momentos, pero antes de alejarse de allí, algo hizo que su presentimiento se "activara" con urgencia. Echó el último vistazo a los soldados por el retrovisor y miró a Dolphin que continuaba observándolo con la mirada perdida cuando se alejaba.

Fuera de la camioneta, Dolphin guardó los binoculares, se acomodó el pantalón, y con su gruesa voz, le dijo al pelotón:

—¡Soldados! Tomen cinco minutos para descansar. Requiero más tiempo para disfrutar del sol.

48

Muy en el fondo, sabían que el sujeto tenía razón.

Detener a la fuerza a un ciudadano que no ofrecía las pruebas suficientes como para ser llevado a una habitación fría y obscura para discutir el tema de un objeto en forma de huevo y lo que se rumoraba entre el personal como: «*un par de cadáveres completamente diferentes a cualquier ser humano conocido*», no se sostenía muy bien ante un tribunal contra la base militar. El ciudadano podía proceder legalmente y hacer valer sus derechos, sobre todo si el suceso había causado problemas en la propiedad, como pérdidas en sus actividades laborales y daños permanentes en sus tierras. Pero Washington y los militares ya estaban preparados para cualquier circunstancia al irrumpir de todas maneras en la propiedad del sujeto, con la fina idea de que unas cuantas amenazas al ciudadano podrían lograr su objetivo principal: adueñarse de lo que estuviese allá fuera sin recibir ninguna oposición.

Los países más fuertes, (y los más dañados también) se encontraban tambaleantes por una posible guerra que terminaría por decidir la victoria entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, en aquellos meses de 1947, mientras que un objeto con extrañas características se había estrellado a las afueras de Roswell, poniendo en juego el inicio de dicho evento bélico. Hasta el momento, el aeródromo de las fuerzas aéreas de Roswell tenía bajo control lo sucedido.

—Espere aquí, ya vienen —el corpulento militar se giró hacia William Brazel después de discutir con su compañero las posibles consecuencias que traería el ranchero como primer sospechoso del incidente—. En unos minutos vendrán mis superiores para hablar con usted. Por favor, no haga nada que lo comprometa.

—Señores, necesito a un abogado. ¿Ustedes creen que por ser un hombre de campo no sé cómo utilizar mis derechos?

—¡Guarde silencio, Brazel!

Uno de los soldados se acercó a la mesa y encaró al ranchero muy de cerca para contemplarlo, mientras en su cabeza se formulaba la siguiente respuesta al asustado, pero astuto ranchero.

—Ya le he dicho que usted podrá salir de aquí cuando mis superiores hablen con usted, nosotros solo somos soldados de primera

y hemos recibido la orden sin cuestionar nada más. ¡Deje de gritar, por favor!

—Necesito regresar a Corona para alimentar a los animales. Si mi patrón se entera de que estoy en Roswell, seguramente me echa.

—Sus animales están bien, el personal de la base está interesado en aquel objeto que estaba tirado, nada más. Ahora —el soldado se rascó la nariz y cerró los ojos—, por el bien de ambos, es mejor esperar a que mi superior venga y dicte la siguiente orden.

Con las ideas mentalizadas sobre un posible encierro por días en la base militar, Mac Brazel asintió con desánimo a la indicación del soldado. La simple idea de terminar en alguna prisión de Washington o en la temida Alcatraz rodeada de tiburones hacía que el granjero mordisqueara sus uñas en tan fría y pequeña oficina. Desde hace minutos, los dos guardias entraban y salían del lugar con los rostros cada vez más estresados, y con el temor de que el ciudadano ya había reconocido sus caras y los había amenazado de que procedería de manera legal contra ellos por las pésimas condiciones en la que se encontraba.

Uno de ellos, el más delgado y de bigote poblado, caminaba de un lado a otro esperando la siguiente recriminación por parte del sujeto que detonaba seguridad y verdad en sus reclamos. El otro, recibía con seriedad y sin dejarse doblegar las palabras de Brazel, recordando que aunque el ciudadano tuviese razón, las órdenes venían de los superiores y no había nada más que hacer.

Después de varios minutos en los nadie sabía qué hacer o decir, por detrás de la puerta se escucharon pasos acercándose, seguidos de unas voces que demostraban urgencia; sonaron del otro lado llamando la atención de los sofocados militares y haciendo que uno de ellos se lanzara a la pesada puerta para abrirla.

Y, justo como Brazel lo había imaginado, un militar con el pecho cubierto de insignias y sombrero en mano caminó hasta él seguido de un par de hombres con corbata y uniforme, lo que le hizo pensar lo peor. Uno de ellos traía en la mano un portafolio, mientras su compañero cargaba lo que parecía ser una máquina de escribir tipo Royal.

En el momento en que los hombres intentaron hacer contacto visual con el asustado retenido, Brazel bajó la cabeza y evitó ver a los extraños hombres.

—Señor Brazel, soy el coronel Mitchel. —La voz del militar envuelto en medallas, con un acento típico del noreste, se escuchó por todo el cuarto—. Estas personas han venido desde Houston para hablar con usted y recibir todos los detalles acerca del acontecimiento en su propiedad, son del FBI.

Al escuchar las tres siglas y mirar a los hombres con severos rostros

de preocupación, a Brazel se le arrugó la frente por la nueva calamidad que lo perseguía.

—Usted es la persona que ha compartido el descubrimiento con nosotros, y Washington ha requerido la intervención directa con su testimonio. Sabemos muy bien que su libertad se ha privado en las últimas horas, pero como usted comprenderá, lo que se ha encontrado en la propiedad donde reside pone en riesgo a la seguridad del país. Estos profesionales le darán un mejor apoyo.

Por la débil sonrisa que lanzó el coronel, Brazel supo que los profesionales serían los que recibirían el apoyo de él, y no él de ellos.

—Coronel, me han interceptado a la fuerza. Usted comprende el resultado de actuar así con una perso…

—¡Y es lo que menos nos interesa, señor! Disculpe, pero las órdenes vienen desde arriba. Por su bien, es mejor no provocarlos.

Silencio en la habitación.

El coronel quitó la sonrisa, y sin darle la oportunidad al ranchero de hablar, se despidió de los integrantes allí dentro.

—William Brazel, ¿cierto? —preguntó uno de los agentes al momento que extendía unos documentos sobre la mesa y se retiraba el saco para dejarlo en la silla—. Mi nombre es Chuck Aalto y mi compañero es Brian Fell —el hombre señaló al sujeto que manipularía la Royal, mientras este, con un meneo de cabeza, saludaba al ranchero.

—Como ya lo mencionaron antes, somos del FBI —el agente se dejó caer sobre la silla, y suspiró—. Nuestra finalidad no es incomodarlo, ni mucho menos quitarle su valioso tiempo, lo único que queremos de usted es que nos responda unas cuantas preguntas para asegurarnos que todo se encuentra en orden, ¿está bien?

El arrepentido hombre del otro lado del escritorio asintió. Sabía que un *NO* solo empeoraría las cosas.

El agente Aalto extrajo una fotografía y la colocó sobre la mesa, no sin antes menear la mano para hacerle entender al par de militares que aún vigilaban a Brazel que se alejaran de la mesa. Nadie más tenía permitido ser testigo de las imágenes.

—¿Reconoce estos escombros?

Mac Brazel alzó los ojos y por escasos segundos se quedó mirando la fotografía.

—Sí, es lo que encontré fuera de la propiedad hace días.

—¿Cuándo y en dónde aparecieron, señor?

—La madrugada del tres de julio, hace cinco días, y fue exactamente en la parte trasera del terreno... a unos cinco minutos caminando.

—Bien. ¿Reconoce este artefacto? —extrajo la segunda fotografía y se la mostró.

—Sí, señor…

—¿Habló con alguien sobre esto?

—A una pareja de vecinos, a unos quince kilómetros del rancho.

Cuando escucharon la afirmación del ganadero, los agentes alzaron la mirada y se quedaron mudos para indagar la respuesta.

—¿Alguien más lo sabe?

—De verdad espero que no, detective. Nunca fue mi intención caer en este asunto, necesito a un abogado para evitar…

—¿Sabe lo que todo esto significa, señor William? —interrumpió el agente.

Brazel meneó la cabeza sin comprender la pregunta del detective.

—Lo que usted ha encontrado en el desierto proviene de otro lugar. Creemos que viene del exterior y no de otro país como muchos aseguran. ¿Encontró algo más a la redonda? —el hombre se recargó sobre la mesa para escuchar con atención al ranchero.

—No quiero más problemas con nadie, señor. Lo que encontré no lo hubiese distinguido de no haber sido por el tremendo hedor que me guio hacia los cadáveres.

—Perfecto, no diga nada más.

El detective se giró a la par de los militares y les confirmó que podían salir.

Al notar la seriedad con la que ambos sujetos reaccionaron, Brazel tragó saliva y se dobló en su asiento con pesadez. Lo que miró segundos después, lo paralizó. Un conjunto de militares con rostro de pocos amigos entró a la habitación y notó que uno de ellos esperaba afuera mientras cuidaba la entrada. El detective sentado frente a él no le quitaba la impasible mirada por ninguna razón, mientras a Brazel le temblaban las manos con desesperación por los nuevos integrantes en la “entrevista”.

La tensión dentro del cubículo se incrementaba rápidamente.

—¿Quién más lo sabe? —le preguntó a Brazel un militar con los brazos cruzados.

—Sobre los cuerpos, nadie más —contestó el ranchero con miedo en la voz.

—¿Y sobre los escombros?

—Solo mis vecinos.

—¿Está seguro? El incidente ocurrió hace varios días, y las probabilidades de que haya hablado con alguien más sobre eso se han incrementado.

—No lo creo, señor —Brazel tenía la cara baja—, el accidente ocurrió dentro de la propiedad y no me percaté de nadie más en los alrededores.

—¿Por qué no acudió con nosotros cuando identificó los cuerpos? ¿Acaso tuvo intenciones de esconder algo? —indagó el detective,

acomodándose las gafas frente a la Royal.

La pregunta del detective le caló hasta los huesos. Por la forma en que el sujeto preguntó, demostraba un tono de intimidación y prepotencia que haría compleja la entrevista si no les decía lo que ellos querían escuchar. Frente a Brazel, las manos del agente Fell volaban sobre la máquina de escribir a la par de lo que el ranchero decía.

—No, detective. No lo hice porque las distancias y mi bolsillo no me lo permiten; además, para mí es imposible dejar a los animales solos.

—¿Quién los cuida en su ausencia? —lo interrumpió un militar.

—¡Nadie! Necesito regresar al rancho para alimentarlos, ¿no lo entienden?

—Usted no lo entiende, Brazel. —El enfurecido rostro del militar se clavó en el del acusado—. Todos sabemos que usted sabe algo más; pero por alguna razón, no quiere decirlo.

—¡Lo juro, no sé nada más! La noche anterior, una tormenta eléctrica cayó sobre el desierto, y percibí un estruendo que retumbó sobre la arena... solo eso. —Las miradas allí dentro se intercambiaron; unas llenas de fastidio, y otras llenas de impaciencia—. Ahora, hace unos momentos me dijeron que no estoy arrestado, así que si no hay nada más… me retiro.

Mac Brazel se levantó de la silla con decisión y con temor al mismo tiempo, pero antes de dar un paso en dirección a la puerta, uno de los militares se abalanzó sobre el sujeto y lo devolvió a la silla.

—¡Usted no va a ningún lado! ¡Guarde silencio y continúe respondiendo a las preguntas!

Con agilidad, un par de militares se unieron a la reprimenda de Brazel.

—¡Lo que están haciendo es ilegal y lo saben! ¿En dónde está el abogado que el gobierno asigna a un ciudadano como yo?

La paciencia de todos se desmoronaba a cada minuto. Los militares y detectives sabían que el ranchero conocía sus derechos, y no hicieron más que guardar silencio para ingeniar sus próximos argumentos.

—Lo que usted mantuvo en secreto por días pone en riesgo la seguridad nacional. Si hubiese actuado al instante, tal vez no tendríamos esta charla ahora mismo.

—¿Ah, sí? Pueden acosarme e intimidarme, pero escuchen muy bien, cuando salga, ¡haré valer mis derechos!

—Perfecto, Brazel. Espero y disfrute su estancia dentro de la base. Cuando decida hablar, tendrá lo que desea, pero por el momento… queda usted detenido por ocultar lo que parece ser una escena del crimen.

Brazel enmudeció al escuchar las palabras del detective que se levantaba de su silla y salía de la habitación; detrás de él, un grupo de militares lo siguieron, dejando al solitario y asustado ranchero sin poder articular ninguna palabra.

Otro error que le costaría más desgracias a Brazel.

49

Después de un largo recorrido por el desierto, Philip Carter movió uno de los músculos al sentir que el camión frenaba con vigor. De manera instantánea, sus extremidades buscaron apoyo para evitar irse de boca.

De la parte frontal del camión, un portazo seguido de una corta conversación entre el conductor y el hombre que bajaba, se escuchó poniendo a todos en alerta. Cuando menos lo esperaron, el teniente Wilson subió para unirse con la cuadrilla que viajaba detrás.

—¡Soldados! ¡Escuchen con atención! —gritó el teniente para que sus palabras no se perdieran con el motor del camión iniciando de nuevo la marcha—. ¡Estamos a pocos minutos de llegar al terreno del incidente y requiero máxima responsabilidad! Lo que estoy por confesarles no proviene de su servidor… el Presidente Truman requiere que todo el material se encuentre resguardado en las bases del norte hoy mismo. Cuando lleguen, tienen un solo objetivo: recolectar todo aquello que no sea natural. Frente a ustedes tienen bolsas de arpilla. Tomen una.

Después de la recomendación, los soldados se abalanzaron sobre las bolsas en el centro del camión y miraron de nuevo al teniente que aún tenía más por decir.

—Se encargarán de recolectar todo lo que no sea natural; repito: ¡Todo lo que no sea natural! Por la inesperada noche de ayer, pocos de ustedes presenciaron la tarea que se realizó en el desierto. Para los que no lo sepan, la situación allá fuera es confidencial.

La voz del teniente fue sustituida por las llantas saltando entre las piedras y ramas del desierto.

—Lamento informarles lo siguiente —el teniente habló con un nudo en la garganta—, pero alrededor del área se encuentra una cuadrilla de parlamentarios armados que tienen la orden de disparar en caso de observar a cualquier militar que tenga la intención de ocultar o apropiarse de algún trozo de artefacto allá fuera, ¿entendido?

Todos asintieron sin comprender.

—¡Con esto me refiero a que si intentan guardar o esconder algo de esa basura entre su uniforme, les vuelan el cerebro! ¿Lo entienden?

—¡Sí, señor! —gritaron todos, para después guardar silencio al ser

advertidos de tan drásticas medidas.

—Hemos recibido testimonios de muchos de ustedes —continuó el teniente—, y al menos tres de diez soldados conocen a una persona que tuvo contacto con todo esto. Ustedes, por órdenes de El Pentágono, deben guardar silencio... yo sé que están hartos de escuchar las mismas órdenes cada minuto, pero deben entender que entre menos se extienda el pánico entre los ciudadanos, más fácil será el control de la información. Estas órdenes no provienen de la base de Roswell, provienen del exterior. Ahora —el militar se acomodó la seca garganta—, tres camiones repletos, incluyéndonos, se dirigen a la zona. Por la cantidad de soldados, se ha decidido extender el perímetro para evitar confusiones. El primer grupo que descenderá está conformado por Randall, James, Carter, Wyler, Stewart y Taylor; los demás esperarán su turno hasta que la primera de las tropas regrese. Para los que se quedarán esperando dentro del camión, no importa lo que escuchen, mantengan su posición. ¿Alguna duda, soldados?

—¡No, señor! —se escuchó una débil respuesta.

—¡¿Alguna duda, soldados?!

—¡No, señor! —respondieron todos con fuerza.

—¡Quiero actitud, carajo! ¡Tomen las bolsas y esperen la orden! ¡Cuando les diga que deben bajar, comienzan la tarea! ¡No me hagan quedar como un idiota allá afuera!

—¡Sí, señor! —se escuchó una tropa motivada y sin ganas de hacer enojar a los parlamentarios esperando en el desierto.

—¡Perfecto! —el teniente recuperó oxígeno después de notificar las órdenes y sacó la cabeza para verificar la posición.

«¿Será algún tipo de amenaza para intimidar, o realmente el gobierno tendrá la frialdad de ejecutar a sus propios soldados por un mal entendido?» Esa, y otras preguntas circulaban entre los militares quienes esperaban el grito que daría inicio a tan peculiar y peligrosa tarea.

Cuatro o cinco kilómetros después, el camión comenzó a disminuir la velocidad.

Los sujetos nombrados anteriormente se aferraron a las bolsas de arpilla mientras se miraban unos a los otros con los semblantes pálidos. Philip Carter miró a uno de sus compañeros que también esperaba la orden del teniente, y pudo notar que el soldado James tenía la frente bañada en sudor; combinación del abrasador calor y los nervios tan agudos. Cuando el camión se detuvo por completo, el teniente Wilson bajó de un brinco, y por unos segundos, su voz se perdió entre el motor de otros camiones y las voces de más militares allá afuera. Con los ojos saliendo de sus órbitas, los soldados no sabían qué hacer; unos se levantaron de las butacas, pero fueron regresados a

sus lugares por sus compañeros quienes les recordaron que debían actuar ante una orden, no de otra forma. A lo lejos, el sonido de unas palas entrando y saliendo de la arena como si estuviesen buscando algo, confundían aún más a los soldados que esperaban la orden del militar.

—¡Siéntense de nuevo! Nos dijeron que debemos esperar la orden. ¡Jimmy, siéntate, carajo! —se escuchó la voz de un soldado detrás de Carter.

Y, como si el poder de la mente los hubiera complacido, la voz del teniente Chris Wilson sonó con un fuerte sentido de urgencia que hizo brincar al primer soldado fuera del camión. Siendo Carter el último soldado en salir, pudo discernir entre las lonas a sus compañeros salir del camión al lugar señalado por el superior.

—¡Wyler! ¡Toma el área señalada! ¡Eviten el contacto con sus compañeros! —se escuchaba la voz del teniente.

Sonidos de camiones moviéndose en reversa, gritos a lo lejos, pasos que parecían volar en lugar de correr, creaban un ambiente que impulsaba la adrenalina de los soldados esperando su turno. Con la lengua seca por los nervios, Philip Carter abrió la cubierta del camión para ser recibido por unos potentes rayos de sol que lo cegaron al momento. Pegó un brinco que lo desequilibró, mientras el teniente Wilson lo tomaba del hombro y le señalaba una zona donde debía trabajar.

—¡Rápido, soldado!

Cuando Carter se recuperó del inesperado golpe contra el suelo, arrancó el trote hasta el área señalada cubriendo su rostro de la arena por los militares que escarbaban muy cerca de él. Al adaptar su vista a la luz del sol, se dio cuenta de que a su alrededor un grupo de militares trabajaban esparciendo la arena con palas; al parecer, también continuaban con la búsqueda de más basura enterrada por el impacto.

Se acercó a su zona de manera prudente y distinguió a unos cuantos metros a un grupo de soldados recostados boca abajo, con lo que parecían ser unas Browning que se encontraban calando la situación. Lonas de no más de cuarenta centímetros encima de ellos los cubrían de los potentes rayos del sol, dejando ver únicamente el cañón del arma apuntando en su dirección.

«Era cierto.»

A unos ochenta metros de todo el grupo se encontraba la meseta que servía de “torre de vigilancia” para aquellos francotiradores que seguían cada movimiento de los soldados, tal y como los superiores en turno les habían avisado.

Carter se arrodilló ante el conjunto de la extraña basura, y sin detenerse, tomó el primer puño de aquellos livianos *papiros* y los

metió en la bolsa. Una y otra vez el sujeto repitió la maniobra hasta llenar la primera red. De un salto, se levantó y caminó para vaciar la basura al molde plastificado en el que momentos antes, vio cómo sus compañeros juntaban toda la *basura* que se recogía. Los gritos a su alrededor lo desconcertaron por un instante. Soldados corriendo de un lado a otro, sargentos moviendo rocas y podando arbustos, gritos de urgencia.

Recordando las primeras órdenes, subió al camión con el rostro lleno de arena y cedió el lugar a la segunda tropa de soldados que bajarían por la siguiente ronda. La tarea fue más fácil de lo que creyó, al menos hasta que un soldado que abrió de un golpe el toldo y con un perturbador visaje, les dijo:

—¡Soldados, bajen ahora mismo! No teníamos el conocimiento del cajón en medio del área. ¡Regresen a sus zonas! Hemos recibido las órdenes de no regresar a la base hasta no llenar el barreño de allí.

—¡Coronel! ¿Los soldados continuarán en sus áreas? —se escuchó una voz en la lejanía.

—¡Sí! Muévanse con sumo cuidado —respondió otro militar que se acercaba al camión—. Estas órdenes han sido expedidas hace unos momentos.

—¡Rápido! ¡Regresen a la zona asignada y continúen con la tarea! ¡Eviten hacer tonterías, soldados! —La voz se perdió por detrás de Carter, quien corría otra vez hasta su área.

El potente calor del medio día se le sumaba a los agotados y nerviosos soldados que, arrodillados sobre la hirviente arena, introducían las manos hasta lo más profundo que sus dedos les permitieran llegar. Con el intenso sol encima, les era casi imposible distinguir los pequeños trozos restantes. Philip Carter se limpió el sudor que resbalaba por su frente y continuó explorando la arena, sin olvidar a los parlamentarios que, seguramente, no dudarían en dispararle en caso de cometer alguna imprudencia. Al llenar la segunda bolsa, el sujeto se levantó con las manos despegadas de su cuerpo para no levantar algún tipo de sospechas en cuanto a un "robo" y emprendió la marcha al cajón para vaciar el contenido. Lanzó un suspiro y con las manos húmedas del sudor, regresó de nuevo a la zona.

Los gritos de los superiores dando órdenes alrededor no cesaban, creando un escenario de caos y miedo… miedo por no saber con exactitud de qué se trataba todo eso.

Con el sol encima de todos y la curiosidad por saber qué era lo que recogían, el grupo 509*th* de la Base Aérea de Roswell emprendió la búsqueda de algo especial en el desierto. La tarea apenas comenzaba.

50

El vehículo se estacionó antes de llegar al terreno del anciano. Con las manos sobre el volante, Randolph Dolphin pensó de nuevo si era buena idea hablar con Watson o volver más tarde, pero la situación en el poblado de Roswell no aprobaba la pérdida innecesaria de tiempo. Se encontraba allí y no podía regresar desperdiciando tan valioso tiempo en aquel agitado e interesante día.

Se bajó del vehículo con pesadez, y con un inexpresivo semblante, le gritó a los soldados que lo acompañaban.

—Descansen por ahora, soldados. El propietario de este domicilio requiere una visita privada. No importa quien se acerque, no permitan el paso hasta que vuelva. ¿Comprendido?

—Sí, teniente —contestó Bodgan Dunne como la cabeza del grupo, mientras bajaba de un brinco para estirar las piernas.

Con el gorro en mano en señal de respeto y su pesada cojera, Randolph caminó por la amplia entrada de la propiedad hasta la puerta principal, notando alrededor decenas de macetas y una vieja mecedora que se movía sola por el viento. Cuando estuvo frente a la puerta, suspiró y la golpeó con decisión un par de veces. Evitó hacer ruido para escuchar los sonidos del interior y confirmar que alguien estuviese dentro. Después de varios segundos que le parecieron interminables, el militar volvió a golpear la puerta.

El auto de Arthur estacionado junto a la descuidada vivienda le aseguró la estancia de los abuelos. Y antes de que se diera la vuelta para regresar al convoy con los soldados, un ladrido muy cerca de él hizo que se girara de inmediato para ver a un perro color hueso que se acercaba a toda velocidad, haciendo que el sujeto reaccionara de manera preocupante. Los ladrillos del animal le dejaron en claro que su visita no era del todo agradable, y que sería mejor regresar en otro momento para evitar que el animal lo atacara.

Respiró con serenidad sin dejar de ver al perro que le ladraba, se colocó el gorro, y acomodándose la camisa intentando tranquilizarse, tragó saliva. Por un momento de inseguridad al no recibir más que el sonido del viento y los ladridos del perro, se decidió a gritar desde lejos para evitar que el can se lanzara sobre él.

—¡Sargento Watson! ¡Sé que está en casa! Por favor, abra la puerta, solo me gustaría platicar con usted —Dolphin se humedeció

los labios por los nervios—. He recibido órdenes de la base para visitarlo. Existen temas que deben ser tratados y agradecería mucho que atendiera mi llamado.

Del otro lado de la puerta, unos pasos casi mudos se hicieron escuchar, haciendo que Dolphin girara la cabeza al percibir los sonidos. Por la pequeña ventana de la cocina, se asomó un maduro rostro que luchaba por colocarse unos lentes y buscaba al perro que continuaba ladrando.

—Dolphin, ¿qué estás haciendo aquí? ¡Bruno, cállate o saldré por ti! —Arthur ajustó sus ojos y miró al sujeto.

—¡Buenos días, sargento! —el teniente se acercó a la ventanilla cuando notó que el perro regresaba a una almohada bajo un pequeño techo de lámina y se echaba—. Disculpe que lo moleste de nuevo; hemos recibido más órdenes de la base. ¿Podemos hablar, por favor?

El adulto dentro de la casa guardó silencio y se apartó de la ventana pensando en su próximo movimiento. Afuera, Dolphin dejó escapar un suspiro de impaciencia al recapacitar si sus palabras fueron correctas. Pero antes de que volviera a tocar la puerta, una llave giró por la cerradura, abriendo lentamente hasta dejar ver un demacrado aspecto.

—¿Qué necesitas, Dolphin?

—Gracias por su tiempo, sargento. No deseo quitarle su tiempo. Mis soldados recibieron la orden y…

—¿Qué necesitas, Dolphin? —interrumpió Arthur con seriedad.

—Sargento, la razón por la que estoy con usted es porque hemos identificado lo que está allá tirado —Dolphin, con aspecto irritado, señaló hacia la nada—. ¿Se imagina lo que es?

La pregunta capciosa de Randolph puso en alerta a Arthur, y cuando notó la escasa paciencia que el oficial le brindó, entendió que debía actuar con sutileza si no quería complicar la situación.

—Necesito su apoyo, Watson. Lo que hemos recuperado en el desierto es similar a lo que encontramos usted y yo… hace años.

Al escuchar tal confesión, Arthur sintió un dolor en el estómago que lo impulsó a abrir la puerta con espanto. Los ojos del viejo se abrieron, y dejó ver su arrugada garganta moverse por engullir saliva de los nervios.

—Nos han dado la orden de interrogar a las personas que tengan cierto conocimiento sobre lo ocurrido —continuó Dolphin—. En su caso, no tengo el deseo de intimidarlo o hacerle pasar un mal rato. Solo quiero hablar con usted. ¿Tiene unos minutos para intercambiar información?

Arthur, con la respiración agitada y un frío que lo dominó, bajó la vista para decidir qué hacer.

—¿Qué quieres saber? —contestó el abuelo—. Como si no supieras

lo que toda esa basura nos causó a mi esposa y a mí, Dolphin.

—Esto es diferente, Watson —la voz del teniente demostraba un toque de sinceridad—. Quiero ayudarlos antes de que otros militares se acerquen a ustedes y lo hagan de una manera poco humana. Le ofrezco mi confianza. ¿Puedo pasar?

—No, mi esposa está en la habitación, y el solo imaginar su reacción me causa temor. ¿Qué es lo que quieres, Dolphin? —insistió Arthur con los ojos entrecerrados por la luz del sol.

Dolphin exhaló, y con un tono de voz que puso en alarma a Arthur, le dijo:

—¡Hablar, Arthur! Tengo órdenes por parte de El Pentágono de intervenir con los ciudadanos que sepan de estos acontecimientos en otra ocasión. Que yo recuerde, tú sabes muy bien, al igual que yo, lo que hemos encontrado hace años.

—¿Ah, sí? —Arthur cambió su rostro por uno más serio, sin intenciones de dejarse intimidar por Dolphin—. Entonces explícame cuál es la estrategia que utiliza el país para apropiarse de todo esto. Si van a volver a robar aquello que se encuentra tirado, y quieres que tenga confianza en ti, debes explicar el procedimiento para saber si en algún momento tendré que conseguir un abogado en contra del gobierno.

La respuesta de Arthur calló a Dolphin, quien palpó el vigor en sus palabras.

—Intervención por las buenas, Watson —Dolphin calmó su tono de voz—. No tenemos de otra, y el proceso es este: si la información proporcionada a uno de los superiores de la base no es exacto, pero el ciudadano se mantiene en constante facilidad de datos, el trato será especial; esto quiere decir que aunque venga otro militar inferior, usted estará protegido si apoya con lo que sabe.

—Si te digo lo que quieres escuchar, ¿no te volveré a ver por aquí aunque tengan ese inconveniente allá afuera?

Dolphin cambió la mirada un rato a la ventana cuando entendió que el problema seguiría siendo él. Su pasado.

—Sí… incluso puedo colocar a un grupo especial para que los protejan en caso de tener problemas. También puedo cambiar con otro teniente para que ustedes se sientan tranquilos… siempre y cuando estén dispuestos a ayudarnos.

El anciano movió la cabeza, y con un aire de inseguridad por pensar la idea de permitirle el paso a Dolphin, suspiró.

—Además —agregó Randolph cuando vio que Arthur se calmaba —, como ya le he dicho, para mí es un honor volver a charlar con usted, sargento. Entiendo que en el pasado tuvimos nuestras diferencias, pero ahora todo es diferente. De no ser así, no sería el teniente coronel que soy ahora. Confíe en mí, Watson.

Muy cerca de ellos, el sonido del viento se hizo presente levantando una nube de polvo y moviendo el techo. Arthur contempló al militar frente a él, en espera de su respuesta.

—Dolphin, no hagas que me arrepienta de esto —dijo Arthur nervioso—. Puedes pasar…

51

El hombre se frotó las manos cuando dio por terminada la entrevista que la noche anterior se había grabado en la sala de su hogar. Colocó una nueva cinta en el dictáfono y manipuló la perilla del volumen en *OFF* para cubrirla con una tela. Walt Whitmore, dueño de la emisora de radio KGFL, apagó la luz de su estudio-comedor para salir directo a la estación radiofónica en Roswell, con la primicia a detalle de su conversación con William Brazel la noche anterior acerca de los restos y todo aquello en lo que el ranchero había sido testigo.

Miró el reloj y su cabeza volvió a preguntar por el señor Brazel que horas antes, no respetó la cita con Walt en el centro de la ciudad para afinar los puntos más importantes antes de que la entrevista se lanzara al público. Primero a todo Nuevo México, después a todo el país. Sabía muy bien que no debía detenerse por ningún motivo hasta llegar al local radiofónico para lanzar la cinta al público. Eso incluía al ranchero que no había regresado desde hace horas.

«Lo más probable es que esté dando entrevista con otros reporteros», pensó con la esperanza de encontrárselo más tarde por las calles.

Pero la llamada telefónica que aplazó por estar ocupado con el tema de la entrevista, volvió a perturbar su cálido hogar, recordándole que alguien lo buscaba desde hace un buen rato. Con un movimiento involuntario, se abalanzó a la bocina para resolver tan molesto sonido.

—¿Sí?

—*¡Whitmore! Escuche con atención, este mensaje no se repetirá de nuevo* —se escuchó una fuerte y clara voz del otro lado—. *Le sugiero que preste atención y evite moverse de donde está.*

—¿Qué sucede? ¿Quién habla?

—*Hemos recibido un informe en el que se especifica que tiene en su poder información confidencial que pondría en riesgo la seguridad del país. Al ser usted el dueño de la emisora, tiene la orden ante la Comisión Federal de Comunicaciones de no exponer nada a partir de ahora, hasta que algún detective analice la situación. De no ser así, el mismo Comité tomará la decisión de cancelar sus licencias FCC para su transmisión.*

—¿De qué va todo esto, señores? —A Walt se le aceleró el corazón al escuchar el aviso del anónimo—. ¡Es la mejor declaración que he tenido! Las personas tienen derecho a saber lo ocurrido.

Con un pitido en el auricular que dejó helado al sujeto, se terminó la llamada telefónica que echó por el piso los planes de Walt.

El señor Whitmore colgó el teléfono y abrió la puerta principal para dejar entrar un poco de aire fresco, mientras pensaba en la idea de hablarle a su abogado, imaginando que la competencia intentaba ganar a toda costa la primera de las intervenciones en la radio a nivel estatal. Tomó asiento en la orilla del sillón y pensó por un buen rato. Escuchar las palabras *Federal* y *licencia FCC* le removió el estómago. Supo entonces que las cosas eran, por obvias razones, gubernamentales.

Un par de minutos después, el teléfono de la cocina volvió a sonar.

—¿Sí? Habla Whitmore. ¿Quién…?

—*¡Walter! ¿Cómo te encuentras el día de hoy? Escucha, soy el senador Dionisio Chávez.* —La rasposa voz del sujeto del otro lado de la línea se tornó grave.

—Señor, es bueno recibir su llamada. Hace un rato mantuve comunicación con un intermediario de la Comisión Federal. ¿Puedo acudir con usted para dialogarlo en persona?

—*Estimado amigo, ¿le doy una sugerencia con todo el respeto que usted se merece? Haga lo que le han dicho.*

Whitmore captó la señal y dejó hablar al senador.

—*Tienen la capacidad de actuar en contra de su emisora si expone lo que sea del testimonio de Brazel. El señor William se encuentra en la base de Roswell siendo entrevistado por el FBI, y no tienen planes de dejarlo salir en un buen rato. Posiblemente en unas horas lo visiten a usted también para una investigación más profunda de lo que habló la noche anterior con el ciudadano. No se resista, y yo mismo me encargaré de apoyarlo en cualquier situación que se presente en los próximos días. ¿Estamos de acuerdo?*

Sin articular palabra, Walt Whitmore no daba crédito a lo que escuchaba. Colgó el teléfono, y con la incertidumbre de lo que sucedería en el resto del día, se recargó sobre la pared, al tiempo que le echaba un ojo a la cinta magnética sobre la mesa.

Después de ese día, jamás volvería a saber de ella.

52

—¿Qué necesitas saber? —La voz del anciano resonó por toda la casa, al tiempo que guiaba a Dolphin hacia los viejos sillones.

—¿Qué sabe acerca del incidente ocurrido en Corona?

—Escuché a un par de sujetos hablar sobre eso en Roswell —contestó Arthur—. El día de ayer fui con mi esposa al doctor por el seguimiento de su tratamiento, y la gente platicaban algo acerca de un avión que no era proveniente de la base. Uno de ellos lo describió de forma rápida… algo así como un trasto.

—¿Reconoce a los sujetos que hablaron sobre el tema?

—Nunca los he visto, pero por el tono de voz, puedo asegurar que eran mexicanos. ¿De qué va todo esto, Dolphin? —Arthur soltó la pregunta más importante.

—Bien, es necesario que en su caso, como el testigo instintivo que solo escucha y recibe un pequeño porcentaje del verdadero mensaje, me describas lo más detallado posible las facciones de los sujetos; esto con el objetivo de identificar a dichos ciudadanos y detener el mensaje por completo —Dolphin guardó silencio y le dio un espacio a Arthur para estar seguro de que lo seguía—. Si los rumores se comparten con un *tercer curioso*, en caso de que la fuerza militar no intervenga a tiempo, los rumores y los falsos conceptos sobre lo que ha pasado no solo llegarían a un máximo de veinticuatro personas en un lapso de 48 horas, sino hasta cinco kilómetros a la redonda en menos en veinticuatro horas.

—¿Y por qué existirían problemas, Dolphin?

El silencio y las penetrantes miradas de ambos se mantuvieron por unos segundos, y los rencores más profundos de Arthur se establecieron en su memoria mucho antes de responderle al militar.

—Esa información no se transmite entre nosotros, Watson. Solo altos rangos hacen llegar ciertas órdenes a los militares extranjeros, nosotros las cumplimos... nada más —Dolphin pudo sentir la pesada mirada de incredulidad de Arthur, y decidió continuar—. Mi objetivo consta de la recolección de datos para entregarla a mi superior, y así otorgar las órdenes a mi pelotón que se encargaría de aislarlos hasta que el proceso termine; podrían ser de dos a tres días.

—Lo que digas, Dolphin —Arthur captó la mentira del teniente—. Por cierto, dejé el grado de sargento a finales de los años treinta para

alcanzar el rango de mayor pocos años antes de mi retiro… antes de que pienses hacerlo, cuida tus palabras y no me mientas.

—Me da gusto saber que obtuvo más rangos, lo digo en serio, Watson. ¿Puedo preguntar la razón?

—¿Podemos acabar con esto, Dolphin? Necesito ocuparme de mi esposa y de unos pendientes del auto.

Con la paciencia al límite, Dolphin cambió su rostro por uno más serio e intimidante. Se levantó del sillón y se acercó a la vitrina que estaba frente a él para ver los adornos que tenía la pareja. Vasos de porcelana, cucharas de plata cubiertas de polvo, una tarjeta edición especial del circuito de carreras del Crystal Palace de aquel eufórico enero de 1939, y el conjunto de retratos de Arthur y Clara abrazados junto al de una pequeña niña de no más de dos años en la espalda de Sebastián. Entre todas las fotografías, hubo una en especial que lo hizo sonreír: Arthur cuando era joven.

—¡Hey! Antes de entrar al ejército, ¿no?

Arthur asintió a la pregunta de Dolphin.

—Supongo que te encontrabas en el cumpleaños de alguno de los chicos. Recuerdo muy bien el festejo del sargento Baker en la sala de entrenamiento en Kansas. ¿Recuerdas qué tan ebrios terminaron todos ese día? —Dolphin sonrió al recordar una de las reuniones de grupo.

—Sí, Randolph…

El abuelo no tenía intenciones de esquivar el tema central, y supo que tenía que intervenir en todos los paréntesis que el teniente hacía, tal vez a propósito para manipular a Arthur.

—Estos sujetos de los que hablas..., ¿mencionaron algo más acerca del objeto? —La cruda sonrisa de Dolphin no le dio buen presentimiento a Watson, quien miraba a detalle cada movimiento del teniente.

—Ya te lo he dicho, Dolphin. Toma nota de las características de los sujetos y lárgate de mi hogar —Arthur miró al teniente, quien movía las manos en señal de estar nervioso o estresado por su resistencia.

—Suficiente, Watson.

Dolphin lanzó la fotografía que tenía en la mano sin importarle que hubiese caído al suelo y se acercó a pocos centímetros de Arthur, para contemplarlo con unos inexpresivos y perturbadores ojos.

—Dime todo lo que sepas acerca de esa basura, anciano. ¿Cuántos y quién de tu familia lo sabe? Habla de una vez… no voy a repetirlo.

El asqueroso aliento de Randolph entró por las fosas nasales de Arthur, haciendo que se alejara sin quitarle su pesada mirada que, de igual forma, intimidaba al teniente.

—¡No sé de qué me estás hablando, Dolphin! —gritó Arthur, sosteniendo su bastón por detrás en caso de que el oficial reaccionara

—. ¡Hazme el favor de salir de mi puta casa y no vuelvas a pararte aquí o tus consecuencias serán severas!

—Mis consecuencias serán las tuyas, Watson. ¿Qué tareas puede tener un anciano como tú que ni caminar puede? ¿Eh? Última oportunidad, Arthur. ¿Qué sabes de lo ocurrido?

—¡Sal ahora mismo de mi propiedad, maldito infeliz! —Arthur perdió la paciencia.

—¡He recibido la orden de preguntar cualquier situación que ponga en riesgo la seguridad nacional! Si ha tomado la decisión de no apoyar al país, me veré en la penosa obligación de proceder con mi superior y utilizar el arresto a quien traicione a la nación. ¿Le gusta eso, ciudadano? —Dolphin no quitaba los ardientes ojos del anciano, que lo miraba con la misma emoción—. He intentado ser amable contigo, Watson, pero te has enfrascado en una actitud de mierda. ¿Quién te defenderá en un tribunal? ¿El analfabeta de tu yerno? No lo creo.

El valiente abuelo, que conocía las normas y mandos que un teniente como Dolphin tenían que seguir, se dio cuenta de que no las respetaba en absoluto, y que por el tipo de reacción que segundos antes había demostrado, debía echarlo antes de que las cosas subieran de nivel.

—¡Puedes decirle a tu superior que lo espero aquí para charlar! ¡Ahora lárgate de mi hogar, cabrón!

—No tienes ni puta idea de lo que hablas, Arthur —Randolph metió la mano a su camisa y extrajo un pequeño bulto que lanzó sobre la mesa.

Cuando Arthur vio la bolsa de tela que un día antes le entregó a su yerno para arrojarla en el desierto, palideció en lo más profundo. Con el rostro desencajado por la sorpresa y la respiración alterada, el abuelo se dejó caer en el sillón, sin dejar de ver la bolsita de arpilla.

—Encontré esto en el lugar donde el traficante de tu yerno intentó ocultarlos. Al idiota se le desprendió la soga de sus costales en medio de la carretera. Lo consideré un sospechoso a la mitad del desierto. No tienes otra opción que decirme la verdad, Arthur.

Los ojos del anciano, cristalizados por no comprender el paradero de su yerno, volteó a ver de nuevo a Dolphin para escuchar sus palabras.

—¿Pensaron que sería fácil burlar a los militares? El mínimo detalle es estudiado en estos casos, Watson. Ahora tienes dos opciones —Dolphin detuvo su voz airada y sonrió con crueldad—: O confiesas lo que sabes, o me encargo de que Sebastián pise hoy mismo la maldita cárcel por traidor a la patria, y solo así veremos quién habla primero.

La cara de Arthur, impactada por aquel improbable suceso, no se

despegaba del teniente.

—Lo que han encontrado allá fuera no es para nada proveniente de algún laboratorio, se trata de algo que proviene del exterior. ¡Del puto espacio, Arthur! ¿Lo entiendes?

Y, antes de que Dolphin diera en el clavo con Arthur, una nube de arena se extendió por la explanada de la propiedad, llamando la atención de ambos sujetos. Dolphin, con el corazón latiendo muy rápido, se acercó a la ventana y miró lo que sucedía allá afuera. Sin mover un músculo y con el rostro petrificado, el teniente ocasionó un despiste al tema anterior que se trataba en la sala, haciendo que Arthur mirara la pequeña bolsa con los restos que le confió a Sebastián la noche anterior.

De repente, un par de soldados se acercaron corriendo a la propiedad del anciano y sin pensarlo, golpearon la puerta.

—¡Teniente Dolphin! —se escuchó una voz y pasos corriendo.

Randolph se giró seguido del anciano, agarró la bolsa de restos sobre la mesa y abrió la puerta intentando comprender la tensión que se generaba en su ausencia.

—¿Qué pasa?

—Es en Roswell, señor. —El joven militar parecía tenso—. La noticia se ha hecho pública...

—¡¿Qué?! —gritó Dolphin con los ojos abiertos al máximo.

Cuando Arthur escuchó, caminó hasta la puerta para cerrarla tras el teniente Dolphin que corría a toda velocidad por el llamado de los soldados. Lo único que alcanzó a escuchar fue algo que puso al oficial en movimiento, olvidando por completo la reunión con Arthur. El grito de Dolphin a lo lejos preocupó demasiado al anciano, que espiaba desde el interior de su casa a las camionetas que aceleraban para salir de su propiedad.

Entre las alertas que los soldados le comunicaron al teniente, Arthur comprendió las más importantes: *periódico y noticia.*

—¡Debieron informarme a tiempo, carajo! —El grito de Dolphin se logró escuchar con claridad.

—La noticia apenas salió, teniente. No tenemos idea de quién...

Con un semblante de terror que aún no dominaba, Arthur se percató de que Dolphin decía algo para después ver a todos los soldados subir de nuevo a los camiones y dirigirse a Roswell. Seguramente para intentar resolver otro estúpido e innecesario problema.

53

—¡Nota especial! ¡La base militar de Roswell ha capturado un platillo volador a las afueras de Corona! —El adolescente de no más de quince años se detuvo en la esquina de la calle Main, justo enfrente de la calle Walnut, con periódico en mano. El sudor corría por sus temporales al tiempo que una turba de ciudadanos se acercaba con la intención de darle la mejor venta en su corta vida.

—¡Hey, chico! —se escuchó a una mujer que corría tras de él—. ¡Dame un par, por favor!

—¿Acaso no hay alguien más que venda el informe? ¡Yo también quiero uno! —El reclamo de un hombre con corbata muy cerca se hizo notar.

—¡Sí, señor! Mi compañero debió estar aquí desde hace un rato —contestó el chico, a la vez que se quitaba un boletín de la axila y se lo extendía a un sujeto con un gran lunar en la mejilla.

«¿En dónde estás?», se preguntó el joven al notar su escasez de periódicos.

—¡Maldición! Esto sí amerita un brindis, ¿no? —la voz de un par de sujetos con una caja de bolero se escuchó muy cerca.

—¡Niño! —Un llamado entre la multitud solicitó la atención del muchacho—. En el Bank Bar la gente te espera. Deberías asignar un lugar especial para una venta segura; he visto que mucha gente se ha ido sin pagar y no lo has notado, hijo.

El adolescente giró la mirada, y muy nervioso, notó que en efecto al menos tres personas a las que *no* había atendido se alejaban de él con una edición del *Roswell Daily Record,* ignorándolo y leyendo el comunicado que el coronel Blanchard había ordenado publicar. El chico apretó los periódicos contra su pecho al darse cuenta de la burla, y corriendo para alejarse de las personas, gritó sin consideraciones:

—¡Escuchen todos! El nuevo punto de venta será en el bar del pueblo. No tengo intenciones de continuar la venta aquí. Mis patrones me van a pedir las cuentas y ya se han robado varios. —Con el rostro enrojecido por la estafa de los adultos, el joven comenzó a escabullirse entre los alarmados y curiosos residentes de Roswell hasta llegar al bar.

—¡Dejen pasar al chico! ¡Abran camino! He identificado a las

personas que han tomado los periódicos sin pagar, así que por la integridad de quienes lo han hecho, es mejor que paguen antes de que me vea en la penosa necesidad de denunciarlos —gritó un ciudadano alrededor haciendo que un grupo de tramposos metiera la mano a sus bolsillos y le entregara al preocupado y sudado vendedor un par de monedas.

—¡Gracias! —exclamó el chico dando marcha al bar de la esquina.

Cuando el joven entró al local, el portero del establecimiento lo detuvo poniéndose frente a él. Y acercándose para ver la nota principal del diario, lo miró desconcertado.

El joven comenzó a gritar, sabedor que eso le daría más atención.

—¡Señores! ¡Un platillo volador se ha estrellado en Corona! ¡La base militar se ha encargado de recogerlo! ¡Noticia de última hora!

Al escuchar los gritos del adolescente, los clientes, el cantinero y hasta el mismo portero del lugar, se giraron al unísono. El sujeto que lo detuvo en la puerta miró la nota y, con los ojos abiertos como platos, sacó un dólar para entregárselo al chico.

—¡Pasa, muchacho, la gente quiere saber qué sucede! ¡Un maldito platillo por fin se ha estrellado en el desierto! Chico, ¿sabes si se trata de algún ataque de los soviéticos? —el sujeto se hizo a un lado para darle espacio al vendedor de periódicos.

—No he tenido el tiempo de leer la nota, señor. Mi tarea es vender lo más que pueda, lo siento —contestó el muchacho al tiempo que otra muchedumbre de gente se abalanzaba sobre él.

—No importa… al menos sabremos después de tanto tiempo lo que son esos platillos.

Los gritos y risas en el bar se dejaron escuchar hasta la carretera, mientras el joven se encargaba de abastecer al pueblo de la primicia que sin duda, cambiaría la historia de Roswell para siempre.

54

—¡Señor Murrieta! —gritó un hombre de sombrero al ver a Sebastián que entraba por el portón con una taza de café—. ¡Veo que también se ha enterado de la noticia! ¿Qué piensa que sucederá en los próximos días?

—No lo sé —contestó Sebastián, mientras le acercaba el periódico al dueño del granero—, espero que se logre una agradable reacción con todo esto... supongo que los detalles aparecerán en los próximos días.

—Aquí entre nos —el regordete granjero de ojo azul se acercó a su cliente—, yo conocí a un sujeto en Socorro que vio al platillo y lo contempló por dos horas. Él llegó a la zona del impacto al día siguiente de que se produjera, y me comentó que al acercarse se podía sentir cierta energía que "rodeaba" al objeto. ¿Puede creerlo?

Sebastián negó sin lograr que su mente asimilara las palabras.

—El sujeto también me confesó que después de un rato de su llegada —continuó el sujeto, más emocionado que Sebastián—, un grupo de la universidad de Pensilvania se acercó y hasta hicieron fotografías del platillo… al parecer mucha gente lo supo desde hace días, pero todos tenían miedo de hablar.

—Ya lo creo. Aún no se ha identificado el lugar de procedencia. ¿Considera usted que en la noche sabremos más detalles? —preguntó Sebastián, quien se pasaba la lengua entre los dientes para quitarse los residuos del almuerzo.

—Esperemos que sí. Es un gran descubrimiento, y ya era momento de conocer qué sucede en los cielos. Por cierto, su proveedor ya se ha encargado de levantar la mercancía y dice que no tendrá problemas por los costales rotos si en la próxima corrida le haces un descuento… creo que no es mala idea considerando al idiota de Randall que se aprovecha de los ganaderos.

—Gracias, Miguel —respondió Murrieta dándole un trago a su café, mientras seguía los pasos del hacendado hombre con las espuelas rechinando por aquel terreno empedrado. Alrededor de ellos, todos los proveedores y camioneros compartían charlas acerca de la misma conversación: *la base militar había capturado un platillo volador*.

Con la mirada clavada en la nota que un hombre leía junto a una mujer, Sebastián disfrutaba con gran felicidad el hecho de que los

medios de comunicación compartieran tan especial noticia con los ciudadanos. Por los días anteriores, llegó a imaginar que los militares no tendrían intenciones de mostrar al mundo lo ocurrido, pero así como todos a su alrededor, Sebastián experimentaba una emoción que desaparecería durante las siguientes horas.

—La carga está lista, señor. —Un niño con las manos sucias por lo que parecía ser carbón le sonrió a Sebastián.

—Gracias, hijo.

—¿Disfrutó de su almuerzo, señor Murrieta? —La pregunta del chico desvió de sus pensamientos a Murrieta.

—Sí, gracias. Un emparedado con un café bien cargado es lo que necesitaba. ¿Tú has almorzado ya?

—Aún no —el chico se recargó en las redilas del camión—. El señor Garrison dice que debemos trabajar primero, y después ganarnos un plato de comida. No lo dice por ser mala persona, lo dice porque él quiere que aprenda el valor de ganarme las cosas.

—Y hace bien, hijo. Nada en esta vida es gratis —contestó Sebastián.

El niño brincó de la camioneta para estrechar la mano de Murrieta.

—¡Por cierto! ¿Ha escuchado la noticia del platillo volador? Yo siempre he creído en la gente que viene de otro lugar… lejos de aquí.

Al escuchar los casi gritos del niño, Sebastián se giró para ver al entusiasmado ayudante que hablaba hasta por los codos. Hasta el momento, las únicas conversaciones que había mantenido con algún conocido en Roswell eran relacionadas con que la Unión Soviética tenía algo que ver en lo sucedido, o que los militares se encontraban estudiando algún nuevo proyecto, pero ninguna teoría acerca de la vida fuera del planeta.

—¿Qué has dicho? —preguntó el hombre con asombro.

—Gente que viene de otro lugar… hace unos días, mis vecinos hablaron de eso con mis padres. Ellos nos dijeron que habían visto muchas luces mientras estaban fuera de su hogar, y el señor Wilmot no es una persona que diga mentiras.

—Entonces, ¿de dónde crees que venga ese platillo?

La respuesta del niño fue alzar la cara en dirección al cielo y bajarla con la misma velocidad. Pero antes de que Sebastián pudiese preguntarle algo más al chiquillo, a unos cuantos metros de ellos, uno de los proveedores a los que Sebastián apoyaba interrumpió tan curiosa y agradable conversación.

—¡Murrieta! Un usuario continúa trabajando con unas facturas, en un momento te atiendo. ¿Te has enterado del *plato*?

—Sí… merece un brindis —contestó Sebastián y entendió que el resto del día recibiría la misma pregunta hasta la saciedad.

—Tendrá que ser el próximo mes, amigo. Están cerrando las

carreteras hasta nuevo aviso por lo mismo. Nosotros somos clientes afortunados, si hubiésemos llegado una hora tarde, tendríamos que esperar al menos cinco días para regresar a la ciudad hasta que todo estuviese mejor.

—Eso escuché. ¿Crees que tengamos inconvenientes al terminar?

—No, el señor Orozco me ha dicho que al final de la jornada nos entregará una acta para regresar sin problemas. ¡Hey, Lyndon! —le gritó el hombre al niño que se encontraba platicando son Sebastián—. Ayuda a Gustavo con esos costales y ten cuidado con el trueque del señor Stine.

—¡Lo veo en un momento, señor Murrieta! —le gritó el niño a Sebastián, desapareciendo entre los camiones.

—¡Con cuidado, hijo!

—Sebas —el proveedor de Sebastián lo alejó de los camiones—, hagas lo que hagas, no te desvíes de tu camino. Los militares han actuado muy impulsivos… creo que a varias personas no les conviene todo esto.

—Espero que mi cliente termine pronto para ir a descansar y salir de este asunto del platillo.

—Será lo mejor. ¿Tuviste problemas al llegar hasta acá? —preguntó el sujeto.

—No, solo el pequeño y gran detalle del nudo en mi camioneta —rio Sebastián.

—Bien, cuídate…

—Eso haré, gracias —Sebastián abrió de nuevo el periódico y no pudo evitar dibujar una gran sonrisa al ver tan *histórica* noticia en el diario.

—Oye, tengo unos minutos libres antes de que los trabajadores terminen de descargar el producto, y he traído una baraja. ¿Vienes?

55

El ir y venir del personal médico y militar evitaba que Ruth Eppers se concentrara en la búsqueda del material médico. Muy en el fondo, quería quedar encerrada en la bodega antes de regresar al alboroto de afuera. La rubia enfermera, quien también ofrecía su servicio militar en la base de Roswell, pasó la mano por el molesto cabello caído en su rostro para colocarlo detrás de su oreja y recontar los instrumentos médicos.

—Hilo… bandeja… bisturí… pinzas… tijera… ¡Costotomo! —musitó la joven al recordar el material faltante.

Fuera del pequeño cubículo, las ininteligibles voces rebotaban entre una pared y otra, creando más confusión en su búsqueda. De momento, una sombra se acercó a la ventana de la puerta y golpeó el cristal ocasionando que Ruth se levantará de un salto. Sacudió la pulcra y reducida falda, y se acercó a la puerta para abrirla.

—Enfermera… ¿Tiene todo? —El doctor que había abierto la puerta parecía como si estuviese a punto de colapsar.

—Sí, doctor. Uno de los militares se ha encargado de conseguir las esponjas, no debería de tardar en llegar.

—Perfecto. Deme eso, siéntese por favor —el canoso traumatólogo puso las manos de la enfermera sobre las suyas y la miró directamente a los aceitunados ojos que irradiaban preocupación—. Señorita, ¿está segura de que desea apoyarnos? Si usted acepta, sería trasladada a Denver en función de un ascenso a su carrera, bajo ciertos mandatos que no deberá quebrantar en su vida —regresó sus gafas que resbalaban por la sudada nariz y guardó silencio—. Debe tener en cuenta que no podrá salir hasta que la intervención concluya, claro, a menos que se retire de la misma forma en que su compañera lo hizo.

—Sí, doctor. Me siento preparada…

A Ruth se le estrelló en la memoria la imagen de la segunda instrumentista siendo auxiliada por un par de periodistas cuando cayó desmayada por el impacto en medio de la autopsia.

—Recuerde muy bien que después de ingresar al quirófano tiene la obligación ante la ley de mantener distancia con la sociedad; de no ser así... se verá involucrada con el campo militar. No importa que se trate de sus padres, de sus amigos, o incluso del cura de la capilla, las consecuencias que ocurran en caso de que hable se verán ligadas con

el rango militar, ¿de acuerdo?

La chica asintió con un nudo en la garganta y se le atravesó la idea de rogar un par de minutos más para tomar dicha responsabilidad que, obviamente, le causaba temor. Pero la inesperada aparición de un militar abriendo la puerta con la punta del pie y con los brazos ocupados de material quirúrgico, disipó su idea.

No tenía más tiempo para dialogar, la decisión estaba tomada.

—¡Doctor! Espere un momento —la chica tomó de la bata al médico quien se levantaba por la llegada del militar—. Por favor, ¿puede al menos decirme que hay en el interior?

El doctor regresó a la silla y con una voz temblorosa, le contestó:

—Es necesario que lo vea usted misma, señorita. Dese prisa, nos esperan dentro…

56

El sistema que Dolphin utilizaba para intimidar a los soldados hizo que se mantuvieran en silencio y con la vista al frente por varios minutos.

El iracundo teniente continuaba lanzando maldiciones una y otra vez con la rabia recorriendo por sus venas, mientras el periódico sobre la mesa lo torturaba cada vez que lo miraba.

—¡He identificado sus rostros, soldados! —los amenazó a todos con la respiración a toda velocidad—. ¡Espero no hayan hablado una mierda de todo esto o sus familias son las que sufrirán las consecuencias!

«¿Cómo es que algo tan delicado pudo esparcirse por el país?», se preguntaba uno de los militares con el corazón en el puño.

Dolphin se llevó las manos a la cintura y giró la mirada cuando un grupo de sargentos ingresaban a la sala. Al igual que ellos, apenas se enteraban de la noticia.

Con un par de zancadas, Dolphin llegó hasta el mayor Scott, quien era seguido por sus hombres.

—¡¿En dónde mierda está Bodgan?! —Dolphin no entendía de prudencia en aquellos minutos.

Nadie contestó.

Y antes de que Dolphin estallara nuevamente, el soldado Dunne se presentó por la puerta al escuchar su nombre.

—¡A sus órdenes, teniente!

—¡Tienes una tarea, Bodgan! ¡Por tu seguridad y la de tu familia, es mejor que salgas y la resuelvas ahora!

Cuando el joven soldado escuchó las amenazas del teniente, se echó a temblar por las humillaciones que Randolph no dudaría en ocasionar.

—¡Scott! ¿Han encontrado a Blanchard? —preguntó Dolphin con los labios temblorosos del coraje.

—No, señor. Ninguno de los sargentos sabe su posición. Salió de permiso.

—¡¿De permiso?! ¡¿Quién descansa después de lo que está pasando?! ¡Ese cabrón expuso el comunicado!

El silencio se apoderó de la sala en momentos que nadie tenía la menor idea de lo que sucedía dentro de la base.

—¡Pregunté algo, soldados! —estalló Dolphin con los ojos abiertos como platos y la arteria del cuello a punto de estallar.

—Nadie lo sabe, señor —contestó el mayor Martínez con nerviosismo—. Tampoco el oficial Haut se encuentra en la base. Al parecer ambos han salido con permiso.

—¿Y de quién, soldado? —Dolphin bajó el tonó de voz y encaró al mayor—. Ustedes deben tener idea de su posición, y si no es así, los obligaremos a hablar, de eso estoy seguro.

—No lo sabemos. —La voz de Scott se quebró por el terror que le causaban las amenazas del teniente—. El coronel Johnson viene en camino con su pelotón, escuché que ellos tal vez el sepan algo relacionado con Blanchard, señor.

—¡Martínez! Usted y yo nos encargaremos de callar a los malditos entrometidos, ¡esto no debió salir de aquí! ¡No importa si es necesario amenazar a los pobladores! ¡No me interesa la intervención militar en los hogares, si es necesario golpear a los malditos bocazas, lo haremos! ¡¿Han entendido?! —Los encendidos ojos de Dolphin se abrieron al límite recorriendo a los militares dentro de la oficina.

La tranquilidad dentro de la base había mejorado para esos momentos después de una interminable jornada gracias al evento en el desierto, y la base tenía todo bajo control, al menos bajo las órdenes de Washington. Pero la noticia que invadió la ciudad como ninguna otra lo había hecho en la historia del país, se había hecho pública y rondaba por las calles de Nuevo México de manera veloz. La nota que "merecía" archivarse entre los *Top Secret* del gobierno rondaba por las calles y no tardaría en llegar hasta California, Texas, México y muy pronto al mundo entero.

Para la mala suerte del equipo militar, el trabajo aún ni comenzaba.

—El coronel Alexander ha tomado la inteligente decisión de actuar ante la KGFL —habló Dolphin, ahora con una serenidad que inquietó a los reunidos—, con el objetivo de ponerle fin a la problemática que nos rodea. El equipo de búsqueda en el desierto asumirá la tarea de limpiar por completo el área en Corona; ellos no deben quitar su posición de ahí. Los presentes se unirán a un grupo de soldados *no* calificados para recibir más información que la que han tenido hasta el momento. Nosotros nos encargaremos de limitar y hacerle entender a las personas que han cometido la imprudencia de correr la voz por el pueblo, que deben cerrar la boca... aunque una nota periodística diga lo contrario.

Los militares allí reunidos no quitaban los ojos de encima de un enrojecido Dolphin con el periódico en las manos. Conocían las consecuencias y el poder militar por parte de los superiores ante una situación como la actual y, para ser sinceros, sabían que Dolphin era

una amenaza para todos.

—¡Scott! Usted y su grupo se encargarán de limitar la información hasta que Washington resuelva el problema; estoy convencido de que no dejarán cabos sueltos. Es necesario que a los residentes de Dexter, Hagerman y Caprock se les resguarde hasta nuevo aviso. No importa qué opinen, me importan poco los derechos de esas personas; les recuerdo que estamos lidiando con un puto platillo volador que proviene de Marte o de algún otro lugar… —el teniente hizo una pausa para tomar aire.

El silencio dentro de la habitación se volvía cada vez más lúgubre, y todos entendieron que las órdenes eran directas y concisas. No había mucho qué hacer, solo aceptar sin refutar.

—Martínez y yo nos encargaremos de la zona oeste abarcando Corona, Claunch y Carrizozo —continuó Randolph—. Cuando los exploradores en el desierto terminen de recoger la basura, recibirán las órdenes para ampliar el territorio, al menos hasta que Wright Field dé la orden de actuar.

Los militares cruzaron miradas llenas de temor ante la posibilidad de que los “expertos” optaran por una cruda y precipitada decisión.

«¿Cómo saber quién ha hablado y quién no?», se preguntaban todos con incertidumbre.

Las cosas se tornaron difíciles para esa hora del día, y muchos desearon con todas sus fuerzas que El Pentágono actuara de la manera más ética posible, antes de tener que interferir de manera violenta contra sus propios ciudadanos.

—No me interesa qué tengan que hacer. Cierren todas las bocas que puedan y eviten que las personas se muevan de sus hogares, ¿entendido? A partir de ahora, no tenemos otro objetivo que cancelar aquella noticia a toda costa.

57

La enfermera fue recibida por un sorprendente hedor que la agobió tan solo acercarse a la puerta del quirófano.

Cuando sintió la mirada del equipo médico y militar que también esperaba la indicación para ingresar, Eppers caminó por el costado de la sala intentando no caer desmayada por el asqueroso tufo que se apoderaba del lugar. A pesar de encontrarse en el primer filtro para ingresar al quirófano, el asqueroso olor que se colaba por las orillas de las ventanas causaba en la joven un presentimiento que jamás había sentido.

Eppers miró de reojo a un sujeto que sudaba en grandes cantidades y que en su hombro descansaba una cámara tipo AGFA Speedex, no sin antes reparar en el demacrado rostro del sujeto por la situación en la que se había envuelto.

La chica presionó la careta contra su rostro para asegurarse de que estuviese bien colocada y reducir la pestilencia. De repente, la puerta principal se abrió dejando ver a un militar que atravesaba el cuarto directo al quirófano, y al que al parecer, las circunstancias no le permitieron quitarse el uniforme antes de salir al pasillo. Abrió la segunda puerta con la espalda, y los susurros se comenzaron a escuchar en el interior.

La joven agarró la punta de su falda para secar el sudor de sus manos, y por unos segundos clavó sus ojos en la maceta de la entrada para distraer su mirada, con los nervios a punto de estallar.

No pasaron ni quince segundos cuando la puerta del quirófano se abrió de nuevo, esta vez para notificar al grupo que podían ingresar.

A Eppers le recorrió un sutil frío por la espalda que la hizo dudar, pero el silencio que reinaba en la sala de operaciones se apoderó de sus pensamientos, seguido del movimiento involuntario de sus piernas hacia la puerta.

Caminó con la cara en declive intentando no mirar lo que se encontraba sobre la plateada mesa en el centro de la habitación, y por lo que el rabillo del ojo le confesó, se dio cuenta de que un cuerpo estaba siendo analizado por el cirujano, quien se encontraba rodeado de cámaras, micrófonos y unos cuantos militares que se encargaban de vigilar todo el procedimiento.

—Hija, muévete, el doctor necesita tu intervención lo antes posible

—se escuchó una voz tras la chica, al tiempo que una mano la empujaba.

—Las falanges proximales se encuentran reducidas —continuó el cirujano al escuchar la puerta cerrarse—. Puedo formular la siguiente hipótesis: son tan delgadas, que podrían carecer de las mismas. La terminación de las falanges distales aparenta una estructura normal... señorita Eppers, acérquese por favor, debemos actuar con rapidez.

Cuando Ruth decidió alzar la mirada para enfrentar lo que se encontraba tirado sobre la plancha, su instinto la traicionó haciendo que se girara con descuido y golpeara al doctor que la seguía por detrás, ocasionando que cayeran al suelo los insumos que usarían.

Con un movimiento casi maquinal y el semblante rojo por la impresión, Ruth se inclinó para recoger las gasas y tijeras que rodaron por el suelo a consecuencia del impacto provocado.

—¡Señorita! Vaya a su posición de una vez por todas —gruñó el doctor que recogía los contaminados artefactos.

Con el arrepentimiento rondando por su conciencia y el hedor torturando su nariz, Eppers se acercó al alucinante cadáver en evidente estado de putrefacción y se detuvo a unos centímetros de la mesa quirúrgica para contemplarlo. Las lágrimas a punto de brotar por sus parpados se hicieron notar fácilmente por los focos encima de ellos. Respiró y con un hormigueo que se apoderó de su cara, contempló a un deforme cuerpo de lo que parecía ser un niño de al menos diez años de edad, completamente desnudo.

—La tráquea no mide más de ocho centímetros, y al no conocer el tiempo de existencia del humanoide, se ha considerado un tamaño normal por la simetría del cuerpo —el cirujano tomó unos segundos para estudiar sus propias palabras e intentando adaptarse al olor que lo había hecho temblar varias veces, tragó saliva—. Tomando en cuenta la medida normal de una tráquea, puedo asegurar que no se trata de un cartílago estable. No se ha identificado ni el bronquio derecho, ni los secundarios. Enfermera, tijeras, por favor.

Sin quitar los ojos del pequeño cuerpo de no más de un metro veinte de estatura, Eppers alcanzó el instrumental y se lo entregó al cirujano, anhelando con todas sus fuerzas salir de allí.

El ser postrado sobre la camilla tenía la piel ligeramente grisácea, y la enfermera, sin comprenderlo, observó al deforme y alargado cráneo que superaba al de cualquier ser humano que hubiese visto en su vida. La piel parecía repleta de llagas y heridas que supuraban un burbujeante líquido que, posiblemente, había sido la causa de muerte de la desdichada criatura. El tamaño en especial era lo que le era imposible entender; si alguien lo comparaba con el de un mono o el de alguna persona con deformidad, no se acercaría ni un poco a la apariencia del cadáver.

Simplemente no lo comprendía.

—La cavidad oral demuestra una apariencia extraña —continuó el médico, al tiempo que introducía las tijeras por la boca muy similar a una simple línea dibujada sobre el rostro—. Por el contacto, no se localiza dentadura, tampoco hidrostato muscular... gasa, por favor.

El sonido que ocasionaban las herramientas quirúrgicas al introducirse por la boca y buscar en el interior fue tan desagradable que puso la piel de gallina a muchos allí dentro.

Ruth miró los insólitos ojos del ser y sintió náuseas al distinguir el almendrado aspecto que tenían; y que sin vida, se perdían en la nada.

La delgada enfermera no daba crédito a lo que sus ojos le revelaban; por mucha imaginación que hubo en su cerebro para procesar conjeturas del origen de dicho cadáver, simplemente no podía crear una imagen clara de su pesadilla. Las pequeñas manos del cadáver, perfectamente detalladas y con una transparente epidermis, no median más de siete centímetros.

Uno de los sujetos que se encargaba de grabar la intervención con una Brownie Six-20 en brazo, se giró al escuchar los sollozos de Eppers, quien se encontraba recargada sobre la mesa sin quitarle atención al cuerpo. Se acercó por detrás y con una sonrisa que no se distinguió por la mascarilla, le otorgó un par de palmaditas de esperanza en la espalda que Ruth agradeció con los ojos rojos e inflamados por el llanto.

El doctor frente a ella la miró con detenimiento para proyectarle calma en tan crucial momento, y le ofreció unos segundos para que se tranquilizara. La paciencia, al igual que la eficacia, eran puntos importantes allí dentro. El médico la miró sin decir nada, hasta que unos tristes y húmedos ojos coincidieron con los de él.

—¿Estás bien? —murmuró el doctor.

Con las pestañas empapadas, Ruth asintió a la pregunta del doctor.

El cirujano tragó saliva y con la indicación de no detenerse por mucho tiempo, regresó a la autopsia con la tristeza de ver a la jovencita que no rebasaba los veinte años y que fácilmente pudo ser su hija que esperaba en casa. Por la presión en su entorno y con un frío sudor que lo devolvió a la realidad, el cirujano continuó:

—Sin aparentes genitales, al menos de manera externa...

Detrás del equipo médico, un sujeto comenzó a fotografiar el interior del consultorio, mientras sus compañeros tomaban nota de todo lo que el doctor exponía. La sala semioscura soportada por la única lámpara utilizada por el equipo, conservaba un tétrico averno.

—… por la elasticidad de los miembros superiores, puedo confirmar que el sistema óseo, o al menos lo que parecen ser los huesos, miden menos de una pulgada —el doctor alzó el brazo del cadáver para estudiarlo mejor, y el movimiento de la extremidad dejó

escuchar un crujido por toda la habitación—. Bisturí...

Cuando el médico tuvo entre sus manos la cuchilla, comenzó a seccionar el estómago del ser. La piel parecía muy delgada, pero compleja de cortar. En el momento en que el doctor estiró la piel para comenzar el estudio interno del cuerpo, la multitud reunida se acercó rodeando la mesa para tener una vista más clara de la autopsia. La presencia de un curioso coronel detrás de Ruth la obligó a quitarse unos segundos para tomar un poco de espacio.

—¡Enfermera! No se aleje de su lugar. ¡Señores! Les suplico espacio y prudencia, por favor.

Los periodistas y equipo militar, sin quitar los ojos del cadáver, se echaron para atrás volviendo a sus posiciones y dándole espacio a Eppers, quien se acercó nuevamente a la mesa para acomodar el utensilio que momentos antes, los curiosos habían modificado de lugar por los empujones.

—Enfermera, separador —solicitó el cirujano.

Después de que todo el mundo regresara a su anterior lugar, Eppers notó que detrás del coronel Curtis se encontraban dos cuerpos más. Al percatarse de tal descubrimiento, las piernas la traicionaron y tragó saliva con un tortuoso sabor dulce que la mareó al instante.

—… las capas del estómago, como el tejido conectivo, no se ha identificado. Al simple tacto no se distingue algún tipo de intestino en la parte izquierda del cuerpo. Gasa, por favor.

Cuando no recibió respuesta de la enfermera, el doctor insistió.

—Gasa... por favor.

Sin verlo llegar, Ruth dejó escapar un grito que resonó como una bomba dentro del consultorio. Uno de los camarógrafos, al escuchar el agudo alarido de la joven, se echó para atrás y cayó de sentón, soltando de igual forma una exclamación que paralizó a todo el equipo.

Lo que no solo devastó a Ruth, al igual que al asistente de cámara, fue la desgarradora escena de uno de los cuerpos sobre la camilla moviéndose con la cadera fracturada e intentando reponerse. El pequeño cuerpo moribundo intentaba descender con un descarnado suplicio que jamás olvidarían.

La joven soltó un segundo grito que puso en alerta a todos los presentes, incluyendo al doctor David, quien soltaba el instrumental de sus manos por el agudo chillido de la enfermera.

—¡Por el amor de Dios, se está moviendo!

Los alaridos llenos de terror, combinados con la trágica escena del cuerpo arrastrándose por la camilla, hicieron que una manada de asustados camarógrafos y militares se diera la vuelta y se empujaran unos contra otros por salir de del quirófano.

El cirujano, con la mirada en las camillas donde descansaban tres

cuerpos más, contempló con horror que uno de cadáveres intentaba arrastrarse para bajar del camastro quirúrgico. Por los extraños quejidos provenientes del ser, el doctor intuyó que la criatura sufría al intentar moverse con la cadera destrozada por el impacto del artefacto que funcionada como transporte.

—¡Maldición! —musitó el cirujano con los ojos irradiando terror.

El pequeño ser se arrastró hasta que, en su desesperación, cayó al suelo provocando un terrible crujido articular seguido de lo que parecía ser una convulsión. Afuera, los gritos de Ruth no cesaban por nada.

—¡Doctor Alfred! ¡Necesito su ayuda! —se escuchó la temerosa voz del médico allí dentro.

Cuando los colegas ingresaron al lugar de la autopsia, el ser, aún con vida, se retorcía sobre el piso emitiendo escalofriantes sonidos que helaron la sangre de los doctores. En la puerta, un camarógrafo burló la guardia militar para capturar una buena toma, mientras los militares se entretenían con la inconsolable chica que no cesaba de llorar de manera alarmante.

—¡Hey, vuelva aquí! ¡Usted no tiene el derecho de ingresar sin asistencia militar! —Gritaron por detrás del sujeto, y cuando el soldado pescó de la camisa al intruso, lo devolvió al exterior con un violento jalón y cerró la puerta a sus espaldas.

Ninguno de los médicos en el interior del quirófano comprendió el origen de los lamentos. Sentían el dolor del moribundo dentro de sus cabezas, mas no en el entorno, algo así como una voz… como si los lamentos del desdichado se proyectaran su memoria. El sufrimiento del extraño espécimen se sentía muy dentro de sus cerebros; sería la sensación más extraña que experimentarían en vida.

—Tenemos que hacer algo, doctor —uno de los militares se acercó por detrás y lo miró con terror.

—¿Qué sugiere que hagamos? —preguntó uno de los ayudantes.

—¡Sargento Jonás! —gritaron alrededor.

Por la puerta principal se asomó un soldado con el rostro repleto de miedo.

—Comuníquese con Washington, necesitamos equipo especial, ¡ya! —gritó el doctor con los lamentos aún dentro de su cabeza.

Como un rayo, el sargento salió disparado a las oficinas centrales de la base para iniciar la comunicación.

Afuera, Ruth Eppers tenía el rostro más que rojo por el llanto, mientras una compañera enfermera le soplaba aire con su propia cofia para ayudar a la jovencita. Junto a ella, un grupo de doctores y militares la atendían ofreciéndole un vaso con agua. Sin embargo, ella no había sido la única persona que había sufrido un ataque nervioso por lo ocurrido. Uno de los detectives salió del baño con la cara

humedecida y los ojos a punto de salirse de sus órbitas demostraban pánico en su mirada. Un par de militares que hacían de periodistas se encontraban sentados en el suelo y respiraban con violencia sin lograr recuperarse del shock.

—Señorita Eppers, lo mejor es que se recueste en la sala de urgencias —le sugirió un doctor—. Tome un poco de aire y cuando se encuentre bien, continuamos.

La afirmación del médico ante lo sucedido la destrozó por completo. Ruth miró con martirio a uno de los militares y notó que, con poca paciencia, clavaba sus ojos en los de ella, afirmando que así debía ser.

Pero una voz alrededor que llamó la atención de todos, la tranquilizó en cantidad.

—No, doctor...

Todos se giraron al escuchar al general recién llegado.

—Esos cuerpos se van directo a Ohio. Nosotros ya no tenemos nada más por hacer...

58

Sebastián, quien para esas horas ya no tenía pensado visitar el bar de la ciudad, manejó *a vuelta de rueda* hasta la primera caseta militar en la Border Hill. Después de varias horas donde todo había sido emoción y deseos de festejar, los militares actuaban de forma hostil a la hora de que los ciudadanos salieran a la carretera. Los soldados revisaban de manera agresiva y amenazante a los ciudadanos que no quisieran actuar ante las órdenes de los militares, sometiéndolos o intimidándolos. A pesar de que la noticia sobre un platillo volador recuperado a las afueras de Roswell había sido expedida como un comunicado desde la base militar, no les impedía a los soldados actuar de manera autoritaria con las personas.

Cuando Murrieta salió del terreno donde, cada semana se reunían los vendedores y compradores de todo tipo de productos en Roswell y sus alrededores, distinguió que las calles se encontraban vacías a pesar de que muy temprano estuvieron atiborradas de varios curiosos con ganas de leer la nota en el periódico. Los dueños de negocios comenzaban a cerrar sus cortinas cuando, en otro día, lo hacían hasta las diez de la noche y el flujo automovilístico rondaba hasta media noche.

La mayoría de las barrancadas estaban bloqueando el paso de los autos en dirección a las avenidas más importantes, mientras que un conjunto de militares se encargaba de custodiar el paso a cualquiera que lo solicitara… quien deseara viajar a Albuquerque o a Ciudad Juárez, debían rodear el condado de Chávez para salir en lugar de cruzar por el sur de Roswell.

Sebastián mantuvo los ojos al frente de la carretera, justo como le habían sugerido antes de salir de la granja, para evitar contacto visual con algún convoy. Lanzó una fugaz mirada por el retrovisor y notó que una larga fila de camiones y automóviles lo seguían para salir de Roswell e integrarse a la carretera. Cuando el camino se encontró más despejado, se dio cuenta de que al costado de la vía un grupo de soldados meneaban banderines para agilizar el paso. Unos cuantos metros después, notó al convoy militar que se acercaba a los vehículos para analizar que todo estuviese en orden dentro de los autos y solicitar la documentación del conductor.

Segundos después en los que Sebastián fue testigo de cómo los

militares obligaban a los conductores a bajar de los autos para revisar el interior, el silbido de un par de soldados llamó la atención de Murrieta para que se orillara y así agilizar el flujo en la carretera. Por la orden del soldado que lo llamaba hacia la orilla, Sebastián aceleró rebasando al conductor de enfrente y esperó a que se acercaran hasta la camioneta que, por cierto, venía sin carga que lo comprometiera.

—Señor, licencia. —La voz del soldado se escuchó turbia.

Mientras Sebastián esperaba a que el sujeto revisara su carnet, bajó sin poner resistencia y extendió las piernas y brazos sobre el toldo para la revisión. Se percató también de que el servicio de búsqueda actuaba de manera desconfiada cuando vieron la matrícula de su Ford. Con armas en mano, los soldados miraban de un lado a otro, atentos a los movimientos del ciudadano.

—¡Hey, Bodgan! ¡Acércate! —uno de los soldados gritó sus espaldas mientras le dedicaba una alarmante mirada.

Cuando el militar se acercó al sargento, este le susurró un par de palabras y, sin decir nada, hizo un movimiento con las manos en señal de acercamiento a los soldados que aguardaban en las casetas de vigilancia.

—¡Señor! ¡No se mueva de aquí y evite hablar! —La voz del militar inquietó a Sebastián, y sin pensarlo, extrajo sus esposas para juntar en las muñecas del granjero.

—¿Soldado? —preguntó Sebastián al sentir temor por lo que sucedía—. Hoy tenía una cita con un par de clientes. ¿Pasa algo?

El militar ni siquiera lo miró de vuelta, y con un golpe en los pies, movió al conductor hasta una patrulla militar.

—Cierre la boca. El que hace las preguntas aquí soy yo, ¿de acuerdo?

—Lo siento —respondió Sebastián, nervioso.

Frente al agricultor, el soldado Bodgan Dunne guardó su carnet en el bolsillo derecho, al tiempo que subía a la camioneta de Sebastián para dar marcha a la base aérea. Por detrás del confuso ciudadano, otro soldado lo tomó de la espalda y lo encaminó al asiento del copiloto.

—¡Soldados! ¿Qué sucede? Parece que estoy siendo arrestado sin fundamentos. ¡Lo que están haciendo es ilegal!

—¡Dominic, sube a la Jeep y síguenos! —Dunne ignoró por completo la pregunta de Sebastián y le habló a otro soldado que estaba entregándole unos documentos a un conductor.

—¡Hey! ¡Calma! Debo regresar a mi casa, ¡suéltame!

—El teniente Dolphin tiene una conversación pendiente con usted… no se resista, por favor.

Con la consciencia dañada por intuir las posibles consecuencias de una agresiva actitud, Murrieta tragó saliva y aceptó su pecado con una

respiración cada vez más rápida. Sabía que algo sucedería con él.

59

Cuando bajaron de la Jeep después de diez minutos de viaje, Sebastián recibió una sola orden: no levantar la cabeza hasta llegar al interior de la oficina.

El asustado individuo sintió la espalda empapada en sudor cuando, al ser empujado al exterior de la camioneta, notó a un soldado que entraba por un portón detrás de la base militar y cuando vio que su Ford era conducida por un militar para estacionarla muy lejos de él. Tres soldados en la batea pegaron un brinco, a la vez que uno abría una puerta y comenzaban a revisar el interior.

—¡Camine! —Una voz detrás de Sebastián lo impulsó hacia adelante.

Con la cabeza inclinada en dirección al suelo, Murrieta emprendió la caminata con la garganta seca y el temor de lo que sucedería cuando estuviese frente al teniente Dolphin. Junto a él, Bodgan Dunne lo tomó de los brazos colocados en la espalda y lo empujaba hasta lo que parecía ser una pequeña bodega del lado este de la base.

Por los movimientos tan nerviosos de Dunne y la su cara roja de angustia, Sebastián notó que el soldado tampoco quería ingresar a la oficina. Cuando el militar abrió la puerta de lo que sería la "morada" de Sebastián en las próximas horas, unas voces del otro lado se hicieron escuchar.

—¡A un lado, quítense, por favor! —La voz de un superior que escoltaba al mayor Jesse Marcel los obligó a orillarse.

Cuando Bodgan distinguió al mayor con tristes y preocupadas facciones, entendió que la intervención del mayor Marcel (que horas antes había salido en primera página como el militar que se había encargado de atender el lugar de los hechos junto al capitán Sheridan Cavitt), no parecía muy animado.

—¡Entre, señor! —Dunne empujó al asustado ciudadano por el interior del pasillo, no sin antes mirar de nuevo al mayor Marcel y comprender que no importaba el rango; todos eran sospechosos.

Sin quitar los ojos del suelo, Sebastián escuchaba a su alrededor voces que se intensificaban y otras que se perdían por la distancia. La débil luz del pasillo lo atormentaba con intensidad, con la respiración acelerada por los nervios.

«¡Esos malditos restos», se lamentó Murrieta asustado.

Nadie podría saber si lo que diría sería verdad o solo rumores. Lo amenazarían hasta el cansancio y tal vez hasta terminaría en prisión.

«¡Qué razón tenía María», se arrepintió de nuevo Sebastián.

El pensar las ideas para salir bien parado de allí lo extravió de la realidad, sin darse cuenta de que al frente, el soldado Dunne llamaba a una puerta.

Silencio.

El hombre golpeó por segunda vez la puerta, y en esta ocasión, la luz del interior se encendió para salir por debajo de la puerta. Los pasos de alguien acercándose del otro lado alertaron a Dunne, quien dio un paso hacia atrás para posicionarse detrás de Sebastián. Cuando la puerta se abrió, los dos hombres sintieron temor ante lo que podría suceder. La situación se tornaba más voluble con cada minuto que transcurría y la incertidumbre jugaba con todos.

—Pase de una vez —ordenó Dolphin, con una voz que taladró el cerebro de ambos visitantes.

Cuando la luz del interior alumbró el rostro de Sebastián, Dolphin detuvo a Bodgan y le ordenó que saliera.

Sin palabra alguna, Randolph le señaló al ciudadano un banco frente a un escritorio. El arrestado tomó asiento y clavó la mirada al intercambio de documentos entre el teniente y un soldado que momentos antes, charlaba con Dolphin. Frente a Sebastián, un magnetófono descansaba sobre la mesa. El teniente coronel tomó asiento frente al escritorio y sin mirar al asustado ciudadano, comenzó a ojear unos documentos.

A Sebastián le infundió cierta desconfianza sus ojos bien abiertos sobre los papeles.

—Sebastián Murrieta —Dolphin abrió un folder y meneó la cabeza, inexpresivo—… Nacido en Albuquerque... año 1905, ¿cierto?

Murrieta asintió.

—Reside en San Patricio desde hace ocho años, se dedica al cultivo y arado de tierra —continuó el inexpresivo teniente, pasando su lengua por los labios de manera veloz.

—Sí... ¿Puedo preguntar qué sucede?

—¿Tiene prisa? Tranquilo, está en confianza —Dolphin sonrió de forma cruel—. ¿Ve mi grabadora frente a usted?

—Sí, señor —contestó Sebastián.

—Perfecto. Antes de comenzar, le sugiero que lo haga de la mejor manera posible. Solo he logrado conseguir un par de cintas para su testimonio —Dolphin se recargó en la silla y dejó correr una dramática pausa—. Su tarea es sencilla: decir ante el aparato lo que ha visto, lo que ha escuchado, quienes más lo saben y sobre todo, en dónde ha escondido más restos como los ha tenido en su poder.

Petrificado, Sebastián no daba crédito a las palabras de Dolphin. El

teniente le hablaba con una seguridad que ponía a sudar y lo intimidaba muy fácil.

—Teniente, no sé de qué me habla. ¿Qué sucede? —contestó con miedo y respirando cada vez más rápido.

—¿No? La nota está rondando las calles en este momento, me sorprende que no sepa de lo que hablo, Murrieta. —El rostro de Dolphin aparentaba burla y curiosidad—. ¿Quiere ver algo?

La perturbadora sonrisa del teniente deshacía poco a poco las posibilidades de que Sebastián lo superara. Las mentiras podrían ponerse en su contra, y él lo sabía.

Lo que el teniente extrajo a continuación de su bolsillo hizo que el semblante de Murrieta se desplomara por completo y pareciera como si alguien le hubiese lanzado un balde de agua fría.

—¿Qué le parece? —preguntó Dolphin con los ojos abiertos al máximo—. ¿Aún piensa que no lo sabemos? Lo que ha hecho es ocultar evidencia al gobierno y podría encarcelarlo ahora mismo si se niega a ocultarme algo más.

Sebastián, sin articular palabra alguna, miró la bolsita que había lanzado por el desierto horas antes, mientras Randolph se levantaba y se acomodaba el pantalón. No tenía escapatoria.

El corazón del ciudadano comenzó a latir con tanta fuerza como si quisiera fracturar el esternón, y su boca seca y respiración cada vez más alterada levantó claras sospechas al teniente frente a él.

—En Nevada —continuó Dolphin, con una sonrisa de oreja a oreja al mirar a Sebastián cagado del miedo—, nos capacitan de manera especial. Nos han demostrado la capacidad que tiene el sol para utilizarse como herramienta, y por su *poco* probable "error" con la soga en plena carretera, supe que ahí había gato encerrado... ¿Se imagina utilizar el sol como herramienta de búsqueda? Afortunadamente para su servidor, esta basura emite demasiada luz, por lo que no fue difícil encontrarla —Randolph volvió a la silla y guardó de nuevo la bolsita en su pantalón—. Ahora, ¿está dispuesto a cooperar conmigo o emito la orden para que lo enjuicien?

Sebastián bajó la mirada y la clavó en la pata oxidada de la silla. Con una voz apagada, solo atinó a responder:

—De acuerdo, teniente... ¿Qué debo hacer?

60

«¿Salir a Roswell sin decirle a nada Clara? ¿Buscar un teléfono en Hondo para comunicarle a María lo sucedido? ¿Ir a San Patricio?»

El cansado adulto se levantó del sillón y dio marcha a su habitación en busca de su esposa. Después de casi hora y media analizando la situación para reunirse con su hija y colocarse un paso delante de Dolphin, Arthur optó por salir a San Patricio para ver que su familia estuviese a salvo.

La preocupación acerca de lo que sucedía con aquellos restos y el incidente en Corona era más importante de lo que supuso. Y si Dolphin había atrapado a Sebastián, sería un grave problema para todos.

Empujó la puerta de su cuarto con sutileza para asegurarse de que su esposa durmiera. Pero antes de abrirla por completo y entrar, una débil risa por parte de Clara se hizo notar desde la mecedora. La escena lo conmovió tanto que Arthur se tomó unos momentos para disfrutar a su esposa, mientras con un esfuerzo por cambiar su rostro de preocupación, se acercó por detrás.

En la mano, Clara sostenía una fotografía decolorada por el tiempo de lo que parecía ser un momento familiar.

—¿Clara, cariño? —Arthur se acercó lentamente.

—Mira, Arthur —la mujer llamó al anciano con una sonrisa—. ¿Recuerdas una de las tantas fotografías que dimos por extraviadas? ¡Encontré una!

Por la reacción de Clara al ver entrar a su esposo, Arthur entendió que la mujer no tenía idea de lo que había sucedido horas antes en la sala de su casa. A pesar de los gritos que él y Dolphin lanzaron por toda la estancia, se dio cuenta de que no habían llegado hasta su esposa... o al menos eso quiso pensar.

—¿De verdad? Es la fotografía en la que todos posamos, ¿cierto? —preguntó Arthur, sin saber cómo iniciar el tema acerca de salir de casa y viajar hasta San Patricio.

—Sí, cariño —Clara se giró con una sonrisa hacia su esposo y acarició su mano cuando él la puso sobre su hombro—. Isabel estaba por cumplir cuatro añitos. ¡Mira qué hermosa se ve!

—Es hermosa, cariño —contestó Arthur—. ¿Te gustaría ir a verla?

La mujer amplió una sonrisa llena de alegría y se acercó al mueble

para dejar la fotografía y contemplar si su esposo le tenía una sorpresa lista.

—¿A San Patricio? ¡Me encantaría, cariño! Pero debo ducharme antes de salir —contestó Clara con emoción.

El anciano sintió un dolor en el estómago cuando escuchó la emotiva respuesta de su esposa, y aunque la petición de tomar un baño antes de salir era buena idea para ambos, eso seguramente los demoraría para llegar a San Patricio. No tenían mucho tiempo antes de que los militares arribaran a la casa de María para interrogarla sobre el tema de los restos que Sebastián había recuperado. Con Dolphin por delante, todo podía suceder. Debían salir lo antes posible.

—Clara, cariño —Arthur se paró frente a su esposa y le dio un beso —, no debemos tardar mucho en llegar con Isabel. Los militares han ingresado a Roswell y están trabajando en un accidente en Corona. Sebastián se encuentra en Roswell trabajando y María se ha quedado sola en casa con la niña... los militares, y Dolphin rondando el pueblo, me preocupan.

—¿Con Dolphin? —lo interrumpió Clara con los ojos bien abiertos.

—Te lo contaré en el camino. Dolphin ha recibido las órdenes de verificar el área por un accidente ocurrido en el desierto —Arthur agilizó su complejo caminar y le extendió sus hombros a Clara como apoyo.

—Pero, ¿cómo sabes eso? ¿Están todos bien? ¿Estás hablando del cabo Randolph Dolphin?

—Ahora es teniente coronel, cariño.

—¿Y qué demonios hace él aquí? ¿Has hablado con alguien más?

—Te lo contaré en el camino —Arthur le contestó con otro beso en la frente—. Ayer mientras dormías con Isabel se presentó un grupo de militares anunciando que María y Sebastián no debían regresar a su casa por algún evento que pondría en riesgo la seguridad nacional.

—Dios mío… ¿Qué ha sucedió allá fuera?

—No lo sé con exactitud —dijo Arthur—, pero se rumora que es un platillo volante como los que ha estado viendo la gente; supongo que es algo proveniente de la Unión Soviética.

—Ayúdame a buscar mis zapatos, por favor —pidió Clara.

—Sí, querida —Arthur se inclinó para buscar el calzado, al tiempo que Clara se recargaba sobre la mesa repleta de porcelanas del siglo pasado y trataba de imaginar el problema que su esposo le relataba. Pero lo que más le preocupaba era la mención de *Randolph Dolphin*.

—Listo.

—Gracias, querido —respondió la mujer con un semblante adolorido por el movimiento muscular tan apresurado—. Por cierto, ¿qué hace ese sujeto en Nuevo México?

—Al parecer ahora es teniente coronel y fue solicitado desde

Nevada. Hace un rato vino a la casa y tuvimos un debate...

—¡¿Vino ese desgraciado a mi casa?! —explotó Clara.

—Sí, mi amor, y en parte fue lo mejor. Sebastián se ha involucrado por recoger partes del supuesto *artefacto* y era necesario hablarlo.

—¡Ay! —exclamó Clara al sentir la fuerza de Arthur en su brazo—. Me lastimas, cariño.

Apenado, y con la cara de Randolph en su memoria, Arthur se disculpó.

—Conozco las *posibles* medidas que están por tomar los militares con María y con la niña. Ellas solas serán fácil de intimidar... más si Dolphin está al acecho —prosiguió Arthur, al tiempo que caminaba al lado de su esposa.

—Ojalá me hubieras llamado antes, Arthur. ¡Llévame con mi nieta ahora mismo, por favor!

—Así será, querida —Arthur agradeció la prudente reacción de su esposa—. Permíteme agarrar unas cuantas cosas antes de partir, y en un momento te llevo al auto.

La actitud que ambos abuelos tomaron fue de prontitud.

Arthur sentó a Clara en el sillón y, con bastón en mano, se metió de nuevo a la habitación para guardar las medicinas de Clara y todo lo que su brazo agarraba sobre la cama.

La pareja de abuelos caminó hasta la parte trasera de su hogar, y cuando estuvieron cerca del auto, Arthur le abrió la puerta para ayudarla a entrar en el asiento del copiloto. Después de subir a Clara y lanzar la ropa a la parte trasera del auto, Arthur miró por encima del vehículo en dirección a su hogar y recorrió el terreno como si buscara algo más que proteger. Pero sin más tiempo y con la urgencia de llegar con su hija y su nieta a San Patricio, se metió al auto y encendió el motor.

61

La presencia de ahora cuatro sujetos dentro de la habitación puso en alerta a Sebastián, quien no paraba de humedecer su camisa de sudor.

El par de detectives que entraron minutos antes se limitaban a escribir la conversación entre Dolphin y Murrieta, mientras los militares se encargaban de arrancarle toda la información que el ciudadano tuviera. Junto a ellos, masticando un lapicero, se encontraba el coronel Elmer, un sujeto con grandes ojeras y los ojos muy cansados, como si quisiera ir a dormir, y quien no quitaba la vista del interrogado. En la puerta, un joven soldado con las manos en su espalda y con la única orden de no permitirle la entrada a nadie, padecía ardor en su estómago por la falta de alimentos.

—… cuando mi hija de seis años encontró esa basura y observamos sus propiedades, supe que podríamos meternos en problemas —Sebastián le hablaba al magnetófono desde hace un rato—. Le expliqué la razón del porqué debíamos entregarlo con ustedes, pero la pequeña al principio se opuso... los que son padres aquí saben a lo que me refiero cuando hablo de lo que es tratar con niños. Y para ser honesto, la basura también causó cierta curiosidad en mí.

—¿Entonces por qué razón el teniente Dolphin encontró esa basura tirada en el desierto? —interrumpió el coronel Elmer, al tiempo que limpiaba el lapicero en su camisa y lo dejaba sobre la mesa.

—Coincidencia, supongo...

Los sujetos allí reunidos no lograron disimular una risa al escuchar los pretextos y mentiras que Murrieta venía diciendo desde hace unos momentos. Por las reacciones del ciudadano y las ligeras contradicciones que había dicho, los militares regresaban a las mismas preguntas, para comprobar que Sebastián estuviese diciendo la verdad.

—¿En serio piensas que nos tragamos el cuento del robo en tu casa? Ninguno de nosotros cree en tu historia, Murrieta —Dolphin se estiró para cancelar la grabación con una sonrisa en la cara—. Por cierto, solo tienes una cinta más para aprovechar la oportunidad; después de la siguiente, nosotros tomamos las decisiones.

A Sebastián se le secó la garganta; sabía que estaba mintiendo y que los militares y detectives lo habían notado desde el principio.

—¿Por qué no reportó el descubrimiento hasta ahora que se

encuentra bajo presión? —preguntó uno de los detectives—. Al parecer solo ha hablado por la tensión que se le impone en esta intervención, pero creo que en otra ocasión usted no hubiera dicho nada.

—Por el tiempo, señor —contestó Sebastián, cada vez más nervioso —. No le tomé importancia a un conjunto de escombros para reportarlos. El trabajo requiere toda mi atención.

Frente a Sebastián, Dolphin sonrió hasta dejar ver sus amarillos dientes por el constante abuso de nicotina.

—¿Qué otra mentira tienes, Gary Cooper? —rio Dolphin.

—Coronel —Sebastián miró a Elmer y se quejó—, no tengo intenciones de continuar hablando si el teniente Dolphin no respeta mi testimonio. Sí, estoy nervioso, no es común ir por la calle y que un grupo de militares te detengan casi a la fuerza y te interroguen por algo que ya se sabe a nivel nacional, tal vez hasta nivel mundial. Además, el sarcasmo del teniente me ha irritado. Si continúa de esa manera, me veré en la situación de exigir un abogado… de otra forma, esto es ilegal.

—¿Ilegal? —Dolphin interrumpió con una carcajada que asustó a los detectives, haciendo que se giraran—. ¿De qué lugar le gustaría su abogado? ¿Nueva York? Incluso podría hacer que le traigan a un maldito alemán para que lo defiendan como en Núremberg... No diga estupideces, Murrieta.

—Estamos hablando de la seguridad nacional, señor. Tiene la obligación de hablar sin importar la asistencia de un abogado —se escuchó la voz del detective.

Cuando el coronel Elmer escuchó la queja del hombre, le hizo un movimiento a Dolphin para que se callara y se alejara.

Sebastián tenía razón.

Oficialmente, la noticia acerca de que un platillo volador se había estrellado a las afueras de Roswell estaba destinada para el ojo público. Para desgracias del ejército, la primicia se había convertido en un problema gubernamental, haciendo que dicha reunión se volviera compleja y de difícil control.

Los derechos y argumentos que Sebastián solicitaba a los militares podían mantenerse bien parados en un juicio, al igual que los de todas aquellas personas que estaban siendo procesadas en alguna otra oficina de la base militar y que se les acusaba de lo mismo… haber tenido contacto con aquellos restos del platillo volante.

Debían actuar con más inteligencia si querían obtener más información.

—Si me disculpa, coronel —se escuchó la voz de un detective antes de que Elmer interviniera—, el señor Murrieta ha cometido ciertas incongruencias en su relato. Lo siento mucho, pero necesitamos hacer

más preguntas, aunque redundemos hasta la saciedad. Washington ha establecido órdenes claras, y hasta no tener la seguridad de contar con un testimonio lógico por parte del ciudadano, debemos estar con ustedes el tiempo que sea necesario.

La sala enmudeció.

—Ahora —continuó el detective—, ¿por qué los militares han encontrado esta basura justo en la zona en que sus costales cayeron en la carretera? Debemos estar atentos a todo detalle para hilar su testimonio, señor.

—No recuerdo haber lanzado tan lejos esa basura —respondió Sebastián—. Tal vez el movimiento de un auto a toda velocidad lanzó a la distancia esos restos, hasta el lugar donde las encontró el teniente Dolphin.

A Sebastián lo traicionó su memoria, dejando un incómodo y revelador silencio que puso en alerta a todos los reunidos.

Los militares perdían poco a poco la paciencia, mientras que a Sebastián se le perdían las pocas ideas sobre su declaración, las mismas que, se supone, lo sacarían del apuro. Estas se desmoronaban, y cada vez se arrinconaba más a sí mismo dejando en claro que mentía.

Con un movimiento mudo y frío que heló a Sebastián, el coronel Elmer miró a Dolphin y asintió, dejando escapar un suspiro de frustración. Sobre la mesa, Dolphin no quitaba los insensibles ojos que fulminaban a Murrieta.

—Detectives —pidió el coronel Elmer—, por favor, salgan de la habitación un momento. Les diré cuándo puedan ingresar de nuevo. También tú, Bodgan.

—No podemos, coronel —se escuchó una oposición al momento—. Así como ustedes, nosotros también tenemos órdenes de permanecer aquí y analizar la situación —el detective se levantó para mostrar la evidencia de dicho permiso.

—Se encuentra en territorio militar, agente —levantó la voz—. En este momento, estoy al mando del grupo. ¡Salgan!

Ambos sujetos se miraron con la posibilidad de que un debate allí dentro pudiese iniciar, pero cuando se volvían para dar oposición a Elmer, Bodgan Dunne abrió la puerta y les cedió el paso. El coronel se acercó a los detectives y con una mirada cansada, los expulsó con el gorro en mano. Para la suerte del coronel, los detectives se miraron con incordio y meneando la cabeza, se retiraron.

En la silla, Sebastián comenzó a sudar y a mover la pierna en señal de preocupación acerca de lo que podía suceder en los próximos minutos. En su angustia, las ideas se movían al mil por hora dentro de su cabeza, intentando ejecutar su último y arriesgado argumento frente al aparato.

Cuando el coronel Elmer regresó a su asiento, tomó los folders sobre la mesa y se alejó de Sebastián y de Randolph. Arrastró la silla y extrajo el *Sacramento Bee*, para dar comienzo a una solitaria y penosa lectura.

En la mesa, Dolphin se cruzó de brazos y respiró con anhelo. Lo que aquellos hombres disfrutaban era el "jugar" con Sebastián y con su miedo. Lamentablemente para el padre de familia, la estrategia no funcionaba de su lado.

—Tu última cinta, Murrieta —advirtió Randolph introduciendo un casete al magnetófono.

—Teniente Dolphin —casi gritó Sebastián con el corazón en la garganta—, pienso aprovechar la última oportunidad. Por favor, usted ha dicho que la intervención militar con mi familia será solamente cuando yo esté junto a ellos, ¿cierto? Bien, quiero hablar con usted y con el coronel Elmer, pero quiero confiar en que ustedes no le harán daño a nadie. Los tres sabemos que no pueden actuar de manera agresiva con los civiles, y por la noticia oficial que se ha expuesto, no debería existir nada relacionado con esto, pero dada la situación, quiero ayudarlos...

Cuando Murrieta se calló para mirar la reacción de los superiores y tomar un poco de aire, Elmer dejó caer el periódico sobre el piso y se acercó al ciudadano junto a él. Dolphin sonreía de oreja a oreja.

—Teniente Dolphin, agregue la cinta de una vez por todas —el emocionado coronel se acercó hasta la mesa con una zancada—. ¿Qué tienes por decir, Sebastián? Habla ahora y deja de perder el tiempo.

Con un rápido movimiento, Dolphin ingresó la nueva cinta y presionó el botón de grabar.

—La madrugada del jueves terminé de trabajar aproximadamente a las nueve de la noche. —La respiración de Sebastián lo obligó a relajarse—. Después de entregar la herramienta de arado, fui al bar de Corona y conocí al sujeto que hace un rato se mencionó... Brazel. Más tarde fuimos a su propiedad para comprobar lo que había sucedido, y me regaló un poco de esa extraña basura. Jamás he visto algo parecido, y estoy seguro de que ustedes tampoco; la presión de esta entrevista lo confirma —Sebastián tomó una bocanada de aire antes de continuar—. Guardé un poco para mostrarlo entre mis compañeros, a ver si alguien sabía de lo que se trataba. Nadie lo supo durante los días siguientes, pero la noticia en el periódico sí que nos ha revelado el posible origen.

—Bien, Murrieta. Sigue hablando y no te detengas. Por el momento, dejaremos a los detectives afuera de la oficina. —Con una débil sonrisa, el coronel Elmer animó a Sebastián a continuar.

—Debo admitir que estos restos causaron mucha avaricia en mí, sobre todo por la cuota que pagan ustedes por regresar sus cohetes o

artefactos que lanzan a la mitad del desierto. Tarde o temprano, tenía intenciones de cobrar esa cuota.

—Necesito que me digas si has guardado más escombros en alguna otra parte.

Sebastián guardó silencio un segundo. Comprendía que a partir de ese punto de la entrevista, debía dar más detalles que pondrían en riesgo a su familia.

—Sí... en mi casa tengo un poco más de esta basura.

—¿En qué parte los tienes? —Elmer lo interrumpió con voz acelerada.

Al comprender todo lo que estaba confesando, Sebastián abrió los ojos como nunca, deseando jamás haber hablado con sinceridad, pero su conciencia y las amenazas que lo rodeaban, lo obligaron a continuar declarando.

—Los enterré en el patio de mi casa...

El coronel cambió de posición al escuchar tal confesión; sus parpados ni se movían al prestarle atención al sujeto frente a ellos.

—¿Lo sabe alguien más?

Sebastián se detuvo en seco con las palabras en duda mientras miraba, perplejo, a Dolphin, quien no lo dejaba de ver desde arriba con aquel rostro inexpresivo que tanto lo distinguía. El silencio que se provocó en la conversación le alteró los nervios a Murrieta, haciendo que comenzara a tartamudear de los nervios. Frente a él, Elmer movía los brazos con impaciencia para que el hombre terminara de relatar su testimonio.

—¡Murrieta…! ¡Reacciona! —gritó el coronel mientras se levantaba de la mesa para moverlo del brazo—. ¿Tienes más de esta basura guardada en algún otro lugar?

—Están... están enterrados atrás de mi casa —contestó Sebastián.

De momento, paralizado y sin saber qué sucedió a continuación, el coronel miró cómo el puño de Dolphin se estrellaba contra el rostro de Sebastián, haciendo que el hombre cayera de la silla y se escuchara un estruendo que resonó por toda la habitación.

—¡Maldito seas, escoria!

La reacción de Dolphin después del golpe fue acercarse hasta Sebastián que tenía la nariz destrozada en el suelo para estrellar nuevamente su puño contra la mandíbula del sujeto.

—¡Tu familia lo sabe y lo has ocultado todo este tiempo, bastardo!

—¡Teniente, aléjese! —Elmer intentó interrumpir los movimientos de Dolphin para auxiliar al casi inconsciente hombre con la nariz reventada del inesperado puñetazo.

—¡Voy a ir por ellos y los haré hablar! —gritó Dolphin con el puño cerrado y el rostro enrojecido, al tiempo que se alejaba del hombre postrado en el suelo escupiendo sangre.

En el piso, Sebastián Murrieta comenzó a convulsionarse por los golpes que sin duda, le habían fracturado la nariz y algo más.

A un costado y con la impresión de lo sucedido, el coronel Elmer se quitó la camisa y la colocó encima de la nariz del sujeto para detener el sangrado que fluía con rapidez.

—¡Ayuda! ¡Necesito una ambulancia lo más rápido posible!

—¡Tienes un paquete grande y no lo querías confesar, cabrón! —Dolphin, incapaz de controlarse, caminó hasta la puerta para salir de allí.

—¡Soldado Dunne! —gritó Elmer con el corazón a punto de reventar contra su pecho intentando que Sebastián no se asfixiara con su propia sangre que brotaba en todas direcciones, y levantó la cabeza del herido.

Por la puerta, un grupo de alarmados soldados entró arrasando con el panorama que allí dentro se vivía.

—¡Ayuden a este hombre! ¡Estás jodido, Dolphin! ¡Eso es un hecho! —gritó el coronel.

—¡Sáquenlo de aquí! ¡Toma sus piernas y no dejen que se voltee! ¡Vayan por un médico! —se escucharon gritos detrás del coronel.

Tirado en el piso, el impactado ciudadano escupía sangre y se convulsionaba mientras los militares lo ayudaban a salir para buscar ayuda médica.

—¡Lárgate de aquí y ten la seguridad de que hoy mismo estarás en tu maldita base antes de medianoche! ¡¿Escuchaste?! —Elmer le gritó con rabia a un Dolphin que ya se había perdido por el pasillo de la habitación.

Su próximo objetivo: San Patricio.

62

—¿Me estás diciendo que nuestros derechos como ciudadanos no importan? ¡Te suplico me demuestres el artículo constitucional que cita tal tontería, soldado! —Arthur, sin contemplaciones y con los rayos del sol directo en sus ojos, le reclamó a los tres militares que le impedían el paso a él y a su esposa a la mitad del desierto.

—Señor, si me permi…

—¡Mire a mi esposa, soldado! —Arthur gritó con la mirada clavada en uno de los jóvenes, al tiempo que señalaba al interior del automóvil estacionado—. Si algo le sucede a mi esposa en los próximos cinco minutos, voy a requerir sus matrículas y el nombre de sus superiores para que los regresen a patadas hoy mismo a sus ciudades. ¡Lo digo en serio!

Después de casi media hora intentando salir de Arabela para llegar al sur con su hija, los militares se opusieron a que la pareja de ancianos cruzara el primer convoy en Tinnie, sin importarles en absoluto que Clara Watson sufría de un curioso padecimiento que la sometía a una deshidratación apresurada, poniendo en riesgo sus signos vitales. El constante golpe de los rayos del sol sobre su piel le ocasionaba quemaduras de segundo grado y salpullido que debilitarían con gravedad a la mujer en cuestión de minutos, y la llevarían a la muerte como la peor complicación por no atenderse a tiempo.

—Las órdenes han sido específicas, caballero. Le ruego calma —contestó un tímido militar que de vez en cuando miraba a la anciana dentro del auto, quien soportaba los abrumadores rayos del sol pegándole directo en el rostro.

—¡¿Órdenes?! —estalló Arthur por la necedad de los soldados—. ¡Estás frente a un veterano de guerra, hijo! ¡Reconozco la manipulación que ustedes los de pequeño rango hacen con las supuestas órdenes que les dan! Una pareja de ancianos con la salud colgando como un péndulo tiene la capacidad de encarcelarlos hoy mismo... y usted más que nadie lo sabe —Arthur cambió la mirada al militar que segundos antes se identificó como el líder del grupo.

Los soldados se miraron con la incertidumbre de la reprimenda que tendrían al no acatar ciertas órdenes otorgadas por su superior en la base, pero también con la incertidumbre de lo que sucedería en caso

de no ayudar a los ancianos.

El militar con ciertos rasgos latinos asintió sin alguna otra aparente salida contra los argumentos que el anciano les reprochaba y, asintiendo al par de cabos, dio la orden.

—Espere aquí, señor. Por favor, no intente hacer nada que lo ponga en riesgo con aquellos mandatos que están fuera de nuestra autoridad —el soldado miró con miedo a sus compañeros esperando su apoyo—. La razón es porque se han emitido órdenes desde Wright Field para colocar a varios militares en puntos estratégicos con francotiradores en mano para aquellos que pasen por alto las indicaciones militares. En su caso, y el de su esposa, haremos una excepción, recuerde que las cosas han cambiado.

—¿Cambiado? ¿A qué te refieres, soldado? —contestó Arthur con las manos en la cintura y el ceño fruncido.

—Aquel platillo volador del que se habla en el periódico aún no se ha identificado, y el gobierno intuye que se trata de algún ataque soviético.

Al escuchar las palabras «platillo volador», a Arthur le recorrió un frío en la espalda que le hizo cambiar su rostro. Ahora todo tenía sentido, pero las dudas que de forma rápida se le atravesaron al anciano fueron tantas, que un asombro le terminó de invadir y le instó a preguntarle más detalles al soldado que, sin dudas, no le diría nada más.

Arthur sabía que la noticia debió haberse publicado ese mismo día y que no tendría conocimiento de aquel ejemplar hasta un par de días después. Las afueras de Arabela era una zona rural en la que los proveedores, en este caso María y Sebastián, eran los encargados de surtir a la familia en el desierto.

«Tal vez nunca veré aquel periódico si es todo aquello…», pensó Arthur sintiendo emoción y miedo al mismo tiempo.

El anciano, con el rostro enrojecido por el sol y por la *revelación* del sujeto, notó que uno de los militares caminaba detrás del automóvil y abría la cajuela para revisar que no llevaran nada comprometedor. El par de soldados bajaron la cabeza por los cristales y desde afuera revisaron el auto por respeto a Clara, que los miraba con miedo y desconfianza. Se dieron media vuelta y sin decir nada más, le asintieron al superior.

—En cuanto se abra la reja debe actuar con prudencia y sin levantar sospechas. No va a decir nada más, y va a moverse con un mínimo de cinco kilómetros por horas hasta que encuentre al segundo militar, hasta Tinnie.

La actitud de los militares perturbó al anciano, que no comprendía del todo el trasfondo de la situación. Por el agobiante sol frente a ellos, Arthur no identificó las señas al aire que uno de los soldados

hizo a la aparente nada, y lo que vio segundos después, lo desordenó por completo, pues de entre los arbustos y matorrales, se levantó una silueta que difícilmente hubiera visto por cuenta propia. Cuando agudizó su lamentable vista al desierto, notó que un sujeto cargaba un rifle en la mano y se acercaba con paso lento hasta su compañero.

—Suba a su auto y espere la apertura. —Una voz detrás de Arthur lo desvió de tan extraña situación, que jamás se había presentado en su vida, al menos no cuando se trataba de la guerra. Por su mente, solo atravesó un par de mujeres: Isabel y María.

—Cariño, sube al auto, por favor. —La incompresible coyuntura que apenas experimentaba Clara lo alarmó con fuerza.

Cuando el sujeto que se encontraba postrado en la arena momentos antes se acercó al soldado, Arthur distinguió el aspecto que el centinela padecía. La cara bañada en arena y lo que parecía ser pintura estilo militar le heló la sangre, haciendo que bajara la cabeza para despejar sus pensamientos de tan cruda situación para el soldado. De reojo, Arthur distinguió el acercamiento entre ambos partidarios.

—¡Señor, suba a su auto y concéntrese en mi señal! —uno de los soldados en la caseta lo distrajo de sus pensamientos.

Arthur subió al auto intentando no mirar al retrovisor que lo conectaría con tan especial y atemorizante panorama, pero sintió la mano de Clara tirándolo de su camisa para señalar a su derecha y ver cómo otro centinela se acercaba de entre rocas, semidesnudo y con rifle en mano.

Con el corazón latiendo a toda velocidad e imaginando lo peor, los Watson se lanzaron una mutua mirada de apoyo, pero antes de que uno de los dos abuelos se alterara contra los militares, por delante se comenzó a escuchar el sonido de la reja de metal dejando la carretera libre.

—¡Acelere, señor! ¡Rápido!

Arthur, con el instinto aún de su lado, giró la llave de su viejo auto y emprendió la marcha por la inmensidad del terreno, mirando por el retrovisor una conversación entre militares. La mano de Clara, aún puesta y firme sobre la de su esposo, se volvió estéril después de varios minutos en los que imaginaron que los regresarían o que utilizarían otro tipo de fuerza.

—Arthur… ¿Qué está sucediendo?

—Se ha estrellado algo de la Unión Soviética en el desierto... al menos eso creen —Arthur agarró la débil mano de su esposa y le dio un beso—. Ya estamos más cerca de tu nieta, cariño. Deberías dormir un poco.

63

La concentración de militares y médicos en el pasillo del edificio #5, se sumó a la tensión de aquel interminable y estresante día. Los gritos exigiendo fármacos se combinaban con las órdenes que se intentaban percibir dentro de la base.

—¡¿En dónde está la unidad?! ¡Este hombre pierde la respiración muy rápido! —gritó un médico con jeringa en mano sobre su cabeza para evitar que la multitud la quebrara.

—¡Señor! Me han negado la autorización para despegar, las unidades aéreas se encuentran ocupadas en este momento, y lo único que se ha aprobado es una ambulancia que ya se encuentra esperando para salir hacia Albuquerque.

—¡Esto es una emergencia de verdad, carajo! —gritó el doctor interrumpiendo la noticia del militar—. ¡El hombre está perdiendo mucha sangre! ¡Esto sí es una emergencia de verdad!

—… el suero fisiológico debe suministrarse hasta la llegada del paciente al hospital —se escuchó una voz alrededor—. Verifica cada cinco minutos que el gotero esté libre...

—… coloquen compresas de agua fría en la frente y encárguense de complementar el kit de emergencia con recipientes de agua.

El médico encargado de evitar que Sebastián Murrieta cayese en shock hipovolémico por la pérdida de sangre, empujó la camilla en dirección a la puerta principal del edificio para que el herido fuera auxiliado por alguna otra unidad médica que le ofreciera las atenciones adecuadas.

Por la situación del platillo volador estrellado a las afueras de Roswell, les era imposible a los militares y equipo médico ocuparse de situaciones como la de Sebastián, sobre todo si el evento se había salido de control, y sabían muy en el fondo que eso ocurriría tarde o temprano. La atención militar estaba destinada a otra categoría nunca antes vista.

—¡Quítense del camino, señores! —gritaban alrededor.

El hombre tendido sobre la camilla, claramente privado de sus capacidades físicas, tenía el rostro salpicado de su propia sangre hasta el nivel del cuero cabelludo. El sonido que provocaba el lastimado agricultor cuando intentaba respirar, rasguñaba su garganta provocando una mezcla de sangre y vómito, lo que le otorgaba largos

e interminables segundos de angustia por la asfixia. El apresurado diagnóstico al que los intuitivos médicos llegaron, fue a una preocupante y poco esperanzadora conclusión: a causa del impacto tan brusco en el rostro del sujeto, el cerebro de Sebastián se había estrellado contra el cráneo, hiriendo su inteligencia motriz y dando inicio a una grave hemorragia interna.

Los médicos conocían el riesgo de tomar esa única y lamentable decisión, y hacer viajar al moribundo sujeto hasta Albuquerque u a otra ciudad capacitada para una intervención ante el incidente provocado por una disputa militar, seguro traería consecuencias. Incluso los cirujanos y especialistas de la base recibieron órdenes especiales para actuar ante lo sucedido en las últimas horas, cuando dar más de que hablar a los alrededores traería más incógnitas que pondrían en jaque cualquier solución que Washington estuviese por tomar.

—… sonda endotraqueal con soporte a los hombros del sujeto. —Una enfermera recién llegada le dictaba el estado actual del herido a uno de los médicos.

En el pasillo, con una pipa de tabaco en la boca, el coronel Elmer se recargó sobre una bolsa llena de sabanas clínicas recién entregada a los consultorios, mientras se frotaba la frente con el afán de conseguir una solución a todo lo que sucedía. De repente, un par de siluetas se plantaron frente a él, haciendo que el coronel alzara la cabeza con desgana.

—¿Hacia dónde se dirige el teniente Dolphin? —preguntó una de ellas.

Cuando Elmer percibió al par de detectives que momentos antes ingresaron junto a él y a Dolphin para llevar a cabo la supuesta entrevista que resultó ser un fracaso total para los militares, no pudo hacer más que levantar los hombros en señal de ignorancia.

—Coronel… ¿a dónde ha ido? —preguntó el segundo detective con un tono que no solapaba mentiras—. Lamento informarle que a partir de ahora —el hombre meneó la mano señalando al equipo militar corriendo de un lado a otro—, ya no tienen poder ante la situación actual, la han cagado y lo han hecho en grande.

—¡La jeringa que solicité hace un momento! ¡La necesito! —Los gritos alrededor no cesaban.

—A partir de este momento, el FBI se responsabilizará de esta situación con la misma autoridad que han perdido. Por ahora, dígame, ¿a qué parte del mapa se ha desplazado ese desgraciado?

Las miradas se intercambiaron entre gritos y el chirrido de la camilla saliendo por la puerta.

—Hay un par de lugares en los que Dolphin ha tenido la cabeza todo el día —contestó el coronel, resignado—: San Patricio, residencia

del señor Murrieta, o Arabela; ahí residen los suegros del señor Murrieta.

—¿Quién es el superior de Dolphin? Sabemos que proviene de Nevada, pero necesitamos más información.

—El general Harold Campbell. Viene en camino.

—Perfecto. Es indispensable que les confirme a sus militares que también están bajo órdenes de Washington. Si el teniente Dolphin comete una segunda imprudencia, nuestras instrucciones cambiarán, así como también lo hacen ustedes.

Cuando el coronel Elmer escuchó las nuevas condiciones dentro de la base, se incorporó de golpe y miró a los detectives con recelo.

—Aquí no tienen poder, detectives. Creo haberlo dejado muy claro hace unos minutos.

—Ya no, coronel. Y antes de que refute con otro argumento, le recomiendo que no meta la otra pata, ya hemos tenido suficiente por aquí —el detective Norman Brush encaró al oficial mientras guardaba un cuadernillo en la camisa.

Alrededor, ahora sí en silencio, se creó un nuevo reposo en el que el trío imaginó un conflicto estratégico para ambas partes.

—Dolphin recibe órdenes especiales de Creech, detective. Le recomiendo cautela y apoyo. El coronel Eric Milto los acompañará en caso de algún problema militar. En unos minutos enviaré como acompañantes a un pelotón de oficiales para la vigilancia y captura de Dolphin en San Patricio. El señor Murrieta ha confesado que tiene más restos enterrados en su propiedad, y no tengo la intención de ignorar tal confesión, así que sí... aún tenemos poder aquí, detectives.

Con miradas cansadas, los sujetos guardaron silencio un momento.

—Perfecto, estoy seguro de que el general Campbell querrá discutir la situación con ese maldito. Agradecería que desocupara alguna oficina para cuando regresemos.

—Espero comprendan que todo puede suceder en cualquier momento con Dolphin al mando, detectives —interrumpió Elmer con una media sonrisa—. Sus órdenes son especiales, y la razón por la que estoy mandando a mi pelotón a su compañía es porque existen intereses militares. De ahí en fuera, están bajo su responsabilidad.

—Como usted diga, coronel. Si tienen algún otro loco como Dolphin, le recomiendo que lo encadene antes de que cometa otra estupidez. La paciencia se terminó para todos, coronel... eso lo incluye a usted también.

Con un silencio que se percibió interminable, por fin dieron marcha a su objetivo. Con o sin patrulla militar, los agentes del FBI debían llegar al Condado de Lincoln para resolver la situación antes de que los problemas se incrementaran. Dolphin ya había dejado en claro que era un militar sin escrúpulos.

64

A quinientas millas del aeródromo de Roswell, del otro lado de la oficina principal en Fort Worth, el mayor Jesse Marcel presionaba sus manos contra su cuello mientras escuchaba desde la oficina del general Ramey la conversación de su superior con alguien más al teléfono. Los ojos cristalizados por la impotencia y frustración se reflejaban en la ventanilla de enfrente, haciendo que el mayor quitara los ojos del cristal por la pena que le ocasionaba verse a sí mismo con ese aspecto. Bajó la mirada con pesar y recordó por quinta vez la injusticia que lo mantenía de esa manera. Solo era cuestión de esperar las órdenes que aunque no quisiera, debía acatar.

—¡Te necesitan en la oficina! ¡Haz lo que tengas que hacer, pero ven ahora mismo! —el coronel golpeó el auricular contra el disco marcador, dando por terminada la llamada telefónica.

Después de colgar el teléfono en la oficina de a lado, unos murmullos, seguidos de unas risas, se escucharon hasta la habitación del mayor quien intentaba controlar el *dolor* del hecho de no querer decir nada acerca del "*comunicado*" que el general Roger Ramey le obligaría a confesar ante las cámaras y micrófonos. Sabía que un grupo de periodistas estarían ingresando a la oficina muy pronto con hambre de una jugosa nota acerca de los detalles sobre tan polémico platillo volador recuperado días antes y eso le causaba náuseas.

Cerró los ojos con fuerza al imaginar las posibles consecuencias que se avecinaban para su carrera profesional en cuanto al "error" tan garrafal que humillaría su reputación como militar. Sabía que sus años de experiencia como oficial de inteligencia en el 509*th* se vendrían abajo gracias al encubrimiento que Washington se había sacado de la manga para olvidar por completo la noticia que puso de cabeza a todo el país aquel 8 de julio de 1947.

Entre tantos recuerdos y rencores hacia la base militar, el mayor Marcel pensó en su hijo, y no logró modificar la imagen del pequeño junior defraudado por su padre al crear un escándalo de tal magnitud; para que el resultado fuera un simple aparato meteorológico proveniente de la misma base para la que él trabajaba.

Jesse Marcel conocía los materiales que conformaban parte de ese globo tipo Rawin recién cambiado en el suelo de la oficina, y según la versión recibida por el general Ramey, aquello era lo que en realidad

se había capturado y no un platillo volador… o al menos eso debían *saber* los medios de comunicación a partir de ese momento.

Lo que Marcel tenía frente a él no era el material que recuperó junto a Sheridan Cavitt en la propiedad de Brazel y lo sabía muy bien. Aquellos pedazos de aluminio, fáciles de reconocer por cualquiera persona, descansaban en el suelo esperando el ingreso de los periodistas para dar inicio al espectáculo. Esos pedazos de madera que cualquier persona —hasta un niño— podía quebrar con tan solo doblarlos un poco, llamaron la atención del mayor, solo para hacerle sentir un dolor de cabeza que lo hizo cerrar los ojos de nuevo.

«¿Globo de polietileno? Veo esas cosas al menos una vez al mes», pensó el mayor con la ira rondando su ser por mirar cómo los superiores actuaban ante la situación.

El hombre se alejó de la ventana y caminó en la oficina para tomar un poco de aire. El valor de tomar la decisión de oponerse a la infame teoría sobre lo que se encontró en el desierto estuvo a punto de brotar de su boca, pero el rostro de su hijo y el de su esposa lo detenían con fuerza. Fuera de la oficina, los murmullos del general Ramey y del coronel Dubose le erizaban la nuca. Una que otra risa torturaba al mayor, quien no tenía escapatoria en absoluto. Sabía muy bien que los superiores quedarían como los héroes de la historia, mientras él terminaría siendo la burla en todos los ámbitos de su vida.

«¿Un mayor de la base que no reconoce un simple y polvoriento ML-306?»

«¿Un oficial de inteligencia confundió un aparto climático con un platillo volador?»

Su carrera colgaba de un hilo.

El solo pensar en las posibles bases militares en las que terminarían los verdaderos restos, lo perturbaba con demasía. Nadie le dijo nada acerca de lo sucedido después de llegar a Fort Worth, y cuando recibió la orden de viajar hasta Texas desde Roswell para entregar los supuestos restos, a punto de ser observado por varias personas, ya era demasiado tarde. Las órdenes habían sido claras: durante el vuelo hasta Texas recibió las indicaciones necesarias al momento de llegar, pero la manera tan cínica con la que lo trataban, dejaba mucho que desear en aquella situación en la que supuestamente, él estaba a cargo. El pobre hombre había mordido el anzuelo, y no se veía camino positivo para evadir las instrucciones.

En un segundo, la puerta de la oficina se abrió dejando entrar una fuerte corriente de aire y reflejando en el cristal el delgado semblante del general Roger Ramey, quien mantuvo la vista fija sobre el traicionado hombre que pondría fin a los problemas del gobierno. Y, con un rostro repleto de arrugas, le dijo:

—Mayor, ¿se encuentra listo? La prensa está preparada para iniciar

la sesión; entre más rápido se haga esto, mejor para todos. Usted debe encargarse de recitar lo que le han dicho y nosotros nos encargaremos de lo demás.

Después de mucho tiempo, Jesse Marcel sintió miedo. Miedo de la autoridad para manipular los hechos de un país entero sin la oportunidad de testimonios claros y empíricos. Solo habría un ganador allí dentro, y era más que obvio que los ciudadanos no lo serían.

—¿Mayor? —insistió Ramey desde la puerta—. Los periodistas esperan a ingresar...

Con un ligero movimiento, Marcel se giró sobre sus talones y dejando escapar un suspiro, por fin habló:

—Señor... usted y yo sabemos que lo que estamos por presentar no es el verdadero material... ¿Por qué? —los ojos de Marcel exponían pena.

—Mayor, son órdenes y lo entiende —Ramey movió su delgado bigote—. Lo que se ha recuperado pondría en juego los planes del país si cae en las manos equivocadas. Véalo como un acto heroico; todos nosotros, incluyéndolo a usted, evitaremos un conflicto con países como la Unión Soviética o con Japón. Ahora, necesito estar seguro de que ha entendido uno de los puntos más importantes al aterrizar en la base... ¿Puede repetirlo?

—No sé nada más, un error lo comete cualquiera —citó Marcel, con un escabroso nudo en la garganta.

—No debe hablar con nadie sobre esto, mayor. Esto incluye a su familia… confiamos en usted.

Con un suspiro de impotencia, Jesse Marcel puso las manos en la espalda y asintió con decisión.

—Estoy listo, pueden pasar.

65

Con el meteorólogo de turno en la oficina, se dio por iniciada la reunión después de varios minutos en los que los cuchicheos entre los camarógrafos frente a los restos de papel que estaban a punto de retratar, llegaban a los oídos del mayor Marcel. A unos metros de él, el oficial Irving Newton no borraba la sonrisa al ver con sus propios ojos al famoso "platillo volador" que había causado tanto revuelo en el pueblo. Las risas y comentarios sarcásticos se compartían en toda la oficina, sin que a nadie de los superiores le interesara lo que se dijera, pues cuanto más se deformara la noticia sobre esos escombros, mejor para las fuerzas armadas. Algunos hasta llegaron a imaginar que se trataba de una broma por parte de los militares por el disparate de confundir aquello con un plato volador.

—¿Esto es un platillo? —el oficial se acercó al coronel Dubose, quien se encargaba de mover un escritorio para liberar el espacio del lugar. Acto seguido, el coronel asintió con un rostro molesto, obligándolo a guardar silencio.

—Señores —el general Roger Ramey se recargó en una silla y llamó la atención de todos—, hace unas horas, el país ha sido partícipe de críticas y opiniones que no tienen nada que ver con la realidad. El mayor Jesse Marcel, aquí presente con nosotros, ha cometido un descuido al momento de identificar los restos de un globo meteorológico tipo Rawin a las afueras de Roswell… con algo que evidentemente sí tenía una explicación más que lógica. Como muchos de aquí ya saben, este tipo de globos sonda se lanzan de manera cotidiana en el desierto para determinar la presión atmosférica y, después de un tiempo, el aparato regresa a tierra con los datos necesarios para controlar la humedad.

—El tormento que atravesó Marcel cuando vio a los reporteros sonreír ante la supuesta "equivocación", hizo que moviera los pies y bajara la cabeza, con la pena rondando en su interior. La cara de su hijo apareció en su cabeza: un mayor del equipo bombardero confundió un globo con un platillo volador, y estaba por darse a conocer a nivel nacional.

—Yo he cometido errores, el coronel Dubose también lo ha hecho y no ha sucedido nada en particular —continuó el general—. Lamentablemente, en esta ocasión las cosas se han salido de control.

Las personas se encuentran preocupadas, y es necesario dejarles en claro que ningún otro país nos está invadiendo, ni que alguien de otro lugar nos ha venido a inspeccionar.

Las risas que ocasionó Ramey por su comentario hicieron quedar mal a Marcel, que no ponía atención a lo que se decía.

—¿Qué opina de las personas que aseguran haber visto cosas en el cielo, general? —preguntó uno de los periodistas con cámara en mano.

—Personas envueltas con problemas de alcoholismo, supongo. Eso es otro tema para después.

El general giró su mano con el temor de que las preguntas lo arruinaran, pero para su suerte, el coronel Dubose entró en su apoyo.

—Señores, les recuerdo que se encuentran aquí con el exclusivo permiso de escuchar la versión oficial, nada más. Eviten realizar preguntas y limítense a prestar atención para sus evaluaciones —el coronel señaló el Rawin—. Cuando el general Ramey lo considere conveniente, todos ustedes dispondrán de un minuto para fotografiar los restos allí tirados; de otra manera, todos ustedes son solo oyentes.

El silencio dentro de la oficina confirmó un claro aviso por parte del coronel.

—Bien —continuó Ramey—, tenemos la visita del suboficial Irving Newton, experto en pronósticos meteorológicos que explicará lo que esto significa; la finalidad es que la población comprenda la verdad de estos artefactos y evitar que el miedo se expanda... ¿Newton?

El joven oficial se arrodilló junto a los escombros y con voz nerviosa por la presión de las cámaras, explicó a los curiosos:

—Los globos tipo Rawin están fabricados para realizar los cálculos a grandes altitudes. Por lo general, este tipo de artefactos son lanzados desde Alamogordo, ya que sus alrededores se encuentran deshabitados, pero eso no quiere decir que no puedan recorrer largas distancias a otras regiones, como en este caso, hasta Corona. Diciendo esto, podemos justificar el error del ciudadano y del mayor Marcel al no identificar el objeto —Newton exhaló y extendió la mano al no tener nada más que explicar—. Todo el mundo reconoce un globo tipo Rawin —sentenció el sujeto mirando a Marcel frente a él, y le protestó con la mirada.

Con las lágrimas a punto de brotar de sus ojos, Jesse Marcel tragó saliva y se apartó de su posición para darle espacio al meteorólogo de continuar con la mentira.

—El aparato climatológico se compone de las siguientes especificaciones —el oficial Irving cambió de postura, hincándose—: Globo de polietileno de cinco metros de diámetro y veinte milímetros de grosor, e incluye un tipo de remiendo especial para reforzar el escape del gas quemado, mientras que su altitud podría alcanzar los cinco kilómetros…

Detrás de Irving, Roger Ramey llamó la atención de todos los camarógrafos con la mano para dar inicio a la limitada sesión de fotos que les ofrecía para publicar en todos los medios de comunicación. Sin dudarlo, los animados sujetos comenzaron a lanzar luces por toda la habitación.

—… el aparato de enlace es utilizado para desinflar el globo cuando desciende a los dos mil metros, y su caída a suelo por lo general suele ser sin riesgos y de forma lenta…

El general Roger Ramey se puso en cuclillas y se unió a Newton para ser partícipe de la sesión fotográfica y sostener los trozos de papel en el suelo.

—… de esta forma, el globo se mantiene rígido durante el transcurso del vuelo —Irving le mostró a las cámaras el conjunto de palillos de madera que formaban parte del mismo, y sin dejar pasar más tiempo, los quebró a la mitad frente a todos, con facilidad—. Los rumores dicen que esto era inquebrantable, ahora vemos que no es así…

Todos en el interior rieron al escuchar las palabras del hombre, al tiempo que veían el trozo de madera a la mitad. Varios de ellos menearon la cabeza por tan "garrafal" confusión por parte del mayor y de su equipo de trabajo.

—… una pequeña radio tipo GM con antena incluida es colocada en la base del aparato; tienen cargas revestidas a los costados con una duración de aproximadamente diez horas, y junto a las baterías se encuentra el depósito de traba; con una capacidad de 2.500 kilogramos.

—Mayor… ¿Podría venir un momento y posar junto a los restos?

La pregunta del general Roger puso a temblar Marcel, quien contemplaba el teatro frente a él. Aquella petición era demasiado, era una completa burla para su persona, y sabía que aquello no *venía* incluido en las órdenes que se le explicaron con anterioridad, pero las miradas clavadas en el protagonista de la historia del platillo volador lo obligaban a ser partícipe sin importar las consecuencias.

—Mayor, el general lo ha solicitado junto a ellos. Acérquese, por favor —intervino Dubose, impacientado.

Entre la espada y la pared, Jesse Marcel se acercó al par de sujetos tumbados frente al globo meteorológico que él mismo hubiese identificado en un santiamén y miró a las cámaras con temor, al tiempo que sostenía el papel y los palillos de madera. Su rostro, nervioso y humillado, evitó a toda costa las cámaras que se acercaban para retratarlo… una razón más para tildarlo de loco e inadaptado a nivel mundial.

Lo que llegó a su mente segundos después, lo terminó de arruinar. Sabía bien que la verdadera muestra de lo ocurrido estaba en pleno

vuelo hacia Wright Field, y el general Roger Ramey lo sabía, al igual que Dubose.

Cuando el mayor se alzó un momento del suelo pensando que sería suficiente, el general lo llamó de nuevo y le indicó que debía *posar* para los periodistas.

Después de varios segundos de recibir las luces de las cámaras, el general Ramey dio por terminada la sesión fotográfica con un movimiento de mano. Eso sería suficiente para calmar las aguas. Sin deberle nada a nadie, el general se puso de pie y con una voz llena de satisfacción por saber que los planes iban tal y como pensaron, les *ofreció* salir de la oficina a los camarógrafos que apenas comenzaban a emocionarse por lo sucedido. Para la mala estrella de todos ellos, el militar dio por terminada la reunión.

—Por lo que tengo entendido —habló el coronel Dubose—, todos y cada uno de ustedes tienen el precepto de publicar esta versión en todos los medios de comunicación a más tardar hoy en la noche. Confío en que harán su trabajo de la manera más ética y pronta posible; para dejar en claro ante la ciudadanía que nada de esto es considerado un riesgo. Por ahora, pueden salir. Agradezco su apoyo; también a usted, Newton. Gracias.

Emocionados y con ganas de más, los periodistas se miraron intentando comprender si realmente eso sería lo único que recibirían por parte de los militares, o habría algo especial para después. Sin estar muy seguros de eso, los insatisfechos reporteros salieron uno tras otro esperando recibir más información… pero eso sería todo.

Sin nadie más en la oficina que Ramey, Dubose, y Marcel, el silencio se volvió lamentable.

—Gracias por su apoyo, mayor —habló Ramey—. Resta poca documentación antes de que pueda regresar a Roswell y se deslinde de la situación. Se le expedirá un acta para su respectivo ascenso militar y le recuerdo que tal vez, lo citen en las oficinas para su apoyo. En unos momentos le daremos la orden para salir de aquí. Tome un descanso.

Después de un saludo por parte de ambos superiores, el mayor Jesse Marcel se dejó caer sobre la silla sin nada más a su favor que regresar a Roswell con un ascenso militar. El encubrimiento de un *artefacto* caído desde el cielo estaba listo para salir en las próximas horas en todo Nuevo México; para posteriormente expandirse por el país entero. El encubrimiento militar más ruin e infame no debería de tardar en aparecer en todos los medios de comunicación.

66

A toda velocidad, el conductor rebasaba cualquier obstáculo que el camión tuviese al frente. Rocas del tamaño de un balón de soccer hacían saltar el vehículo, sin importar los daños que seguramente ocasionaban a la ambulancia sobre los neumáticos. El conductor, un camillero de baja estatura con gafas de sol, pisaba el acelerador con la única tarea de no detenerse hasta llegar al Lovelace Westside Hospital, en Albuquerque. El preocupado hombre le imploraba al cielo, una y otra vez, que ningún convoy militar los detuviese en el camino, mientras escuchaba a sus compañeros gritar en la parte trasera para evitar que el ciudadano cayera en shock. Arena y arbustos fue lo único que la vista del conductor alcanzaba a distinguir en tan amplio desierto, al tiempo que sus sudadas manos resbalaban del volante.

Detrás de él, un grupo de médicos y enfermeras no quitaban la atención de Sebastián Murrieta quien, poco a poco perdía la respiración y demostraba en su piel una considerable pérdida de sangre en el organismo. Con difíciles movimientos, una de las enfermeras cargó al moribundo y lo posicionó al estilo *Fowler* sobre el respaldo de la camilla, para liberarlo de una obstrucción en las vías respiratorias.

Las compresas de agua tibia en la frente del sujeto para nivelar su temperatura corporal habían dejado de funcionar hace varios minutos. Las soluciones hidratantes directo en sus venas no eran las adecuadas, y el instrumental de emergencias dentro de la unidad escaseaba, haciendo que los auxiliares actuaran de otras maneras en caso de necesitar un plan B; claro está, con poca eficacia para aquella emergencia.

De repente, un salto a causa de lo que parecía ser un bache provocó que varios de los doctores brincaran y varios frascos cayeran al suelo por el casi obscuro e improvisado consultorio.

Pese a la emergencia, el panorama cambió por completo para el conductor, pues a unos doscientos metros del camino, una caseta militar se asomaba por el horizonte, mientras un par de soldados meneaban sus banderines para dar a entender que el conductor debía reducir la velocidad. En vez de eso, el conductor maldijo la situación que le robaría valiosos minutos de viaje, y con la intención de no detenerse por mucho tiempo, extrajo la mano por la ventanilla y

comenzó a moverla en señal de urgencia.

—¡Maldita sea! —exclamó con zozobra y con la cabeza fuera del vehículo—. ¡Un hombre se encuentra en estado crítico! ¡Abran camino, por favor!

Con la indecisión rondando por su cabeza al ver que los militares no comprendían la situación, el conductor no tuvo más opción que lanzar el sonido de la bocina para hacerse notar. Después de perturbar el imponente silencio en el desierto, por fin se asomó una cuadrilla de militares con armas en mano. Los hombres de bandera se pararon en medio de la carretera, bloqueando el camino.

—¡Señores! ¡Traemos a un hombre que necesita atención profesional con urgencia, les ruego nos dejen pasar!

Con los rostros llenos de sospecha, los soldados se acercaron y rodearon la ambulancia, mientras uno de los hombres se acercaba para solicitar la identificación del chofer.

—¡Vamos! ¡No soy ningún contrabandista! ¡El equipo médico se encuentra en la parte trasera!

—Debemos estar seguros de que no esconde nada en el contenedor, señor. Baje del vehículo y ponga las manos sobre el toldo...

—¡Somos de la maldita base! —gritó el conductor.

Desde la madrugada del día anterior, se rumoraba entre los militares que ciertos problemas relacionados con el contrabando en varias partes de Nuevo México se habían suscitado en las zonas aledañas a Roswell; sobre todo en la parte sur del estado, donde varias cuadrillas de bandidos habían asaltado a un grupo de soldados en medio de la nada. Por lo general, los militares más jóvenes que no tendrían más de un año en el servicio y que eran presas fáciles ante granjeros con años de experiencia en las solitarias carreteras eran los que habían reportado el problema. Los rumores se confirmaron cuando se notificó a la base militar que un grupo de mexicanos provenientes de Texas ingresaron en la comunidad de Artesia para intentar robar todo lo que pudiesen por la condición en la que muchas personas se encontraban. Las características de esos *escombros* se habían escuchado hasta el norte de México, ocasionando que las personas se dieran la tarea de conseguir un poco de aquellos restos para después venderlos fuera de Estados Unidos. Hasta el momento, ambas cuadrillas habían sido capturadas y asesinadas en plena escena por oponerse a las órdenes de los soldados.

Nadie confiaba en nadie. Un platillo volador se había estrellado en Roswell y más de un centenar de personas habían sido testigo. Los intereses se percibían incluso fuera de Nuevo México.

—¡El coronel Elmer de la brigada #21 nos ha dado la orden! —gritó el chofer abriendo la puerta del vehículo—. ¡No tienen idea de lo que hacen! ¡Déjenme pasar!

Pero antes de que se acercara al militar, de un costado salió otro soldado con arma en mano, que le apuntó al conductor para que regresara a la puerta. En las redilas traseras, uno de los militares golpeó la reja con el objetivo de comprobar la orden del conductor. Unas voces apenas si se escuchaban allí dentro.

—¡Necesito ver a un médico para comprobarlo, salgan!

—¡Dios! ¡Vengo de la base, maldita sea! —gritaba el conductor con las manos en alto.

Con lentitud y creando un chirrido, la puerta de madera se abrió, y los sudados rostros llenos de frustración se dejaron ver. Uno de los médicos meneó la cabeza señalando en el interior del camión y bajó de un brinco sin prestarle atención al soldado que empuñaba su arma. Cuando el militar se asomó al interior del transporte, comprendió lo que sucedía.

La enfermera sentada junto al cadáver de Sebastián Murrieta no le quitaba los ojos de encima. A su lado, un doctor nivelaba el suero, para después anotar la medida restante en el frasco y alzar la mirada soltando un suspiro. El soldado, sin comprender por completo el suceso, se echó para atrás cuando vio el destrozado rostro que el hombre mantenía sobre la camilla, con restos de sangre seca por toda su ropa. Abrió los ojos como nunca y llamó a sus compañeros para que asistieran a los pasajeros.

El médico, que segundo antes había salido de la cabina, se llevó las manos ensangrentadas a la cintura, bajó la cabeza y esperó la respuesta.

—Señores —indicó el doctor con voz apagada mientras lanzaba la libreta de reportes sobre una gaveta—, el sujeto ha fallecido, no hay nada que podamos hacer.

Y así, con el temor y la culpa rondando en sus conciencias, todo el personal médico guardó silencio antes de subir de nuevo a la ambulancia y conducir hasta Albuquerque para reportar el fallecimiento del ciudadano. Sin la necesidad de una valoración completa, el equipo de emergencia llegó a la conclusión de que Sebastián había fallecido por una hemorragia cerebral que se prolongó durante varios minutos antes de terminar con su vida.

67

Con la ayuda de Arthur y con el rostro blanco de la impresión al ver a sus padres aparecer en su casa, María sentó a Clara en la silla mientras acomodaba ciertas prendas en el sillón.

—¿Cómo que no ha regresado? ¿Al menos sabes en dónde se encuentra la bodega? —Arthur le preguntaba una y otra vez a su hija cuando notó la ausencia de su yerno.

—No, papá, con todo lo sucedido, debe estar esperando a que lo dejen pasar. ¿Cómo están ustedes? ¿Ya saben qué es lo que sucede?

Arthur dejó las cosas de Clara sobre una silla y se limpió el sudor con la camisa.

—¿Te han visitado los militares?

—Hola abuelita —se escuchó la voz de una niña por el pasillo.

—Sí, hace como una hora —contestó María sin quitarle la mirada a su madre que al parecer, continuaba sofocada por el calor—. Un coronel se presentó en nombre del estado de Alabama diciendo que debíamos quedarnos en casa hasta que las órdenes cambiaran. En todo este tiempo solo he pensado en ustedes. ¡Gracias a Dios están bien! —la mujer se abalanzó hacia su madre y la abrazó—. ¿Quieren un vaso con agua? Se ven acalorados.

—Sí, hija. Muchas gracias.

—Hola, muchachita. ¿Cómo estás? Es bueno verte, cariño —expresó Clara cuando la pequeña Isabel se acercó hasta ella.

—¿Están bien? ¿No las trataron mal o algo parecido? —Arthur seguía a su hija con la mirada, mientras ella iba y venía con el semblante repleto de intranquilidad.

—No, fueron muy amables, pero nos dijeron que no debíamos salir para nada en las próximas horas... ni por ustedes. ¿Cómo es que llegaron hasta acá si todos los caminos se encuentran bloqueados?

—Tu padre puso en su lugar a un grupo de militares que no querían dejarnos pasar hasta aquí —intervino Clara al tiempo que abrazaba a su nieta por la cintura—. Decían algo relacionado con un problema que afectaba a la *seguridad nacional*.

—¿Por qué no los querían dejar pasar? ¿Están bien? —preguntaba María, cada vez más nerviosa.

El desconocido incidente que para algunos de los ciudadanos en Roswell no había sido aclarado en su totalidad para el martes 8 de

julio de tan polémico año de 1947, se había "controlado" en todas las zonas externas a Corona, pero el retener a la fuerza a los habitantes de los poblados, incluso personas de la tercera edad con problemas como la leucemia de Clara, dejaba en claro que los mandatos del Estado no vacilarían por nada.

—Supuestas leyes del país, hija —Arthur dejó escapar un suspiro —. En este momento, los militares se están adueñando de todo lo que está allá tirado. Por cierto, traje comida enlatada extra en caso de no salir en un buen rato; aun así, dudo que todo esto se alargue más de dos días.

—¿Qué está pasando, papá? ¿Saben si todo esto abarca solo al pueblo o en otras partes del país también se están tomando estas medidas?

—Hija —el abuelo tomó del brazo a María y se la acercó a Clara para que también escuchara—, lo que Sebastián trajo hace unos días no es de los militares, y la verdad dudo muchísimo que sea de los soviéticos —titubeó con su familia, temiendo espantar a las mujeres.

—Está bien, pero, ¿qué sucederá después? —María se apretó las manos con temor—. ¿De dónde proviene aquello?

—Nadie tiene la menor idea, hija. No importa qué opinen o las teorías que elaboren, aquello no se ha podido definir con exactitud y los grupos militares en el desierto lo demuestran bien —Arthur se acercó a María quien regresaba de la cocina con un par de vasos de cristal—. Hija, disculpa nuestra llegada… lo hago por tu madre.

—¡Papá! ¡No digas eso! —María dejó los vasos sobre la mesa y abrazó a Arthur—. ¡Ustedes serán bienvenidos siempre! Isabel, hija, lleva las cosas de tus abuelos a la recámara, por favor —ordenó María a la pequeña—. ¡No saben cuánto le pedí a Dios que vinieran hasta acá!

En la sala, la pequeña tomó la ropa de sus abuelos con sus respectivos sombreros, y caminó sin quitarle atención a la escena de su madre y abuelo, quienes al parecer, comenzaban a sollozar por la situación que nadie entendía.

De momento, y haciendo que todos saltaran por el susto, un par de golpes secos en la puerta retumbaron en el interior, interrumpiendo el cálido abrazo entre padre e hija. Mudos, la pareja de abuelos y María pusieron la vista en la entrada imaginando quién sería el visitante, pero antes de que se asomaran para reconocer al hombre que llamaba de ese modo, una voz se dejó escuchar del otro lado:

—¡Señora Murrieta! ¡Tenemos la orden de revisar su vivienda! ¡Su hogar tiene claras sospechas de esconder material que nos pertenece!

Con el corazón detenido por la inesperada sorpresa, la mujer miró directamente a su padre, quien al igual que ella, no se esperaba aquella visita. Al no recibir una respuesta, el hombre en la puerta

golpeó con más ímpetu, dejando en claro sus intenciones.

—¡La inspección se realizará aunque usted no lo quiera! ¡Es preferible no causar daños a su vivienda! ¡Por favor, abra la puerta!

Dentro de la casa, los adultos se miraron con temor, para después ver a su hija caminar lentamente hacia la ventana para no producir sombra que la delatara. Con la indecisión de qué hacer, María puso como prioridad la tranquilidad de la pequeña quien se detuvo en el pasillo con la ropa de sus abuelos. Con un movimiento de manos, la mandó al fondo de la habitación para que los adultos hablaran y así evitar que se asustara.

—¿Qué es lo que desean? —preguntó María con la voz quebrada, sin dejar de ver las sombras por debajo de la puerta.

—¡¿Tienen alguna orden firmada por el Consejo de Investigación para irrumpir en el hogar de mi hija, señor?! —Arthur cambió sus facciones y gritando, se acercó a María.

Silencio.

—¡El señor Murrieta ha confirmado que detrás de la propiedad se han escondido algunos escombros que nos pertenecen!

—¿Mi esposo? —la mujer se lanzó a la ventana cuando escuchó que Sebastián se incluía en la petición—. ¿En dónde está mi esposo?

—No diremos nada más hasta que nos permita la entrada, señora. —El hombre tras la puerta no ofrecía la posibilidad de opiniones—. Queremos hacerlo de la manera más sencilla posible, pero no podemos actuar sin su apoyo. ¿Hay alguien más con usted?

—Mis padres, señor. Son adultos mayores —contestó María—. ¿En dónde tienen a mi esposo?

—¡No pasará nada más hasta que no vea un documento firmado, soldados! —Arthur exponía confianza en sus palabras; de cierta forma, el anciano conocía el *modus operandi* de los militares. Claro, hasta ese momento.

—Como ustedes gusten...

Las sombras debajo de la puerta aún se percibían después de que el hombre cesara con sus peticiones. Un par de voces se escucharon del otro lado de la puerta al tiempo que María se humedecía la garganta del susto, y con el dedo en los labios, mantenía a Isabel detrás de la puerta intentando que no entrara en pánico. Entretanto, la niña, con un semblante pálido, se quedó en su lugar.

Después de interminables segundos en los que las sombras no se movieron y los cuchicheos se hicieron notar, las sombras debajo de la puerta se perdieron en los escalones que crujían por el peso de los sujetos, quienes al parecer, salían de la propiedad. Lo primero que María hizo fue asomar su cabeza por la ventana y sentir paz cuando los militares partían al exterior del terreno.

—Se van... ¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer, papá? Saben lo que

Sebastián tiene allá atrás.

—¿Atrás? ¿De qué estás hablando, María? —preguntó Clara cambiando la cara.

—¡Tienen a Sebastián! ¡Por Dios! —la mujer se llevó la mano al cabello y se dejó caer en la silla—. ¡Sabía que esas cosas traerían problemas!

—¡Mamá! ¿En dónde está mi papá? —Isabel salió corriendo de su escondite y abrazó a su madre por las piernas—. ¿Qué pasa?

Mientras Arthur continuaba con la mirada perdida en dirección al par de soldados, se imaginó a Sebastián siendo intimidado por los militares en caso de no decir la verdad acerca de algo que no tenía una explicación para la mayoría. Frente a él, María cargaba a la niña entre sus brazos y la sentaba en sus piernas, para después volverse a asomar estirando el cuello.

—Se han ido... no pasa nada, cariño.

—Siéntense, tenemos que hablar de los posibles panoramas que estén envolviendo al pueblo. Arthur, ¿qué sabes de esto? —Clara cerró los ojos y suspiró agradeciendo que la solicitud del soldado no pasara a mayores.

Dejándose caer en la silla y con la duda en la lengua, Arthur dijo:

—Los militares han recuperado algo en el desierto, algo que posiblemente viene de allá arriba... del cielo. Nadie sabe hasta el momento de qué se trata, pero muchos rumoran que es similar a un cohete o algún trasto. También se dice que tiene pinta de ser un avión. Lo que ha convertido un circo a estos escombros es que los materiales no son de acero o de aluminio… son similares a los que encontré hace años.

Arthur miró cómo su esposa se incorporaba sobre la silla y fruncía el ceño, como siempre lo deformaba cuando escuchaba algo que no era de su agrado.

—¿Por esa razón has estado tan raro, Arthur? —la mujer fulminó a su esposo con la mirada—. Pudiste haberlo dicho antes de que todo esto sucediera; ahora los militares han detenido a Sebastián y se han plantado en la puerta de mi hija amenazando con entrar.

Apenado, Arthur asintió a los argumentos de su esposa.

—¿Qué tiene que ver Sebastián en todo esto? —la mujer volvió a cuestionar—. Él jamás pondría en riesgo a su familia.

—Ha enterrado unos cuantos restos en la arena, mamá —María se confesó por la tonta decisión de su marido.

—¡¿Qué ha hecho?! ¡¿Cuándo pensaban decirme tal estupidez por parte de Sebastián?! —estalló Clara con un cabreo más que justificado.

Isabel, seria y preocupada, pero en silencio por ver a su abuela enojada por primera vez, se mantenía atenta a la discusión.

—Ya no importa, Clara.

—¡¿Ya no importa?! ¡Aquellos soldados nos han amenazado, Arthur!

—Cariño, los militares harán lo que sea para recuperar aquello que la gente hubiese conseguido a lo largo de los últimos días. Sebastián no es la única persona; basta con que alguien hablara con sus vecinos acerca de esa basura para ser interrogado hasta la saciedad. El gobierno no tiene pensado descansar hasta mantener todo esto en orden. Todo Roswell se encuentra así... estoy más que seguro de eso.

—Tal vez detuvieron a Sebastián en la ciudad y lo obligaron a decir la verdad. Tranquila, mamá —intervino María para calmar los aires entre sus padres—. Yo misma le dije que tarde o temprano la base militar reclamaría esa basura.

—Sebastián ha confesado. Si les decimos todo lo que nos piden...

—¿Están locos? ¡¿Por qué no me dijeron nada?! —Clara intentó levantarse.

—No pensamos que las cosas se saldrían de control...

—¡Pues se han salido! —gritó la abuela con decisión—. Ahora el padre de mi nieta está siendo interrogado por esos malditos. ¡Saquen esa basura de aquí antes de que los obliguen a hacerlo!

—Mamá, cálmate, por favor. Se han ido, lo mejor es esperar la visita de otro militar para que nos apoyen con la situación. Ellos tendrán lo que necesitan, pero deben tenernos paciencia...

—¡¿Paciencia?! —Clara perdía los estribos poco a poco—. ¡Han venido a amenazarnos!

—Las cosas no dependen de nosotros, Clara —interrumpió Arthur —. No estamos hablando de un avión o de algún artefacto de los militares; esto supera todo lo que nos podamos imaginar, además...

De momento, Arthur fue interrumpido cuando sintió la pesada mano de su hija sobre su brazo. La mujer, con un alarmismo que le erizó la piel, se levantó de la silla y estiró las manos suplicando silencio a sus padres. Cuando el entorno quedó en completo silencio, todos lograron escuchar. Unos pasos acercándose, que poco a poco se intensificaban, pusieron en alerta a María que sin pensarlo, se asomó por la ventana para comprobar quién los ocasionaba. Lo que vio a continuación, la dejó perpleja y sin tiempo de hacer nada.

Con una escandalosa patada que retumbó hasta los ventanales, Randolph Dolphin derribó la puerta, haciendo que todos se volvieran con asombro. En cuestión de segundos, el enrojecido teniente dio una zancada hasta la familia y, con un movimiento agresivo agarrando la mesa, la levantó por los aires. Sin tiempo para reaccionar, los ancianos y la niña cayeron golpeándose contra el piso y los muebles. Dolphin, con una zancada hasta Arthur, desenfundó su Colt .45 y la conectó directamente a la frente del anciano.

—¿En dónde están?

Detrás del teniente, un par de soldados entraron siguiendo los pasos del superior, dando inicio a la búsqueda por las habitaciones. Uno de ellos, con pala en hombro, abría las humildes puertas de la familia y las azotaba contra la pared, astillando la madera.

—¡¿En dónde mierda están?! —gritó Dolphin.

El abuelo, con los ojos perdidos y la boca abierta por el shock, no entendía lo que pasaba. Pero cuando Dolphin no recibió respuesta por parte de Arthur, se giró y colocó el cañón del arma sobre pecho de la niña.

—¡No! —gritó María a todo pulmón con las manos temblando de pánico—. ¡Están enterrados junto a la roca! ¡No le hagan daño a mi familia, por favor!

Clara, con los ojos mirando a la nada por el miedo y con el cuello doblado por el impacto de la caída, era incapaz de moverse, pero sus sollozos de terror y dolor se hicieron presentes.

Isabel, con un rostro de terror y confusión, agachó su cabeza y lanzó un quejido que derrumbó a María, haciendo que la mujer se orinara en las bragas.

Cuando los militares escucharon la confesión de la mujer, salieron al patio trasero y comenzaron a buscar entre la arena posibles señales de manipulación en la tierra. Adentro, Dolphin regresaba el revolver a la frente de Arthur.

—¡Por la maldita vida de tu padre y de tu hija, te juro que si no hay nada allá afuera les vuelo la cabeza! —Dolphin clavó sus ojos en María, al tiempo que escupía al hablar.

Inconsolable, y con una crisis nerviosa, María se arrodilló y se soltó a llorar de la impactante y traumática escena que la desarmó allí mismo.

—¡No le haga daño… por favor!

Cuando Arthur se recuperó del evento, se acercó lentamente a su esposa, que aún continuaba postrada en el suelo, y a unos centímetros de ella, se percató de que la mujer sangraba de alguna parte. Por la incómoda posición en la que la mujer se había derrumbado, no definió con claridad el origen del sangrado.

En el momento en que Randolph escuchó las palas entrando y saliendo por la tierra, se guardó el arma y se alejó un par de metros de la familia, sin quitarles los ojos de encima.

Isabel, a quien no le importó en absoluto las circunstancias, se levantó y corriendo en dirección a su madre, se soltó a llorar entre sus brazos. A escasos metros de ellas, el teniente se aproximó al pequeño refrigerador y lo tumbó de una patada, ocasionando que todo en su interior se quebrara. Caminó hasta la alacena y con un jalón, la derrumbó creando un estruendo que asustó a María con Isabel en brazos. Trastos, vasijas y adornos que tanto cuidaba la familia rodaron

por el suelo en todas direcciones. Las agitadas manos de Dolphin vaciaban los utensilios en busca de más "producto" que escondiera la familia, pero el energúmeno solo encontraba polvo y una que otra cucaracha que corría para esconderse.

—¡Teniente! ¡Venga aquí! —se escuchó un llamado desde el patio que puso en alerta a Randolph.

Sin perder en cuenta su objetivo, Dolphin gritó el nombre de uno de los soldados, quien entró como un rayo a la casa para recibir la orden.

—Cuídalos. Si intentan escapar, mételes un tiro.

Antes de salir al patio, Dolphin lanzó una atroz mirada que intimidó a la familia aún postrada en el suelo, lanzando uno que otro lamento de terror. El joven soldado que había entrado por orden de Dolphin se recargó sobre la pared, sacó su arma de la parte trasera del pantalón, y con una cruda sonrisa, se la mostró a Isabel.

El teniente coronel que segundos antes impactó contra la propiedad de los Murrieta, apareció de nuevo en la cocina, esta vez cargando una bolsita de arpilla con lo que parecía ser el objetivo de dicha intervención. Sostenía entre sus dedos una bolsa de al menos un kilo de arena para después entregársela al militar y señalar a la puerta. Dándole la orden de salir.

El teniente se acercó muy despacio hasta la familia postrada en el piso, y les preguntó:

—¿Algo más que deba saber?

Por la asustada mirada de todos, Dolphin comprendió que no contestarían tan fácil. Sacó nuevamente su revólver, y acomodó el dedo sobre su gatillo.

—¡¿Algo más, carajo?!

—No, es... es todo —habló María con los ojos repletos de lágrimas.

—¿Estás segura? —sonrió Dolphin—. ¿Qué garantía me puedes dar, perra?

—¡Es todo, Dolphin! —se escuchó la voz de Arthur.

Con sutileza, Dolphin se acercó al anciano y lo encaró por casi medio minuto. Después de eso, les dijo:

—Yo sé que ninguno de los adultos hablará, eso está claro. Su maldita vida ya no le importa a nadie... pero la pequeña cara pecosa me ayudará, ¿verdad? —el teniente cambió su vista y la plantó en Isabel.

—¡Deje en paz a mi nieta! ¡Se lo imploro! —exclamó Clara, quien lentamente se había sentado junto a la pared con el brazo rasgado a causa del impacto.

Con paso lento y sin escuchar las palabras de la anciana, Dolphin se abrió camino entre la mesa volteada y el resto de las sillas para ponerse en cuclillas frente a la pequeña que, ni corta ni perezosa, se

aferró a su madre.

—¿Sabes si tu padre ha escondido algo más?

La niña meneó su cabeza con temor. Las facciones del teniente sin duda la traumarían de por vida.

—Bueno, al parecer tú tampoco me quieres ayudar, no te preocupes. ¿Te digo algo, niñita? La verdad, tarde o temprano se descubre. —Con una sonrisa, Dolphin se puso de pie.

Por la puerta trasera de la casa entró el segundo soldado con la pala en el hombro y el uniforme repleto de arena. Sin decir nada, salió siguiendo a su compañero.

Dolphin caminó hasta la puerta, y por alguna extraña razón, se mantuvo inmóvil varios segundos. Muy cerca de él, el par de soldados vio a su superior que se giraba y con la misma tétrica sonrisa, regresaba con la familia para alcanzar a la anciana quien aún se lamentaba en el suelo por algún daño físico que la torturaba. Con un inesperado movimiento, la tomó del brazo y la arrastró para ponerla frente a Isabel.

Al instante, Arthur se levantó para socorrer a su esposa que era arrastrada por toda la habitación, pero una vigorosa patada en el estómago lo devolvió al suelo. María, con asombro y perplejidad, se abalanzó hasta su madre que luchaba de forma inútil por zafarse de las manos de Dolphin.

—¡Me vas a decir de una puta vez en qué otra parte han escondido más basura, niña! ¡Más te vale que me digas si no quieres ver a tu abuela morir aquí y ahora! —Dolphin agarró su pistola y la colocó en la sien de la anciana, que lloraba de rodillas por la desesperación.

—No... abuelita… —Isabel apenas si pudo emitir palabras cuando vio a su abuela tumbada en el suelo con el arma apuntándole directo a la cabeza.

—¡Dímelo de una vez, carajo! ¡Nadie va a reclamar un cuerpo en putrefacción como el de esta puta! ¡¿En dónde carajos ha guardado el bastardo de tu padre más basura?!

—Mi papá… —La niña sollozaba al tiempo que se ponía de rodillas por las piernas que le fallaban—. Mi papá... me dijo que... escondió más... en casa de mis abuelitos.

Cuando todos escucharon la confesión de la niña, quedaron como piedras. Desconocían por completo un segundo lugar de resguardo para aquellos restos que Sebastián se había encargado de ocultar.

Dolphin soltó a Clara haciendo que se golpeara por segunda vez en el brazo y caminó directamente hasta Arthur, quien gemía del dolor provocado por el puntapié. Lo sostuvo de la camisa y con una sola mano, lo levantó decidido a todo.

—¡Papá! ¡No! ¡¿A dónde lo lleva?! —gritó María, quien no se decidía en ayudar a su madre o correr tras el teniente que sostenía y

arrastraba a su padre para llevarlo al frente de la casa.

Cuando María intentó salir, el par de militares le cortaron el paso con arma en mano y de un empujón, la regresaron al suelo.

—¡Déjenlo, por favor! ¡Ya les hemos dado lo que querían! ¡Dejen en paz a mi papá, por favor!

La niña, aún conmocionada y luchando por comprender lo que acababa de ocurrir, no articuló ni un músculo y se mantuvo de rodillas con el rostro completamente enrojecido del miedo, para después soltarse a llorar por el impacto emocional.

Afuera, Dolphin aventó al anciano sobre la tierra y colocó su revolver en la cabeza.

—¡Maldito seas! ¡Debí haber hecho esto desde el principio!

—¡Dolphin, levanta el arma o disparo! —Una voz, seguida de una sombra se escuchó de entre los arbustos.

—¡Si disparas, me veré en la obligación de dispararte también!

Cuando el teniente giró su cara dejando ver la arteria del cuello a punto de estallar, se quedó inmóvil por la intervención de los agentes del FBI, que alertas a todo movimiento, decidieron actuar para evitar otra imprudencia del militar.

El arma del agente Norman Brush, quien era seguido por su compañero, no le dejó otro remedio a Dolphin que alzar las manos y mirar a un grupo de militares que seguían a los detectives para rodearlo. Una cuadrilla de soldados frenaba por la parte trasera con otro vehículo mientras levantaba un nubarrón de arena. De los costados, jóvenes militares de uniforme pistache saltaban hacia el terreno en dirección a la propiedad.

—¡Vienen por ti, maldito! —gritó el detective Fischer con temor de que el enfermo disparara su arma.

En medio del terreno, Randolph quedó absorto y lleno de rabia por la interrupción causada por el FBI. Sabía con seguridad que las consecuencias no serían penadas como todos creían… a pesar de eso, cedió.

—¡Estos cerdos me han confesado otro escondite en Arabela! ¡Esconden *producto*! ¡Asesínenme y salven a estos traidores a la Patria! —gritó Dolphin—. Al sujeto lo he entrevistado antes y me ha mentido con su testimonio, ¡ahora vemos que realmente sabía algo! ¿Eh? —el teniente Dolphin apretó los dientes mientras clavaba los siniestros ojos en el par de militares que se acercaban por su derecha debidamente encañonados.

Muy en el fondo, el par de detectives y el conjunto de soldados que se acercaban sabían que Dolphin tenía razón. Las órdenes eran claras y repetitivas como para no acatarlas a detalle.

—¡Teniente coronel Dolphin! —gritó por detrás un hombre, quien sin algún tipo de arma, se acercó hasta Randolph—. Por órdenes del

general Harold Campbell me veo en la penosa obligación de llevarlo conmigo a la base para ser procesado ante las autoridades. Si usted decide asesinar al ciudadano que tiene de rodillas, me veré en la necesidad de ordenar a mis hombres a que abran fuego contra usted y contra el par de militares que lo han acompañado hasta acá.

Los inexpertos soldados parados en la puerta de la casa escucharon todo, y se echaron a temblar por la orden del recién llegado.

—A partir de hoy, los agentes tienen los mismos derechos y responsabilidad que el cuerpo militar, así que por su bien y el de esos militares que serán procesados por interrumpir órdenes, les recomiendo que cedan…

—¡Soldados! —gritó Dolphin interrumpiendo al coronel. Con la mano levantada, el rabioso teniente llamó al par de militares que bloqueaban a las deshechas mujeres dentro del hogar. Les indicó que se acercaran para obedecer al superior—. ¡Hagan lo que dice el coronel! —Randolph aventó su arma y soltó a Arthur.

Sin pensarlo, el coronel Eric Milto del escuadrón #3 de la base Andrews Field, extrajo un par de grilletes y con la mano les dio la orden a los demás para que iniciaran la "captura" del par de soldados. Los detectives enfundaron sus Smith & Wesson y entraron a la propiedad, atraídos por los sollozos y gritos de las mujeres. Solo para confirmar el peligro inminente que Dolphin representaba para la sociedad.

Las mujeres y la niña llorando de manera inconsolable les produjo a los sujetos un sentimiento de asco hacia el teniente que estaba siendo esposado y encaminado a la Jeep. En tierra, un grupo de militares ayudaban al anciano a levantarse.

—Señor, sosténgase de mi brazo, lo llevaremos a la base para verificar que todo se encuentre bien...

—No —se interpuso Arthur con la voz quebrada—. Estoy bien… ayuden a mi familia, por favor.

—Y lo haremos, señor, pero es necesario atender primero sus heridas —insistió el joven haciéndole ver al abuelo que había sido arrastrado varios metros por la arena, ocasionando que su piel se lastimara por la fricción.

Con dificultad a la hora de incorporarse, Arthur miró de reojo a Dolphin que se le notificaban sus derechos basados en la Constitución de los Estados Unidos de América, dándole a entender que a partir de ese momento, quedaría bajo arresto por sus acciones y perdería su cargo.

—¡Papá! —María alejó a los militares de un empujón y a punta de gritos, lo abrazó—. ¿Estás bien? ¡Bendito sea Dios!

—Bien... bien, hija —contestó el anciano, respirando con más facilidad—. ¿En... en dónde está tu madre? ¿Cómo está la niña?

—¡Gracias al Señor están bien! Mi mamá se ha raspado su brazo y está acostada en el suelo… los agentes la ayudarán. Ven, vámonos, nos llevarán a la base con los médicos…

—No —contestó Arthur cuando sintió las fuerzas de su hija que lo levantaba junto a otros militares. Cuando estuvo sentado sobre los escalones de la propiedad, el abuelo inspiró con fuerzas, y les dijo a los soldados—: Expediente #42... Ne... Nevada... orden 83...81... Dolphin.

Las palabras del anciano casi se perdieron entre las voces y lamentos a su alrededor, hasta que la intervención del agente Fischer, que se volvía para escuchar las enigmáticas y comprometedoras palabras que Arthur apenas si podía articular, tomó a María de los hombros y con una media sonrisa, la alejó de su padre.

—¿Qué ha dicho, señor? —preguntó el detective.

Uno de los oficiales por detrás del abuelo, y con el rostro pálido por lo anterior escuchado, no dudó y le gritó al coronel Milto, a punto de iniciar la marcha hacia la base.

—Dolphin... él tiene información que... que ustedes desconocen —dijo Arthur.

Con la sorpresa, y angustia sobre lo que sucedería a partir de ese momento, uno de los uniformados llamó nuevamente con más energía al coronel para que se acercara lo más pronto que sus piernas le ofrecieran, imaginando que el pobre anciano podría morir en medio de aquella escandalosa tos. Era menester escuchar la posible confesión del ciudadano. El detective se hincó y le ordenó a uno de los militares que entrara a la casa en busca de agua para reponer al abuelo. Cuando el coronel estuvo a escasos metros del inhabilitado Watson, Malcolm Fischer se levantó de un brinco y detuvo al coronel para impedir que llegara hasta Arthur.

—Tu abuelo estará bien, hija. En un rato estará con nosotros. —La voz de María consolando a la pequeña que aún lloraba se logró escuchar entre el grupo de militares que veían al coronel alejarse con el detective.

A pocos metros de ellos, el coronel Eric se pasó la mano por el rostro en señal de preocupación y dejó escapar un suspiro de impotencia. Frente a él, el detective Fischer, con la mano en el bolsillo del pantalón, parecía explicar las posibles consecuencias en caso de no actuar por la información que el abuelo había dicho. Fatigado y con la mirada perdida en el suelo, el coronel Eric cortó por completo la conversación con el detective y se dirigió hasta el anciano sentado en los escalones.

—Señor Watson, soy el coronel Eric Milto y vengo desde la base militar de Maryland. He recibido la orden de apoyar al cuerpo aéreo aquí en Roswell. Por la situación que vivimos, sería un grave error

alargar todo esto… así que iré al grano. ¿De dónde ha obtenido esa información y por qué la ha mencionado?

El detective Brush, quien segundos antes se encontraba apoyando a Clara y a la niña, se acercó lentamente con un botiquín de primeros auxilios sin decir nada para evitar interferir en las palabras del anciano. Después entró a la vivienda para ayudar a las mujeres y dejar que su compañero se encargara de la situación.

—Soy veterano de guerra, señor —contestó Arthur, con una vasija de porcelana llena de agua que uno de los militares le entregó—. Ese maldito estuvo bajo mis órdenes en el escuadrón #21, en el bosque de Belleau… hace más de 20 años.

Tanto los agentes como los militares intercambiaron miradas de turbación; todo coincidía. Con la incertidumbre de lo que podría suceder a continuación, giraron la mirada clavándola en Dolphin esposado en el vehículo, quien, sin imaginarlo, también los veía con una fría y desquiciada determinación.

—Señor, ¿sabe usted lo que significa todo esto? Podríamos encarcelar al teniente Dolphin hoy mismo por traición a la patria... eso en el mejor de los casos.

—Por el bien de todos los ciudadanos, es mejor que lo hagan. Tengo más información que los ayudará a terminar con esto, y créanme cuando digo que estoy dispuesto a entregarla al FBI junto a usted, coronel.

—¿Necesita atención médica, señor? —se escuchó la voz del detective Fischer.

—No, estoy bien… por ahora solo quiero saber cómo se encuentra mi esposa.

—Ella está bien, afortunadamente todos están bien. Un par de raspones que no necesitan atención urgente serán tratados por mi compañero. Ahora, sobre la advertencia compartida hace unos momentos... es de vital importancia que no se divulgue entre los pobladores, incluso entre los militares de bajo rango —el detective arrasó al pelotón con la mirada—. Si no le importa, podemos aguardar hasta que el teniente Dolphin sea intervenido por sus superiores y regrese a Nevada por ley. Usted tiene solo dos opciones: terminar de explicar lo que sucede con su familia o acompañar a los militares hasta la base como testigo de lo que Dolphin ha hecho.

—Al FBI y a un superior militar es lo que necesito —dijo Arthur—. Conozco las supuestas soluciones que aplican dentro de la base, y sería un suicidio aceptar ir a hablar hasta allá. Voy, me interrogan por horas, y al final me obligan a decir lo que quieren escuchar—Arthur guardó silencio esperando a que el coronel interviniera, pero este apenas si terminaba de comprender las palabras del anciano—. Estoy dispuesto a entregar la información aquí mismo y con seriedad. Estoy

dispuesto a reforzar la escasa información que tal vez ustedes no tengan… pero requiero un completo acuerdo para que ese malnacido no se acerque otra vez a mi familia.

Las palabras del anciano se escucharon rectas y concisas. Sin importar las órdenes impuestas por Washington, los militares y agentes entendían que las palabras del abuelo serían de apoyo para conocer las circunstancias que los habían mantenido en alerta durante las últimas doce horas… y también para librarse de Randolph Dolphin, quien sin dudas, asignaba más tareas en lugar de aminorarlas.

—¿Qué me dice del segundo sitio de escondite que aseguró el teniente hace unos momentos? —preguntó el coronel.

Arthur ni siquiera comprendía cómo es que Sebastián pudo esconder otro conjunto de restos en su hogar. «¿Cómo? ¿Cuándo? ¿A qué hora?», se preguntaba el abuelo.

Por la forma en que Isabel confesó el *secreto*, se comprobó ante todos que era un "secreto" exclusivo entre padre e hija. Ni María tenía conocimiento de un segundo lugar de escondite.

—De eso hablaremos con calma —intervino uno de los detectives —. Por ahora, no queda más que transportar al teniente Dolphin con el superior en turno para que lo regresen a Nevada hoy mismo. Nosotros nos encargaremos de los detalles.

Irradiando dudas, el coronel asintió y ordenó a los militares que llevaran a Dolphin a la base directamente con el general Campbell, no sin antes a su llegada, mandar a una cuadrilla de soldados a la propiedad para dar continuidad en San Patricio. Mientras el coronel se reunía con la sección de uniformados, el detective extendió los brazos al anciano para ayudarlo a levantarse y acercarlo hasta su familia.

Cuando Arthur estuvo de pie, dio un paso para sostenerse de la reja a causa del tirón debajo de la pierna que lo obligó a tomarse unos segundos. Con apoyo de uno de los detectives, el hombre entró con lentitud a la casa y lo primero que vio fue a Clara con una venda en el brazo y el cabello despeinado. A un lado, en los brazos de su madre y con los ojos inflamados del llanto, estaba Isabel.

—Clara… cariño —A Arthur se le torció la voz y las primeras lágrimas brotaron por sus ojos. Sin preocuparse por nada más, el abuelo se dejó caer nuevamente en las piernas de su esposa, y se soltó a llorar.

68

A ciento cincuenta kilómetros de San Patricio, una incalculable agrupación de oficiales y suboficiales continuaban con el trote de un lado a otro, sin una aparente oportunidad de tomarse un momento para descansar de los violentos rayos del sol. Sin importar que la arena presentara una pulcritud a simple vista en cuanto a más rastros del artefacto caído, los superiores prosiguieron con el mandato de no retirarse del área hasta que el desierto quedara más limpio que antes de que cayera dicho objeto del cielo. Agujeros de casi un metro de profundidad eran cavados para buscar todo resto que más adelante, alguien pudiese encontrar por la zona.

Philip Carter tenía la garganta reseca y los pies a punto de estallar por lo que parecían ser al menos cinco ampollas en la planta del pie, que se combinaban con el sudor de tan extenso y emocionante día. A la redonda, luces artificiales comenzaban a prepararse para una noche igual de compleja que tan infernal día. Con cada hora que pasaba, los soldados continuaban recolectando esas extrañas varillas de madera y trozos de "papel" que fácilmente debían cortarse con unas tijeras, pero que inexplicablemente, era imposible. Después de que los militares estuviesen concentrados en circundar las zonas aledañas a Roswell, se tomaron medidas lo más humanamente posibles para que los uniformados que ahí cumplían una extraña y peligrosa tarea, descansaran. Un par de sándwiches, un litro de agua obligatoria con sal para evitar los colapsos a causa de la deshidratación severa que, con seguridad padecería la mayoría, y una soda para levantar sus glucosas en pleno ojo del huracán fue lo que consumieron durante la tarea de recolección.

Cada treinta minutos, un camión partía a Roswell con una docena de soldados quienes serían llevados a la base para un merecido descanso. Cuando la última escolta quedara en el desierto, el turno de la noche daría inicio para otra larga jornada en busca de más "basura" que debía desaparecer por completo. Con desolación por la hora en que había llegado a la zona, Carter intuyó que su grupo correspondía a las últimas caravanas con destino a la ciudad, y el cuarto camión apenas estaba por salir.

Cargando ahora costales de casi diez kilos en cada brazo para vaciarlos en tambos y llevarlos a la base en caso de que entre la arena

se escondieran pequeños trozos del artefacto que no se veían a simple vista, pero que alguien podía encontrar en el futuro, los militares sustituían la arena del desierto de Tecolote por la del impacto. Arena fresca y sin agua que comprimiera el suelo para evitar sospechas del incidente de un platillo volador.

El soldado de primera clase se inclinó sobre la arena y con un agudo dolor en las articulaciones por flexionar incontables veces las rodillas, lanzó un suspiro de cansancio y contempló por unos segundos los implacables destellos del sol que se despedía por el oeste, dejando una tonalidad entre naranja y rosado alrededor del desierto. Frente a él, las cuadrillas de parlamentarios, con ahora postas en vez de balas, cuidaban el área en caso de que alguien se opusiera a las constantes órdenes que cambiaban de manera espontánea. Y, aunque los uniformados que limpiaban la zona ya podían caminar con serenidad al saber que nadie les dispararía en cualquier movimiento sospechoso, los policías militares les revisaban las ropas a los fatigados pelotones antes de subir al autobús de regreso a la base (incluyendo la ropa interior), para comprobar que no se llevaran nada entre los bolsillos. Si era necesario desnudar a los soldados, lo harían.

—¡Carter! —se escuchó una voz que llamaba al soldado por alguna parte.

Moviendo los hombros de cansancio, Phil se giró para ver al teniente Wilson delante de un par de oficiales que se sentaban sobre una roca con un recipiente metálico en mano, el cual bebían hasta el fondo. Conforme el grupo de la explanada se reducía por la partida de los camiones, el escuadrón #603 de Ingeniería Aérea esperaba la orden del teniente coronel Wilson para salir de allí.

—Tienes cinco minutos para descansar —Wilson le extendió una pequeña olla con agua cuando estuvo cerca de él, y al probarla, supo que era más sal que líquido—. Junto a la carpa hay otro paquete de gaseosas que nadie quiere por el maldito sabor a limón artificial con el que lo hacen —el teniente le señaló a Carter, mientras con la mano, en señal de continuidad, le abría paso al camión que salía en dirección a Roswell.

El primer trago que Carter le pegó al recipiente lo obligó a toser por el insípido sabor a sal que debía ingerir a cada rato por órdenes de los superiores. A su costado, uno de los militares se metió el resto del emparedado a la boca, y empinándose la Crush de naranja, dejó caer la botella vacía sobre la gaveta, para después, con un par de aplausos, limpiarse el resto de migajas y emprender el regreso hasta su posición de trabajo.

Sentado en la piedra, un soldado con su tarro de metal no le quitaba los ojos al contenido.

—Maldito asco…

El soldado asintió sin volver la mirada.

—Al menos tiene agua —sonrió mientras le pegaba el último trago, que lo obligó a poner una mueca.

Después de ver a su compañero tomar el improvisado suero, Philip Carter lo siguió con un trago más profundo, sin prestarle atención al sabor.

—Será mejor que te alejes un poco; no necesitamos que los parlamentarios nos lo digan de otra forma —el soldado alejó a Carter con el recipiente vacío en la mano—. Pobre Eddie, ¿no?

Carter asintió con pesadez.

El militar frente a Carter buscó entre los arbustos el cuerpo sin vida de una cascabel que, minutos antes, había clavado sus colmillos en uno de los soldados cuando introdujo la mano en la arena para escarbar y continuar con la búsqueda. El pobre hombre había metido las manos entre la arena, sin notar que era un nido de serpientes que la madre custodiaba al conjunto de huevecillos, y que saltó clavándole sus colmillos en el antebrazo. La escena alteró a todos en el desierto por los gritos del joven soldado revolcándose cuando identificaron inmediatamente a la *crotalus* que se defendía con el "sonajero", rasgando la piel del desdichado, hasta que uno de los parlamentarios se acercó al desafortunado hombre y tomando a la serpiente por la cabeza, la colocó sobre la arena para destrozar su cráneo con una piedra.

El uniformado tuvo que salir con la siguiente cuadrilla para ser atendido por el personal de emergencia en la base. Todos sabían que las probabilidades de sobrevivir eran bajas después de eso. La cruda imagen que el par de militares compartían en su mente era la del parlamentario quebrando de un pisotón los huevos que allí descansaban en paz. La naturaleza, a punto de iniciar su proceso de vida, fue interrumpida por los humanos gracias a una incansable búsqueda de lo increíble.

Dejando su trasto sin líquido, el compañero de Carter se levantó y con una cojera por las heridas del pie, se acercó hasta él, animándolo a terminar su brebaje con una palmada en la espalda.

—No solo nosotros pagamos el precio de la caída de esa cosa, viejo. Te veo en un rato. Bebe eso de una vez y no sufras más.

Con lentitud, Philip Carter bajó los ojos y entendió a lo que su compañero se refería. Respiró y con una mueca, dio por terminado el suero de un profundo trago.

El Destino se adapta a todos.

69

Isabel mantenía desde hace un rato los ojos hipnotizados en una delgada e inmóvil tarántula que trepaba lentamente por la escoba que María había utilizado para agrupar los trozos de madera esparcidos por todo el suelo. Parecía como si el arácnido hubiese presenciado aquella indeseable desgracia junto a la familia, haciendo que se quedara estática por unos minutos. De momento, el artrópodo cambió de posición y, conectándose con la pared, escapó al desierto por uno de los huecos de la vivienda.

La niña, después de un pequeño estornudo, agarró la punta de su rosado vestido que con tantas ganas le había enseñado a su abuela, y se dio cuenta de que por alguna razón, en el interior de su nariz aún existían residuos de tierra a causa de los muebles y la arena al momento en que los militares escarbaron el patio trasero de su casa. Frente a ella, recostada en el sofá y lanzando un lamento de dolor, Clara extendía el brazo para que el detective Norman Brush terminara de aplicar el último trozo de cinta adhesiva sobre la venda que cubriría sus raspones.

En la entrada principal, sin puerta a causa del impacto de Dolphin, el coronel Eric Milto se recargó sobre la pared con los nudillos debajo de la mandíbula, y sin dejar de mirar por la ventana, se perdió en la enorme obscuridad del exterior pensando en que el siguiente movimiento efectuado por la base debía ser preciso y cauteloso. Después de tantos años, algo por fin lo ponía a temblar.

Por la puerta que conectaba a la cocina y al patio, se dejaron ver un par de sombras que se acercaban con sillas de metal en mano (hechas por Sebastián) y un par de baldes metálicos que, seguramente, le servirían de asiento a alguien durante la entrevista que estaban a punto llevar a cabo.

El detective Brush cerró de un golpe la gaveta con material de auxilio y se apoyó sobre su rodilla para lograr incorporarse. Con la cabeza inclinada en señal de respeto, salió de la casa para guardar de nuevo el botiquín en el auto y notar el agradable clima que allí se sentía, haciéndole recordar aquellos viajes con sus padres durante la universidad por el sur de Texas. Metió la mano por la ventanilla semiabierta del Sportsman y jaló el seguro para abrirla, ocasionando un chirrido. Devolvió el botiquín al interior, y antes de cerrarla de

nuevo, extrajo la cajetilla de cigarros de su camisa. Palpó los bolsillos buscando las cerillas, pero al no encontrarlas, decidió meter la mano en el saco de su compañero que colgaba en la parte trasera del auto y que sin dudas, traería unas extra.

Prendió el cigarrillo y alzó la vista al cielo, disfrutando del humo dentro de sus pulmones para tomarse unos segundos e identificar a la Osa Mayor, que comenzaba a presentarse en tan limpio e imponente cielo. Cerró la puerta y aflojándose la corbata, dio marcha con paso lento en dirección al hogar, no sin antes disfrutar del silencio que le ofrecía aquella parte de Nuevo México. Y antes de ingresar al hogar, Brush le pegó una buena inhalada a su Marlboro y lanzó el resto de la colilla entre la arena.

Ya en la vivienda, el agente se percató de que María levantaba a la niña de la silla para sentarla sobre sus piernas, a su turbado compañero que flexionaba las rodillas para dejarse caer sobre el balde que funcionaba como asiento, y a un coronel que arrastraba uno de los bancos para iniciar el testimonio de la familia. Y como si lo estuviese esperando, Arthur asintió a la entrada del agente para confirmar que la situación debía resolverse lo antes posible.

—¿Qué sucedió con Dolphin y mi yerno, coronel? —preguntó el abuelo aún con el rostro rojo—. ¿Por qué nos han atacado de esa manera? Quiero la versión real y no la que le venden a la mayoría de los ciudadanos, por favor.

—Su yerno ha confesado un escondite dentro de su propiedad; aquellos restos le pertenecen a la base militar... Por lo que tengo entendido, lo que prosigue después de la captura del teniente coronel Randolph Dolphin es reportarse con su general en Nevada para su regreso obligado hasta Indian Springs y para ser procesado. Pero si usted sabe algo más, es mejor que se resuelva a tiempo, señor —el coronel miró a los detectives esperando a que el abuelo interviniera en su petición; al final de cuentas, él era quien quería hablar.

—Comencemos con el testimonio de la pequeña para después pasar al asunto del señor Watson con más cautela —sugirió el detective Malcolm Fischer mientras cruzaba la pierna para utilizarla de pupitre —. Isabel, hija, ¿qué más te ha dicho tu padre?

—¿En dónde está Sebastián? —intervino María con los ojos inflamados del llanto—. Nadie hablará hasta que sepamos que ha sucedido con él.

La niña dudó un segundo y recorrió a sus abuelos con la mirada esperando recibir su aprobación frente a esos extraños sujetos. Los abuelos, motivando a la niña, se limitaron a esperar su respuesta.

—¿En dónde está mi papá? —preguntó Isabel con la voz dañada.

El par de detectives enmudecieron cuando entendieron que no pasaría nada hasta que algunas dudas fueran contestadas a los

familiares. Fischer suspiró y antes de que pudiese hablar, el coronel Eric intervino.

—La razón por la que Dolphin discernió en los restos escondidos en la parte trasera de su hogar, fue porque su esposo confesó —el militar entorpeció al hablar cuando vio la cara de Isabel, quien no le quitaba la atención de encima—. Dolphin perdió el control y agredió a su esposo.

La familia allí sentada sintió cómo un balde de agua fría caía sobre ellos cuando la noticia del coronel se escuchó en la vivienda. María se llevó la mano a la boca cubriéndose parte del rostro, mientras Isabel se abrazaba de su abdomen para esconderse entre sus brazos. Por los sollozos de la madre y de la niña, el detective Brush inclinó la vista y guardó silencio, sin olvidar la cruda imagen del ciudadano postrado en el suelo con la cara deformada por los golpes de Dolphin.

—¿Qué...? ¿Qué fue lo que pasó...? —preguntó Clara con dificultad.

—Después de varios minutos hablando con el señor Murrieta, reveló la verdad. Eso, al parecer, irritó a Dolphin por la pérdida de tiempo que nos llevó la entrevista donde su esposo solo inventaba versiones para ocultar lo que sabía…

—¿Y qué han... qué han hecho ustedes, idiotas? —volvió a preguntar Clara con dolor en las piernas, pero decidida a obtener una respuesta.

—Se han ocupado del su yerno, señora. Ahora mismo va camino a Albuquerque, donde lo atenderán de manera profesional. Tendremos noticias cuando los militares se presenten de nuevo aquí…

—¡Malditos sean, hijos de puta! ¡¿Qué diablos les pasa por la puta cabeza?! —gritó María con el rostro más que enrojecido por la ira, para después soltarse a llorar abrazando a su hija.

—¡Ustedes los militares serán responsables de lo que suceda con mi yerno, cabrones! ¿Cómo es posible que un psicópata como Dolphin ande por la vida sin que lo castiguen? ¡Ustedes lo pagarán! —gritando e intentando levantarse del sillón con los ojos colmados de lágrimas, Arthur enfrentó a los sujetos que se supone debían proteger a Sebastián.

El coronel Fischer se levantó y extendiendo los brazos al frente para calmar al abuelo, contempló en sus ojos el dolor que le provocaba no saber nada de su familiar cuando estuvo cerca de él. La boca de Arthur temblando de coraje y los ojos llenos de tristeza se combinaron con los sollozos de las mujeres, que no terminaban de entender la situación.

—Señor Watson, cálmese. Por favor...

—¿Que me calme? ¿De verdad me lo estás pidiendo, cabrón? —Arthur frunció el ceño con dolor entendiendo que su yerno había sido

lastimado—. Juro por mi vida que todos ustedes estarán en prisión si algo sucede a Sebastián.

Los detectives sintieron la fuerza del anciano, que luchaba contra sus cuerpos para llegar hasta el coronel sentado. Pero el desconsuelo tarde o temprano terminó por devolver al abuelo al sillón.

De reojo, el detective Fischer se percató de que Clara lloraba sin emitir facciones, sobre un cojín de lana que abrazaba con dolor.

—El problema no es el equipo militar de la base, señor. El verdadero problema es Dolphin, y usted lo sabe —contestó el coronel Eric con decisión, pero no pudo evitar sentir pena cuando miró a la pareja de ancianos y a María con la pequeña sollozando en silencio.

—Todo estará bien, se los juro...

Y aunque los detectives y el coronel sabían que darle unos cuantos minutos a la familia para procesar la noticia de Dolphin y Sebastián sería lo mejor, debían atender lo antes posible la misma interrogante que a todos les rondaba por la cabeza: ¿Cómo había sido posible que Sebastián actuara con tal rapidez al *irrumpir* en el hogar de los suegros y enterrar más escombros sin haberlo ellos notado?

De manera automática, una incógnita más se agregó a los presentes:

«¿Existirá algún otro lugar aparte del que solo sabía Isabel?»

Con pesar y corriendo el riesgo de que Arthur lo obligara a callar, el detective Fischer decidió mirar a María y romper el silencio.

—Señora, entre menos tiempo nos encarguemos del segundo escondite de su esposo, más sencillo será protegerlos. Les recomiendo sinceramente que toda la información se recopile a tiempo y nos evitemos una situación como la que se presentó hace un rato.

La fría mirada de Arthur se clavó en la del detective. Y sabedor de que aquello era verdad, decidió no decir nada.

—Hija —María despistó a la pequeña que se había desviado de la pregunta del detective—, lo que tu padre guardó en casa de tus abuelos es muy importante para los detectives... diles todo lo que tu papá te ha dicho —la mujer acarició el cabello de la niña, aún con lágrimas en los ojos.

—Solo me ha dicho eso, mamá —Isabel sintió la penetrante mirada de Eric y abrazó a su madre cubriéndose el rostro.

Al percibir la duda en las palabras de la niña, el par de detectives se lanzaron una mirada. Con paciencia, Brush dejó la libreta en el suelo y se pasó la mano por la cara despabilándose del sueño que arrastraba desde hace horas.

—Sería buena idea que la pequeña se retirara a su habitación para que pueda poner sus ideas en orden y en unos minutos, cuando ella se encuentre mejor, charlemos. ¿Les parece prudente?

—Mi hija necesita descansar, detective. No más preguntas. Ya nos

ha dicho lo que sabe, por favor... ya no la involucren más.

A su costado, Eric Milto suspiró y bajó la cabeza. El silencio que se creó en la casa hizo que María interrogara a su padre con la mirada esperando a que él confirmara si era buena idea retirar a la niña como los sujetos decían. Arthur, sin embargo asintió con los ojos cerrados.

Después de que madre e hija salieran de la sala, la tranquilidad invadió la casa para solo dejar oír el sonido del viento y a los grillos que sonaban en la arboleda, a pocos metros de la vivienda. El coronel Eric se puso de pie y se recargó sobre la pared intuyendo quién sería el próximo individuo a interrogar. Cruzó los brazos y con la punta de los dedos, comenzó a crear remolimos entre los vellos del antebrazo. Frente a él, vio cómo Arthur le susurraba algo a su esposa, para enseguida obsequiarle un cariñoso beso en la mejilla.

—Mi esposa necesita descansar. La acompañaré a la habitación de mi hija —Arthur se levantó y extendió los hombros para que Clara se incorporara, mientras con paso lento, se alejaban de los detectives y del coronel.

Segundos más tarde, cuando María aprovechó para vestir a su hija y recostarla para que descansara por ese día, el agente Fischer cambió la hoja de su libreta y dirigió la mirada a su compañero, quien se acercaba a la mesa para llenar su vaso de agua. Las ruinas del hogar quedaron en un incómodo silencio entre los tres sujetos.

En la puerta del fondo, María salió de la habitación con un peine en la mano y una bandeja con trozos de pan secos.

—¿Pasa algo, papá? ¿Mamá, estás bien? —preguntó María al ver a los abuelos caminar a la habitación.

—Tu madre necesita descansar, hija.

—Llévala con la niña y en un momento los alcanzo. Allí dentro hay una vela encendida. Cuidado al entrar, mamá.

Clara y Arthur asintieron a las palabras de su hija y comenzaron a caminar hasta la recámara de su nieta, pero el sonido de unas llantas frenando sobre la arena del patio los despistó, haciendo que el coronel Milto empuñara su arma del inesperado ruido y saliera de una zancada hasta el terreno.

A unos metros de la casa, una Jeep militar hizo que el coronel Eric guardara de nuevo su arma y corriera hasta el pelotón recién llegado.

Bloqueándole el paso a los abuelos hasta saber quiénes eran los militares, los agentes se llevaron las manos al cinturón sin quitarle la mirada al coronel desde la ventana. Y con sumo cuidado, se acercaron a la puerta.

—Son ellos. Esperen un segundo —dijo el detective Brush, para después salir corriendo detrás del coronel.

Cuando Eric Milto estuvo cerca del primer soldado que bajaba de un salto de la camioneta, sintió temor al darse cuenta de los rostros

agobiados de los soldados. Mientras con una sensación de nervios, sospechó que se trataba de alguna noticia que complicaría aún más la situación.

—¡Soldados, fórmense en línea recta frente a la vivienda! —gritó uno de los militares desde la camioneta.

Y, antes de que otro vehículo terminara de rodear la casa de los Murrieta, uno de los oficiales bajó de la Jeep y se acercó al coronel, o al menos eso fue lo que distinguió el detective Fischer, quien tenía la mano sobre el revólver esperando desde la ventana.

Nadie confiaba en nadie durante esos minutos, y corrían el riesgo de alguna ofensiva militar *sorpresa*. Fischer sabía que el testimonio de Arthur mantenía una clasificación en el rango "*Secreto*", basado en la orden ejecutiva con numerología 8381 que años atrás, el presidente Franklin Roosevelt había firmado. Ciertos militares de alto rango, junto al FBI, tenían conocimiento de tales decretos, e incluso dentro de sus reglamentos (el artículo #1 de la ley de 1938) el ciudadano debía ser custodiado para evitar su contacto con el exterior. Ahora, para ayudar o para ser una piedra en el zapato, Arthur tenía información extra que tal vez ninguno de ellos conocía.

Desde la sala y sosteniendo a su esposa del brazo, Arthur imaginó que los soldados traerían información sobre Sebastián. El abuelo sintió como si el estómago se le revolviera, al tiempo que miraba a su hija que se acercaba a la puerta con la respiración agitada, solo para ver de qué se trataba la llegada de los militares. El Destino, en ocasiones cruel, les daría la razón muy pronto.

Después de cinco minutos en los que el coronel Milto agachaba la cabeza al escuchar las novedades de la base militar, María se aproximó al exterior de la casa para escuchar lo que tenían para ella. La mujer le agradeció a la vida que Isabel se encontraba en su habitación en caso de que las noticias no fueran tan agradables.

Cuando el coronel terminó de dialogar con su compañero, se giró para contemplar a María a escasos metros de él, y con pesar, caminó hacia ella. La mujer, esperando recibir información de su esposo, se acercó hasta el superior y, sin querer escuchar, lo interrogó con la mirada. Milto se retiró el gorro en señal de respeto hacia la mujer y con mucha pesadumbre, bajó los ojos.

Soltando un agudo llanto, la mujer deformó su rostro ahogando un crudo grito que la doblegó e hizo que cayera de rodillas sobre la tierra, pero con agilidad, el coronel se lanzó sobre la desarmada mujer y la asistió en su pérdida, para quedarse un buen rato allí con ella.

Muy cerca de la entrada, Arthur se asomó solo para confirmar que el llanto provenía de su hija. Detrás de él, Clara, sentada en una de las sillas comenzó a sollozar cuando vio a su marido arrodillarse al presentir que Sebastián no regresaría más. El abuelo, destrozado y

llorando de manera lamentable junto a su esposa, fue soportado por el detective Brush que se acercaba preocupado por los tambaleos del anciano, imaginando que podía caer por el impacto emocional.

Mientras tanto, Malcolm Fischer se acercó al pasillo hasta la habitación para impedirle el paso a la pequeña en caso de que quisiera salir a escuchar lo ocurrido. Por aquel día, Isabel ya tenía más que suficiente. Y con el sabor de la tristeza en su garganta, los agentes se limitaron a escuchar el llanto de los ancianos.

Afuera de la propiedad, un par de Jeeps se detuvieron y apagaron las luces para cumplir una simple misión en San Patricio: proteger a la familia Murrieta de cualquier otro ataque.

Después de eso, el sonido del viento y el llanto de la mujer tirada sobre la arena fue lo único que dominó al amplio desierto.

70

El general Campbell, sudando dentro del uniforme y un poco aturdido, entraba en mayor arrebato cuando leía una y otra vez el encabezado que acaparaba considerablemente la nota del periódico: "*El ejército dice que tiene un disco*", mientras se empinaba la botella de licor para beber un gran trago. Dejó la botella sobre el escritorio, y consciente de que el alcohol ya había comenzado a sedarlo, se arremangó la camisa y miró al sujeto sentado en el sillón con un puro en los labios y un Patek Philippe que relucía al ojear el periódico.

El hombre frente al general, casi consumido por la calvicie, golpeó el puro con el cenicero, y arrojándolo al interior, cerró el *San Mateo Times* para ponerlo sobre la mesita. Se desabotonó la camisa para respirar y dejar que el alcohol recorriera su organismo, mientras que con un suspiro hacia la nada, esperó.

El poblado de Roswell se había enterado del incidente y nada más se podía hacer. Los rumores habían corrido por todo el país creando una ola de interpretaciones acerca de lo que todo aquello significaba. Y no solo Estados Unidos había escuchado acerca de un conjunto de extraños restos en el desierto y de un "*vehículo*" en forma de trasto. Países como Reino Unido y Francia intentaron —sin éxito— ponerse en contacto con la base militar de Roswell para solicitar detalles de lo sucedido. Incluso el diario *The Times*, en Londres, había publicado una nota acerca del incidente, haciendo que el país se mantuviese al borde de un posible dilema con los extranjeros por las dudas de lo ocurrido.

El general Campbell, sin quitarle la mirada al sujeto, le preguntó:

—¿Detective, alguna vez consideró la posibilidad de tener contacto con *alguien* fuera del planeta? ¿De algo que... tal vez jamás terminaremos de entender?

El sujeto escuchó la pregunta del general, pero sin saber qué contestar, guardó silencio.

—Estoy seguro... que no a muchos. —Al general se le entorpecía la lengua al hablar—. ¿Qué pasará el día de mañana en que... decidan atacar?

—¿En dónde está el soldado? —preguntó el hombre con la paciencia al límite—. Debo salir de aquí en diez minutos y no puedo hacerlo sin conocer el testimonio del soldado. Le sugiero que deje de hablar sobre el tema y se mantenga al margen, general.

Campbell frunció el ceño cuando recordó al militar que debía presentarse desde hace un rato en la oficina y que no se escuchaba por allí. Con la vista nublada por la bebida, Campbell alzó los hombros como si ya nada más le interesara, y levantó su copa hacia el detective. El hombre frente al general se levantó del sillón, agarró el vaso con licor y se acercó al general para brindar.

Después de aquel potente, pero dulce sabor a naranja y roble del Macallan, el detective con ojeras de gran tamaño se acercó al escritorio para quitar la botella en caso de que el militar quisiera tomar de más. Y justo al poner la mano sobre el recipiente, el sonido de unas cadenas del otro lado de la puerta, seguido de unos golpes, llamaron la atención de los sujetos.

—¡Adelante! —gritó Harold Campbell.

Cuando la puerta se abrió, una enorme sombra se proyectó por la habitación haciendo que el detective caminara hasta Randolph Dolphin y lo tomara de la camisa para sentarlo con violencia frente a Campbell.

Con el rostro manchado de sangre y las manos amarradas con una cadena, Dolphin quedó muy cerca del general, dejándole ver su nariz fracturada y una hemorragia ocular que le daba un aspecto tétrico. Lo que más le sorprendió al general al ver al teniente con marcas de golpes recientes, fue el inquebrantable rostro que Dolphin mantenía. Aunque a simple vista parecía que lo habían golpeado hasta el cansancio, Dolphin lo miraba con el rostro en alto y dispuesto a recibir más órdenes.

Lo único que Randolph recordaba para esos momentos era el haber bajado de la Jeep con una bolsa en la cabeza y ser arrastrado por los militares. Recordó caminar por un pasillo con un pañuelo en la boca y entrar en un cuarto séptico para sentir el primer golpe en la cabeza que lo derribó sobre un anaquel, no sin antes escuchar a un conjunto de soldados que lo arremetían con patadas y lo golpeaban con cualquier cosa que tuvieran cerca. Después de eso, y sin saber cuánto tiempo había transcurrido, un balde de agua cayó sobre él… segundos más tarde, un militar lo levantó para llevarlo frente al general Campbell.

—No pienso perder mi tiempo contigo, Dolphin, pero el problema, como tú lo sabes, fue a raíz de este pequeño detalle —aclaró el general con una voz más controlada y le extendió el periódico—. Si la base hubiera hecho su trabajo a tiempo no tendríamos que estar humillándonos ante el mundo diciendo que solo fue un globo meteorológico. ¿Qué más sabe Arthur Watson sobre ti?

Dolphin levantó la mirada y la clavó en el general. Una mirada perdida y roja por la sangre.

—Mi número de... de mi expediente secreto y la clave de ingreso

—contestó Dolphin con ardor en el rostro.

El silencio que reinó en la oficina se percibió interminable.

—El imbécil de su yerno escondió... material confidencial en su propiedad —contestó Dolphin con dolor—. No hay otra manera de callarlo, general.

—¿Escuchas eso? —el general guardó silencio para dejar escuchar los teléfonos del otro lado de la oficina que no paraban de sonar—. La más cercana de esas llamadas proviene desde Nueva York y Washington. No solo los cabecillas quieren contactar al aeródromo de Roswell para saber qué ha pasado. También en Europa estamos dando de qué hablar a los malditos comunistas… apuesto que se están cagando del miedo por lo que sucede en esta parte del mundo —el general soltó una risotada y se limpió la saliva del labio—. Dolphin, ya has leído a detalle cada uno de los puntos y normas dentro de tu reglamento y créeme… lo sé, porque si no fuera así, no tendríamos esta conversación ahora mismo.

A escasos centímetros del teniente, el sujeto de corbata azul se acercó al escritorio y lanzó un par de hojas frente a Dolphin.

—También has procedido con órdenes y códigos específicos que no debieron haberse tocado hasta que se activaran por jerarquía militar. También veo que te has metido en un buen lío con el FBI. Tienes suerte de que Nevada no se haya enterado todavía, Dolphin. De otra manera, tú estarías muerto desde hace una hora.

La cara del teniente no se despegaba de su general, mientras que el constante roce de las cadenas con las heridas se volvían un martirio para él.

—*Buscar* y *encontrar* lo que se te pide. ¿Entiendes?

—Entendido...

—Un par de años en Leavenworth te vendrían bien, bastardo. Para tu suerte, nos han cedido tu salida por tiempo determinado para encargarte de aquellos restos... escúchame muy bien... a partir de este momento vas por tu maldita cuenta, Dolphin. De ti depende no volver a cagarla ni involucrarnos a ninguno de los superiores. Después de obtener los restos, tú te haces cargo de lo demás.

El general se estiró para alcanzar el periódico en el escritorio, le echó un vistazo y con desprecio, lo arrojó sobre el pecho de Dolphin.

—Veinticuatro horas, soldado. No te juegues la vida y haz lo que tengas que hacer…

71

El hombre se despertó en completa oscuridad. Incluso si intentaba levantarse con todas sus fuerzas, le era imposible.

Distinguió al frente un armario con el espejo donde todas las mañanas se arreglaba su uniforme antes de partir a sus actividades diarias, y junto a él, las camas de sus compañeros tendidas de manera impecable le daban a entender que se encontraba solo. El instinto, un paso adelante de él, le previno con ciertos objetos personales que se notaban regados por encima del mueble; y él sabía que era imposible mantener desordenada su área personal. Ciertos artículos como rastrillos y cremas corporales que goteaban sobre suelo lo confundieron demasiado, sin comprender su propia lógica.

«¿En dónde están todos?»

Intentó incorporarse una vez más, pero los brazos le pesaban como un par de bolas de bowling en cada lado. El sujeto no entendía cómo le era tan complicado levantarse de la cama para salir y presentarse con su superior que, posiblemente, debía de estarlo buscando. Agotado y sin ganas de forzar más, se dejó caer nuevamente lo poco que había logrado levantarse y sintió que su cuerpo no quería ayudarlo.

Afuera en el pasillo, las voces del personal médico y militar se escuchaban vivas y claras. A George Collins se le erizó la piel cuando entendió que el incidente aún no se resolvía del todo. Comentarios acerca de la mole argentada perfectamente redonda que debía ser arreglada antes de mandarla a Ohio, y los gritos de personas exclamando que aquel memorable día sería recordado por siempre, lo motivaron a proyectar de nuevo su cuerpo hacia el frente.

—No miden más de metro veinte, sargento… —se escuchó la voz de una mujer perdiéndose por el pasillo a toda velocidad.

La siguiente reacción de Collins fue soltar un quejido de impotencia al no dominar sus propios músculos que lo mantenían adherido a la colchoneta. Miró la ventana al costado de su cama del dormitorio y percibió la sombra de los árboles que se meneaban de un lado a otro por el aire que soplaba con avidez. De repente, la puerta principal se abrió creando un chirrido que lo puso en alerta. Las voces continuaban alborotadas por el pasillo, y al escuchar que una de ellas lo llamaba, se le heló la sangre.

—¿En dónde está Collins? Lo he buscado por toda la base y no lo encuentro.

—Tal vez está en la ciudad...

—¿En la ciudad? ¿Para qué…? —Las voces lentamente se perdían por el corredor, creando un panorama todavía más angustioso para el oficial tendido sobre el camastro.

En la puerta, sin conseguir vislumbrar a detalle quién era el responsable de iluminar el dormitorio, el hombre percibió una sombra exhibiéndose por el piso que cubría la mayor parte de luz. En ese momento, por “algo” que jamás entendería, sintió pánico.

El hombre o mujer parado en la entrada se tomó unos segundos en silencio, en los que Collins imaginó que la presencia analizaba el dormitorio, al tiempo que cambiaba su mirada en sentido contrario con el deseo de no ver al visitante directamente.

Con cautela y abriendo por completo la puerta, el sonido de unas botas acercándose al interior del aposento le informó a Collins que tenía toda la paciencia del mundo para llegar hasta él. Mientras que el piloto acostado y paralizado por completo intentaba cambiar de posición para darle la espalda a lo que se acercaba, las voces que iban y venían en el exterior por lapsos de tiempo le parecieron extrañas y eternas, combinándose con los sonidos que emitía “aquello” que se aproximaba y lo atormentaban con cada paso que daba.

Conforme la sombra caminaba por el angosto corredor que dividía los catres, Collins escuchó que el desconocido murmuraba algo que se le antojó indescifrable. George cerró los ojos apretándolos contra sus parpados, y esperó; pues al parecer, no tenía otra opción en aquellos momentos. Lo que vio a continuación, o mejor dicho, lo que sintió, lo angustió en cantidad.

Con la vista bloqueada y el corazón latiendo, Collins dejó de escuchar los pasos y los sonidos para discernir el hecho de que la persona(?) se encontraba justo al frente suyo. La respiración del oficial comenzó a actuar por cuenta propia, elevándose por las veinticinco aspiraciones por minuto, mientras que el terror que sintió no se comparó con nada que hubiera sentido antes.

Para la sorpresa de Collins, los pasos dieron marcha nuevamente, esta vez en dirección a la ventanilla.

Por fin, después de interminables segundos, George se decidió a abrir los ojos para atender lo que tenía a escasos metros de él, y notó que la figura medía poco más de dos metros y llevaba puesto un sombrero de gamuza color marrón y una gabardina que le cubría el rostro.

Cuando el piloto lo intentó de nuevo, esta vez funcionó.

El hombre, con el corazón en la mano, se levantó de la cama y sin quitarle atención al sujeto que mantenía las manos en la espalda y

veía hacia la ventanilla, emprendió la caminata hasta la puerta.

Le causaba terror. ¿De qué? Ni él mismo lo sabía, pero la intuición lo soportaba.

Con decisión y miedo en el mismo plato, Collins emprendió la marcha hasta la puerta con el propósito de escapar de tan misterioso ambiente que lo perturbaba. El primer paso fue extenso, apartándolo del camastro donde segundos antes, le era imposible moverse. A partir de ese momento, los pies se le *incrustaron* en el suelo, haciendo que las piernas se le petrificaran allí mismo. Con los vellos del brazo hirsutos, y con toda su fuerza empeñada en levantar el pie, Collins presintió que el sujeto parado en la ventana se giraba, mientras sentía la insoportable mirada por detrás y que sin dudas, lo contemplaba con paciencia.

Con paso lento, pero seguro, el oficial fue atravesando las camillas de sus compañeros con un solo objetivo: llegar hasta la puerta entreabierta que lo sacaría de allí. Detrás de él, el hombre del sombrero se giró y emprendió la marcha con la paciencia y seguridad de saber que fácilmente podría adueñarse del individuo en cualquier momento. La presencia con gabardina comenzó a caminar, y Collins alcanzó a notar que la silueta incrementaba el volumen de los murmullos conforme se acercaba hasta él.

A unos cuatro o cinco metros de Collins, se encontraba la puerta casi abierta, en donde un par de militares reían sin prestarle atención al desdichado piloto que intentaba acercarse hasta ellos. Sus fuerzas en las extremidades se le agotaban con cada respiración en la que luchaba intentando solicitar ayuda, y cuando estuvo postrado en el suelo esperando un milagro, una mano tan fría como el metal lo devolvió a la realidad.

—¡Oficial! ¡Despierte!

Cuando Collins abrió los ojos, distinguió a uno de los sargentos que los había acompañado hasta Wright Field desde Roswell, con un folder en mano. El piloto se incorporó y observó en el rostro de su compañero que su conducta entre sueños lo había incitado a despertarlo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el sargento con el semblante serio.

George asintió con dificultad a la pregunta del sargento y se acomodó en la camilla sin comprender la potencia de su sueño. Echó un vistazo al interior del Boeing-29 y se fijó en el diminuto foco que se encontraba pobremente iluminando la cabina. El sargento frente a él le cedió tiempo necesario para recuperarse.

—Han autorizado unos minutos para salir un momento a comer algo, oficial. Bajemos y tomemos un poco de aire fresco, ¿le parece?

Con la respiración más controlada, George Collins se tomó unos

segundos sentado recordando tan insólito sueño que lo mantendría pensativo los próximos días, y asintió.

Un poco más calmado por su compañero piloto, el sargento abrió la cabina y al mirar el penoso aspecto del oficial, se decidió a darle un espacio para recuperarse de tan agobiante día que, para su suerte de todos, estaba por terminar.

Collins cambió la mirada al parabrisas del avión y por las luces de la explanada, descubrió que un delgado sereno cubría los cristales del avión, impidiendo ver con claridad el exterior. Se levantó para desempañar la ventanilla y asegurarse de la hora echándole un ojo al reloj del Pato Donald que abrazaba la esfera de las manecillas, y notó el frío que se sentía cuando observó la puerta abierta de la aeronave.

«Veintitrés horas.»

Cuando Collins terminó de bajar el último escalón del avión, bostezó y miró a su compañero para interrogarlo con la mirada. El sargento, sabedor de la duda que posiblemente le rondaba por la cabeza al oficial, le contestó:

—Han solicitado al coronel en la oficina, no debe tardar en regresar. Adelante… sírvase a su gusto.

Collins asintió a su compañero, sin dejar de ver la gaveta con víveres para los agotados visitantes de Roswell que, horas antes, habían recibido la orden de aguardar dentro del avión para que el personal de Wright Field se encargara del contenido transportado por casi seis horas.

Mirando el estado lamentable del oficial, el sargento, con vasija en mano, le indicó con la mirada que era libre de tomar lo que quisiera de la despensa. Después de casi un día completo sin ingerir más que un plato de arroz con vegetales, era obvio que el equipo militar estaría más que hambriento.

—¿En dónde se encuentra el coronel Robert? —preguntó Collins con la voz ronca.

Con indecisión, el sargento tardó unos segundos antes de contestar a la pregunta del oficial.

—Ha ingresado para terminar la papelería…, disculpe, es todo lo que puedo decirle.

George asintió con paciencia y se estiró para alcanzar la lata de sardinas Cuca que se asomaba de entre todo, la abrió y sin importarle, metió la mano atrapando un trozo de pescado. El sargento, que todavía lo miraba con desconcierto, bajó la mirada y le pegó otro trago a su humeante café, que sin dudas, lo ayudaba en tan frío y húmedo lugar.

Como anillo al dedo, George Collins echó otro vistazo a la caja y se hincó para buscar algún otro agregado para sus entomatadas sardinas que disfrutaba con cada bocado. Metió la mano, y entre la obscuridad

tanteó lo que parecía ser un paquete de galletas, las extrajo y comprobó con las pobres luces de la explanada que se trataba de una caja de Oreo con la imagen de un pecoso niño rubio y la frase «*Desearía tener un millón de Oreos.*», haciendo sonreír al oficial por compartir el mismo deseo del niño. Abrió la caja y sacó un paquete plateado que abrió con emoción para llevarse un par de galletas a la boca, aún manchada de tomate.

El compañero sargento también se agachó para buscar alguna otra botana, pero la escena del piloto lo detuvo cuando vio que Collins se metía otra cucharada de sardina, seguida de otro par de galletas sabor chocolate.

—Buena combinación, ¿eh?

Collins asintió con una media sonrisa, moviendo las mejillas de un lado a otro.

Después de disfrutar su pequeño refrigerio y compartir una que otra recomendación de películas, ambos sujetos escucharon una puerta azotándose a sus espaldas; poniéndolos en alerta. El coronel Robert, acompañado de un grupo de militares, caminaba en silencio hasta ellos con varios documentos.

Ambos sujetos se miraron al mismo tiempo y comenzaron la recolección de basura, para después acomodarse el uniforme y esperar el acercamiento del grupo que se movía con velocidad hacia ellos.

—¡Oficial Collins! —se escuchó una gruesa voz por detrás.

—¡A sus órdenes, superior!

—Descansen, soldados —dijo el general cuando estuvo a escasos metros de los soldados—. ¿Se han tomado sus minutos para comer?

—Sí, señor. Hace apenas unos segundos terminamos, gracias.

—De acuerdo —sonrió el general dejando ver la amplia cicatriz en la frente, que apenas si se escondía bajo el gorro—, hemos terminado y ha llegado la hora de que regresen a Roswell, no sin antes informarles que se han autorizado sus licencias para regresar a sus hogares —el general guardó silencio para analizar la reacción de los militares que aún se mantenían sin hablar—. Después de su llegada al aeródromo de Roswell, tendrán la libertad de recoger sus pertenencias y ser escoltados hasta sus hogares. Días más tarde, recibirán la notificación de presentarse en las bases de sus respectivos estados para recibir un rango superior al que disfrutan en la actualidad. ¿Me he explicado bien?

La sonrisa, imposible de ocultar por parte de Collins y del sargento junto a él, se hizo notar.

—¡Gracias, superior!

—Sin embargo —intervino de nuevo el militar—, no deberán olvidar puntos específicos, como el hecho de que su misma licencia les prohíbe terminantemente hablar de lo sucedido en Corona... al menos

hasta que pasen a mejor vida.

La aspereza con la que habló el general les borró la sonrisa a los militares.

—En caso de no respetar dicha regla, se verán obligados a dejar su cargo militar y se comenzará un proceso legal contra los Estados Unidos de América por temas de clasificación especial. No deben hablar con nadie sobre esto, ni siquiera con sus familiares, que seguramente estarán muy complacidos con su inesperada visita y su ascenso dentro del cuerpo militar. ¿Alguna duda?

—No, señor. Muchas gracias por todo —contestó el sargento.

—Bien. Sin más por el momento, les deseo mucho éxito en su viaje, y quedan en manos del sargento, quien terminará de explicarles las normas y puntos importantes antes de arribar.

El coronel se despidió de los militares, y estos le devolvieron el gesto, esta vez sin la sonrisa completa.

Junto al avión, George Collins recordó a sus padres que, sin dudas, estarían orgullosos de tan grata noticia, pero... para él, sería algo completamente diferente. Sabía que ellos jamás debían conocer la razón de su progreso en la Armada y que tal vez moriría llevándose a la tumba aquel evento que lo marcaría para siempre.

El sargento pasó junto a él y le ofreció una palmada en el hombro, que lo alentó a cambiar su rostro. Se iban a Roswell con unas cortas vacaciones y con un ascenso que de otra forma, tendría que esperar por años para que se los concedieran.

Ambos sargentos subieron al avión intercambiando risas que se le antojaron familiares a Collins, y este se tomó unos segundos antes de entrar a la aeronave.

Con la noche apoderándose de la solitaria base, el oficial de aviación miró los hangares que se escondían entre los árboles de la base, y por un instante deseó con todas sus fuerzas intercambiar su ascenso militar por unos cuantos minutos frente al platillo que, seguramente, ya se encontraba en el fondo de la tierra siendo estudiado por los militares de alto rango. Sonrió para sus adentros y con una voz que lo llamaba desde el interior del Boeing, dio marcha al avión, no sin antes detenerse en la escalerilla y lanzar la última mirada al hangar.

De ahora en adelante, el piloto entendería que en la vida existen temas más importantes que un simple ascenso laboral.

5. COLAPSO

9 DE JULIO DE 1947

Cartel principal de la Base Aérea de Roswell, 1947.

72

Arthur recibió los primeros rayos del sol con una paz que no sentía desde hace muchos años. El alba asomándose por el horizonte cegó ligeramente los cristalizados ojos del abuelo que, con tanta ilusión, esperaba desde hace horas. Las montañas pintándose de naranja y el sonido de los árboles a su alrededor se combinaron con el reconfortante calor del sol apareciendo en la lejanía. Sobre él, las estrellas que muy despacio desaparecían del cielo creaban un aspecto *cascada* que se alejaba hacia el sur; haciendo que el desierto pareciera imponente desde su posición.

De repente, su estómago gruñó emitiendo sonidos por no haber comido nada en las últimas ocho horas (solo una taza de café y un trozo de pan), haciendo que Arthur moviera la cabeza y regresara a la realidad. Con sus pensamientos más controlados, optó por regresar hasta a la vivienda con su familia y tal vez... charlar con los detectives.

El anciano se levantó de la silla y con la vista perdida en el amanecer, agradeció ese cálido fervor con el que el sol lo abrazaba, junto a los rayos de luz que dominaban poco a poco el terreno. Cambió su mirada hacia la ventana de Isabel por la parte trasera del hogar, en donde seguramente, la niña estaría más que dormida y comenzó a caminar. Entró por la portezuela de atrás y evitando hacer cualquier tipo de ruido que pusiera en alerta a su esposa e hija, recargó la silla sobre la pared para caminar hasta la habitación de la pequeña.

Arthur abrió la puerta, y con aquel olor a valeriana y a toronjil en la habitación que le hizo pensar que María había preparado algún tipo de extracto para descansar, se detuvo un rato para apreciar el aroma. Un aroma que siempre le recordaba a su esposa y que ahora, su hija aprendía a preparar. El anciano se quedó inmóvil en la habitación notando un sereno silencio, para después pasear la mirada por el obscuro cuarto intentando que sus ojos se adaptaran a la negrura del lugar.

Al caminar unos cuantos pasos hasta la cama de la niña, una parpadeante luz proveniente de una de las camionetas de los militares llamó su atención. La luz prendiendo y apagando se le antojó interminable; al tiempo que la risa de unos soldados se escuchaban

muy cerca.

—Mi amor... soy tu abuelito —musitó Arthur. Después de eso, la pequeña se giró al escucharlo.

—Abuelito...

El peso de Arthur sobre el desgastado colchón hizo que la niña saliera de las cobijas para abrazarlo y quitarse el cabello de la cara.

El abuelo la abrazó tan fuerte como nunca antes lo había hecho, y por un rato, sintió la respiración de la pequeña en su hombro, imaginando que su nieta ya intuía lo sucedido. Arthur acarició los castaños cabellos de Isabel, quien apretaba la camisa de su abuelo con el mismo dolor que sus lágrimas… y besó su frente.

—Te amo… —Isabel despegó las manos de la camisa de su abuelo y como si tuviese vergüenza de que la viera, bajó la cabeza.

Después de treinta segundos en los que ninguno de los dos intercambió palabras, Arthur cargó con dificultad a la niña para sentarla sobre sus piernas y le acomodó el cabello. Isabel atrapó de nuevo su peluche y lo miró por unos segundos. Ambos contemplaron el muñeco por unos pacíficos instantes.

—¿Qué pasará... con... con mi abuelita? —preguntó la pequeña, abrazando a su muñeco.

—Todo estará bien, princesa. Tal vez ustedes deban salir de aquí por unos días mientras yo hablo con los militares.

—¡No, abuelito! No quiero irme de aquí —interrumpió Isabel, mirando a su abuelo con los ojos inflamados por el llanto.

—Ya lo sé. —El anciano, una vez más, besó los cabellos de la niña y respiró para limpiar su nariz—. Debes comprender que serán unos cuantos días, no más. Es necesario que estén a salvo.

—No quiero que te pase nada, abuelito...

—Nada malo me pasará si tengo la esperanza de que tú estarás bien. —Un silencio por parte de Arthur se creó cuando miró las abultadas mejillas de su nieta y entendió que daría la vida por ella—. Ustedes son lo más importante para mí y necesito que salgan de aquí lo antes posible, cariño.

—¡No abuelito! —Isabel fulminó al abuelo con una mirada de angustia que lo desequilibró.

—Guarda silencio, mi amor —Arthur abrazó a su nieta para evitar alterar a su madre y abuela en la otra habitación—. Te prometo que será poco tiempo. ¿Recuerdas a tu tía Romina y a tus tíos de la granja?

Isabel asintió, sin liberarse de la inquietud por lo que el abuelo decía.

—Bueno, ellos las recibirán. Además, recuerda que tu abuela necesita atención médica y aquí no hay mucho por hacer, en caso de que le pase algo… Dios no lo quiera.

Isabel se quedó muda al recordar el aspecto físico de su abuela y

captó la importancia de su partida. A su corta edad, la pequeña comprendía que las opciones no eran elevadas, y menos con los militares rodeando la zona.

—Eres una niña muy inteligente, mi amor —Arthur tomó la pequeña mano de Isabel y la apretó entre la suya—. Entiendes las razones del porqué se ha tomado esta decisión y confío plenamente en que ayudarás a tu madre... eres pequeña de edad, pero inmensa de alma.

Arthur sonrió cuando miró la curiosa reacción de su nieta al escuchar sus palabras.

—No importa lo que los demás intenten hacerte creer, siempre tendrás aquí —Arthur colocó su índice en el pecho de la niña al nivel del corazón—, algo que te guiará a tu felicidad. Todo lo que te origine paz y armonía en la vida, será lo más valioso que tendrás hasta que estés viejita, como tus abuelos —Arthur suspiró y pensando en sus siguientes palabras, le dio un beso a Isabel—. Cosas buenas, y cosas malas suceden todos los días; lo has comprobado hasta ahora, y estoy seguro de que más adelante serás consciente de que existen situaciones que se escapan de nuestro sentido común... pero ese *algo* tomará la mejor decisión para ti. Tienes una misión muy importante en tu vida, y debes emprenderla con humildad y cariño... solo así adaptarás tu propia verdad a tus sentimientos.

—Abuelito… —interrumpió la niña y se le humedecieron los ojos al recordar a su padre—. ¿Por qué pasa todo esto? ¿Por qué... por qué a mi papá?

—Pronto lo entenderás, mi amor —Arthur besó a su nieta en la mejilla—. Por el momento, debes confiar en algo mucho más grande que tú y que te impulsa cada día. Lo que ha sucedido en las últimas horas no fue casualidad. No debes mirar a la casualidad como un resultado a nuestras acciones... ya lo entenderás, cariño.

—¿Qué es la casualidad, abuelito? —preguntó Isabel, al tiempo que limpiaba las lagrimas de sus pestañas.

Arthur sonrió ante la inteligente pregunta de su nieta, y con unos segundos para analizar su respuesta, le contestó:

—No soy quién para decirte qué es la casualidad, cariño. A pesar de eso, puedo decirte que nunca debes dudar de cada uno de sus "movimientos"… Apuesto que tendrás que caminar lo suficiente para comprender que la casualidad nunca ha existido, no existe y no existirá jamás... entre más rápido lo entiendas y escuches a tu interior, más fácil será convivir contigo misma; para después hacerlo con los que te rodean —el abuelo se detuvo unos segundos y le dio un tiempo a su nieta para procesar sus palabras—. La casualidad, esa que tanto nos confunde, pero nos mueve en el interior, es la mejor maniobra que utilizamos para justificar nuestros miedos y complejos. Cuando tengas

la madurez y la edad adecuada, podrás escuchar lo que tu sexto sentido, el instinto, te ha ofrecido desde tu edad. Aprende con humildad, adáptate y abraza cada segundo con el que tu corto entendimiento como ser humano te permita. ¿Te digo la mejor parte? Esa sensación no se vende... se siente.

Convencido de que su nieta escuchaba con atención cada palabra que le decía, el abuelo le señaló por la ventanilla para indicarle que el sol comenzaba su jornada por los rayos que poco a poco se filtraban por las cortinas.

—Siempre seremos secundarios cuando existan cuestiones que no entendemos con facilidad... ¿Ves la luz del sol? —Arthur espero la afirmación de su nieta—. El sol ve tantas desgracias todos los días, y sin importar, continúa dando calor y cumpliendo con su tarea. Nunca desistas, cariño.

Por detrás, y haciendo que Arthur volteara, un par de golpecitos en la puerta devolvieron a la niña y al abuelo de tan cálida conversación. El tiempo preciso que el Destino les otorgó había terminado.

—¿Papá? ¿Estás ahí? —Una áspera voz se escuchó del otro lado.

—Sí, hija. ¿Quieres pasar?

La puerta se abrió con lentitud dejando entrar la poca luz que aparecía por la casa y se asomó María, con una bata de dormir y los ojos inflamados.

—Los agentes te buscan, preguntan si estás mejor para hablar con ellos. Les dije que no te molestaran más y estás en todo tu derecho al no hacerlo.

—Iré en un momento, hija… debo hacerlo —Arthur besó la frente de Isabel y, deseando pasar más tiempo con ella, caminó hasta la puerta.

Antes de salir a la sala con María, Arthur miró a la pequeña, y le dijo:

—Más tarde vendré a verte, Isa... te amo.

73

El olor a café hirviendo sobre el anafre consoló a Arthur en aquellos primeros minutos del amanecer.

Los agentes, con una vestimenta diferente a la que portaban horas antes, entraron a la casa con un olor a tabaco impregnado en sus arrugadas camisas, mientras que las bolsas en sus ojos dejaban muy en claro que las desveladas estaban pasando factura.

Como un tronco y con los labios resecos por la falta de agua, el coronel Eric Milto pensaba desde la sala, mirando al amanecer con las manos en la espalda y el pecho en alto.

A Arthur le pareció conocida aquella postura.

Con un cucharón, María revolvía el café hirviente en la olla, dejando salir una nube del interior que aclimataba el entorno después de una fría e inolvidable noche para la familia y para el pueblo entero.

Del otro lado de la cocina, el detective Norman Brush se sentó en el sillón para revisar unos documentos y esperar a que la familia se acercara para hablar con ellos. En ese momento, miró a Arthur acercarse con el semblante serio, y comprendió que no importaba el *poder* gubernamental del que ellos gozaran… el abuelo no cedería tan fácil la información que tenía para ellos.

—Mi mamá sigue durmiendo —dijo María—. Intentaré que la niña duerma un poco más y en un ra...

—Antes de mediodía ustedes ya no estarán aquí, hija —Arthur interrumpió a María, haciendo que el coronel Milto se diera la vuelta al escuchar su voz.

—Bueno —respondió María, ligeramente preocupada por la frialdad con la que le contestó su padre—, tal vez empacar algo de ropa sea lo mejor.

—Antes de que hable con ustedes deben sacar a mi familia de San Patricio, coronel —Arthur ni se inmutó por lo que su hija había dicho, y miró a Milto.

—¿Ha descansado lo suficiente, señor? —preguntó Fischer, quien recibía una humeante taza de café por parte de la mujer.

—Sí... ¿Podemos ser concretos para que mi familia se vaya de aquí lo antes posible? —El abuelo se mantenía con la misma actitud de la noche anterior; y con justa razón.

—¿A dónde piensa mandar a su familia, Watson? —preguntó el

coronel, mientras con un gesto de agradecimiento, rechazaba la bebida que María le extendía.

—El Paso… ahí residen familiares políticos que sin dudas, ayudarán a mi familia hasta que este problema termine.

—¿De qué hablas, papá? Mi mamá no puede viajar hasta casa de mis tíos.

—¿Es consciente de que el lapso de tiempo es indefinido, ¿verdad? —preguntó Malcolm Fischer sin prestarle atención a la mujer.

—Lo sé —Arthur le dedicó una mirada al agente, una mirada cargada de confianza y coraje—. Por esa razón, mi familia debe partir lo antes posible.

—No pienso dejarte solo, papá. Lo digo por si piensas que te quedarás solo con ellos —María clavó su vista en su padre y con angustia, miró a los detectives—. No con esta gente, no después de lo que ha ocurrido…

El coronel Milto sintió la sentencia que la mujer le infligía con los ojos y se limitó a escuchar.

—Estará bajo nuestro soporte, señora —intervino Brush—. El Departamento de Justicia tiene un solo objetivo: proteger al ciudadano y conservar en buenas manos su testimonio.

Un nuevo silencio se apoderó de la vivienda.

—En este punto de la situación, el gobierno ya me considera un riesgo para la nación, hija —dijo Arthur y bajó la cabeza—. Lo que estoy por decir debe tratarse con mucha responsabilidad y cuidado. Tarde o temprano yo seré blanco fácil para los militares…

—¡No! ¿Cómo que blanco fácil, papá? ¡Coronel, le exijo una explicación a lo que mi padre dice!

—¿Podemos tomar asiento, por favor? —preguntó Norman, con la piel erizada por el posible conflicto a ocurrir.

—Nadie más se acercará a ustedes, de eso estoy seguro —contestó el coronel—, pero su padre, como ya lo ha dicho él mismo, representa un problema de información y harán lo necesario para silenciar al señor Watson. Es preferible que hable frente a nosotros y nos diga todo lo que sepa sobre esos archivos…

«Expediente #42. Nevada. Orden 8381. Dolphin»

—¡Yo no me moveré de aquí sin ti y mi madre tampoco lo permitirá, Arthur Watson! —gritó María.

—Señora —dijo el coronel—, los detectives y su servidor hemos llegado a la conclusión de que, para preservar la integridad de su familia, es mejor que su padre comparta la información y así evitar que se levanten más represalias en su contra.

—¿Ustedes saben que estoy embarazada? —preguntó María, creando un silencio sepulcral—. Para la suerte de todos ustedes, el imbécil de Dolphin no me puso un dedo encima… si así fuera, ustedes

estarían en prisión junto a ese idiota ahora mismo.

El coronel asintió con un nudo en la garganta cuando la mujer se rodeó el casi imperceptible vientre con las manos.

—Gracias a Dios mi padre y nosotras estamos “bien”, pero, ¿y mi marido? ¿Creen que algo así es fácil de olvidar? —María abrió los ojos al máximo para intimidar a los detectives—. ¡No pienso exponer ni a mi hija, ni a mi madre a otra de sus escenas!

Subiendo de tono y modificando el rostro para tomar un poco de aire, María ayudó a su padre a sentarse en el manchado y descosido sillón para contemplar a los preocupados detectives.

Con un titubeo al acercarse la taza a la boca, Norman Brush le dio un trago al café y exhaló.

—Necesito tiempo para dialogar con los detectives, hija. Ve con Isabel, por favor.

—Llevaré a la niña con su abuela y regresaré para escuchar todo lo que tienes por decir, papá. Lo siento..., pero ya no confío en ninguno ustedes —la mujer señaló a los tres sujetos frente a ella.

—Hablaremos con su padre de temas delicados que requieren cierta discre...

—¡Y le recuerdo que se encuentra en mi propiedad, coronel! —María lanzó un grito que se escuchó por toda la casa—. ¡Ni usted, ni nadie me dirá qué hacer en mi propia casa! ¿De acuerdo?

—De acuerdo... esperamos su presencia, señora —Malcolm Fischer alzó la cabeza al techo y se llevó las manos al cinturón mientras veía a la mujer alejarse hasta la habitación de la niña. Frustrado, y entre la espada y la pared.

74

—¿Qué tiene usted por decir acerca de Randolph Dolphin que el FBI desconozca, señor? —preguntó Fischer a Arthur, con lapicero y libreta en mano.

—No se trata de Dolphin, detective, es lo que está detrás de Dolphin. Ahí radica el verdadero problema.

Y saliendo al servicio, el coronel Eric Milto se acomodó la garganta llamando la atención de todos.

—¿Está seguro que desea hablar de eso, señor Watson?

—Estoy aquí y ahora, coronel. Así como usted, en algún momento de mi vida me vi en la incertidumbre por circunstancias en las que era necesario un poco de precisión. Soy veterano de guerra, y lo único que aprendí durante mi servicio fue que mi país estará siempre por delante de todos, incluyéndome.

«Siendo un hombre de honor, incluso en la vejez», pensó Brush.

—Si se refiere a la clasificación de mandos por parte de las bases especiales en todo el país, es mejor que lo considere un par de veces, señor Watson —advirtió Milto, quien ahora hojeaba un folder con documentos.

—De eso mismo estoy hablando, coronel —Arthur le devolvió una mirada colmada de seguridad, dejándole en claro sus intenciones.

—¿A qué te refieres cuando hablas de *lo que está detrás* de Dolphin, papá? —María llamó a su padre con un tirón del brazo cuando regresó de la habitación de Isabel.

—El teniente Randolph Dolphin trabajaba de manera especial dentro del gobierno —Arthur acarició con cariño la mano de su hija—. Años más tarde, cuando ese sujeto me involucró junto a una cuadrilla de militares con algo parecido a lo que ha sucedió en el desierto hace unos días, llegó hasta mi conocimiento un conjunto de archivos en los que se planteaba la verdad sobre Dolphin. Debo dejar en claro que aquellas “confesiones” yo ya las intuía años atrás. Si ustedes solicitan con Washington el expediente #42, desde Nevada —Arthur miró directo a los detectives—, podrán comprobar lo que les estoy diciendo. Aquel archivo contiene los testimonios de aquellos soldados que estuvieron junto a mí en Europa... donde todo mi pelotón fue testigos de un extraño objeto que había caído desde cielo.

Los agentes y el coronel no le quitaban la atención al abuelo.

Sabían, por las fotografías del padre de María que colgaban en la pared de los Murrieta, que él había sido, junto a su pelotón, uno de los más importantes durante la Primera Guerra Mundial; sabían que Arthur no era un ciudadano ignorante y de fácil engaño.

—De manera específica, ¿qué sabe acerca del poder del que Dolphin goza? —preguntó Fischer.

—Dentro del gobierno siempre han existido rangos que solo son alcanzados por ciertos individuos. Antes de proseguir —contestó Arthur—, debo tener la garantía de que mi familia saldrá de aquí lo antes posible.

—Y tú vendrás con nosotros, papá —intervino María.

El par de detectives se miraron para después contemplar al coronel, quien no tenía más opción que aceptar.

—Así será, señor Watson. Pero por favor, continúe con su declaración.

—Bien. Por cierto, sé contar e identificar los protocolos de seguridad que ustedes filtran dentro de la base, coronel. Necesito saber en qué posición se encuentran.

—Esa información no se puede compartir, señor —el coronel, con manos cruzadas en el pecho, guardó silencio y lo miró al discernir que sería complejo lidiar con Arthur y sus conocimientos, pero a pesar de eso y por la asistencia de los detectives, contestó—: Los causantes de problemas estarán limitados en cuanto a movimientos, señor. Esto incluye a Dolphin. Es lo único que puedo decir.

—Bien, supongo que el FBI ya lo sabe, ¿cierto? —preguntó Arthur, arrasando a los agentes con indiferencia.

—Así es, señor. Por esta razón, estamos aquí frente a usted. ¿Qué más conoce acerca del teniente?

—Hace poco más de nueve años, el presidente Roosevelt firmó la orden #8381... y por favor, no intenten decirme que no es verdad, porque he seguido cada desplazamiento que el gobierno ha intentado aprovechar desde el final de la guerra. Hay sujetos que no nos tragamos sus “astutos” movimientos, y sería una ofensa hacia mi persona pensar que al jubilarme olvidaría todo. En fin, la base militar de Nevada, lugar donde proviene el malnacido de Dolphin, es una de las pocas que se han acondicionado para pertenecer a la sección de bases secretas en las cercanas direcciones; Wright Field es una de ellas, y ustedes lo saben. Otra de ellas es justo en Nevada, cerca de Henderson. Las bases militares que se comenzaron a crear a partir de la guerra han sido construidas de manera vertical. Con esto quiero decir que están construidas en la profundidad de la tierra. Por esa razón, el desierto es el mejor territorio para su construcción.

A lo lejos, el sonido de una parvada de zopilotes acercándose por la parte trasera de la vivienda inundó el silencio que Arthur creó con

sus palabras.

—La base militar de la que Dolphin recibe órdenes especiales maneja códigos de seguridad nacionales que tal vez ninguno de ustedes verá en su vida. También forma parte de los soldados que se encargan de realizar las tareas más complejas en situaciones como la actual. Nunca sabrán exactamente el por qué, pero Dolphin tiene más poder que ustedes tres juntos.

Arthur miró al par de detectives y al coronel, que tampoco le quitaban los ojos de encima.

—¿Quién le confesó acerca de aquellas bases militares debajo de la tierra, señor? —preguntó uno de los agentes, intentando no dejar ir ningún detalle de lo que Arthur decía.

—Cuando Dolphin nos involucró en el incidente de Francia, y el único que salió bien parado fue él mismo, mi pelotón fue solicitado por nuestros superiores para firmar ciertas actas en las que se nos obligó a ser conscientes de que aquello había sido ocasionado por nuestra imaginación en el campo de batalla. Sin importar el tiempo que nos tardáramos en leer y firmar el acuerdo, el gobierno nos obligó a no hablar nunca más de lo ocurrido. Mi superior en turno, el general Harlon Donova, me confió ciertos documentos antes de su jubilación gracias a la confianza que nos ganamos de manera mutua durante las guardias que tuve con él en la guerra; es un hombre con honor y lealtad. Lo más curioso de esto es que después de dicha reunión en la que me mostró varios expedientes especiales, el de Dolphin incluido, jamás supe nada más de Donova. Él era del sur de Kansas, y cuando intenté obtener información sobre su persona entre varios militares, simplemente nos ignoraban... Imagino que lo silenciaron de una manera que es mejor no saber —Arthur se detuvo un instante para medir sus palabras, al notar que tal vez estaba hablando de más. Se tomó unos segundos para poner en orden sus recuerdos mientras notaba la velocidad con la que el detective seguía sus palabras sobre una hoja—. No hace faltar recordar que desde la guerra contra Alemania, el gobierno de los Estados Unidos capturó las estrategias enemigas para sorprender a continentes en caso de una tercera intervención... Por cierto, ¿han identificado aquel objeto como algo proveniente de la Unión Soviética?

La pregunta de Arthur se sintió como un balde de agua helada para todos. El veterano de guerra comenzaba a introducirse en territorio resguardado, en el que tarde o temprano, ninguno de los presentes podría salir bien librado de ahí.

—Esa pregunta no podemos responderla, señor —se escuchó al detective Fischer—. Usted limítese a compartir la información, que nosotros nos encargaremos de resguardar a su familia cuando la conversación termine.

—¿Qué garantía me ofrecen? ¿Dinero? —Arthur soltó una risita burlona—. Bueno, tienen que dar dinero como última opción, eso es cierto, pero la verdad tiene otro precio. Ahora, ¿lo que está allá fuera tirado es externo o es algún artefacto para causar revuelo a nivel mundial...? ¿Algo para lucirse?

Tanto el militar, como los detectives, se removieron de manera incómoda en su asiento. E intercambiando miradas de duda; pero adelantándose al asunto, el coronel le contestó al abuelo:

—El objeto proviene de un lugar que no terminamos de entender, Watson. Creemos que se trata de otra dimensión o de otro planeta. Es todo lo que le puedo decir. Detectives, continúen con las preguntas…

Junto a Arthur, María no quitaba los asustados ojos del coronel para abrazar a su padre y comenzar a respirar con emoción.

«Sebastián», pensó María, inclinando su cara al recordarlo.

Todos decidieron guardar silencio para procesar lo que había dicho el coronel, mientras los detectives confirmaban las palabras al quedarse callados.

—Como sea... si los soviéticos estuviesen atacando al país, ustedes ya estarían al frente de batalla en vez de estar aquí.

—Le sugiero que no pregunte más situaciones con relación a lo ocurrido, señor Watson —indicó Malcolm Fischer con una mirada de completa sinceridad.

—¿Qué sucedió realmente, detectives? —preguntó María ignorando por completo las facciones del coronel.

El agente Fischer suspiró y, meneando a cabeza, se levantó.

—Señora Murrieta, el FBI quiere ayudarlos, pero si ustedes mismos no sostienen el trato que han sugerido con sus servidores, nos veremos en la necesidad de llevarlos a la base para hablar con un general, y para ser sincero, creo que ninguno de los presentes quiere eso; mucho menos lo querrán su madre y su hija.

Por el rostro enrojecido del agente, María entendió que el diálogo podría llevarse en paz si dejaban que la conversación fluyera. Habían llegado a un acuerdo de salir de San Patricio para alejarlos de los militares, y captó que entre más irritara a los sujetos, tal vez hasta los llevarían a la base para encerrarlos.

María se acomodó junto a su padre, y calló.

—¿Qué más necesitan para sacar a mi familia de aquí de una vez por todas? —preguntó Arthur.

—Todo lo que sepa.

—De acuerdo —contestó Arthur, decidido—. La base militar de Nevada goza de una cimentación en las profundidades del desierto que, dentro de pocos años, será utilizada para proyectos especiales. En estos territorios propiedad del gobierno, se trabajará con cuestiones de alto secreto referentes a tácticas militares y de custodia de lo

excepcional. Cosas buenas para la ciencia están por llegar, detectives, pero los intereses por el poder van a la par...

De momento, la sombra del coronel Milto moviéndose hacia el centro de la sala distrajo a la familia y agentes cuando, con un semblante pálido, extrajo su revolver para después llevarse el índice a la boca en señal de silencio.

—Para la seguridad de usted y de su familia, es mejor que deje de hablar...

Cuando los agentes vieron al coronel con arma en mano, se incorporaron con rapidez y extrajeron las suyas sin saber qué ocurría.

—¡Baje el arma, coronel! —gritó Brush, con el corazón golpeando contra su pecho cuando miró al sujeto apuntándole al anciano.

Desde el sillón, sin saber qué sucedía, María se adelantó a los brazos de su padre para protegerlo, al tiempo que su respiración se incrementaba por el apresurado actuar de los agentes y del militar.

—Bajen sus armas, detectives —pidió Milto, aunque por el rostro preocupado, no se veía decidido a hacerle daño a Arthur—. Señora Murrieta, no emita ningún grito que ponga en alerta a los militares de allá fuera. Tienen la orden de disparar a todos en caso de que sea necesario.

—¡Coronel! ¡¿Qué sucede con usted?! —casi gritó Fischer mientras se ponía de pie.

—¡Cierren la boca y escúcheme! Si van a salir de aquí, deben hacerlo ya. Pero primero deben escucharme y hacer lo que estoy por decirles...

Las palabras del coronel Milto apenas si se percibieron por la imprevista posición en guardia de los detectives, al tiempo que comenzaban a rodearlo, y este, les devolvía la amenaza con su propia Colt.

—¿Qué sucede, coronel? ¡Señor Watson, tírese al suelo con su hija!

Los ojos del detective Malcolm Fischer se encontraban abiertos al máximo, mientras su compañero se posicionaba frente a la mujer y anciano para protegerlos de un posible atentado contra la familia.

—Nadie tiene por qué salir herido, detectives —Milto sonrió y bajó su arma—. Confío en que la familia tomará la mejor decisión.

75

Las armas apuntándose a escasos centímetros entre coronel y detectives hicieron que Arthur abrazara a su hija y pensara en Clara e Isabel.

Sin comprender la razón de la actitud del coronel, Malcolm Fischer se dio cuenta de que el militar no tenía verdaderas intenciones de disparar cuando miró la frustración en su rostro.

—Lo que usted está haciendo va en contra de sus leyes, coronel. Baje el arma y permita que la familia salga de aquí.

—Y así será, detective. Pero antes de que eso suceda, debo recordarle que por precepto militar, el ciudadano Arthur Watson es considerado un riesgo para la seguridad nacional. Por mi parte, son libres de llevar a la familia fuera de San Patricio y resguardarla hasta que las órdenes cambien. De otra forma, no podré hacer mucho por ustedes.

—¡Maldito! ¿Quién inten...?

—¡Cierre la boca, Watson! —el coronel cambió su arma de posición hacia el abuelo, haciendo que los agentes lo rodearan con un paso—. Ya has hablado demasiado y ahora el FBI lo sabe. Antes de una hora todos deben pasar la primera de las casetas en dirección al sur. Les recomiendo agilidad…

Las miradas cargadas de confusión se intercambiaron unas con otras, mientras los detectives, entendiendo a lo que el militar se refería, lo dejaron hablar.

—No es mi intención dispararle al ciudadano ni a su familia. Entiendo que allá atrás hay a una niña que ya se ha traumatizado de por vida, pero si usted toma la decisión de continuar hablando, me veré en la penosa necesidad de hacerlo.

—¡Inténtelo, maldita sea! —dijo Brush.

—De todas maneras —el coronel regresó su arma al pecho de Norman—, todos terminaríamos muertos en que caso de que alguien presionara el gatillo. Sé muy bien que si disparo, ustedes también lo harán, pero les recuerdo que la cuadrilla de militares allá afuera actuará en cuanto escuche las balas... destruyendo todo.

Con el temor de que algo sucediera, Fischer bajó su arma confiado en que su compañero aún le apuntaría al teniente, y con un movimiento lento para no causar sospecha del coronel, caminó hasta

la familia.

—Señora Murrieta —el detective Brush llamó a la mujer y al abuelo—, vayan por su madre y por la niña. Encárguense de recuperar sus pertenencias para unos días... Nos vamos de aquí.

Sin quitarle atención a las armas que amenazaban con arrancar otra escena paralizadora, María se levantó encorvada para evitar que el coronel interpretara sus movimientos como desafiantes y dio trote hasta la habitación de su hija. Arthur aún mantenía la mirada pegada en el coronel, entendiendo que todo estaba perfectamente planeado por los militares.

—Arthur Watson —dijo Eric Milto con un tono de mandato—, un pelotón de soldados se encargará de guiarlo a usted y a su familia hasta la zona que consideren apta para resguardarse. Es necesario que todo quede muy claro: usted es un riesgo a la seguridad nacional y es importante que no tenga contacto con nadie más.

El agente Brush se asomó por la ventanilla sin dejar de apuntar a Milto y notó al par de Jeeps estacionadas con sus respectivos soldados resguardando la zona.

Con lentitud, pero sin quitarle la vista al agente, Milto regresó su Colt al estuche, y con paso lento, se acercó a la destruida puerta.

—¡Soldados! —gritó el coronel Milto.

Cuando un par de jóvenes militares acataron el grito del superior y entraron en la destruida casa, Brush se posicionó frente a Watson y María para evitando alguna “sorpresa” que tal vez tenían preparada.

—¡Mayor Martínez! Encamine a los agentes al sur del estado junto a la familia Murrieta. Mantengan sus documentos en orden; a partir de este momento, tiene cuarenta minutos para hacerlo. Diríjase hasta Las Cruces y no se mueva de ahí hasta que algún general de brigada se presente con la familia.

Asintiendo a la orden del superior, el mayor Martínez salió del hogar a toda prisa, dejando un silencio que puso a pensar a más de uno allí dentro. El agente Fischer, aún temblando, se asomó por la ventana y vio al militar gritarle a un grupo de soldados para que se pusieran manos a la obra.

76

—¡Isabel, ayuda a tu abuela a cargar sus cosas! ¡Mamá, no te separes de mí, por favor!

La pequeña, con el cabello despeinado y la ropa de dormir aún puesta, se acercó al desgastado bolso de sus abuelos y lo acomodó en su hombro. Detrás de ella, el detective Norman Brush se adelantó y atrapó el bolso en lugar de la niña, dándole unas palmaditas en la cabeza.

—Ve con tu madre, chiquilla. Yo me encargo.

—… tomaremos la carretera de Tularosa para introducirnos a Alamogordo, por el oeste —se escuchó la voz de un militar—, y continuar hasta Las Cruces, para después llegar a El Paso… no debería tomarnos más de dos horas.

—¿Cuántos agentes más del FBI han ingresado al estado? —preguntó el coronel Milto con los nervios de punta.

—Una docena. ¿El servicio militar tiene órdenes actualizadas?

—Sí, podrán cruzar el convoy siempre y cuando muestren una identificación a los parlamentarios. Recuerden que no están permitiendo el traspaso de localidades en estos momentos, así que deben ser cuidadosos. También deben permitirle a la cuadrilla que revise el vehículo; eviten crear más problemas de los que ya existen, por favor. El general Ibarra se encargará de acudir en su búsqueda en las próximas horas, y hasta que eso suceda, ustedes deben permanecer en completa vigilancia.

Brush, serio y desconfiado, asintió tras las palabras del coronel.

—Saben a lo que se atienen, detectives...

Los ojos del detective Fischer se clavaron en el coronel Milto que, sin despecho, les recordó que él estaría fuera del juego en el instante en que la familia partiera al solitario desierto.

—Señor Watson, acuda con su hija al auto y con pronto estaremos con ustedes —el detective Fischer le ordenó al abuelo con un flemático tono.

—¿Qué sabe del teniente Dolphin, coronel?

—Nada que ustedes no sepan, detectives —el coronel asintió con una débil sonrisa y se dio la vuelta para subir a la Jeep.

—¡Le recuerdo que su rango también se encuentra en riesgo, coronel! ¡Deberían sujetar a ese imbécil antes de que terminen

arrastrándolo a usted también!

Norman Brush se abalanzó hasta su compañero cuando vio que perdía la prudencia ante el coronel por la déspota manera en que se alejaba del problema y abandonaba a la familia ante la situación.

—¡Ustedes no terminan de sorprendernos nunca! ¡Nos vemos muy pronto, coronel! ¡Tenga por seguro que tendremos unas cuantas preguntas para usted también!

—Cálmate, Malcolm... no vale la pena. Ven, es necesario que nos demos prisa.

—¡Son unos malditos miserables! —gritó el detective, mientras que la arena y el olor a combustible quemado fue la única respuesta que recibió después de desahogarse.

—¿Está todo listo para salir? —le preguntó Brush.

—Sí… esos cabrones no se atreven a tocar al FBI, Norman. Estoy seguro de que ellos también piden a gritos que todo esto termine; ni ellos pueden controlar a sus propios soldados.

—Tranquilo, Forth Worth los tiene en la mira y sabes que muy pronto habrá consecuencias para ellos.

—Eso espero. El abuelo es un riesgo para Washington, y pueden interferir con toda la familia si nos cruzamos con algo externo... Recuérdame que debemos llamar a las oficinas para mantener informado al jefe —Malcolm Fischer miró al cielo, y con un rostro de cansancio, suspiró—. Ninguno de los militares me da confianza por todo lo que se rumora. Entre más rápido lleguemos al sur, mejor para todos.

—Bien, vámonos de aquí entonces.

Cuando el par de detectives abrieron la puerta del Ford para salir de San Patricio, se dieron cuenta de que por alguna razón, la pequeña Isabel tenía los ojos colmados de lágrimas y que, sin quitarle de encima la vista a su destruido hogar, abrazaba a su mamá.

Sobre el hombro de María, Clara recargaba su cabeza, mientras la mujer apretaba las manos de su esposo entre las suyas. En sus rostros se veía la preocupación.

Sin más que decir y con una cuadrilla de militares esperando para encaminarlos hasta la primera caseta en Mezcalero, Norman Brush encendió el motor del auto y desaparecieron del terreno para alejar a la familia del problema.

77

El asistente de oficina se encaminó hasta la garrafa detrás de su silla y con un movimiento en diagonal, puso el primer chorro de agua sobre su taza.

A su alrededor, nadie hablaba. Pero los sonidos de las máquinas de escribir y el constante crujido de hojas de papel rompiéndose a sus espaldas, le daban a su entorno un angustioso ambiente de trabajo. Incluso tuvo que mirar un par de veces antes de moverse para evitar que el detective, entrevistando a su compañera muy cerca de su escritorio, lo reprimiera por su decisión.

Con la misma velocidad con la que había llenado su recipiente, se volvió hasta su lugar y le dio un gran trago a su taza, para continuar catalogando los archivos que horas antes había recibido de los superiores.

—¿Tu madre sabe algo más acerca de lo que se escuchó en la ciudad?

—No, mi madre no es una persona que le tome importancia a los temas del gobierno, señor —contestó la mujer con unos lentes de botella y el cabello ondulado—. Ella siempre dice que viviría en paz si vive en la ignorancia.

Sin despegar la vista de los documentos, el sujeto logró distinguir al detective con cigarrillo en la boca y anotando ciertos datos especiales de la mujer, que al parecer, eran algo que solo él debería escuchar.

—¡A sus asuntos, señores! Es mejor que también sientan paz con la ignorancia porque la información los puede comprometer —el agente apagó la colilla y miró a todos los asistentes que dejaban de escribir para escuchar la conversación.

El sujeto volvió a sus archivos en el escritorio y le dio otro trago a su vasija con agua, intentando despejar la desagradable situación en la que su compañera se había envuelto frente a todo el equipo de empleados.

De repente, un frío en el estómago puso en alerta a todos. Los pasos y voces en el exterior de la oficina los hicieron bajar la cabeza con el deseo de no hacer contacto visual con ninguno de los que estaban por abrir la puerta. De momento, un portazo que retumbó hasta los escritorios se robó la atención de los presentes.

—En ese archivero se encuentran los documentos FA de Arizona. —Un militar con mucha prisa señaló un cajón del otro lado del lugar —. Charlie, encárgate de recoger las carpetas etiquetadas. ¡Señores! ¡Dejen todo lo que están haciendo y permanezcan en sus lugares!

El personal del área administrativa de la base militar de Roswell se acomodó en sus asientos mientras un par de sargentos se acercaban a las gavetas para sacar unos portafolios.

—¡Esto jamás sucedió, señores! ¡Nadie ingresó a los archivos! ¡Ustedes no están viviendo esto! Para ustedes hoy es un día de trabajo como cualquier otro, ¿está claro?

En la oficina se escuchó una misma respuesta.

Un militar se acercó al escritorio de un hombre regordete que sudaba sobre un banco y, con una mirada que derrochaba intimidación, lo obligó a levantarse.

—¡Dame permiso… aléjate de aquí!

Sin refutar, el asustado hombre se rascó la punta de la nariz y dio un par de pasos hacia atrás.

—Si alguien, en algún momento, les pregunta sobre la información que "debería" existir en esos archiveros, mándenlos directamente conmigo. Ustedes no abren la boca en lo absoluto.

El superior guardó silencio cuando uno de los militares se acercó para enseñarle un folder que al parecer, contenía datos especiales.

—Ponlo dentro del cesto, va al fuego junto con la media docena que buscan.

La piel se le erizó a más de uno cuando comprendieron el objetivo de los militares. Pero al final del día, "nadie sabía nada".

—Cuando salgamos de aquí, ustedes tienen la orden de continuar con sus actividades como si de cualquier otro día se tratara, ¿está claro, señores?

Los temerosos oficinistas asintieron al mismo tiempo.

—Listo. Después de usted, general.

Uno de los sargentos se acercó hasta la puerta que abrió con la punta del pie por los brazos ocupados por las carpetas y le cedió el paso a su superior.

—Agente, puede regresar con el testigo, gracias.

El general le asintió al detective y cerró la puerta tras de él.

Después de que los militares salieran de la oficina, todos necesitaron unos segundos para recuperarse de tan inusual visita en su área de trabajo. Uno de los auxiliares se deslizó en el asiento y dejó salir un suspiro de pesadumbre para después mirar a su compañero de al lado.

—¡¿No escucharon?! —El detective entrevistando a la mujer de gafas de fondo de botella preguntó a los administrativos que miraban por todos lados—. ¡Vuelvan a lo suyo, señores! ¡Aquí todo está

controlado!

78

El silencio que les brindó el imponente desierto después de la prolongada noche se sintió reconfortante. El sol, aunque débil entre las nubes que lentamente se adueñaban del cielo, se asomaba por minutos para brindarles un poco de calor a los detectives y a la familia. Detrás de ellos, una Willys MB los escoltaba hasta la tercera y última caseta con la orden de regresar en cuanto los detectives cruzaran la escolta militar en Alamogordo.

La bolsa de papel que María extrajo muy despacio con la intención de no despertar a su madre, rompió el silencio que desde hace minutos reinaba en el viaje. La mujer sacó unos panecillos rellenos de queso con trozos de aguacate y se los ofreció a su padre e hija para que almorzaran. Cuando Isabel se dio cuenta de que su madre tenía un escondite para la comida, se lanzó al interior buscando algún caramelo o alguna fruta que comer.

—Con cuidado, hija. Yo me encargo. Detectives —María llamó a los sujetos que también mantenían sus mentes ocupadas en la inmensidad del desierto—. ¿Les puedo ofrecer un emparedado? Nadie ha merendado nada y tal vez lo necesiten.

Al volante, Brush parpadeó regresando a la realidad mientras con una sonrisa de agradecimiento, tomó los panecillos, le entregó uno a su compañero, y le asintió a la mujer con una sonrisa.

—Se lo agradezco. ¿Todo en orden?

María asintió con una sonrisa y miró a su madre, quien dormía profundamente sobre su hombro.

Con un rostro de satisfacción por saciar el hambre que desde hace horas lo aquejaba, el agente Brush levantó el emparedado para volver a agradecerle a la mujer a través del retrovisor, al tiempo que miraba a los militares que los escoltaban muy de cerca.

—Traje una botella de leche para ti, cariño —le dijo María a Isabel quien le pegaba una gran mordida a su desayuno.

—¿Trajiste fruta, mamá?

—Sí, unas manzanas y mandarinas.

—Clara, ¿cómo estás? —Arthur le preguntó a su esposa con una sonrisa cargada de cariño cuando María la despertó para comer algo.

—Bien, querido... come algo. Por cierto, ¿no quieres quitarte de encima ese abrigo? —dijo Clara, acomodándose junto a su esposo.

Arthur ignoró la sugerencia de su esposa mientras le daba un beso en la mejilla. Y con la misma sonrisa de hace momentos, se giró y volvió a mirar por la ventana.

—El último pelotón de militares debería estar en La Luz, señor —Malcolm Fischer mordió su pan y miró a Arthur por el espejo—. Dudo mucho que la carretera 54 se encuentre bloqueada; en caso de ser así, tal vez nos tome una hora más llegar hasta Las Cruces.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo nos falta para llegar a esa caseta? —preguntó María por detrás.

—Unos quince minutos, más o menos —Brush miró por el espejo y distinguió a la Jeep militar que los seguían a una distancia relativamente amplia—. Esos militares se quedarán en el siguiente retén. Antes de que nos permitan continuar, debe contestar todo lo que les pregunten, ¿de acuerdo?

—No confío en ninguno de ellos, detective —Arthur asintió inexpresivo—. Los ojos hablan más que las palabras y pude ver que aquellos soldados de bajo rango tienen miedo.

—¿A qué se refiere? —preguntó el detective.

—Son jóvenes —contestó Arthur—, las actividades que están más allá de su reglamento los intimidan. No importa lo que diga algún coronel o militar de alto rango en la última caseta… mi familia debe llegar segura hasta Las Cruces.

—Y así será, señor.

—Tarde o temprano van a solicitar mi testimonio, y debo estar seguro de que llevarán a mi esposa y a mi hija lejos del peligro —Arthur se acomodó en su asiento.

—Todo estará bien, querido. Confía. —La débil voz de Clara se hizo presente—. Llegaremos a salvo. Ten un poco de paciencia.

El abuelo, con una sensación que le recorrió por la espalda, vio su emparedado y sabedor de que su esposa lo terminaría callando, le pegó un bocado.

79

Las primeras vallas comenzaron a notarse al costado de la carretera mientras la familia y los agentes se acercaban al cruce de Alamogordo. La zona boscosa que de manera llamativa se acrecentaba por la carretera Lincoln, les dejó muy en claro que Roswell ya se encontraba más que lejos desde su posición.

La patrulla de militares que los acompañó durante todo el trayecto se acercó con lentitud por detrás de ellos al saber que la última caseta de vigilancia estaría a escasos metros de esa. Conforme Malcolm Fischer se acercaba a la casilla militar, el camino se volvía más estrecho con la finalidad de que solo cruzara un vehículo camino a Las Cruces. De momento, un par de militares con rasgos latinos salieron de sus casetas y con un movimiento de manos hicieron que el agente detuviera por completo el automóvil.

El paisaje a su alrededor les inspiró paz. Los pinos que fácilmente medían más de cinco metros ayudaron a la familia a mantener la paciencia en lo que los militares les permitían el paso.

—¡Qué hermoso lugar! ¿Ya viste, mi amor? —Clara le preguntó a su nieta quien se pegaba a la ventanilla para distinguir un paisaje completamente diferente al que estaba acostumbrada—. Esos árboles deben tener más de cien años... el frío del bosque se siente, ¿no?

Ignorando por completo las palabras de Clara, Norman Brush miró cómo un joven soldado bajaba de la Jeep para acercarse al grupo de militares que solicitaban su presencia, no sin antes bajar sus armas en caso de que algo sucediera.

María no pudo más que tragar saliva y bajar la mirada para evitar el contacto con los soldados que se acercaban para revisar el auto desde afuera.

—¿Qué se les ofrece? —se escuchó la voz de un militar—. Nadie tiene acceso al sur, es mejor que regresen por donde han venido.

—FBI, soldado. Detective Norman Brush y mi compañero Malcolm Fischer. Tenemos la orden de llevar a esta familia a las afueras de Nuevo México.

Brush alcanzó un folder que estaba junto a su placa dorada y se la entregó al militar.

—Bajen del auto, por favor.

—Coronel, buen día —el mayor Martínez se acercó y saludó al

soldado en turno, llevándose la mano a la frente—. El coronel Eric Milto del escuadrón #3 de Ohio nos dio la orden de acompañar a los detectives hasta aquí para el traslado a Las Cruces.

El mayor extendió un documento al pecoso soldado.

—¿Código gris? —el militar miró al detective en silencio intentando comprender lo que leía.

—Un general vendrá desde la base de Roswell para interrogar al ciudadano Arthur Watson en los próximos días. Por el momento tendrán albergue en Las Cruces para después aproximarse a la frontera.

—Bajen del auto, debemos revisarlo.

El detective asintió y, con un movimiento mecánico, se quitó el cinturón de seguridad y les lanzó una mirada a las mujeres para darles ánimos. El soldado encargado de liderar la cuadrilla le entregó de nuevo los documentos al mayor, mientras con un silbido llamaba a otros militares en su apoyo. El sonido de la cajuela abriéndose asustó a Isabel que seguía a su madre para salir del auto mientras un delgado hombre esperaba a que bajaran para dar por iniciada la búsqueda entre las maletas y bolsas de la familia.

Después del intenso registro por todos los rincones del Ford, uno de los soldados se dejó caer sobre la arena y se arrastró por debajo del auto para buscar algo. La actitud de la cuadrilla hizo que la familia y los agentes se miraran confusos. Mientras la intervención se llevaba en aparente tranquilidad, Arthur estudió a los militares que hablaban acerca de los documentos enviados por el coronel Milto. Uno de ellos, el acompañante del mayor Martínez, parecía nervioso. Su pierna moviéndose con velocidad lo alertó. El joven soldado iba y venía de la Jeep, esperando a su superior para regresar a la base y olvidarse de la familia de una vez por todas.

El agente Fischer —quien también notó la actitud del soldado— miró a Arthur y con una media sonrisa, le inspiró tranquilidad.

—Listo, déjalos pasar.

—Un segundo… —intervino un militar—. ¿Viajarán hasta Las Cruces solos y sin asistencia militar?

—Sí, déjalos pasar —el líder de la cuadrilla taladró con la mirada a sus compañeros y les dejó en claro su orden—. Los militares regresarán al aeródromo de Roswell. Son órdenes.

—¡Señor Watson! ¡Familia! Un placer guiarlos hasta Alamogordo —el mayor Martínez se llevó los dedos a la frente y con una pequeña reverencia, un poco nerviosa, se despidió de la familia.

—Gracias, mayor. Llame a la línea de Las Cruces y con gusto le otorgaremos información —contestó el detective Brush, quien volvía al volante.

Y, como si los militares quisieran que la familia y agentes se

alejaran lo antes posible de allí, dieron un paso hacia atrás, librándoles el paso. Las mujeres en la parte trasera del auto no movieron ni un músculo hasta que las frías miradas de los militares se quedaron atrás.

A partir de ese momento, tenían ruta libre.

80

Cuarenta minutos después de rebasar las cordilleras de Alamogordo, la familia se encontraba en un estado de armonía que no poseían desde hace horas. La tranquilidad que les provocaba el saber que se encontraban lejos de los militares los llenó de alegría y seguridad. María, cantándole una canción a Isabel mientras jugaba con sus muñecas de trapo sobre el asiento, se percató de que Clara dormía plácidamente junto a ellas, sobre el hombro de Arthur. De vez en cuando, un ronquido se escapaba de su garganta, haciendo que Isabel riera con pillería para después continuar jugando.

«¿Cómo puede jugar sin llegar a las náuseas?», pensó la mujer al ver a la pequeña con sus muñecos.

—¿Falta mucho, mamá?

—Tal vez unos minutos, mi amor. ¿Tienes sueño?

La niña meneó su cabeza, negando.

—¿Alguien de ustedes quiere ir al sanitario? —preguntó Brush, mirando a las mujeres por el retrovisor.

María miró a sus padres para ver si necesitaban algo, pero la imagen del abuelo con la cabeza inclinada sobre a una camisola como si fuese una almohada, le dio a entender que podían aguantar hasta Las Cruces.

El detective Fischer constantemente miraba el retrovisor del auto para ver cómo el abuelo se despertaba de la nada, de manera brusca, o que musitaba ciertas palabras cargadas de incongruencias mientras dormía. Las últimas horas habían sido más que agobiantes para todos y el trauma provocado se mantenía fresco en su memoria. O al menos eso pensó.

—¿Han traído con ustedes algún abrigo? —le preguntó María a los agentes cuando vio que un conjunto de nubes se acercaba desde el Condado de Sierra—. La temperatura ha bajado demasiado y tal vez, al sur, el viento arrecie.

—Sí, nuestros sacos vienen en la cajuela. Más tarde los utilizaremos, gracias.

El detective sonrió y estiró la cabeza por la ventanilla para notar las grises nubes que se acercaban amenazantes, cubriendo los pocos rayos del sol que apenas si se divisaban sobre las montañas.

—¿Han probado el cereal Cheerios? —María extrajo una caja de

cartón junto a un plato para Isabel y les enseñó una bolsa en el interior—. Tiene un toque especial de miel que incluso se impregna por largos minutos en el paladar, es buenísimo. Si es que se les ofrece...

—Gracias —contestó Brush—, llegando a la estancia le tomaré la palabra y comeré un plato de cereal. Por cierto, ¿ha escuchado los beneficios que se obtienen de la miel?

—¡Sí! He intentado que mi hija consuma al menos una cucharada al día, pero aún no he tenido éxito —María observó a su hija, quien torcía la boca al escuchar lo que platicaban los adultos.

—¡Ay no! Sabe muy fea —contestó Isabel, levantando los brazos y moviendo su cabeza con sus coletas de un lado a otro.

La respuesta de la niña hizo que los detectives y su madre se echaran a reír. Ninguno de los tres sabía de lo que la niña hablaba. La miel es deliciosa.

—Pequeña —Fischer buscó a Isabel por el retrovisor y le dedicó una mirada entrecerrada, haciéndola reír—, la miel queda perfecta con todo. Desde un trozo de pan, hasta remedios medicinales; también es indispensable para los problemas en la garganta.

—Siempre se lo he dicho —intervino María—, mi madre me enseñó a preparar un brebaje con limón y claveros. Debo moler las especias y dejar unos cuantos días para que el jarabe se impregne. Mi padre siempre sufrió de la garganta y mi madre se las ingenió para curarlo de esa manera. Después de eso, mi padre jamás sufrió de nuevo aquellas dolencias.

—¡Lo haré! Muchas gracias. ¿Sabían que las abejas necesitan un total de cinco millones de vuelos a una misma flor para producir un kilogramo de miel? —preguntó Norman Brush, mirando también a su compañero.

—¿Escuchaste eso, Isa? —preguntó María cuando vio que su hija dejaba a un lado sus muñecas para atender las palabras del agente, mientras se metía un aro de Cheerios a la boca.

—Y lo más importante es que ellas nos permiten vivir —continuó el agente—. El día en que las abejas desaparezcan del mundo, nosotros lo haremos con ellas. Por esa razón es muy importante cuidarlas.

—Pero la picadura de esos insectos duele hasta el alma —rio Fischer—. Cuando era niño, un panal de esas cosas me cayó en la cabeza haciendo que los insectos me atacaran. Los aguijones de al menos quince abejas se incrustaron en todo mi cuerpo, dejándome privado en el suelo. Para ser sincero, me lo merecía: días antes le había lanzado piedras a un panal más pequeño que estaba junto al que me cayó encima. Supongo que los insectos tienen memoria... por esa y muchas razones, debemos respetar lo ajeno —el detective buscó de nuevo a Isabel por el espejo—. Cuidarlos, y respetarlos…

—¿Y qué sucedió después? —preguntó Brush, sin conocer la dolorosa experiencia de su compañero.

—Para mi suerte, solo dormí las siguientes cinco horas y cuando desperté, mi piel se encontraba enrojecida. Pero el ardor que vino segundos después de que las abejas me atacaran es algo que no le deseo a nadie. Tal vez no me dormí y en realidad me desmayé... estoy seguro de que mis padres me dijeron eso por mi corta edad.

La mueca de ironía que puso el agente hizo reír a todos por la manera en que relataba su historia.

—En lo personal, tengo ciertas experiencias con arañas —comentó Brush—, esos animales parecen salidos del centro de la tierra, son horribles. Sobre todo por la manera en la que...

En ese momento, y sin permitir que el hombre terminara de hablar, el inesperado meneo del automóvil y el silbido inconfundible de una llanta estropeada, puso en alerta a los detectives. Por la indiscutible reducción de velocidad y el difícil dominio del volante, se pensaron lo peor: una llanta pinchada.

María dejó de atender la conversación para proteger a Isabel; con un movimiento instintivo, el detective pisó el freno para salir al empedrado con una celeridad que despertó a los abuelos.

Con los nervios de punta por lo que acababa de ocurrir, los detectives se giraron hacia la familia y recorrieron por completo el desierto con las miradas.

—¿Están todos bien?

María asintió asustada a la pregunta del agente mientras notaba cómo su padre giraba el rostro, intuyendo lo sucedido. Su madre, junto a ella, apretaba su brazo y se acomodaba en el asiento.

Fischer abrió la puerta y, empuñando su arma con la certeza de que lo que había pasado una fracción de segundos antes no era normal, revisó los neumáticos para confirmar que no solo una llanta había estallado, sino que al menos tres de ellas parecían dañadas.

—¡Maldita sea! —gritó por su mala estrella.

Sin pensarlo, el agente se acercó a las llantas y comprobó que, por alguna razón, el grueso hule de sus neumáticos tenía orificios en varias partes. En el interior del auto, las miradas de Arthur y Brush se cruzaron por escasos segundos.

—Manténganse aquí y no salgan del auto hasta que se los diga.

Norman siguió a su compañero con la mirada desde el asiento del copiloto y asintiéndole a María para inspirarle confianza, abrió la puerta para ir detrás de su compañero.

No muy lejos de Brush, el detective Fischer se acercó hasta unos matorrales con su arma en mano, agitando el descolorido sombrero para despejar el polvo que había levantado el incidente y removió la tierra con el pie para comprobar algo que le terminó de erizar la piel:

un conjunto de púas oxidadas se encontraban a la intemperie.

Por la poca visibilidad del metal entre la arena, el detective decidió caminar hasta el extremo de la carretera, solo para darse cuenta de que un delgado, pero extendido tronco enterrado en la arena, mantenía las púas lo suficientemente tensas como para inmovilizarlas y arruinar los neumáticos de cualquier vehículo. Invisible a ojos de un conductor.

Sin despegar el dedo del gatillo ni los ojos del desierto, el par de detectives se dio cuenta de que, desde su posición, no era muy conveniente que la familia continuara allí. Se encontraban en la parte más peligrosa de la curva y sabían que de haber seguido un poco más al frente, seguramente habrían caído al precipicio. Norman Brush se alejó de Fischer para verificar el otro extremo de la carretera e intentar alejar a la familia lo antes posible, pero al momento en que el detective se giró para regresar al auto, el inconfundible sonido de una bala resonó por todo el desierto e hizo que se lanzara entre la hierba; lo siguiente fueron los gritos de las mujeres al interior del auto.

La imagen de su compañero cayendo de espaldas sobre la arena hizo que Brush lo comprendiera todo.

Alzó la mirada de entre la hierba para identificar lo sucedido y a lo lejos pudo distinguir la silueta de una persona con un arma en mano que corría de un cactus a otro para esconderse, pero los lamentos de su compañero, al parecer herido a metros de él, lo regresaron al momento. No por mucho tiempo.

El sonido de una segunda bala se escuchó muy cerca de Brush, haciendo que se levantara decidido a regresar los disparos al sujeto que se escondía entre los matorrales.

—Malcolm ¿me escuchas? —preguntó Brush, sudando y con el rostro de nuevo entre la hierba.

—Sí… ha sido... en el estómago —dijo el detective, con dolor.

Preocupado e imposibilitado por el francotirador que seguramente esperaba a que se pusiera de pie para dispar de nuevo, a Brush le había llegado el momento de decidir.

«¿La familia, Fischer… o mi vida?», pensó, con la cabeza dándole vueltas.

Y decidió esperar y escuchar los pasos de alguien acercándose para atacar de nuevo, aún con cuatro balas en su poder, sabía que no podía ayudar a su compañero y salir de allí tan fácil. Se colocó boca abajo y lo más agachado posible, se arrastró hasta el auto.

Después de varios segundos en los que no se escuchó nada más que el viento, Brush alzó la mirada y lo único que observó fue la inmensidad del desierto cubriéndose de nubes.

Tenía que actuar rápido.

Se levantó con mucho cuidado y, sin perder de vista el entorno,

comenzó a gatear hasta el auto. Sabía que en el portaequipaje paseaba una escopeta y si alguien, sin importar edad o género volvía a disparar, Brush abriría fuego por haber atacado a un par de agentes del FBI y a la familia.

—¿De acuerdo? ¡No me interesa! ¡Háganlo!

La conversación de la familia llamó la atención del agente, quien ahora se sentaba junto a la puerta del auto para protegerse de otro impacto. A través de la apertura de la puerta, Brush miró cómo su compañero intentaba alejarse de la carretera y se escondía entre los pastizales, lamentándose del dolor.

—No salgan del auto... no hasta que todo se encuentre despejado —murmuró el detective, aún postrado sobre la arena—. Deben salir de aquí y esconderse entre las rocas hasta que las cosas se calmen... A unos quince minutos de aquí... encontrarán a los primeros habitantes de Las Cruces.

Y antes de que Brush terminara de explicarle a la asustada familia qué es lo que tenían que hacer, por la parte trasera del camino distinguieron una vieja y decolorada Chevrolet Pick Up que se acercaba y se detenía muy despacio junto a las púas.

A Norman le pasó por la cabeza que sería buena idea levantarse para pedir auxilio, pero después de varios segundos en los que no escuchó más balas, que ahora podrían caer sobre el recién llegado, dudó un poco.

—Alguien se acerca... no salgan hasta que yo les avise —dijo Brush.

A metros de la familia y del detective, la camioneta con el parachoques doblado frenó y apagó el motor del vehículo. El hombre que manejaba la camioneta bajó de un brinco y dejó ver que vestía un desgastado overol y botas mineras. Por la posición de Brush, el detective sospechó que se trataba de un civil; de algún campesino de la zona.

El desconocido se agachó al suelo para atrapar la cadena entre la arena y la lanzó a la parte trasera de la camioneta, creando un eco en el desierto y, con la misma calma, subió a su vieja Pick Up para encender de nuevo el motor.

En el auto, las mujeres sudaban y respiraban con zozobra por el sonido de la camioneta acercándose; Arthur, por su parte, estiró un poco la cabeza para identificar a un sujeto con el rostro pintado y la mirada perdida.

—¡Salgan! ¡María, saca a tu madre de aquí! —gritó Arthur cuando reparó en el sujeto.

Por la manera en que se encontraba el cuerpo de Malcolm Fischer entre la hierba, su compañero imaginó que había muerto: boca abajo y con las manos a los lados les dejó en claro que tal vez no podrían

hacer nada más por él. Brush tenía que ayudar a la familia.

—¡Bajen la cabeza! —se escuchó la voz de María, abrazando a Isabel mientras bajaban del auto.

—¡Salgan de aquí y escóndanse!

81

Desde el volante, Dolphin se quedó unos segundos mirando a la familia que salía lentamente del auto de los detectives, mientras la silueta de un hombre se arrastraba junto a las llantas para llegar hasta la cajuela.

Le era grato escuchar el llanto de las mujeres.

El hombre "disfrazado" de civil apagó el motor de la camioneta y abrió la portezuela para salir y dar por terminada su tarea. Frente a él, Arthur cubría a las mujeres que comenzaban con dificultad la caminata hasta las rocas.

«Más tarde llegará su momento», pensó, al tiempo que con toda la calma del mundo se acercaba a la batea y atrapaba una soga.

De repente, otra bala resonando en el desierto hizo que María gritara y cayera sobre la arena, no sin antes abrazar a Isabel quien no paraba de llorar en sus brazos. Delante de ellas, la silueta de un sujeto corriendo en dirección a la familia puso en alerta a Norman Brush que sin pensarlo, disparó hacia la nada.

—¡Corran, lleguen hasta ese acantilado y no regresen!

La voz de Arthur se escuchó detrás de las mujeres.

—¡Él me quiere a mí! ¡María, saca a mi nieta de esta pesadilla!

—¡No iremos a ningún lado sin ti, papá! —exclamó María, con el pavor recorriendo su cuerpo y sosteniendo a su madre y a la niña.

Muy cerca de ellas, Dolphin sacó su revolver del pantalón y disparó al auto, haciendo que Brush se tirara al suelo y no lograra acercarse al portaequipaje. Dolphin disparaba cada que intentaba levantarse.

—¡Saca a mi nieta de aquí! —gritó Arthur cuando entendió que no tendrían mucho tiempo.

La mirada que Arthur y Clara intercambiaron, llena de cariño y de agradecimiento, le dio la fuerza suficiente para girarse y regresar al auto, junto al detective.

—Todo estará bien, cariño. Cuida a mi nieta.

La débil mano de Clara se deslizó entre las de Arthur y con una sensación de miedo, el abuelo se alejó de ellas sin dejar de ver a su esposa.

En la arena y ya sin balas por haber atacado al francotirador que se acercaba a las mujeres, Norman Brush se arrastró hasta el maletero

cuando, con un violento jalón de camisa, Randolph lo alejó del auto y lo tiró sobre la arena para golpearlo en el rostro, una y otra vez.

A lo lejos, los gritos de las mujeres se dejaron oír cuando vieron la cruda escena de Dolphin pisando el pecho del detective, quien lo agarraba del pantalón para evitar que se dirigiera hacia ellas. Cuando Randolph "*salvaje*" Dolphin giró la mirada para ver a Arthur correr del otro lado del camino, entendió que las cosas se estaban saliendo de control.

Las mujeres corriendo entre las rocas para escapar, Arthur alejándose de todos y un detective que luchaba por zafarse de su fuerza, hicieron que Dolphin tomara una decisión: Arthur Watson.

Dolphin se hincó, y agarrando las manos de Brush que batallaba por defenderse, dejó caer su rodilla con todo el peso de su cuerpo para aplastar la garganta del detective, haciendo que se revolviera en la arena por el dolor.

Sin perder más tiempo, emprendió el trote hasta Arthur que se escapaba del lugar.

A pesar de que el abuelo ya se encontraba lejos, Dolphin lo alcanzó y con un fuerte golpe al hombro contra el suyo, lo terminó derribando sobre la tierra.

Cuando Dolphin levantó al abuelo del brazo, Arthur distinguió el terrible semblante del "teniente". Al parecer utilizaba maquillaje de guerra, una camisa manchada y aquel overol para hacerse pasar por un ciudadano cualquiera, y le funcionó hasta que estuvieron frente a frente.

—¡Miserable!

Luego de que la voz de Arthur se escuchara por todo el desierto, el abuelo tomó los brazos de Dolphin para tomar impulso, y le escupió en el rostro al sujeto.

La reacción de Randolph fue lanzarle un golpe al abuelo justo en la nariz que lo devolvió a la tierra, inconsciente.

Dolphin se limpió el escupitajo y lo levantó sin dificultad para regresar a la despintada Chevrolet. Al caminar junto al auto del FBI, se dio cuenta de que en el suelo se encontraba Brush, postrado en la tierra, muerto. O al menos así lo percibió Dolphin. Pero al momento de contemplar el panorama y de cierta manera, disfrutar la eficacia de su estrategia, los gritos de una mujer se hicieron escuchar con dolor.

—¡Papá! ¡No! ¡Por favor! —El agudo grito de María hizo que Dolphin se girara para identificar a la mujer quien, rápidamente y con las puntas de su falda en mano, corría entre la arena hacia ellos.

Dolphin entendía que las mujeres eran indispensables para continuar indagando en el tema de los restos. Sabía que tarde o temprano hablarían de algo más y que serían una fuente de información. Pero también sabía que era necesario introducir un

trauma previo para “aflojar” los testimonios y obtener información que tal vez nunca le dirían a un militar. El teniente (si es que aún lo era) sabía que las mujeres no llegarían muy lejos. Una anciana incapaz de caminar y una niña de seis años no serían muy difíciles de encontrar después de su cometido.

Tenía que esperar.

—¡Déjelo, por favor! —gritaba María, cada vez más cerca de ellos.

Cuando Dolphin reparó en que la mujer se acercaba, abrió la puerta del copiloto y metió a Arthur en el interior. Corrió hasta el volante y sin perder más tiempo, encendió el motor.

No pasaron ni cinco segundos cuando María comenzó a golpear el cristal mientras miraba aterrorizada a su padre, aparentemente muerto, junto al sujeto que horas antes había destrozado a su familia.

Los gritos de desesperación por parte de la mujer al intentar abrir la puerta o romper el cristal se combinaron con el sonido de las llantas arrastrándose para salir del camino. Las llantas del sujeto giraron antes de salir a la carretera, obligando a María a alejarse un poco de la camioneta por el movimiento tan brusco del vehículo que arrastraba el cadáver de Malcolm Fischer entre las llantas, bañado en arena y con la camisa destrozada por las piedras.

Sin importar la dura imagen del cadáver del detective siendo arrollado por la camioneta de Dolphin, María corrió tras la Chevrolet mientras gritaba para pedir ayuda a quien sea que escuchara su llanto, pero el motor de la vieja Pick Up se perdió poco a poco en la inmensidad del desierto.

82

Minutos después de que Randolph Dolphin huyera con Arthur, las mujeres seguían postradas sobre la arena, llorando y gritando para recibir cualquier tipo de ayuda, sin embargo, sus estériles gritos solo creaban un panorama desolador y lleno de perdición.

Luego de que María recuperara el control de sus brazos por aquel hormigueo que le invadió al ver cómo la camioneta se alejaba con su padre en el interior, dejó de temblar y fue consciente de que era tiempo de moverse y proteger a su familia. Escuchó el grito de Isabel que la llamaba. El estado corporal de Clara no consentiría por mucho tiempo la caminata a la deriva y a pesar de que la mujer demostraba un ímpetu de acero por llevar a su familia a un lugar seguro, las condiciones climáticas amenazaban con jugar en contra de ellas tarde o temprano.

«¿Y si regresan los sujetos con armas?»

«¿A dónde habrán llevado a mi padre?»

Aquellas y otras interrogantes inundaron la cabeza de María, quien sin saber qué hacer, miró a la abuela y a su hija caminar con mucho pesar entre la arena. Se levantó con dificultad, y dejando escapar un último sollozo de dolor, casi se arrastró hasta su familia. Debían escapar lo antes posible.

La mujer recordó las palabras del detective Brush acerca de las primeras viviendas a unos minutos hacia el sur. Podrían pedir ayuda, y quién sabe, tal vez alguien se arriesgaría a salir en busca de su padre.

El sonido de los pastizales moviéndose por el viento creaba un ambiente de ruina y angustia alrededor, sumado al rumor de ciertas aves, volando entre unas rocas y otras, en la misma zona donde se encontraban abandonadas. En algún momento, María imaginó que morirían allí mismo.

De repente, un lamentable quejido se escuchó por detrás del auto de los detectives llamando así la atención de María, quien lentamente, y arrastrando los pies entre la arena, se puso en alerta. El detective Brush, postrado en el suelo, moviéndose con dificultad y escupiendo sangre hizo que la mujer se asustara por el penoso aspecto del sujeto. Un ojo completamente inflamado y manchas de sangre por toda su ropa motivaron a María a socorrerlo.

—Detecti... detective, ¿está bien? —le preguntó la mujer, con la voz quebrada—. Venga… salgamos de aquí.

Los murmullos que producía Brush al intentar levantarse del suelo le helaron la sangre a la mujer. Claramente eran de dolor e indicaban que su garganta había sido destruida por Dolphin. Cada vez que el detective intentaba articular palabra, un sonido de tortura salía desde su laringe, seguido de una plasta de saliva con sangre.

—¿Puede levantarse?

Norman asintió con pesar y se quedó unos segundos sentado en la arena, intentando comprender lo sucedido.

—Intente no hablar. Iré por... por mi madre. Debemos movernos de aquí... antes de que algo más suceda.

María se levantó y con la adrenalina fluyendo de nuevo por su cuerpo, se dirigió hasta Clara e Isabel quienes, al parecer, se encontraban en algún tipo de shock. La pequeña, aferrada a los brazos de su abuela, ni siquiera se dio cuenta de la presencia de su madre quien se hincaba para hablar con ellas.

—Mamá, tenemos que salir de aquí, ven.

María cargó a Isabel entre sus brazos y con mucho cuidado para evitar lastimar a su madre, la jaló. Clara rodeó el cuello de su hija y con cautela iniciaron la caminata hasta el auto de los detectives.

Cuando las mujeres estuvieron cerca del agente Brush, María recordó a Fischer y con un ágil movimiento de cabeza, lo identificó muy cerca de ella.

El cuerpo sin vida del detective se encontraba a mitad de la carretera, bañado en arena y sangre, con una apariencia que, más que causarle miedo, le causó cierta tristeza por la manera en que había terminado. Regresando su atención a Norman, María se agachó para ayudar al hombre con un fuerte tirón en la espalda. El detective se recargó en el auto y cerró los ojos para tomarse un respiro antes del siguiente movimiento.

—¿Se encuentra bien? ¿Podremos... podremos caminar hasta Las Cruces?

—Espere —dijo Brush con una entonación que dejó en claro que no se encontraba del todo bien—. Caminen... yo las seguiré por... aquel camino de allá.

El detective señaló un angosto camino que dividía la carretera con las curvas y sabía que era lo mejor en caso de que algún otro militar los interceptara. Caminar entre la hierba sería lo más seguro.

Cuando María entendió la decisión del agente, acomodó a Isabel entre sus brazos e intentando no causarle más dolor a su madre, rodeó su brazo para iniciar la caminata en el desierto. Sabía que si no encontraban ayuda en al menos treinta minutos, su madre podría caer.

Mientras se asomaba por la ventanilla del auto para buscar un

recipiente de agua que seguramente les vendría bien en el camino, vio al detective Brush acercarse con paso lento hasta su compañero muerto sobre la arena. El sujeto se arrodilló junto a él y metió la mano en lo que quedaba de su destruida ropa.

La mujer tomó una pequeña maleta y con la urgencia de caminar, correr o si era necesario, volar, alcanzó a ver cómo Brush extraía la cartera de su compañero y la guardaba en su pantalón, mientras lo contemplaba con la cabeza agachada por un rato. Norman se levantó y sabedor de que tenían que huir lo antes posible, siguió a las mujeres con un fuerte dolor de cabeza y la garganta inflamada, haciéndole imposible respirar con normalidad.

—Un poco de agua, por favor —pidió el hombre que, por un momento, fue presa de las náuseas y el sabor a sangre.

María se detuvo y con el miedo de saber si realmente lo lograrían, soltó a su madre y le extendió el agua a Brush, quien le dio un gran trago.

El detective tosió con violencia y escupió agua por todas partes, manchando a las mujeres frente a él.

—No importa lo que me llegue a pasar a mí, señora Murrieta —dijo Brush con dolor, mientras le entregaba el recipiente a la mujer y abría el maletero del auto, dejando ver una escopeta—. Lleve a su madre e hija a un lugar seguro y pidan ayuda.

83

Después de andar por unos minutos trotando por el desierto, ni María ni Brush lograban entender cómo la adrenalina los había motivado a salir de aquel desastre en donde, en algún momento, todos imaginaron que sería el fin.

Con Clara en brazos del agente para evitar que la mujer se desmayara, el hombre de vez en cuando caía de rodillas para escupir otra plasta de sangre y saliva que lo torturaban con la arena levantada al correr. Para fortuna de las mujeres y del detective, las nubes se habían adueñado por completo del cielo y al menos no tenían que esconderse de los potentes rayos del sol. Por lapsos de tiempo, María se detenía para ofrecerle agua a la pequeña quien contemplaba el desierto a su alrededor, desde los brazos de su madre.

Caminaron por un rato más hasta que unas rocas cubrieron el camino secundario y Brush entendió que si querían incorporarse a la carretera que conectaba directamente con un empedrado hacia Organ, debían caminar por la ruta principal. Serían blancos fáciles, pero no tenían otra opción.

De momento, el lejano sonido de un auto acercándose a toda velocidad por la carretera puso en alerta a todos, haciendo que se lanzaran a la tierra sin pensarlo y se miraran con temor. Con sumo cuidado y poniendo un dedo sobre su ensangrentado labio, Norman acomodó a Clara sobre la tierra y movió al frente su Beretta calibre 12.

Y como si de un rayo se tratara, un automóvil que no lograron identificar por la posición en la que se encontraban, arrasó con polvo y hierbas espantando a varias lagartijas, y a la familia también.

Alteradas por el presentimiento de que algo igual (o peor) podría suceder, María se lanzó sobre su hija tapándole la boca para evitar que gritara. Cuando el motor del auto se perdió nuevamente desde donde ellos venían, Brush colocó su escopeta a la espalda y devolviendo a Clara a sus brazos, movió la cabeza en señal de que era tiempo de continuar. Esta vez, con una nueva dosis de adrenalina corriendo por sus cuerpos, María cargó a la niña y la colocó entre sus brazos para seguir los pasos del detective.

En un momento determinado, cuando la ruta alterna a la carretera finalizó, se vieron obligados a regresar al camino principal. El miedo y

la urgencia por cruzar todo y conseguir ayuda, tocó a sus hombros.

—Iremos..., iremos hasta aquellas rocas de ahí, para después... cortar hasta Organ... usted por delante, señora Murrieta.

Luego de varios minutos en los que la familia avanzó para evitar que alguien los volviera a lastimar, María no pudo evitar soltar un grito cuando a algunos metros de su posición, una pequeña choza se alcanzó a ver a lo lejos.

Con la emoción que le causó aquella casa junto a un pequeño establo, María acomodó a Isabel de un brinco en sus brazos y con el sudor en su frente, emprendió la marcha hasta el lugar. Detrás de ella, el detective se asombró por la velocidad con la que la mujer casi saltaba entre la arena y comenzaba a gritar para que alguien los ayudara.

Conforme las desoladas mujeres y el detective se acercaban a la casa, se dieron cuenta de que un par de sujetos —que a simple vista parecían campesinos— salían del lugar con armas en mano al escuchar los gritos de las mujeres y levantaron las manos en señal de alto.

—¡Quédese quieta! —gritó Brush por detrás de María cuando vio las armas de los propietarios.

—¡Ayúdennos, por favor! ¡Se han llevado a mi padre! ¡Mi madre necesita auxilio!

Los gritos de María hicieron que los hombres bajaran las armas y corrieran hacia la mujer con la niña en brazos. Uno de ellos, un hombre de bigote poblado y de tez morena, silbó al interior de la casa, llamando a alguien.

—¡Ayúdala con la niña, cabrón! —le dijo el sujeto a su compañero, mientras levantaba a María del suelo, quien lloraba de alegría por haber encontrado a alguien que los ayudaría.

—¿De dónde vienen? ¿Qué chingados les pasó?

Por el acento y la forma de hablar, Norman identificó a los sujetos como mexicanos. Uno de ellos, el más joven, caminó más allá de las mujeres y observó todo el lugar para detectar si alguien más los estaba siguiendo. Cuando el detective se acercó hasta la entrada principal de la cabaña, se dio cuenta de que muy cerca de la propiedad se apreciaba un pequeño barranco lleno de cactus y otro tipo de árboles.

De repente, una mujer salió del interior de la casa y colocó una silla en la entrada para ayudar a Clara a sentarse.

—Un... vaso con... agua, por favor.

Apenas si articuló palabra alguna la abuela.

La mujer de trenzas muy largas y vestido colorido, entró a la vivienda y después de varios segundos, regresó.

—¿Qué está pasando allá, canijo? —el sujeto de bigote agarró del hombro a Norman e ignorando su pésimo semblante, lo giró para

encararlo—. ¿Cómo sé que no eres militar?

—FBI... Nos han emboscado, por favor, ayuden a las mujeres —contestó Brush, y notó que los hombres se encontraban en estado de ebriedad por el violento tufo que salió de la boca del sujeto.

—¡Primero quiero saber si *usté*' no es soldado! Esos malditos nos han estado vigilando desde hace días y no pienso poner en riesgo a mi familia.

Por la forma en que lo miraron, Norman entendió que ellos también habían tenido problemas con los militares y, para evitar un conflicto innecesario, solo se limitó a responder.

—Soy del FBI; mi nombre es Norman Brush, nos han interceptado a un par de kilómetros de aquí, y no solo eso: han asesinado a mi compañero y se han llevado al padre de la mujer... ayúdenlas a ellas.

—¡Jacob! ¡Creo que ahora sabemos la razón de aquellas balas! —exclamó uno de los hombres, muy delgado y con sombrero de paja que ayudaba a María a entrar a la casa.

—¡Esos pinches puercos no perdonan ni a los ancianos! ¡Dolores! Metan a las mujeres y denles algo de comer. ¡Ignacio! Vaya con su hermano a ver si los soldados no están rodeando la pinche casa.

Con unas risas que parecían dañadas por el tabaco, los jóvenes de entre veinticinco y treinta años salieron corriendo del hogar con rifle en mano, al tiempo que subían a una camioneta y arrancaban hacia la nada.

—¡Se han llevado a mi padre, señor! —gritó María, sin dejar de temblar—. ¡Una camioneta vieja con un teniente del ejército! ¡Ayúdenme a encontrarlo, se los ruego!

El hombre del bigote poblado se quedó un rato mirando a la mujer y contempló su rostro repleto de tristeza y a su hija bañada en arena.

—Debemos sacar a las mujeres de aquí, ya nos han interceptado... —dijo Brush, con una voz dañada.

—¡Y así será! —contestó el hombre de bigote casi gritando—. Pero no porque *usté*' sea policía; sino cuando regresen mis hijos y estemos todos juntos, ¡¿entendido?!

Por las condiciones en las que se encontraba, a Brush no le quedó más que asentir con dolor y esperar a que los chicos regresaran. Al menos así tendría tiempo para pensar.

El señor del bigote, aún desconfiado, tomó de nuevo su arma y obligando a que nadie saliera, cerró la puerta tras de sí para lanzarle una última mirada a su terreno.

En esos escasos segundos, Brush se dio cuenta de que en la humilde morada, al otro extremo de la sala, una anciana en silla de ruedas escuchaba la radio con la vista perdida en la pared. Por un segundo llegó a pensar que la mujer estaba muerta, pero cuando uno de los sujetos se acercó para acomodarla en una orilla, supo que solo

se limitaba a vivir.

El sofocante calor que sintieron al entrar a la choza se debía al techo de lámina que cubría todo en el interior, y analizando la vivienda, el detective se dio cuenta de que las personas más que vivir allí, solo utilizaban el lugar como un albergue.

—¿Cómo sigues, mamá? —preguntó María a su madre quien temblaba con un cántaro de agua en las manos. Junto a ellas y sin decir, ni hacer ruido, Isabel apretaba el brazo de su madre mientras se limpiaba las lágrimas.

Un par de minutos más tarde, cuando el mexicano hubo revisado la propiedad por todos lados, entró de nuevo a la casa creando un estruendo cuando la madera azotó detrás de él, cerrándose. Sudando y sin quitarle los ojos a Norman, dejó su rifle recargado en la pared y se plantó frente a él.

—¿Lo siguen a *usté*' por la chingadera que se impactó en el desierto?

—Sí... —contestó Brush.

El hombre, con un potente olor a sudor, se acercó al detective y lo encaró.

—¿Qué ha hecho *usté*'?

—Domingo, gordo, deja que las mujeres se queden. Míralas, están *re*' asustadas. —La mujer del vestido colorido, al parecer esposa del latino, se acercó por detrás del señor y miró a Isabel.

—¡Deben sacarlas de aquí! —exclamó Brush, con la impotencia que le ocasionaba ver a las mujeres y a la niña temblando de miedo.

—Antes de eso, dime todo lo que saben, si no, no podrán estar aquí.

El mexicano se alejó de Brush y se dejó caer en una de las sillas frente a la mesa, le quitó el corcho a una botella y se sirvió un gran chorro del contenido en un vaso.

—Esas pinches lacras andan acosando y golpeando a todos lo que han tenido que ver con ese platillo en Roswell. No estoy para aguantar más chingaderas con mi familia. Mi tío se encuentra detenido en una pinche base militar y ya nos han venido a amenazar. ¿Quién es *usté*' y por qué los buscan los chingados militares?

—¡Ya se lo hemos dicho! ¡Se han llevado a mi padre! —se interpuso María, con lágrimas.

Brush se estiró y le extendió su placa junto a la de su compañero que estaban en su bolsillo derecho, no sin antes toser con dolor. De mano en mano, la placa de Norman Brush y Malcolm Fischer rondaron la mesa entre la mujer y el par de hombres que esperaban el regreso de los jóvenes.

—Ya se lo he dicho —Norman respiró con dificultad—. Han asesinado a mi compañero y han secuestrado al ciudadano Arthur

Watson. Es necesario hacer algo.

84

Cuando Arthur miró a Clara caminando hacia él, volvió a sentir la misma emoción que sintió al conocerla. Aquel vestido rosa caramelo que usó por primera vez ocasionó que las manos del sujeto se humedecieran y lanzara un suspiro de felicidad… con la misma emoción de siempre.

Arthur apretó entre sus manos el ramo de tulipanes y le echó una última ojeada a sus pulcros zapatos caqui para ver si existía algún detalle por limpiar antes de que la hermosa mujer de ojos grises se acercara. Se levantó, aún nervioso, y sonrió cuando vio a Clara sonreír también. Le extendió el ramo de flores y sonrojado, le dio un beso en la mejilla.

Los dueños de los pequeños locales alrededor del parque Litho, en Kansas, charlaban y reían con sus clientes mientras el par de enamorados caminaba entre los árboles y arbustos de la plaza principal, jugueteando con cualquier cosa y riendo.

—Arthur, querido, ¿alguna vez caminaremos frente a la Estatua de la Libertad? —preguntaba Clara, sonriendo y dejando ver su hermosa dentadura.

—Lo haremos, Clarita. Y no solo en el frío de Nueva York, ¡también en las grandiosas pirámides de Egipto!

—¡Claro que sí, guapo! —Clara brincó y abrazó al joven—. Pero primero debo conocer a tu madre.

Arthur negó, burlón, haciendo que Clara soltara una risotada y lo abrazara.

—¿Por qué no puedo conocer a tu madre? —preguntó la mujer.

—¡Lo harás! Cuando regrese de Europa y nos casemos. Y no solo eso, ¡también podremos crear una hermosa familia y comprar una casa en las afueras de la ciudad!

—¡Sí! —Clara gritó de emoción y lo abrazó de nuevo—. ¡Un par de niñas corriendo por toda la casa sería algo hermoso…!

Y antes de que la mujer terminara de hablar, un chorro de agua fría cayó sobre el semblante de Arthur, haciendo que se despertara.

Al sujeto le tomó unos segundos percibir en dónde se encontraba y cuánto tiempo había transcurrido.

Por detrás, un recipiente de metal cayó sobre la batea mientras que unas manos lo tomaban de la camisa y lo acomodaban sobre el

asiento.

—Disculpe, señor Watson. No fue mi intención despertarlo de esta manera, pero si no lo hacía yo, probablemente lo hubieran hecho de otra forma.

Los débiles ojos de Arthur se adaptaron lentamente a la luz del lugar mientras las gotas de agua resbalaban por su rostro y unas voces a su alrededor se hacían notar. Un rato después, cuando su vista se adecuó al entorno, sentado e intentando adaptarse a su realidad, sintió un ardor en las muñecas que le adormecía sus brazos. Inclinó la mirada y se dio cuenta de que se encontraba atado, con las manos en la espalda.

Cuando el anciano sintió de nuevo el empujón de Bodgan Dunne al centro del asiento para acomodarlo, un punzante dolor que le recorrió por toda la pierna se hizo presente. Después del movimiento del soldado, una voz detrás de la camioneta se escuchó.

Aquella voz fue recibida y procesada por la memoria de Arthur.

—Soldados, retírense a sus posiciones.

Randolph silbó hacia un lugar al que a Arthur le era imposible ver por la posición en que se encontraba, y con señas que solo Dolphin y los soldados entendieron, entró a la camioneta junto al anciano.

El hombre de overol y botas mineras miró de reojo cómo el anciano se removía junto a él y lo veía fijamente. Colocó unas hojas de papel sobre sus muslos y sin más, comenzó a revisarlas.

—Aún no hemos encontrado nada de aquellos restos que Sebastián escondió, Arthur. Si no me lo dices tú, me lo dirá cualquiera de las mujeres de tu familia.

El abuelo frunció el ceño y sin comprender del todo las palabras de Dolphin, se incorporó sobre el asiento para alcanzar a ver el desgastado techo de su hogar, en Arabela.

Cuando el abuelo miró los agujeros escarbados en la arena por toda su propiedad, no pudo evitar sentir de tristeza al ver su hogar destruido. Puertas y ventanas derribadas le dieron a entender que los militares ya habían irrumpido en su hogar desde hace horas.

—Si tú sabes el lugar exacto, es mejor que lo digas.

Dolphin no le quitaba atención al conjunto de documentos sobre sus piernas.

—No tengo idea —contestó Watson, recordando con melancolía a Clara en el sueño y a su hija corriendo tras de ellos mientras gritaba de la desesperación.

Por un momento, tal vez minutos después del golpe de Dolphin en el desierto, Arthur abrió los ojos cuando el chofer pisó el freno y cayó sobre unas bolsas; acto seguido, escuchó unas voces en el exterior del vehículo y vio las sombras de varias personas que subían a la parte trasera de la camioneta. Después de eso, no supo si se había dormido o

se había desmayado.

—¿En dónde han escondido aquellos restos, Watson?

—No tengo la menor idea, Dolphin. Lo digo en serio.

Arthur se arrepintió de haber dicho tal cosa. Sabía que las mujeres continuaban a la deriva y tenía que conseguirles todo el tiempo necesario para que pudieran escapar.

—Hazlo por tu país, Watson...

—¿Por mi país? ¿Así es como el gobierno trata a sus ciudadanos? No son más que enfermos de poder.

—Es usted un hombre muy astuto, Watson. Pero siendo sincero, no tengo intenciones de ocasionarle más daño físico ni a usted ni a su familia —Dolphin movió su cuello, haciéndolo tronar—. Por cierto, supongo que debe estar sediento.

Dolphin abrió la guantera frente a Arthur y extrajo una botella con agua que abrió para después desatar las manos del hombre. Con un fuerte olor a sudor, Randolph se acercó al anciano y le extendió el recipiente con agua. El abuelo sin pensarlo, bebió hasta la última gota.

—Siempre lo respeté, Watson. Usted fue un verdadero ejemplo a seguir dentro del cuerpo militar, lo digo en serio.

Dolphin se llevó la mano al corazón y asintió.

—No eres más que un degenerado...

—¡Eso es algo de lo que sí me arrepiento! —Dolphin soltó una tétrica carcajada y se recargó sobre la puerta—. Jamás podré ser ni la mitad de lo que usted ha sido en toda su vida: un hombre que alcanzó el rango de mayor por su recto trabajo. Pero debe comprender que el gobierno necesita a varios hijos de puta como yo, hábiles con las tareas que no cualquiera realiza —Dolphin le guiñó un ojo al anciano y lanzó los documentos sobre el tablero—. ¿Sabe usted la razón por la que decidí ingresar al cuerpo militar, Watson?

Arthur no dijo nada y solo lo miró.

—Por este tipo de situaciones que son como una aguja en un pajar. Si eres bueno, como tu servidor —Dolphin sonrió con sorna y clavó aquellos perturbadores ojos en el abuelo—, podrás conocer todo aquello que el otro gran porcentaje de soldados jamás conoce y muere sin saber.

—¿Y ahora quieres saber por qué ingresé yo al cuerpo militar? —Arthur lo interrumpió, viéndolo directo a los ojos—. Para acabar con fanfarrones como tú. Ojalá te hubieran matado en Francia, maldito.

Dolphin alzó las cejas y sonrió, dejando al sujeto hablar.

—Estoy seguro de que tu corto entendimiento ni siquiera se acerca a lo que se ha estrellado en el desierto. Ni a esto, ni a lo que vimos en el bosque de Francia hace años... ¡Estás muy lejos de conocer las verdaderas circunstancias de lo sucedido!

—Tal vez, Arthur —Dolphin borró la sonrisa de su rostro y bajó la

cabeza. En el fondo sabía que las palabras de Arthur llevaban razón—. A estas alturas, en los próximos años, no solo sabremos qué es todo eso. El país aprovechará todo lo que esté a su alcance para ser una potencia mundial.

—¿Y tú crees que eres digno de conocer la verdad detrás de esas cosas en el cielo? —La voz de Arthur se escuchó áspera.

—Lo soy, Watson. Cuando encontremos los restos escondidos en tu propiedad, Washington me hará un monumento por mi valentía y mis habilidades... puedes jurarlo.

El narcisista sujeto con el rostro casi despintado, alzó las cejas y sonrió.

—El poder... ¿De qué te servirá cuando te des cuenta de que solo son un montón de traidores al país? Incluso más que aquellas personas a los que interrogan y lastiman. Si tuvieras al menos un poco...

—¿En dónde están los restos, Arthur? —lo interrumpió Dolphin, serio y de cierta manera, exaltado.

—¿Por qué? ¿No tienen los suficientes hombres para encontrar algo en la arena? ¡Sé que pronto se harán cargo de mí! ¡Haz lo que tengas que hacer, cabrón!

Randolph apretó el volante entre sus manos e inexpresivo, escuchó a Arthur.

—Te he dicho que no sé... ¡Ni siquiera sabía que Sebastián había venido a mi casa para esconder más basura!

—¿Y por qué has ocultado el hecho de que sabías lo ocurrido en Corona, Watson? ¿A caso un veterano de guerra no sabe que eso podría ser utilizado en su contra? Desde que me paré en la entrada de tu puerta, no has hecho más que mentir.

Arthur soltó un suspiro de angustia y miró con cierta cólera a Dolphin.

—¡Ustedes no son más que una secta de asesinos! ¡Si de verdad quisieran proteger al país, comenzarían con los ciudadanos! En vez de cuidar a mi familia, la han llevado a la miseria, y estoy seguro de que más personas se han visto involucradas en este caso. ¡Aun teniendo la razón a su favor!

Arthur se acomodó en el asiento y tomó un poco de aire intentando mover la pierna cuya pésima posición lo torturaba. El dolor que el anciano sentía le recorrió por toda la espalda haciendo que tragara saliva y respirara con avidez.

—Dime el lugar exacto donde el bastardo de tu yerno ha enterrado los restos, Arthur. Hagamos esto más sencillo.

El abuelo sintió miedo. El inquietante rostro de Dolphin se transformó en algo que nunca vio del sujeto, ni en todo el tiempo que estuvieron juntos de servicio. Era un militar trastornado y loco por el poder.

—¡Te digo que no sé absolutamente nada, Dolphin! ¿Quieres que te diga que fue detrás de la reja trasera de mi hogar? ¡Adelante! Estoy seguro de que ya has revisado y no has encontrado nada... por eso me has traído contigo.

—Tu nieta lo sabe —contestó Dolphin, mirando a la nada—, esa niña sabe más que la anciana y que tu hija. Si me dices en dónde han escondido esos restos, prometo que las dejaré tener un abogado cuando las encuentre.

Los casi podridos dientes de Dolphin, combinados con aquella tétrica sonrisa, pusieron a temblar a Arthur. En ese momento, las tres mujeres de su vida aparecieron en la memoria del abuelo y es que, en verdad, el anciano no tenía conocimiento de un segundo sitio en el que su yerno se hubiera tomado tiempo para esconder más restos, pero por otra parte, el rostro de aflicción de su nieta era una clara referencia a que la confesión tal vez fuera real. Incluso Arthur llegó a dudar si realmente Sebastián había enterrado algo más o solo había sido un vago recuerdo completamente distorsionado por el miedo de la pequeña Isabel.

—Sargento Arthur —se adelantó Dolphin—, y disculpe que lo llame sargento a pesar de que llegó al rango de mayor. He intentado a toda costa ayudarlo a usted y a su familia en esta situación, pero el tiempo y las órdenes han sido claras. Por última vez, ¿en qué parte de su propiedad han escondido aquellos restos?

El abuelo tragó la poca saliva que su agotada garganta aún sostenía y con mucho pesar, meneó la cabeza con desesperación. Muy en el fondo, deseó saber el lugar que Isabel había señalado para decirle a Dolphin y terminar con aquella pesadilla.

—Como quieras, Watson… —Randolph abrió la puerta de la camioneta y sin decir nada más, salió.

85

Con un punzante dolor en la sien que lo torturaba con cada movimiento que hacía, el detective Brush giró su mirada y notó que a pesar de que la familia García les había ofrecido alimentos y bebidas —incluyendo licor— María no dejaba de mirar por la ventana esperando ver al hijo de la familia regresar de aquel fugaz viaje en el desierto después de que les implorara que buscaran a su padre. La desamparada mujer no dejó ni un segundo de cuidar a la pequeña que con mucha hambre, devoraba una manzana.

Brush se limpió el agua que resbalaba por su barbilla y de reojo miró cómo el señor Domingo, quien plácidamente bebía trago tras trago de aquel brebaje, jugaba una partida de baraja española con su familiar. Frente a él, y con un cigarrillo entre los labios, un sujeto de sombrero que se presentó como el cuñado de la familia García, movía las cartas entre sus dedos mientras meneaba la cabeza por el aparente mal juego que tenía.

En el poco tiempo que dialogaron antes de que los hijos del señor Domingo regresaran del desierto en busca de algún intruso o del padre de la mujer, la familia le confesó al detective que todos ellos eran originarios de Ciudad Juárez, de una localidad un poco más al sur. Para mala suerte de ellos, el incidente del supuesto plato volador había ocasionado el bloqueo de ciertas carreteras, y a menos que el problema se resolviera, no podrían regresar. Llevaban un par de días allí y no podían ni vender su mercancía a los proveedores de El Paso, ni regresar a México.

—¡Tercia de copas y tercia de bastos, hijo de la chingada! —gritó el señor Domingo, lanzando las cartas a la mesa y soltando una estruendosa risa que asustó a las mujeres—. ¡Mi dinero, jotito!

Cuando el delgado hombre frente a él miró las cartas del sujeto, movió la cabeza con molestia y sin nada más que hacer, tiró su juego y sacó unas monedas para ponerlas sobre la mesa.

—¿Una partida?

La curiosa pregunta del sujeto llamó la atención de Norman cuando vio que le preguntaban a él. Sin tiempo para pensar en juegos de mesa, el detective negó con una débil sonrisa.

—*"… y es que después de tanto revuelo por un supuesto plato que se estrelló en el desierto, ahora todos quieren una indemnización por lo*

sucedido…"

—¿Puede subir el volumen, por favor?

Norman se incorporó del asiento con dificultad y prestando atención a la vieja radio de la anciana en sillas de ruedas, se recargó sobre la pared para escuchar mejor.

—Mi *ma*' no escucha. Yo lo haré —contestó Dolores, la esposa del señor Domingo, y se acercó para modificar la casi destruida radio conectada de manera muy curiosa a una vieja batería Exide.

—*"… el cuerpo militar se encuentra en un gran lío, ya que algunos ciudadanos exigen un reembolso por daños en sus propiedades causados por el globo meteorológico del que ya se han dado explicaciones. Hasta el momento, no tenemos más información del paradero del mayor Jesse Marcel ni de su compañero, el capitán Cavitt; pero los informes del general Ramey nos han mantenido satisfechos en las últimas horas. Supongo que será cuestión de esperar los detalles… ¿Quién diría que aquello no era más que un instrumento de los militares, Julián?".*

—¿Un globo meteorológico? ¿De qué han estado hablando en las últimas horas? —preguntó el detective, al tiempo que miraba a la familia sin saber qué había sucedido por la incomunicación en San Patricio.

—¿De verdad no lo saben? ¿Entonces qué chingados les pasó? —preguntó el hombre de sombrero, encendiendo otro cigarrillo.

—Los militares aventaron una de sus chingaderas al cielo y ha caído en Corona… —intervino la señora García mientras miraba a su esposo—. O al menos eso es lo que dicen las noticias.

A pesar de la situación y de la preocupación por conocer el paradero de Arthur, las palabras en la radio y las de los mexicanos, hicieron que Clara y María atendieran la conversación.

—¡Esa chingadera no es de los pinches soldados! ¡Entiéndelo, mujer! —gruñó Domingo cuando escuchó las palabras de su esposa, y moviendo su poblado bigote, se sirvió otro vaso de licor.

—Detective… ¿Bus? ¿Bruc…?

—Brush…

—Sí… como sea, soy Mauricio Ortega y don García es mi pinche compadre —el hombre con sombrero de paja y camiseta de tirantes miró al detective—, y yo más que nadie puedo decirle que he visto esas luces en el cielo de Chihuahua y no son del cabrón de Miguel Alemán. Nuestro trabajo requiere muchas áreas libres y puedo decir con los huevos en la mano que esa cosa que cayó en Socorro no es de los pinches militares —el sujeto meneó la cabeza y tiró la ceniza sobre un cenicero metálico.

—¿Socorro? Hace unos momentos escuché que se refieren a Socorro como lugar de impacto... ¿El incidente no había sido en Corona? —Norman le preguntó al sujeto con la curiosidad al límite.

—Se dice que hay otra chingadera que también explotó muy cerca de Magdalena y Socorro. Dicen que un grupo de estudiantes vieron un *disco*.

Brush soltó un respiro creyendo que se estaba volviendo loco por todo lo que sucedía en el poblado, e imaginando que tal vez era un movimiento del gobierno para mostrar "*algo*", se sentó de nuevo.

«¿Un teatro bien montado para intimidar a los pobladores?»

«¿Un ser de algún planeta que no conocemos?»

«¿Estados Unidos contra la Unión Soviética?»

Todo era caos en la cabeza de Norman Brush.

—En México es normal ver esos platos, y a veces solo son luces que suben y bajan; pero creo que no todos son dignos de presenciar algo tan extraño como esos trastos. A pesar de que la noticia en Roswell se hizo pública y hay muchos testigos del plato, nos han obligado a olvidar todo y creer que solo fue un globo de la base... Como ya le dijeron mis compadres, han retenido a uno de nuestros parientes y han venido a amenazarnos un par de veces.

—Debemos sacar a las mujeres de aquí... llevarlas hasta Las Cruces... es prudente pedir auxilio —dijo Norman casi gimiendo del dolor en el pecho.

—No va a pasar nada hasta que mis chamacos regresen del desierto, señor —Domingo se adelantó al detective y lo silenció, moviendo su bigote.

Norman sabía que aquel encubrimiento tenía un trasfondo más secreto. Sabía que provenía desde Washington y que las órdenes habían cambiado. El gobierno profundo había entrado en acción.

Se talló la frente, y con la incertidumbre de saber que los militares *no* se detendrían hasta silenciar el incidente —y que la vida de todos corría peligro— se acercó a las mujeres y se sentó junto a ellas. Miró a Clara respirar con dificultad y antes de que pudiera pronunciar palabra, una camioneta se escuchó a lo lejos, llamando la atención de todos en la casa.

—¡Son Ignacio y Jacob! —exclamó la señora Miriam, asomándose por la ventana.

—Detective, ¿qué pasará si no han encontrado a mi padre? —preguntó María, con cierto temor y desconfianza en su mirada.

—Quédense aquí y no salgan.

El hombre del cigarrillo y camiseta de tirantes se levantó de la silla para abrir la puerta y recibir a sus familiares, pero antes de que tuviese tiempo de preguntarles algo, los jóvenes bañados en sudor y llenos de euforia estacionaron los vehículos y entraron a la choza.

—¡*Ámonos*' a la chingada de aquí! —gritó uno de ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Brush cuando los sujetos entraron a la casa.

—A unos kilómetros… la carretera está bloqueada por unos rancheros; dijeron que no podíamos pasar si no queríamos salir lastimados.

—¡Sí! Nos amenazaron y hasta nos apuntaron con sus rifles —dijo el otro joven—. Yo pienso que sacar a mi mamá y a mi abuela Teresa de aquí es lo mejor.

—¿Estás seguro de que eran civiles? —preguntó Brush.

—¡Sí!

Brush se reunió con la familia y sin perder más tiempo del que ya habían perdido, volvió a decirle a los sujetos:

—¡Saquen a las mujeres de aquí y asegúrense de que lleguen a salvo hasta Las Cruces!

86

—¡Dolores, vieja, guarda las cosas y saca a mi *ma*' de aquí! Jacob se encargará de llevarlas a México. ¡Chamaco! Llévatelas por White Sands y entra por Horizon para evitar que los detengan... ¡Pero ya!

—¿A Ciudad Juárez? —casi gritó María y se levantó de un brinco del desgastado sillón—. Eso está en México, detective. ¿Qué hacemos?

Norman miró con cierta preocupación a las mujeres, pero al saber que no tendrían otra oportunidad para salir de allí, les asintió con un nudo en la garganta.

—En México no les pueden hacer nada… solo será un tiempo, señora Murrieta.

—¿Y tú, viejo? —preguntó Dolores al ver a su esposo sentado como si nada pasara—. ¡Vámonos todos!

—Alguien tiene que esperar en la propiedad en caso de que vengan esas personas. Ellos no son rancheros ni civiles, son militares encubiertos —contestó Brush, seguro de sacar a las mujeres de allí.

—Ya lo dijo el policía —contestó Domingo—, nosotros nos quedamos aquí por si alguien del gobierno quiere venir a hablar; por ahora ustedes se van a Ciudad Juárez.

Norman no tuvo otra opción más que asentir y mirar a las mujeres que no terminaban de entender la situación.

—¿Y mi padre? ¿Qué sucederá con él? —preguntó María, abrazando a su madre y a la niña.

—Más tarde saldremos de nuevo a buscarlo, debe estar detenido en la base militar; por ahora, lo prudente es que usted y su madre viajen con los García para evitar otro inconveniente... ya han pasado por mucho, ¿de acuerdo?

—Señor Brush... se han llevado... a mi esposo... ayúdelo, por favor. —Las palabras de Clara retumbaron en los oídos de Brush. Él sabía que no podía dejar impune lo sucedido tanto con Arthur, como con su compañero; pero sin poder hacer nada más que alejarlas del problema, el detective se acercó a ellas y las contempló por un rato. Por detrás de él, la familia iba y venía de una habitación a otra para acomodar lo más importante.

—Necesito que se vayan —continuó Brush—. Requieren atención médica urgente y la niña no puede continuar aquí; si las cosas se calman en los próximos días, podré ir por ustedes, ¿de acuerdo?

A Brush se le hizo un nudo en la garganta cuando la niña abrazó a su madre y se soltó a llorar en sus brazos, mientras María no le quitaba la vista de encima; con ganas de llorar también. Pero estaba segura de que si no aprovechaban la oportunidad, no habría otra. Debían salir de allí.

—¿Y qué pasará con usted, detective? —preguntó María, con los ojos llenos de lágrimas.

—Debo regresar a como dé lugar a Roswell para notificar… el deceso de Fischer. Yo me quedaré —Norman tragó y bajó la cabeza con pena.

Y, con deseos de conocer más de lo que sucedía en el desierto, Norman suspiró y se acercó hasta uno de los hijos de los García para interrogarlo acerca de los detalles en el exterior.

—¿Ignacio? —Brush se acercó a uno de los jóvenes y le paró frente a él—. ¿Has visto a los sujetos que los amenazaron?

—No —respondió el joven—, pero se han puesto muy nerviosos al vernos. Mi hermano dice que no, pero yo sí escuché balas de esos hijos de la chingada.

—¿Cómo eran? Por favor, describe un poco a los sujetos.

—Pues... eran gringos y sin duda eran ganaderos o algo parecido.

Dolores y el señor Mauricio cargaban maletas y canastos de frutas que subían a una de las camionetas mientras con mucho cuidado, ayudaban a la anciana en silla de ruedas a subir al automóvil.

—¡Detective! —gritó el señor Domingo cuando lo vio acercarse hasta ellos—. Mi chamaco Jacob saldrá con las mujeres hasta México. ¿Están listas?

—Sí. Ellas lo están…

—¡Chingón! —el hombre le extendió un papel al detective con la dirección a la que las mujeres irán, y asintió—. Nosotros nos quedamos aquí hasta media noche. No pienso dejar a mi sobrino encerrado con esos cabrones más tiempo; y si esos malditos quieren detenernos, se van a topar con pared. Dígales a las mujeres que suban a la camioneta.

De momento, Clara comenzó a toser con fuerza robando la atención del detective que, sin perder más tiempo, se giró para ayudar a las mujeres a ponerse de pie. Con sumo cuidado y con cierta melancolía, el detective le extendió el brazo a Clara y comenzaron a caminar hasta la camioneta que ya las esperaba con el motor encendido. El hijo mayor de los García cargó a su abuela en silla de ruedas y la colocó en el asiento del copiloto. Junto a ella, la señora Dolores y Mauricio le ofrecieron su lugar a Clara y a María con la niña; ellos viajarían en la parte trasera de la camioneta. El detective Brush agradeció el gesto de la familia.

—¡Gordo! Me da *arto* miedo dejarte aquí… ¡*ámonos*' todos!

—¡No pasa nada, mujer! ¡Salgan a la chingada de aquí, Jacob! —gritó Domingo, con su vaso de veladora lleno de licor en la mano.

A lo lejos, y otorgando calidez a la familia, los rayos del sol se asomaron entre las nubes haciendo que Isabel lo contemplara en silencio mientras su madre la subía y se sentaba.

—¿Estará bien, detective? —preguntó la mujer—. Por favor, ayude a mi padre… se lo ruego.

—Así será, señora —Brush miró por última vez a Isabel y con una sensación de impotencia por no ayudarlas como hubiese querido, le sonrió con dificultad antes de cerrar la puerta y alejarse.

—¿Todo listo? —preguntó Jacob.

—Sí, gracias...

Norman Brush caminó hasta la puerta de la choza y miró por detrás a la camioneta que levantaba una nube de polvo para introducirse por el desierto hacia el sur de Nuevo México. El sujeto miró de lejos a María y a Clara abrazarse mientras el vehículo se perdía en la nada.

En el interior de la camioneta, María contempló el delicado sol que aparecía de nuevo entre las nubes, y sintió el fresco viento entrar por la ventanilla. Sin quitar los ojos de la resolana, besó la frente de Isabel, tocó su vientre y con lágrimas en los ojos, abrazó a su madre.

87

El detective se quedó unos segundos mirando cómo las mujeres se alejaban del lugar en la camioneta que se perdía entre la nube de arena que levantaba en la lejanía. En ese momento, recordó a su colega Malcolm Fischer.

En aquella zona era obvio que no tendría la facilidad de comunicarse con Washington a menos que viajara hasta Las Cruces, pero por la seguridad de las mujeres y de él mismo, lo mejor era no contactar a nadie en un lapso de veinticuatro horas.

El viento que golpeaba su hinchado rostro y los finos granos de arena que se adherían a sus heridas hicieron que el detective reaccionara y agachara la cabeza, decepcionado. Tomó su corbata entre las manos y deseando terminar con todo, se giró para mirar la humilde cabaña y contemplar la posición en la que el lugar se encontraba. Se dio cuenta de que el lugar estaba en medio de un pequeño valle; y sin tomarle más importancia de la que debería, caminó hasta la puerta.

Cuando Brush empujó la improvisada puerta de bambú seco, la madera crujió haciendo que el señor Domingo y su hijo Ignacio, sentados en torno a la mesa, lo miraran con indiferencia mientras bebían y jugaban baraja.

Sin la tranquilidad de sentarse junto a ellos después de lo que había sucedido, Norman se sentó del otro extremo de la choza y miró por la ventana. Pensando.

—¡Hey, cabrón! Te van a salir canas de tanto estar preocupado. Ven, tómate un trago de tequila.

Brush giró su cabeza, y respirando por la boca a causa del daño en su nariz, se negó rotundamente.

—Como quiera *usté*'... solo que si esos bastardos van a llegar, es mejor que no sienta dolor —Domingo soltó una risotada, seguida por la risa de su hijo quien meneaba el vaso hacia el detective en señal de brindis.

—Debemos salir de aquí. Es prudente que tanto ustedes se reúnan con sus familiares, como yo que me comunique con mis...

—¡Mi familiar sigue detenido en la chingada base! —contestó Domingo—. ¡Ya se lo hemos dicho! No pienso irme sin Agustín...

—Han asesinado a mi compañero y secuestrado a un ciudadano, es

preciso que hagamos algo. ¿Pueden llevarme a Las Cruces para...?

Las risas de padre e hijo estallaron en la choza cuando ambos escucharon lo que decía el castaño detective.

A Brush le hirvió la sangre cuando entendió que a ninguno de los sujetos le interesaba la situación allá afuera, y optó por recostarse en el viejo sillón para pensar un poco y calmar el tormento que sufría su cabeza.

88

El hombre se detuvo unos segundos en la explanada para contemplar los relámpagos que desde muy lejos, se notaban amenazantes. Lanzó la pala con la que había trabajado en las últimas horas y enterrándola con el pie, se tomó unos segundos más para contemplar su entorno.

Los árboles moviéndose al ritmo del viento, junto con el sonido de las aves que decidían terminar el día, le dieron al sujeto un rato de paz. El aire se sentía fresco directo en su rostro.

De momento, un fugaz destello de luz en el cielo hizo que el hombre cambiara la mirada para contemplar cómo las nubes consumían al desierto. En la nada.

Sin más, el hombre agarró una bolsita de cartón del bolsillo, la abrió y regó el contenido sobre un pedazo de tela que descansaba sobre la arena.

Trozos de carne revueltos con arroz y pedazos de papa cayeron alrededor del suelo.

Guardó de nuevo la bolsita en su pantalón, se recargó de nuevo en la pala y sacó un cigarrillo de la camisa para colocarlo en su boca. Se tomó unos segundos para inhalar su tabaco, y mientras esperaba, volvió a contemplar el cielo. Un rayo de luz apareció a varios kilómetros de su posición. Y con la serenidad que le producía aquella vista a la mitad del desierto... el hombre comenzó a silbar.

No pasaron ni treinta segundos cuando, de entre la hierba, se escuchó que algo se acercaba a toda velocidad hasta él. Los ruidos entre los pastizales cada vez se escuchaban más cerca. El sonido se detuvo por unos segundos, pero después continuó el movimiento entre el pasto.

El hombre volvió a silbar, esta vez con más ánimos para darle confianza al perro que aparecía de entre las hierbas y se acercaba moviendo la cola hasta los restos de comida.

Cuando el animalito estuvo cerca del sujeto, el hombre se acomodó en cuclillas y con un inexpresivo rostro, lo acarició.

En un momento dado, Bruno levantó la mirada para intentar distinguir de dónde provenían los gritos que se escuchaban desde algún lado, solo para bajar el hocico de nuevo y continuar comiendo.

A pocos metros de Dolphin y del perro color hueso, Arthur pateaba con desesperación la puerta del copiloto por el terror que le causaba

ver al sujeto tan cerca de su viejo amigo.

—¡Soldado, no sé en dónde están esos restos... por favor! —Arthur clavó sus ojos en Bodgan Dunne quien ya había recibido otras indicaciones y ahora contemplaba muy de cerca al anciano. Incapaz de ayudarlo.

Sin recibir nada más que una sincera reacción de impotencia por parte del soldado, Arthur se acomodó de nuevo en el asiento y volvió a mirar desde la ventanilla a Randolph junto a su peludo amigo, que devoraba aquello que le habían dado segundos antes.

Afuera, el sujeto del overol sucio lanzó su colilla muy lejos de sí mismo y con toda la paz del mundo, fue rodeando al perro color hueso que no le prestaba atención por engullir aquel festín después de tantas horas en el desierto.

Dolphin caminó alrededor del perro, agarró el tubo de acero que momentos antes había puesto sobre la arena, y con una sonrisa de oreja a oreja, levantó el pesado fierro y sin que el animal se diera cuenta, lo dejó caer sobre el cráneo del perro.

El primer chillido del animal hizo que Arthur se revolviera gritando en el asiento y comenzara a llorar de manera lamentable. Las lágrimas rodaban por sus párpados al tiempo que lanzaba un segundo y crudo grito… sin quitarle la mirada al perro que se arrastraba lejos de Dolphin escupiendo sangre; para después recibir otro golpe en el lomo.

El desesperado llanto de Arthur y la impotencia de no poder ayudar al can por tener las manos atadas en la espalda crearon un panorama traumático para los presentes. De momento, un tercer golpe en el cráneo, ahora con más fuerzas sobre canino, combinado con la deformada cara del anciano por la conmoción al escuchar los alaridos del perro, hizo que Bodgan bajara la cabeza y cerrara los ojos con fuerza. Sin dejar de escuchar el llanto de Arthur.

Después de varios segundos que parecieron interminables para todos, la potente garganta de Arthur fue interrumpida por el sonido de un cuarto impacto contra el cuerpo del animal en la inmensidad del desierto, la cual puso fin a los alaridos del perro.

Por la corta distancia entre Arthur y Bodgan Dunne, el joven soldado alcanzó a escuchar al abuelo musitar algo que le pareció ininteligible, pero antes de que pudiese escuchar con claridad lo que decía entre el llanto, Randolph Dolphin se acercó a toda velocidad hasta la puerta del copiloto y con las venas del cuello a punto de estallar, abrió la puerta y le gritó al anciano:

—¡¿En dónde mierda están esos restos, maldita sea?!

Pero lo único que Dolphin recibió fueron los bruscos movimientos de Arthur y los crudos gritos de dolor y rabia que el anciano lanzaba entre los asientos por querer alcanzar a Dolphin y estrangularlo con

sus propias manos.

Con los ojos abiertos al máximo, Randolph tomó al anciano del pantalón —no sin antes recibir unas débiles patadas de Arthur— y lo arrojó al exterior del auto haciendo que el desarmado abuelo cayera boca abajo sobre la arena sin dejar de llorar. Dolphin tomó su revolver de la parte trasera del pantalón, y sin dudarlo, disparó en la nuca de Arthur para terminar con sus crudos gritos de dolor que resonaban en la inmensidad del desierto.

EPÍLOGO

89

Después de varios minutos en los que su cabeza parecía estallar, Norman Brush se incorporó del suelo con dificultad y con la negrura apoderándose del desierto, miró cómo el señor Domingo encendía unas velas y las colocaba sobre las mesas.

Por el acuerdo al que llegó el detective y el señor Domingo, Brush solo esperaba a que uno de los relojes marcara la media noche para partir a El Paso y reportar el atentado que habían sufrido horas antes. Algo relacionado con un golpe muy bajo proveniente del cuerpo militar de los Estados Unidos, del que ya estaba más que clara su intención.

Al detective le costó un buen rato convencer a Domingo de que sería mejor viajar hasta El Paso para conocer el paradero de los García en Roswell. Brush tenía la capacidad de contactar a agentes importantes… por fin a alguien de su lado.

En ese momento, tal vez las diez de la noche, el joven Ignacio había salido al terreno para dar un tercer rondín por el desierto, en caso de que alguien estuviese merodeando el desierto y los tomara por sorpresa.

Brush miró por la ventana y distinguió a lo lejos, más allá de las montañas, un imponente manto de estrellas en el cielo, e imaginando que salir a tomar un poco de aire le ayudaría para despejar su cabeza, se incorporó del sillón. Pero antes de que pudiese llegar a la puerta y soportar el restante dolor de cabeza que aún lo torturaba, Domingo se acercó hasta él y con un movimiento tambaleante a causa del alcohol, le ofreció un recipiente con líquido.

—Ten, te ayudará.

—No —rechazó el detective, alejando el recipiente de su rostro.

—No es tequila, es té. ¡Te ayudará, *chingao*'!

Con cierta desconfianza, Brush tomó entre sus manos el tibio recipiente y pegó sus labios a él. El sabor le pareció agradable y de cierta manera, conocido. Un poco de limón con menta, endulzado con miel fue lo que García le ofreció y que Brush bebió con agradecimiento. Mientras tanto, Domingo se dejó caer de nuevo en la silla y se sirvió otro vaso de aquel brebaje que después de tantos tragos, por fin estaba haciendo efecto.

Brush se recargó en una de las débiles paredes, y evitando tropezar

con los escasos muebles entre la negrura, se acercó hasta la puerta para sentir una fría corriente de aire que se colaba por la orilla. Abrió la puerta para salir a tomar el fresco y alzó la mirada con cuidado para evitar el dolor del cuello; y con agradecimiento, contempló el cielo por un rato.

La bóveda celeste se extendía solemne por encima de él.

Le dio otro trago a su dulce bebida, y como si la situación no quisiera que tuviese un rato en paz, la voz del señor Domingo, apenas perceptible por el alcohol, lo reclamó al interior de la casa.

—¡Métase, lo van a ver esos cabrones!

Sin prestarle mucha atención a las casi incomprensibles palabras del adulto, Brush le dio otro trago a su bebida e inhaló una profunda bocanada que llenó sus pulmones de aire fresco. Tras algunos minutos en que Norman consideró como aptos para despejar su cabeza, regresó a la cabaña junto a García quien, completamente ebrio, ya parecía *solo* resistir en la silla, meneando su cabeza a causa del alcohol.

«¡Perfecto! Ahora debo lidiar con un beodo», pensó el detective cuando miró el aspecto del sujeto.

—En cuanto Ignacio regrese del rondín, partimos de aquí, García.

—A media noche, ojete. No antes... —contestó el sujeto de bigote sin levantar la cara.

Norman Brush se dio cuenta de que a pesar de que Domingo se encontraba tomado, aún estaba lúcido y atento a lo que decía. Se sintió entre la espada y la pared.

—¿Al menos puedo saber a dónde han viajado las mujeres?

—Tranquilo… pinche gringo. Se llama San Isidro, cálmate.

—¿Cálmate? —respondió Brush, mientras su dolor de cabeza se intensificaba—. Llevamos horas aquí, perdiendo el tiempo y arriesgándonos a que esos malditos regresen... No sabemos si las mujeres han llegado con bien o las han interceptado, ¿no lo entiende?

—¡Cálmate, cabrón! Si a media noche no vienen, nos pelamos de aquí. Deja de chingar con lo mismo o te vas a la chingada que para eso...

—¡Aún soy un agente del FBI, García! —lo interrumpió Brush, con la paciencia al límite—. Le recomiendo responsabilidad y que se tome las circunstancias con más seriedad. ¿Ya se dio cuenta de la apariencia que tiene?

—¡¿Y tú quién chingados eres *pa*' venir a mi casa a decirme lo que debo y no debo hacer?! —gritó Domingo—. Ustedes, al igual que los pinches militares piensan que por estar en el gobierno pueden hacer lo que les caiga en gana… *pa*' su pinche suerte… aquí *usté*' no tienen ningún poder. Y si quiere llevarme frente a un juez o amenazarme… hágalo. Al fin y al cabo yo también puedo actuar.

Junto al sujeto alcoholizado descansaba su rifle, el cual tomó y

colocó en sus muslos.

Norman sabía que Domingo tenía razón. Posiblemente al sujeto y a su familia los acusaban de algo que nada tenía que ver con el incidente del platillo, al grado de amenazarlos un par de veces; eso incluía a su familiar retenido en la base. A pesar de eso, debían salir antes de media noche para reportar algo tan crucial…, aunque para esos momentos, se le atravesó la idea de que varios rangos de Washington ya lo sabían.

—Las normas han cambiado. A estas alturas de la situación ya nada es seguro. Es más... puede que ni siquiera liberen pronto a su familiar de la base.

Cuando las palabras de Norman llegaron hasta los oídos de Domingo, este dejó su vaso en la mesa y con lentitud, giró su cabeza hasta el detective.

—Si a su familiar lo están culpando por algo relacionado con el accidente en Corona —continuó Brush—, puedo jurarle que no saldrá en los próximos días; tal vez ni siquiera en lo que resta del año. ¿Les han otorgado algún documento relacionado con sus derechos y obligaciones como ciudadanos, o solo los han amenazado?

—¡Qué chinguen a su madre todos en la base! —el sujeto de bigote se acomodó en su asiento y con un movimiento brusco y tambaleante, intentó levantarse de la silla—. ¡A mí nadie me va a venir a asustar! ¿Oíste cabroncito?

—¡Mi intención no es asustarlo, García! ¡Es prevenirlo!

Interrumpiendo la discusión entre el detective y el mexicano, el lejano sonido de una camioneta acercándose a toda velocidad hizo que Norman ignorara al sujeto que aún intentaba levantarse y, con la limitada luz del entorno, se acercó hasta la ventana para ver de quién se trataba.

—Es su hijo Ignacio…

Pero no solo una de las tantas Ford que tenía la familia García se acercaba hacia la cabaña. Por detrás de Ignacio, otro par de focos apareció entre la arena a toda velocidad, siguiéndolo.

Cuando Brush vio que un camión de redilas se detenía a varios metros de la casa, sintió un frío que le recorrió toda la espalda, haciendo que se acercara hasta el extremo de la vivienda y tomara su escopeta para esperar a Ignacio.

Segundos después, el joven entró a la casa con su rifle en mano.

—¡*Pa*', son esos pinches rancheros!

Sin más tiempo que perder, y sin considerar el apoyo de Domingo, Norman miró al joven bañado en sudor con el rostro más que asustado por la situación y le asintió para darle cierta tranquilidad antes de llevarse el dedo al labio en señal de silencio.

Afuera, el camión comenzó a rodear la choza muy cerca de ellos,

esperando a que alguien saliera. Por la obscuridad en el desierto, a Norman le fue imposible identificar al par de sujetos que iban dentro de la camioneta, pero después de varios segundos, por fin se detuvieron.

—Escúchame —le murmuró el detective a Ignacio, quien no le quitaba la mirada de encima—, a menos de que ellos disparen, no haremos nada, ¿de acuerdo? Escóndete y no salgas hasta que todo esté bien.

Norman se pegó a la pared y con sumo cuidado, se acercó hasta la ventana con su escopeta en mano.

Cuando el detective reparó en que los sujetos en el interior del vehículo eran los mismos soldados que un día antes habían acompañado a Dolphin a casa de los Murrieta para buscar los restos enterrados, palideció.

—¡Son militares! Ignacio, baja la cabeza.

—Señor, ellos son rancheros… ningún militar se vestiría así.

Pero antes de que Brush pudiese pensar y tomar una decisión, el estruendo de una bala quebrando una ventana a sus espaldas hizo que se tirara al suelo y tomara de la camisa al joven Ignacio para protegerlo. Cuando Brush se recargó en la pared, se dio cuenta de que el señor Domingo caminaba tambaleante con su rifle en mano hasta la puerta.

—¡A la chingada de aquí, pinches cerdos! —gritó Domingo. De inmediato, un segundo disparo al exterior de la choza destruyó parte de las cuatro paredes haciendo que los sujetos del camión encendieran de nuevo el motor.

Inmóvil al imaginar que Domingo le dispararía en caso de que se levantara, Brush agachó la cabeza al tiempo que escuchaba al camión arrancar de nuevo y perderse en el desierto. Poco a poco, el sonido del motor se perdió.

—¡Esos ojetes no son militares! ¡Son granjeros!

Sin saber qué creer, Norman se incorporó y se acercó hasta el joven tirado boca abajo para ayudarlo a levantarse.

—No son granjeros. Son militares encubiertos —contestó Norman poniéndose de pie para salir de la choza.

Domingo se acercó a la puerta y la abrió de un golpe para continuar disparándole al camión que se alejaba a toda velocidad.

—¡¿Cómo sabe *usté*' que son militares si no llevan uniforme?! —le preguntó Ignacio a Brush, con la respiración acelerada por la emoción.

—Se supone que esos militares debían estar arrestados por irrumpir en propiedad privada desde ayer… ahora veo que no es así.

Después de que el motor del camión se perdiera a lo lejos, fue sustituido por el fuerte golpeteo del corazón contra el pecho de Norman que, sin saber qué hacer, se levantó para tomar de nuevo su

rifle y salir junto a Domingo. Se paró muy cerca del sujeto que soltaba balas a diestra y siniestra en dirección a la nada y, quienquiera que fuera, huía después de perseguir al joven.

—¡A la chingada! —gritó Domingo cuando se le terminaron las balas y utilizó su voz como "arma".

—¡Ahora sabemos que los militares se encuentran detrás de esta estrategia! Si avanzamos hasta Las Cruces, hasta la primera estación ministerial, es posible que aún estemos a tiempo de reportarle a Hoover...

—¡No vamos a ningún pinche lado! —gritó Domingo—. ¡Esos malditos tienen a mi Agustín encarcelado y no pienso irme sin él! ¡Ignacio! ¡*Ámonos*' a la chingada de aquí a buscar a esos malnacidos!

—¡¿Quiere morir aquí?! ¡Qué rayos le pasa! —gritó Brush.

Pero antes de que pudiese gritar algo más, Domingo se volteó con los ojos desorbitados y colocó la boca de su rifle en el pecho de Norman.

—¡Dispare! ¡Su puta arma está vacía!

—¡Ignacio es más chingón de lo que *usté*' cree! —gritó Domingo, escupiendo y con los ojos desviados—. ¿O qué? ¿Tienes miedo, pendejo?

—¡Ignacio! Tu padre ha estado bebiendo en las últimas horas, ve por la camioneta y salgamos de aquí.

Norman echó su escopeta a la espalda y corrió detrás del joven para salir de ese terreno en el que, tarde o temprano, aquellos "rancheros" estarían de nuevo en cualquier momento.

90

A quinientos metros de la choza en medio del desierto, Randolph Dolphin sudaba en aquel overol y con la pintura derretida en su rostro, corría a toda velocidad entre la arena para llegar hasta donde se habían escuchado *esos* disparos.

Dolphin se detuvo en una roca, y levantando la mano en señal de "alto", le indicó a Bodgan Dunne que lo siguiera; con sus armas empuñadas y dispuestos a no demorar mucho en su tarea.

91

La inmensidad del desierto, combinada con el magnífico manto de estrellas sobre aquella alejada parte de Organ, le imposibilitó la vista a Brush quien seguía la sombra del joven Ignacio hasta la camioneta para salir de allí. Por detrás de ambos sujetos, Domingo gritaba y caminaba lentamente hasta la vivienda para tomar asiento y descansar de las náuseas que lo dominaban a causa del alcohol.

Cuando Brush llegó a la parte trasera de la casa para subir a la Ford y perderse hacia el sur junto a los García, la nerviosa mirada de Ignacio por no ver a su padre seguirlos hasta el techo de lámina que funcionaba como estacionamiento, lo obligó a detenerse un momento.

—Señor Brush, no podemos irnos sin mi padre...

Norman suspiró de impotencia por la necedad de Domingo al sentirse superior al cuerpo militar de Roswell y, aunque los García aún pensaban que solo eran unos rancheros de la zona que deseaban interceptarlos para robarles algo, Norman ya estaba más que seguro de que esos sujetos eran militares encubiertos.

—Quédate aquí y no enciendas el motor hasta que regrese. Iré por tu padre.

Con un desgarrador dolor de garganta y la sensación de tener miles de alfileres en el cerebro, el detective Brush corrió hasta la parte principal de la casa para buscar a Domingo. Cuando llegó al frente del terreno se dio cuenta de que el sujeto se recargaba en el marco de la puerta y tosía con violencia.

Norman se acercó por detrás de Domingo y lo primero que el alcoholizado sujeto hizo fue girarse al ver al detective que lo tomaba del brazo para llevarlo afuera. Con un brusco movimiento, García alejó al agente y entró a la choza semidestruida para sentarse en una de las sillas y terminar por vomitar sobre sí mismo.

La deplorable apariencia de García hizo que Brush se acercara de nuevo hasta el sujeto y lo tomara del brazo para levantarlo de la silla. Y sin importar los manotazos ni los insultos por parte del adulto alcoholizado, Norman llegó hasta la puerta solo para darse cuenta de que a lo lejos, las sombras de un par de sujetos se acercaban a toda velocidad por ambas partes de la propiedad.

—¡Ahí vienen de nuevo! —dijo Brush, con la respiración alterada al darse cuenta de la situación—. ¡Maldita sea, García!

—Déjame... cabrón.

El detective dejó caer lentamente a Domingo en el suelo y pasó su escopeta al frente para estar preparado ante lo que estaba por suceder. Tragó saliva y escuchando voces que se acercaban desde afuera, se asomó por la ventana destruida a causa del disparo de Domingo y se dio cuenta de que por la parte trasera de la casa, desde ambas partes del desierto, otro par de supuestos rancheros se acercaban a toda velocidad hacia ellos.

A lo lejos, y con un overol que Brush identificó al momento, Dolphin le silbó al par de sujetos del otro lado de la casa y les indicó que se acercaran a la choza para rodear a los hombres.

Cuando Norman reparó en que los sujetos se acercaban decididos a ir por ellos, disparó su escopeta a uno de los "rancheros" haciendo que se lanzara al suelo para esquivar el impacto. Un par de disparos muy cerca del detective lo obligaron a ocultarse también.

Brush buscó a Domingo entre la oscuridad y vio al sujeto arrastrarse por el suelo hasta uno de los muebles del lugar y acomodarse para buscar algo detrás de la alacena.

—¡Salga de una vez, detective! ¡Tenemos asuntos pendientes!

La cruda voz desde el exterior le heló la sangre a Norman quien miraba por todos lados para estar al pendiente. Se acercó muy despacio a la puerta y con su escopeta en el pecho lista para disparar en cualquier momento, escuchó que alguien pateaba con fuerzas en la pared de enfrente, mientras unas risas se alejaban y continuaban rodeando la choza. El detective asomó de nuevo el cañón de su arma y apretó el gatillo cuando vio una sombra que corría de un lado a otro, para luego escuchar otra ronda de risas.

Frente a él, y con la ropa manchada de su propio vómito, Domingo se levantó del suelo con un machete que había tomado de la parte trasera del mueble, y con ruidos propios de un alcohólico, se recargó en una silla para tomar un poco de aire.

En el exterior, Randolph se detuvo en seco y recorrió el entorno en completa oscuridad con la fría mirada de siempre. El sonido de balas provenientes del interior de la choza le impedían acercarse y terminar con *eso* de una vez por todas. Sabía que si se acercaba demasiado, corría el riesgo de recibir una bala. Optó por dejar que los jóvenes "rancheros" corrieran alrededor del lugar para incitar a los sujetos del interior a salir de su guarida.

Dolphin guardó su arma en el pantalón y llamó al joven Dunne quien se mantenía a pocos metros de él, sudando y con los ojos a punto de salir de sus cuencas por el temor que le ocasionaba saber lo que debían hacer.

—Quédate cerca de mí y no dispares hasta que yo te diga… —La voz de Dolphin hizo temblar a Bodgan.

Decidido a terminar con la complicada tarea de cortar los rumores que se estaban esparciendo por el pueblo, Dolphin se acercó lentamente hasta la parte destruida de la choza mientras, con la mano, llamaba a los tres sujetos que acataban sus órdenes.

Sudando en cantidad, y con el dedo en el gatillo dispuesto a aprovechar las últimas tres balas que tenía, Norman tragó saliva y escuchó alrededor de la cabaña unos pasos que se acercaban a toda prisa.

De repente, y sin que ninguno de los hombres, tanto en el exterior, como en el interior lo esperaran, un potente rayo de luz artificial desde la parte trasera de la choza iluminó parte del desierto haciendo que todos se giraran con nerviosismo.

Lo que sucedió a continuación ocurrió muy rápido para todos.

No pasaron ni dos segundos cuando el sonido de un motor de auto, seguido de la arena barriendo debajo de las llantas, retumbó en el silencio.

Los músculos de Norman se tensaron y no pudo hacer nada más que lanzarse a un costado cuando vio que las paredes de madera de la choza se venían abajo por el impacto de la camioneta de Ignacio contra la estancia. Trozos de madera y polvo lo obligaron a soltar su arma y protegerse de la colisión. Cuando Brush levantó la cabeza, ahora con el cielo estrellado en lugar de un techo de lámina, miró a Domingo postrado sobre el suelo; igual de confundido y espantado por la camioneta destruyendo el lugar.

Alrededor de la destruida choza y de los sujetos postrados en el suelo cubiertos de arena y aserrín, el grupo de “rancheros” intentaban dispararle al joven Ignacio que, sin perder más tiempo, se lanzó a embestir a cualquier persona que estuviera en el lugar, aprovechando que nadie lo había visto.

Ignacio, sabedor de que solo tenía una oportunidad antes de que los “rancheros” los asesinaran, pisó el freno, y agachando la cabeza para evitar que una de las balas en el cristal le diera a él, manipuló la palanca de velocidades, decidido a embestir a los individuos. Cambió la dirección del volante y se fue directo contra uno de los sujetos que salió volando un par de metros para caer como muñeco de trapo sobre la arena.

Dolphin se alejó de la zona de maniobras del desesperado conductor y, más inteligente que todos, aguardó hasta que el joven volviera a frenar para buscar su cabeza desde lejos.

Ignacio volvió a introducirse en el terreno después de derrapar y, sin dudarlo, persiguió a otro de los sujetos quien recibió el frente de la camioneta directo en su rostro para después ser arrastrado por las llantas, meneando de manera violenta la camioneta.

La Ford recibía disparos por parte del resto de “rancheros” que se

lanzaban de un lado a otro para evitar que el conductor los arroyara; en un momento frenó de golpe y con el corazón desbocado dentro de su pecho, Ignacio recorrió el terreno en la oscuridad para buscar al siguiente desafortunado que se las vería con el parachoques de su camioneta.

A pocos metros del conductor y escondido muy cerca de unos matorrales, junto a los restos de la cabaña, Dolphin respiraba con celeridad por ver a la mitad de su "pelotón" tirado sobre la arena. Tragó saliva y restos de arena que habían entrado por su boca al momento de tirarse lejos de los movimientos de la camioneta. Asustado y esperando a la siguiente reacción del conductor, recorrió el desierto con la mirada.

Ignacio manipuló de nuevo la palanca de velocidades sin perder más tiempo y, distinguiendo a otro de los sujetos moviéndose entre los matorrales, arrancó con el objetivo de arroyarlo al igual que los demás que yacían sobre la arena. Pero antes de que pudiese dirigirse hasta Randolph para atropellarlo, un par de balas bien posicionadas frente al parabrisas hicieron que la camioneta se meneara de un lado a otro hasta estrellarse con unas rocas muy lejos de Dolphin.

Matando al conductor de inmediato.

92

El silencio que reinó después de que la Ford se estampara contra las rocas muy cerca de la propiedad duró lo suficiente para que todos los postrados sobre la arena pudiesen comprender lo que acababa de pasar.

Norman Brush controló —a medias— su respiración y, mirando por todas partes el caos que había dejado la camioneta de los García, notó que a unos cinco metros de su posición, Randolph permanecía de rodillas sobre la arena, buscando a sus hombres con los ojos abiertos como platos al verlos tirados muy lejos de él.

A pocos metros de su posición, Bodgan Dunne estaba de rodillas entre la hierba que había por la barranca, y deseando terminar con aquello en lo que el gobierno lo había involucrado, se quedó postrado en el suelo para evitar que alguien lo viera… incluyendo a Dolphin.

De pronto, a un costado de la choza en ruinas, unos lamentos hicieron que Norman girara la cabeza para ver cómo uno de los "rancheros" se arrastraba sobre la arena con la cadera fracturada, completamente invertida por el impacto de la camioneta. El sujeto que un día antes había acompañado a Dolphin hasta la casa de los Murrieta para desenterrar los restos que el padre de familia había ocultado, se arrastraba con las piernas igual de destruidas que su columna vertebral y soltaba alaridos de dolor que pusieron aún más tensos a los sujetos a su alrededor. Muy cerca de él, otro de sus compañeros permanecía postrado en la arena, muerto.

Mientras el señor Domingo se levantaba tambaleante y escupía otra plasta de vómito en su camisa, Norman se dio cuenta de que, entre la oscuridad, Dolphin metía poco a poco balas en su arma sin que nadie a su alrededor lo notara. Por la posición en que Norman se encontraba, entendió que Dolphin ignoraba su presencia.

Lentamente, y sin llamar la atención del desgraciado que estaba a punto de levantarse y disparar, Brush se arrastró lo más cerca que pudo de Dolphin y sin dejar pasar la oportunidad, se lanzó hasta él para evitar que disparara.

Dolphin se giró con velocidad y tomó del cuello al detective quien, dominado por la ira, lo golpeó directo en el rostro haciendo que su arma cayera y "ganara" unos segundos para derribarlo. Entre empujones y forcejeos, ninguno de los dos sujetos se percató de que a

pocos metros de ellos, aparecía el barranco y se acercaban al vacío.

De repente, Dolphin reparó en que estaban a punto de caer cuando, de cierta manera, aterrado, tomó del cabello a Norman y con un rápido meneo de cabeza, fue a estrellar su frente contra la nariz del detective haciendo que se tambaleara hasta el barranco. Y a punto de caer, Norman atrapó a Dolphin de la camisa para caer a la par entre los cactus. Ambos rodaron un par de metros en la barranca y sin importarle a Norman su nariz destruida por el impacto, se incorporó de nuevo hacia Dolphin que aún no terminaba de levantarse. Norman comenzó a golpearlo una y otra vez directo en la boca.

La primera reacción del sujeto con overol fue levantar sus piernas para alejar al detective que no se quitaba de encima, y cambiando de posición, Randolph se estiró para tomar un cuchillo que permanecía oculto en su pantorrilla, pero antes de que pudiera actuar para defenderse, Brush lo levantó de la camisa y con gritos llenos de ira, lo arrastró hasta un conjunto de cactus para azotar el rostro del sujeto contra las espinas.

Randolph Dolphin soltó un grito de dolor cuando las púas perforaron sus globos oculares, al tiempo que recibía por detrás una secuencia de golpes por parte del detective que le impedían girarse para defenderse. Las espinas cercenando el rostro de Dolphin combinadas con el grito del sujeto le daban más fuerza a Brush de continuar encima de él.

Cuando Bodgan Dunne se percató de lo que sucedía a pocos metros de su posición, corrió en auxilio de su superior; pero estando muy cerca de los sujetos, se frenó en seco y dudó de si sería buena idea ayudar al “teniente” o… tal vez sería mejor dejar que el sujeto de la nariz fracturada le “cortara la cabeza a la serpiente” que desde hace un buen rato, venía provocando miseria a quien se le atravesaba. La respiración de Dunne se agitó cuando, muy cerca de la choza destruida, un señor de bigote y en estado de ebriedad sostenía un machete y se tambaleaba de un lado a otro, mientras miraba hacia la nada.

Con las manos temblorosas por la duda, Bodgan miró a Dolphin quien luchaba por separarse de la fuerza del detective. En un momento dado, los ojos de Randolph y los de él se cruzaron. En los ojos del ensangrentado “teniente” que aún luchaba por quitarse del cactus, se demostraba desesperación y urgencia de auxilio. Pero sin intenciones de ayudarlo, Dunne cambió los ojos para ver a su alrededor.

Mientras Brush se recargaba sobre Dolphin para evitar que se levantara, recibió un seco golpe en la mandíbula que lo alejó para intentar atrapar su cuchillo que descansaba a pocos metros de él. Y antes de que Dolphin estuviese a punto de atrapar su navaja, una

salvaje patada en el rostro lo regresó a las espinas para incrustarlo de nuevo en ellas, al tiempo que exhalaba un grito ahogado de dolor e intentaba separarse del cactus colocando sus manos sobre las púas.

Con un miedo que le recorrió por todo el cuerpo, Bodgan Dunne se apartó de Dolphin después de aquel golpe que sin duda, ayudaría al detective a terminar con él, y levantó sus manos en señal de rendición para evitar que le hicieran algo; se arrodilló en la arena y esperó a que todo terminara.

Cerca de la choza destruida, los lamentos del joven que aún se arrastraba con la cadera fracturada llamó la atención de Domingo quien, tambaleante, se acercó hasta él con el machete en la mano y los ojos desviados hacia la nada. Detrás de ellos, los alaridos de Brush y de Dolphin se esparcían por el solitario desierto mientras se debatían sobre las lacerantes espinas.

Cuando Domingo se acercó hasta el desesperado joven que se arrastraba lejos de él, apretó el machete entre su mano y sin dudarlo, dejó caer la afilada hoja sobre el desafortunado sujeto una y otra vez; cercenándole brazos, piernas y torso. Creando una escena aún más cruda.

Bodgan, quien no dejaba de temblar con las manos en la cabeza al escuchar los gritos de dolor en su entorno, se le ocurrió por un momento salir corriendo de allí y perderse por la inmensidad del desierto, pero sabía que lo más probable era que alguien lo vería correr en la oscuridad y no dudarían en dispararle. Con un fuerte dolor en el estómago que terminó por derribarlo, el joven soldado se soltó a llorar entre la hierba por las circunstancias en las que se había involucrado.

En el barranco, Norman alzó su puño con una roca por encima de su cabeza y la dejó caer en la del inmóvil Randolph después de una ronda de golpes y púas en todo su cuerpo. Tal vez por la exaltación que le provocó al detective abalanzarse sobre Dolphin, no sintió que a él también se le habían incrustado una cantidad notable de espinas. Tiró la roca junto al cuerpo sin vida de Dolphin y soltando unos sollozos de dolor por la agonía que sentía en ese momento, se medio incorporó, solo para sentir cómo las espinas se desenterraban de su piel. Después de eso, varios chorros de sangre comenzaron a salir de su cuerpo… desangrándose. El dolor que sentía Norman fue tan abrumador que ni siquiera prestó atención a los gritos del “ranchero” por el machete de Domingo. Entre la oscuridad.

A punto de la inconsciencia, Brush contempló el cielo repleto de estrellas parpadeantes y se tomó unos segundos antes de caer sobre la arena, muy cerca del cuerpo bañado en sangre e irreconocible de Randolph Dolphin.

En la explanada, donde momentos antes se encontraba la choza de

los García, el sujeto alcoholizado y con los pantalones salpicados de sangre se meneó de un lado a otro con la cabeza dándole vueltas. Miró el cuerpo del joven cubierto de sangre, con la vestimenta destrozada y, tirando el machete a un costado, cayó de rodillas mientras vomitaba otra ronda de espuma que no le permitió ponerse de nuevo en pie. Una congestión alcohólica le derribó sobre la arena y lo dejó allí, sin nada más por hacer.

Después de unos eternos minutos, cuando los gritos cesaron, Bodgan Dunne se incorporó muy despacio de entre las hierbas al contemplar el terreno en completo silencio y dudando de su próximo movimiento, analizó la escena que tenía al frente: sus compañeros de pelotón tirados sobre la arena; uno de ellos con la cadera destruida y mutilado por un machete; un mexicano convulsionándose muy cerca del cuerpo; un sujeto muerto en el interior de una camioneta con la cabeza recargada sobre el volante; un detective que no daba signos de continuar vivo; y junto a él, Dolphin, con el rostro irreconocible y sin vida permanecía sentado encima de un cactus.

Dunne adaptó sus ojos a la oscuridad, y con poco tiempo para actuar, emprendió la carrera hasta el sur del terreno. Muy en el interior tenía la esperanza de salir con bien y volver a ver a su prometida e hijo que seguramente, ni se imaginaban el desastre en el que se había involucrado.

El asustado joven comenzó a correr en la oscuridad del desierto y alzó la mirada al cielo para apreciar la inmensidad como nunca antes lo había hecho. Y, aún sin creer que la razón del problema había iniciado en el cielo, entendió que su percepción de vida cambiaría para siempre.

Al igual que cientos de ciudadanos en Roswell y sus alrededores…

DESPUÉS DEL INCIDENTE

Julio de 1947

- Tanto el Campo Aéreo del Ejército de Roswell (RAAF, por sus siglas en inglés), como las rutas hacia Roswell y a sus alrededores, continuaron bloqueadas de manera parcial hasta mediados de julio. La base militar de Roswell consideró prudente aplazar la apertura de las localidades hasta que la situación dentro de las bases; tanto de Roswell, como de Ohio, estuviesen completamente dominadas.

Mayor Jesse Marcel mostrando a los periodistas los restos de un globo meteorológico Rawin después de que el comunicado saliera al público.

- Después de casi tres días en el aeródromo de Fort Worth, Texas, el mayor Jesse Marcel regresó al Grupo de Operaciones 509*th* en Roswell, para continuar con sus actividades. Cuando Marcel tuvo la oportunidad, se acercó hasta el capitán Sheridan Cavitt para aclarar lo sucedido en su ausencia. Este negó completamente el hecho de haber visitado un rancho junto a él para recoger ciertos restos de un objeto estrellado, argumentando que sus órdenes le dictaban no tocar de nuevo el tema y que simplemente lo olvidara. Cuando Marcel se presentó de nuevo con su esposa e hijo en su casa, lo cuestionaron exigiendo saber a detalle lo sucedido en Texas, y qué tenía que ver en la controversia. Jesse les dejó en claro que era mejor no dialogar sobre eso y que tenían la obligación de callar y no volver a preguntar nada referente al tema. Tiempo después, Marcel alcanzó el grado de teniente coronel para ser transferido hasta la Base de la Fuerza Aérea Andrews, en Maryland.

- William Brazel, también conocido como Mac, estuvo retenido en una "casa" de huéspedes dentro de la base militar en Roswell para ser interrogado con las mismas preguntas hasta que, tanto el gobierno, como él, cansados de no llegar a ningún lado, plantearon un acuerdo. Sin más opción que aceptar, William Brazel regresaría a la estación KGFL para modificar su testimonio y decir que todo había sido un error y confirmar que solo se trataba de un globo meteorológico. Terminada la obligada entrevista, el reportero Frank Joyce interrogó a Brazel de la aparente "necesidad" de cambiar algo como eso, a lo que William contestó que no había sido su decisión, sino que lo habían forzado a hacerlo. Con la curiosidad latente, Frank le volvió a preguntar a Brazel sobre aquellos seres tan pequeños de los que hablaron días antes y habían causado una gran revuelta entre los altos grados militares. A lo que William contestó:

  «De hecho, no son verdes como todos aseguran, son grises.»

  Después de aquella retención en Roswell y de haber modificado su testimonio, William Brazel abandonó su empleo en el Rancho Foster y viajó fuera de Roswell para emprender su propio negocio y olvidarse por completo de todo lo sucedido. Las personas de su entorno, familia y conocidos, afirmaron que no solo obtuvo el dinero para irse de Roswell, sino que también el gobierno le otorgó una flamante camioneta; con ello, el sujeto se olvidaría de todo y no tocaría de nuevo el tema.

- A finales de julio de 1947, El Pentágono dictó la orden al aeródromo de Roswell de realizar la elevación de un globo meteorológico hasta su completa recuperación en el desierto frente a la presa. Esto con el objetivo de aumentar el convencimiento entre la población de que un aparato climático había sido el responsable de dicha polémica y no un platillo volador. Algo de lo que el pueblo no debería preocuparse. Días más tarde, el general Roger Ramey viajó hasta El Paso para llevar a cabo una entrevista donde tuvo la oportunidad de recalcar que aquello solo había sido un globo meteorológico, y nada más.

Agosto de 1947

- Un mes después del incidente, la RAAF lanzó una teoría

acerca de que los restos de un avión tipo Northrop YB-35 habían sido los responsables del incidente por algún fallo de seguimiento. Creando, por obvias razones, una desestabilización en la teoría del globo meteorológico. Sin más intenciones de sacudir las dudas en el poblado, el cuerpo militar decidió no hablar más sobre otras teorías.

Septiembre de 1947

- El 18 de septiembre de dicho año, el presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, modificó mediante el Acta de Seguridad Nacional el nombre de varias bases militares, entre ellas, la Fuerza Aérea de Estados Unidos (USAF, por sus siglas en inglés) que se desprendió del Ejército estadounidense y se unificó.

Harry Truman modificó el Acta de Seguridad Nacional junto a un comité gubernamental y militar.

- El Campo Aéreo del Ejército de Roswell fue renombrado Base de la Fuerza Aérea de Roswell. Por su parte, Wright Field se unió con Patterson Field, creando así la Base de la Fuerza Aérea Wright Patterson.

- La Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) también fue establecida en la misma acta de Seguridad Nacional junto a las USAF en el Congreso de Estados Unidos; su principal objetivo fue la recolección de información a nivel mundial. Sus intervenciones tenían como primer propósito controlar el uso de armamento nuclear y el espionaje en tiempos de paz para la seguridad nacional.

- El 23 de septiembre, Nathan Twining, en ese entonces Comandante del Mando de Material Aéreo y testigo de la

recuperación de un objeto en el desierto semanas antes, le sugirió mediante un escrito al general George Schulgen que la investigación y seguridad relacionada con los avistamientos OVNI en varias partes del país era de suma importancia. El día 30 de ese mismo mes, la solicitud fue recibida y aceptada con Wright Patterson como sede de trabajo. Con el apoyo de un capacitado personal dentro de la misma base se creó el Proyecto Signo, en el cual se llevó a cabo el análisis de al menos trescientos casos de avistamientos OVNI que incluyen relatos de pilotos militares y de ciudadanos de varias partes del continente. La mayoría de estos relatos fueron atribuidos a cuestiones científicas, mientras que otros simplemente no obtuvieron explicación alguna. Al año siguiente, en 1948, el Proyecto Signo cambió de nombre a Proyecto Rencor, con el objetivo de exponer ciertos ideales en *contra* de las investigaciones del fenómeno OVNI durante el mandato del general Hoyt Vandenberg, quien aseguraba que un visitante del exterior del planeta era poco probable.

Proyecto Libro Azul

Después de que la información relacionada con el fenómeno OVNI estuviese limitada a la prensa y a ciertos rangos militares, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos creó en 1952 el Proyecto Libro Azul con el objetivo de impulsar (más a fondo que cualquiera de los proyectos anteriores) la investigación sobre avistamientos OVNI y su posible repercusión en la seguridad nacional. El capitán Edward Ruppelt, a quien también se le conoce como el promotor de las siglas *OVNI* (Objeto Volador No Identificado; UFO, por sus siglas en inglés) trabajó de la mano con científicos del Instituto Battelle, en Columbus, entre ellos el célebre ufólogo Allen Hynek.

El proyecto Libro Azul no solo se basó en los avistamientos que el cuerpo militar reportaba durante los vuelos de práctica, sino también a las intervenciones en radares que ponían en alerta a ciertas bases y en los múltiples testigos de todo el país que señalaban haber visto objetos o luces inexplicables en el cielo. Esto con la intención de recolectar información concisa y verificar de una vez por todas si el origen de aquellas visiones era algo explicable o inexplicable. Más de la mitad de los casos estudiados dieron como resultado un origen *explicable*, como problemas atmosféricos, algún tipo de avión utilizado durante entrenamiento con mandatos especiales que solo unos cuantos conocían, o algún objeto como globos, entre otras cosas más. En la

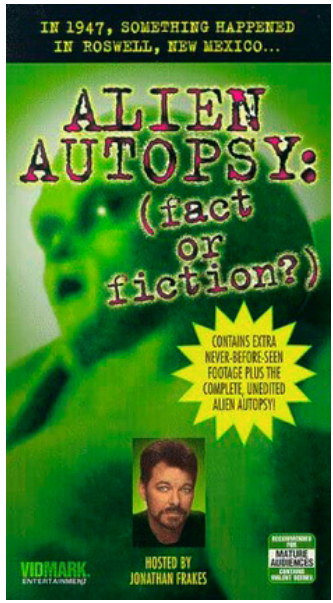
minoría se encontraban los testimonios tergiversados, poco convencionales, histeria social y/o personas con problemas psicológicos con tendencia a crear panoramas irreales.

El Proyecto Libro Azul ha sido el proyecto más importante (conocido hasta el momento) que ha llevado a cabo la Fuerza Aérea de los Estados Unidos para estudiar el fenómeno OVNI y que por cuestiones gubernamentales, terminó en 1969.

Supuesta autopsia extraterrestre

En 1995, en Londres, un sujeto llamado Ray Santilli se encontraba en un festival de ufología donde varias personas de renombre, incluyendo a la prensa, presenciaron un video de casi una hora donde se exponía la autopsia de unos de los seres que viajaban en aquel artefacto estrellado en 1947, en Roswell. Santilli no solo lo compartió en aquel evento, sino que el video fue vendido a varias cadenas de televisión para promover aquella prueba de que algo realmente se había estrellado en Roswell, despertando una vez más el interés sobre el tema. El video consistía en un par de "militares", quienes cubiertos con trajes especiales, mostraban ante la cámara todos los detalles de aquella intervención. Un ser postrado sobre una plancha, un humanoide con extrañas y diferentes características a la de un humano, estaba siendo examinado. Por la posición del camarógrafo, es sencillo notar que la pierna derecha del ser se encuentra dañada por alguna razón.

Como era de esperarse, no tardó mucho para que varios curiosos se dieran la tarea de investigar a profundidad de qué se trataba realmente aquella intervención en el quirófano que, según las propias palabras de Santilli, había obtenido del gobierno. La polémica creció a nivel mundial dado que existía una prueba más de que un ser extraterrestre realmente había llegado en 1947 a nuestro planeta, pero diversos expertos en maquillaje y edición confirmaron que aquel video era falso…



Años más tarde, en los 2000, con la expansión del Internet, las investigaciones salieron a flote, indagando en la vida personal y profesional de Ray Santilli, para llegar a la conclusión de que el sujeto había llevado a cabo la interpretación de la autopsia con un equipo profesional en Londres. El británico, experto en video y producción, había trabajado en proyectos como "*Bruce Lee: La leyenda sigue viva*", "*Alan Shearer: pura magia*" y el famoso documental "*Autopsia Alienígena. ¿Realidad o ficción?*".

En 2006 el mismo Ray Santilli confesó que aquella cinta de la autopsia solo era una "reparación" de un documental conseguido el 1990 y que habían ocupado una habitación de un hotel para llevar a cabo la supuesta autopsia. También confesó que el único objetivo era plantear el escenario de cómo hubiese ocurrido en tal caso.

Eso, o una simple manipulación de la información… el lector sabrá darle una conclusión.